EMMANUEL CARRÈRE

Koljós

Traducción de Juan de Sola



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

PORTADA
1. EL HOMENAJE DE LA NACIÓN
Los órganos constitucionales
En el despacho de mi madre
En el despacho de mi padre
Genealogía
La horizontal y la vertical
Al mismo tiempo
2. GEORGES
«Curioso guiño de la Historia a una pareja del siglo XX ...»
Los tres componentes de un rostro
Los años felices de Vano y Nino
Soso
Los tres años de la independencia
La maleta (I)
La daga del tío Louis Coquet
Georges en Berlín
El hechicero
La destrucción creativa
El hotel des Alliés
3. NATHALIE
La flor y nata de la nobleza
Retratos de familia: los Komarovski
Retratos de familia: los Panin
Bosco Bello
La pequeña Nathalie
El tío Fiódor en Kotelnich
El pendenciero
«Vivíamos tan bien»
En medio de la tormenta
El sol en el cristal
4. LOS EMIGRADOS
La Sociedad de los que antaño paseaban por el Jardín de Verano
Hijos de Lenin
El demonio de Georges
La cabellera en llamas
Una cuestión de lengua

Keremma
Nina Berbérova va al cine
La mazmorra
La residencia de los Inválidos
El sanatorio de Brévannes
5. LA GUERRA EN BURDEOS
Memorias de Nicolas
El padre Olympe
La muchacha ideal y el niño prodigio
«Tengo motivos para creer que el otoño no me encontrará vivo»
El último rostro de Georges
6. NICOLAS
«No digas nada»
El hombre de la casa
Hurgar
Mentir
Una historiadora soviética
Piedad filial
Druzhok
Ella también
7. LA JOVEN HÉLÈNE
«Elegir entre la felicidad estúpida de los guijarros y el lecho pegajoso en el que la esperamos»
Los cuñados
«La vida se ha vuelto más alegre»
8. LOUIS
La señora Carrère-Dencausse
El párroco de Régades
Los Dencausse y los d'Encausse
La piedra miliar
Una familia de músicos
Sables de madera
9. PROMETIDOS
Luis cesto
El Cuchitril
La muchacha de los rodetes
«¡Flan! ¡Frutos confitados!»
10. «DOS SERES TENDIDOS HACIA LA VIDA»
La caja del último condenado a trabajos forzados
La primera noche
«No escribo esto para disgustar a nadie, sino para mirar las cosas de frente y verlas como son»

El verano en Cazères hacia 1950
«Esa belleza fragante que perturba y lo excusa todo...»
11. PARA NADA ERA EL CÁNCER
Woldemar von Pelken, técnico de calefacción en la empresa De Dietrich
«Solo una cosa es segura: no es el cáncer»
Muertos sin sepultura
12. LA JOVEN PAREJA
Francesa
Los comienzos de ambos en la vida
La cena de los regicidas
Rondar
Rue Daru
Un grupo de amigos
Tres invitaciones en una misma noche
Entremontistas y malininistas
Rue Raynouard
Nacionalización del canal de Suez, bloqueo de la calle Guénégaud
13. LA EPIZOOTIA OVINA
El piloto afgano
Koljós (I)
En el hotel Ucrania (I)
14. EL PEQUEÑO HELENOU
El cojín
Koljós (II)
Los pequeños Dodus
Loulou
En el Chapon Fin
El verano en Cazères hacia 1962
El castillo del barón de l'Espée
15. UN BUEN CHICO
El pequeño Nicolás
La tele
Nota 65, página 45
«Lo único que aún no se grava en Bujará es el aire»
El favorito
Los Zu
Mayo del 68 en París y en Praga
En el hotel Ucrania (II)
16. EL SOPLO EN EL CORAZÓN
El Templo
Epicteto
Mis primeros pechos

17. LA HABITACIÓN DEL FONDO
«¿De parte de quién?»
El arma atómica
Transferencia
La madre falsa
Baroin
La carretera de las Landas
El solitario de la orilla del río
18. HERMANO Y HERMANA
Un joven músico
Política
En lo que a mí se refiere
Al piano
Un descubrimiento
19. EL ESTRECHO DE BERING
En Le Brady
El Imperio
«Los kirguises leían a Fénelon entre sollozos»
20. EN EL PROGRAMA DE PIVOT
«¡Hélène Carrère d'Encausse lee el Pravda ! ¡Como todo el mundo!»
Cuatro o cinco minutos menos en el curso de la historia
21. LA GLORIA DE MI MADRE
La importancia
Las uvas verdes
El otro pequeño Nicolas
Vitalicia
22. VLADÍMIR VLADÍMIROVICH
Un fantasma
Un libertario
La caída de los copos
«Gloria de Rusia»
«Algo muy importante que necesitan oír»
Si miramos atrás
23. SALOMÉ VUELVE AL PAÍS
La maleta (II)
En el despacho de Jacques Chirac
Respeto mutuo
Desgracia
24. EL DECLIVE DE MI PADRE EN TIEMPOS
La autopista
«La gente ya no quiere morir, es ridículo»

Su vida secreta
Una muy gorda
Delante del espejo
Lejos
El preludio de Bach-Ziloti
El año de más
La última noche
25. LOS PRIMEROS DÍAS DE LA GUERRA
El 24 de febrero de 2022
En el hotel Ucrania (III)
En el hotel Ucrania (IV)
Un boomer ruso
El Sur global
Serguéi Narishkin pasa un mal rato
Las azafatas de vuelo
El sueño de Masha
La única verdad
26. LA TERCERA ROMA
En la incertidumbre
Z
27. LA TIERRA DE MIS ANTEPASADOS
Para el postre
La maleta (III)
Darth Vader
El títere del Sueño
«Ayer tendríamos que haber bebido»
La manifestación de los rusos
«Jodido durante décadas»
Agentes extranjeros
Posdata, febrero de 2025
28. POTEMKIN
La cabecera
El minibús
Korabel
La catedral de Santa Catalina
Toda la pandilla
«Castigo sin crimen, crimen sin castigo»
La historia de Serhiy
«Lee a Dostoievski»
29. ICARIA
El presente
«Estoy gorda y feliz, vuelvo a la vida como una mosca en verano»

Secreto de la seguridad nacional
Sylvie
30. LO QUE TOCABA
En tránsito
«Mamá mamá mamá»
El retrato de Marivaux
El secreto de Nathalie
Los jerséis de cachemira
Los buenos genes
Decepcionada
El cardenal Richelieu en su lecho de muerte
La última palabra
Morir en vida
La cama de mi madre
Pensar en ella
La despedida
La hora de acostarse
La señal de la cruz
Dejar la bolsa
Dejarse llevar
El sacramento
Luis XIV
«El día que cuentes todo esto...»
MDM
Kylian Mbappé
«Liénochka, ia prishol»
Koljós (III)
«Difuso»
El pasillo
El jefe de servicio
Lo que tocaba
31. «EL AUTOR DE ESTAS LÍNEAS»
Una idea de Buffon
35.056 días
El helecho de Hergas
NOTAS
CRÉDITOS

Para Nathalie y Marina

1. EL HOMENAJE DE LA NACIÓN

Los órganos constitucionales

El 3 de octubre de 2023, cincuenta y tres días después de su muerte, la nación rinde homenaje a nuestra madre en el patio de honor de los Inválidos. Banderas, uniformes, charreteras, condecoraciones. La orquesta de la Guardia Republicana interpreta, muy bien, el adagio de la sinfonía *Júpiter* y, para darle el toque ruso, la *Serenata* de Chaikovski. Seremos unas doscientas personas esperando en un cuadrado de sillas de plástico blanco, delimitado por unas catenarias de cordón rojo, al fondo del inmenso patio adoquinado: familia, invitados de la familia, miembros de la Academia, ministros, representantes de los tres ejércitos –tierra, mar y aire– y de los órganos constitucionales, es decir, las más altas instituciones de la República. Durante una hora, el sol calienta que es una delicia. Luego desaparece tras el tejado y de pronto hace mucho frío. Nos arrepentimos de no habernos abrigado más. Nuestro padre, sentado en una silla de ruedas, va envuelto en una manta. No sé qué entiende, exactamente, de lo que está pasando. A ratos parece olvidar que se ha quedado viudo. Otras veces se acuerda y llora en silencio para sumirse de nuevo en sus lagunas. Esta tarde se le exige un largo periodo de lucidez, aunque hace ya mucho tiempo que, con nuestra madre, se acostumbró al protocolo, a los ceremoniales, a los desfiles del 14 de Julio en la tribuna de autoridades: no está tan fuera de su entorno habitual. Sonríe a quienes se acercan a saludarlo, confundido pero afable. Redoble de tambores. Por la izquierda entra un destacamento de doce guardias republicanos. Los dos primeros portan una fotografía de la difunta, del doble del tamaño natural, vestida con el traje de académica. Los tres últimos, sobre unos almohadones rojos, su espada, el sombrero de dos picos y las insignias de la gran cruz de la Legión de Honor. Colocan la foto gigantesca en un caballete, en el centro del patio. Me

pregunto qué harán con ella luego. Me pregunto qué habrá sido de esa foto. Continúa la espera. Llega, al fin, Emmanuel Macron. Solo, por la derecha, vestido con un abrigo corto entallado con el que me parece que yo me moriría de frío, pero él nunca tiene frío ni calor, ya tuve ocasión de observar su termorregulación, muy especial, cuando le hice un perfil para *The Guardian*, al inicio de su primer mandato. Lo seguí a Saint-Martin, el territorio de ultramar que acababa de ser devastado por un ciclón. Hacía tanto calor y humedad que, apenas bajados del avión, sudábamos todos a mares, con unos cercos que nos llegaban a la cintura. Todos menos Macron. No nos separamos de él durante ocho horas, en ningún momento pudo ausentarse para cambiarse de camisa y, al final del día, mientras que nosotros estábamos empapados, él estaba fresco como una rosa. Así empezaba mi reportaje: «Este hombre no suda», y mi madre, cuando se lo conté, lo atribuyó a un mérito del propio Macron: un hombre bien educado no suda. Por supuesto, a Macron le han escrito el discurso –un negro, como suele decirse, pero el negro tiene buena pluma y es posible que el propio Macron añada al texto algunos toques personales–. Dice que por la sangre de nuestra madre fluían todos los ríos de Europa entre el Volga y el Rin, que entre sus antepasados se contaban príncipes rusos y barones bálticos, un general prusiano, la traductora de George Sand al georgiano, una dama de honor de la última emperatriz y al menos un regicida. Que unos vivían en la Toscana, en una residencia de verano de los Médici, que otros se paseaban con lobos por los salones de San Petersburgo, y que, después de haber poseído tanto, estas personas lo perdieron todo en la tormenta de 1917. Describe el mundo menesteroso y magnífico de la emigración rusa, los grandes duques convertidos en taxistas, las princesas que se ganaban la vida planchando a domicilio, y la hija pequeña tan orgullosa que, al inicio de cada curso escolar, sentía vergüenza cuando le tocaba deletrear su apellido: Zurabishvili. «Esto no hay quien lo pronuncie», suspiraban los profesores. No escurre el bulto: no pasa por alto ni a su padre, colaboracionista desaparecido durante la liberación de Burdeos cuando ella contaba quince años, ni a su hijo, yo, que reveló esta vieja historia en un libro que la hizo sufrir. Leyenda

áurea: nuestra madre era apátrida; el día que adoptó la nacionalidad francesa, hubiera querido, en el ayuntamiento, cantar «La marsellesa», recitar la Constitución o jurar la bandera, y para ella fue una decepción que no le pidieran nada de eso. Saltamos veinte, treinta años: aquella jovencita se ha convertido en una especialista en la Unión Soviética, «ese gigante del que fue una de las primeras en advertir los pies de barro», y llegan el reconocimiento, la gloria, la elección en la Academia Francesa. Con una voz suave, zalamera, y con unos silencios muy bien administrados, Macron la describe entrando en la Academia, bajo la cúpula, saludando a los presentes, «y de pronto, por una fracción de segundo, un instante ralentiza el espacio de un vértigo. Ese día, al sentarse en el sillón de Corneille y de Victor Hugo, la hija de emigrantes pobres que aprendió francés a los cinco años se convirtió en la encarnación de la República francesa y de su lengua, a las que sirvió hasta el último momento». Para terminar, una anécdota que no sé quién contó al negro de los discursos, pero me cuesta imaginar un final mejor. Los últimos meses de su vida, nuestra madre aceleró el ritmo para llevar a buen puerto la novena edición del diccionario de la Academia. El 6 de julio, un mes exacto antes de morir, presidió la sesión en la que se definió la última palabra de la lengua francesa: *zygomatique*. «Después de *zygomatique*», concluyó Macron, «uno puede morirse en paz. Y es a ti, a la nieta de las estepas y a la madre de la cúpula académica, a la apátrida y a la matriarca, a la huérfana y a la zarina, a la que una Francia de luto presenta por última vez sus respetos. ¡Viva la República! ¡Viva Francia!»

En el despacho de mi madre

La víspera de la ceremonia en los Inválidos, mis hermanas y yo devolvimos las llaves del enorme piso oficial, en el quai Conti, en el que vivían nuestros padres desde que a mi madre, hasta entonces simple miembro de la Academia, la nombraron secretaria vitalicia.

Una parte de los muebles halló cobijo en el apartamento de dimensiones más razonables que nuestros padres habían comprado en previsión del día en que dejaran la Academia, y al que mi padre, al final, iría a vivir solo. Mi contribución a esta mudanza considerable fue sobre todo seleccionar libros y archivos de los despachos de nuestros padres. Con sus bibliotecas, en las que una escalera de madera barnizada permitía llegar a los estantes más altos, los pisapapeles de bronce, los vades de piel marrón, las fotos enmarcadas en las que se la ve en compañía de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, de Chirac, de Sarkozy, de Simone Veil, de Claude Lévi-Strauss y de Vladímir Putin, el de mi madre es tan solemne que me cuesta imaginar que se pueda trabajar en él, pero ella lo hacía todos los días, consagrándose a las innumerables tareas que conllevaba el cargo y, a la vez, a primera hora de la mañana, escribiendo tres horas seguidas unos libros que me admira que siguiera escribiendo hasta el final, cuando nada la obligaba a ello ni tampoco añadían gran cosa a su gloria. Le gustaba esta disciplina, igual que darse duchas de agua fría (incluso decía que se daba, como Ernst Jünger, *baños* de agua fría) o aprender alemán a los noventa años. Seleccioné, tiré y apilé; como suele ocurrir cuando se ordena, las pilas más altas eran las de todo aquello sobre lo que se va posponiendo la decisión. Me quedaba hasta tarde, después de que mis hermanas se hubieran marchado, en el piso desierto. Miraba por las ventanas altas cómo el Sena pasaba por debajo del pont des Arts, y el flujo de coches que circulaba junto al río. Llegada la hora, encendía la televisión para seguir el programa que la cadena de información LCI dedicaba todos los días a la guerra en Ucrania. Nunca antes me había interesado tanto por una vertiente de la actualidad, nunca antes había visto tantos vídeos en bucle ni escuchado a tantos expertos. Mi madre había sido la más célebre de estos expertos. Lo cual no le había impedido, hasta la víspera de la invasión, repetir una y otra vez que Putin era un hombre brutal pero que atendía a razones, que velaba por sus intereses y que estaba claro que nunca, pero nunca jamás, cometería semejante locura. Se rieron de ella. Hubo periodistas que la acusaron de ser indulgente con Rusia. Se llevó algunos golpes, pero pasados algunos días en los

que se tambaleó como un boxeador grogui, volvió a subir al ring y, gracias a que reconoció su error, redobló su credibilidad: ¿quién habría podido prever lo que ella no había previsto? Muerta ella, la guerra continuaba con más intensidad y yo seguía igual de interesado que antes, pero se me hacía muy lejano el tiempo en que, después de que toda Ucrania se alzara contra el invasor, con el apoyo incondicional de Europa y su ejército de voluntarios recuperando Járkov y Jersón, algunos –entre ellos yo– apostaban por algo tan enorme e inverosímil como la derrota de Rusia. Por desgracia, aquel otoño de 2023 en que yo hacía limpieza de los papeles de mi madre, las sanciones no habían hecho la menor mella en la economía rusa, la guerra se estancaba en unas trincheras llenas de barro y sangre que recordaban a Verdún, y el jefe del ejército ucraniano admitía sin reparos que la contraofensiva había fracasado y que los rusos llevaban ventaja. El Imperio, en lugar de desmoronarse, salía reforzado. En cuanto a Vladímir Putin, no parecía en absoluto la clase de hombre que se despierta por la noche empapado en sudor preguntándose por qué, por qué ha cometido semejante locura, sino más bien un hombre que espera tranquilamente, con una sonrisa ladina, porque sabe que el tiempo juega a su favor.

En el despacho de mi padre

Saliendo del despacho de mi madre, se cruzaba un salón tan amplio que, durante veintitrés años, mis hijos, mis sobrinos y mi nieto –que se llama Louis, como su bisabuelo– jugaron a fútbol en la moqueta; luego venía un comedor decorado con una cuarentena de retratos, todos del mismo formato, cuadrado, que representaban a académicos de los siglos XVII y XVIII: los hermanos Pierre y Thomas Corneille, Racine, Buffon, al que mi padre era todavía capaz de mencionar al mismo tiempo que olvidaba, por ejemplo, que media hora antes le había presentado a Charline y le había anunciado que

nos íbamos a casar. En todas y cada una de mis visitas, para estimularlo, le preguntaba: «Y ese de ahí, ¿quién es?». Nunca dudaba: «¡Fontenelle! ¡Champfleury!». De este comedor salía un pasillo larguísimo que conducía a la habitación oscura, forrada de una tela de yute verde botella, que llamábamos su despacho sin saber muy bien qué hacía allí dentro. Desde principios del confinamiento y de su propio declive, se pasaba el día entero, desde la mañana a la noche, entre esas cuatro paredes, delante de un televisor que emitía continuamente documentales de geografía y conciertos de música clásica a los que también intenté que reaccionara, porque había sido y todavía era un gran melómano. Juntos tratábamos de identificar compositores e intérpretes, y de vez en cuando le ponía en mi teléfono alguna de las piezas que en su día él había tocado al piano. El despacho de mi padre resultó mucho más difícil de vaciar que el de mi madre, su contenido era mucho más heteróclito porque era, en todos los sentidos de la palabra, un hombre extraordinariamente conservador. Lo archivaba todo: nuestros trabajos escolares, las velas de nuestros pasteles de cumpleaños, las postales que mandábamos cuando íbamos a la nieve con el colegio, programas de conciertos, esquemas con distribuciones de mesas, entradas de cine, tarjetas de fidelización de tiendas que llevaban cuarenta años cerradas y, en una caja de madera labrada a la que tenía mucho cariño porque se la había regalado el último condenado a trabajos forzados de la colonia penitenciaria de Cayena, un sobre con una hoja de helecho seca, «recogida en Hergas el 11 de abril de 1976». De cuclillas en la moqueta, me quedé un minuto ensimismado, preguntándome dónde quedaba Hergas –hecha la comprobación, en los Pirineos– y qué podría estar haciendo él allí el 11 de abril de 1976; luego seguí vaciando los cajones que no parecían tener fondo de un secreter que había sido de su madre, uno de los muebles más feos que he visto en mi vida. Lo que más me interesaba de todo aquel desorden eran las cajas llenas de cartas y los álbumes de fotos, sobre todo las de los años cincuenta y sesenta, que narran nuestra infancia y la juventud de ambos. Esas fotografías de pequeño formato y bordes dentados han envejecido mejor que las de las décadas siguientes,

que están descoloridas y borrosas. Es curioso cómo, en estas, padres e hijos salimos todos feos y mal vestidos, mientras que las más antiguas conservan todas un punto de elegancia, como esa, por ejemplo, en la que mi padre luce una marinera y unas alpargatas que le confieren un encanto paradójicamente moderno, ennoblecido por el blanco y negro. En los últimos tiempos había hojeado los álbumes con él, y le pedía que identificara a los figurantes que yo desconocía. En este terreno era igual de infalible que en el del rostro de los académicos del Grand Siècle o el del *rubato* de nuestros pianistas favoritos, y yo era plenamente consciente de que, después de su muerte, ya no habría nadie en la tierra que pudiera decirme que el hombre que salía a su lado, en esa foto tomada en Cazères-sur-Garonne en julio de 1962, era Robert Anet, el tendero que fue su compañero de infancia, o aquel otro hombre, monsieur Lécussan, el dueño de la Maison de la presse, donde mi madre me compró mis primeros libros. Fue aquel verano en que ella me enseñó a leer y yo aprendí a nadar, en la piscina municipal donde el mismo monsieur Lécussan era también monitor. Sujetándome por debajo del vientre, me hacía cruzar todo el largo de la piscina, resplandeciente bajo el sol, hasta los escalones de cerámica azul desde donde mi madre me observaba acercarme. Veía lo orgullosa que estaba de su pequeño, y también yo estaba orgulloso, increíblemente orgulloso y feliz. Ese momento de felicidad y plenitud sin par lo describí cuarenta y cinco años más tarde en las últimas páginas del libro al que Emmanuel Macron hizo alusión en los Inválidos. Ese libro se titula *Una novela rusa* y es verdad que hizo sufrir a mi madre. Después de que se publicara, estuvimos un par de años sin vernos. El asunto era delicado, yo no me corté ni un pelo. Oscar Wilde escribió esta frase, tan bonita, tan justa: «Los hijos empiezan queriendo a sus padres; cuando se hacen mayores, los juzgan; y a veces los perdonan». Ocurre lo mismo a la inversa: los padres también salen airosos si, antes de morir, tienen la oportunidad de perdonar a sus hijos.

Genealogía

En los archivos de nuestro padre, lo único que estaba bien ordenado –u ordenado según un orden comprensible para los demás– eran las carpetas que contenían sus investigaciones genealógicas. La genealogía había sido su gran obsesión durante toda su vida. Se pasó la vida carteándose con párrocos del Ariège, heraldistas bávaros o un primo lejano de Perú que vivía, en Lima, del comercio de setas alucinógenas, y ambos estaban encantados de intercambiar información sobre su aventurera abuela y tía abuela, Gabrielle Carrère, que, en 1912, con treinta y dos años, se marchó de Pau para cruzar sola el Atlántico a bordo del paquebote *Gascogne*. Allí coincidió, en la cubierta, con un joven inglés llamado Robert Duncan, del que no había más pistas. Sabía, por supuesto, que mi padre se dedicaba a estas investigaciones, pero no sospechaba que, desde su jubilación, había cogido toda aquella documentación dispersa, desordenada y acumulada a lo largo de setenta años, y la había clasificado y sintetizado escrupulosamente, de tal modo que cabe en cinco carpetas voluminosas, una consagrada a su propia familia, y las otras cuatro a la de su mujer, desequilibrio que se explica tanto porque siempre se interesó más por ella que por sí mismo, como por el hecho objetivo de que se sabe más de las familias aristocráticas que de las familias de campesinos. Estas carpetas parecen auténticas monografías, encuadernadas, divididas en capítulos e ilustradas con árboles genealógicos, pero también con cartas, grabados o fotografías, todo ello caligrafiado con su esmerada letra, vertical e inclinada, difícilmente legible –nunca he visto ninguna que se le parezca–. Me consagré a su lectura los cinco meses que mi padre sobrevivió a mi madre. Intenté preguntarle cosas, pero era demasiado tarde. Desde que ella murió, dejó de interesarle incluso aquello que tanto le había interesado, y, cuando murió él, no me quedó sino el pesar de haber perdido obstinadamente la ocasión, sin embargo ideal, de acercarme a él, de escucharlo, de adentrarme en su terreno, en lugar de interesarme tan poco por sus investigaciones como si hubiera sido

aficionado a la filatelia; y puede que, de haber sido filatélico, hubiera merecido igualmente que me interesara, que considerara ese pasatiempo como un acceso a su vida interior. Lo que es seguro, en cualquier caso, es que, si me hubiera entrado el deseo, como suele ocurrir en la última etapa de la vida, de conocer la historia de mi familia y, como soy escritor, de escribirla, habría tardado años en reunir la cuarta parte de lo que mi padre reunió y me lega. Está todo listo, clasificado, ordenado, los personajes identificados, su biografía resumida, sus retratos con pie de foto. Como si, dondequiera que esté, mi padre me dijera: ahora te toca a ti.

La horizontal y la vertical

Los libros, las películas y las historias que más me conmueven son aquellos que muestran al mismo tiempo las dimensiones horizontal y vertical de la vida. Horizontal: el amor, la amistad, las alianzas que se forjan cuando se cruzan las mismas aguas, la misma época. Vertical: las relaciones entre generaciones. Padres e hijos, antepasados y descendientes que vivieron en mundos distintos, que compartieron otros relatos colectivos, otros valores, otras certezas (lo que era evidente, pongamos, para nuestros abuelos, a nosotros no solo nos resulta extraño, sino a menudo escandaloso). Me gusta que me den acceso a estas dos dimensiones de la experiencia humana a la vez, creo que es el secreto de los grandes libros (*Guerra y paz*, *Los Buddenbrook*, *Cristina, hija de Lavrans*...), pero, en realidad, conforme me hago mayor, la que más me interesa es la vertical. Ya no tanto mis amigos y mis amores, como mis padres, mis hijos y el hijo que yo mismo fui. Es sobre eso sobre lo que me apetece escribir hoy. Al mismo tiempo...

Al mismo tiempo

... Al mismo tiempo, formo parte de ese grupo de personas, cada vez más numeroso, que están convencidas de que nos encaminamos a una catástrofe histórica sin precedentes: el hundimiento de nuestra civilización si somos optimistas, o la extinción de nuestra especie si nos ponemos en lo peor. Si es cierto, si de verdad es lo que está pasando, ¿qué sentido tiene escribir sobre otra cosa? Ante el hecho de que somos ocho mil millones en la Tierra, ante el desastre ecológico irreversible, ante la crisis migratoria, ante la inteligencia artificial, que se nos comerá antes incluso de que nos demos cuenta; ante, de paso, el fin de la democracia y de todos nuestros valores occidentales (digo «de paso» porque, aparte de nosotros, no parece que nadie lo vea como una gran pérdida), ante todo eso, ¿no está completamente fuera de lugar que uno se ponga a escribir sobre su insignificante vida que se acaba, sobre su pequeña familia, sobre la juventud de sus padres? En mi descargo, diré que no solo haré eso y que, al empezar este libro, sé que hablaré mucho de Ucrania y de la guerra feroz que Rusia libra en su territorio, porque Rusia, para bien o para mal, es para mí un asunto de familia: es nuestro eje vertical. Pero los últimos meses de mis padres, o el abismo temporal que me separa del niño que fui en los años sesenta, desbordado de alegría cuando su madre le sonreía desde los escalones de cerámica azul de la piscina de Cazères-sur-Garonne, todo eso, por muy insignificante que sea, no carece de importancia. De lo que habremos vivido en nuestro trocito de tierra y en ningún otro, en nuestra pequeña franja de tiempo y en ninguna otra, en el pequeño ser que nos ha sido dado habitar y en ningún otro –y ya puede hundirse el mundo, y a la vista está que se está hundiendo–, dar cuenta de ello sigue siendo el trabajo de gente como yo. Así que, ya que ellos están muertos, mientras siga vivo, lo haré yo.

2. GEORGES

«Curioso guiño de la Historia a una pareja del siglo xx...»

La carpeta que mi padre dedicó a la rama paterna, georgiana, de la familia de su mujer comienza con un párrafo extraño, de una extrañeza discreta que da una idea de su estilo. El abuelo de Hélène Zurabishvili, escribe, nació en Poti, y Poti, «bautizada como Fasis por los griegos en el siglo v a. C., era un puerto situado en el extremo del mar Negro, por el que pasaba uno de los principales ejes comerciales de la Antigüedad: el que unía India con Turquía después de cruzar Persia, bordear el mar Caspio y seguir el curso sinuoso del río Kurá». Hasta aquí, todo en orden: una lección de historia y geografía clásicas, de las que mi padre fue siempre un gran apasionado. Pero luego viene lo siguiente: «Curioso guiño de la Historia a una pareja del siglo xx de nuestra era, originaria de esas regiones tan distantes entre sí: en su campaña oriental, Pompeyo conquistó Fasis poco después de haber hecho un alto en Encausse, cuyas aguas habían curado a sus soldados y caballos de una malaria contraída en España». Al leer estas líneas, que lo tienen todo para pasar inadvertidas, me dio un vuelco el corazón. De repente, una brecha. Un lucernario que daba directamente al alma de mi padre. Se apellidaba Carrère d'Encausse, apellido en parte usurpado, como veremos, pero que mi madre supo prestigiar con esplendor. Encausse, de donde era originaria la familia materna de él, es una minúscula estación termal en los Pirineos, en su día muy renombrada por el tratamiento de la arenilla, es decir, de los cálculos renales. Sin duda no existía en la Antigüedad, o en todo caso no con ese nombre. Pero mi padre era un hombre escrupuloso, poco dado a la imaginación, y no creo que se inventara esta migración improbable del general romano Pompeyo entre las cunas, en efecto alejadísimas, de su propia familia y de la familia de su esposa. Fui a comprobarlo. Pompeyo pacificó Hispania en el 72 a. C. (un jefe íbero

citado por Tácito: «Cuando lo han destruido todo, los romanos llaman a eso paz»). Luego, en el 67, conquistó el Cáucaso, en particular Fasis. Entre una colonia y la otra, recién incorporadas al Imperio, sus legiones bien tuvieron que pasar por los Pirineos (¿y por qué no, entonces, por Encausse?). Por muy cogida por los pelos que parezca, esta hipótesis se sostiene. Y para formularla hacía falta un potente interés psíquico, y me emocioné al imaginar a mi padre, en ese despacho forrado de tela verde botella en el que al final de su vida pasaba la mayor parte de los días solo, revisando esos papeles reunidos a lo largo de tantos años, esas notas casi ilegibles para cualquiera que no fuera él, tomadas al dorso de formularios de seguros o de hojas con membrete de hoteles durante esos viajes a provincias que fueron lo mejor de su carrera profesional, empezando a pasar todo aquello a limpio, igual que uno pone orden en su vida, y escribiendo a mano, a modo de epígrafe de esa labor inmensa y secreta, esta declaración de amor a su mujer, que sin duda nunca la leyó: «Curioso guiño de la Historia a una pareja del siglo XX».

Los tres componentes de un rostro

Después de esta apertura, mi padre se embarca en un curso de historia de Georgia desde la época de Pompeyo, cuando ese pequeño país montañoso del Cáucaso se llamaba la Cólquide, hasta 1783, cuando, para librarse del Imperio otomano, se puso bajo la protección de Rusia, que, en 1801, se lo anexionó sin más. Aborda por encima las luchas y escaramuzas entre el ejército colonial ruso y los guerrilleros caucasianos que, emboscados en los montes, resisten sin ceder un ápice ante el invasor. Pero, a mi padre, estos guerrilleros caucasianos apenas le interesan. Lo que le interesa son los conquistadores rusos, los aristócratas rusos, los calaveras del romanticismo ruso. Cuando, como Lérmontov, habías escrito versos contra el zar o matado a alguien en duelo, te mandaban allí para que te pegaran un tiro, pero también para vivir intensamente. El Cáucaso

fue el salvaje Oeste de los rusos, su territorio apache, y mi padre es de una época –y de un temperamentoen la que, en los wésterns, la gente se identificaba más con los vaqueros que con los indios. Así, menciona el nombre del conde Panin, una suerte de general Custer «enviado por Catalina II para rescatar a los cristianos capturados por los pueblos montañeses», y del conde Grabbé, jefe del cuerpo expedicionario ruso, conocido por su brutalidad. Ambos, Panin y Grabbé, se cuentan entre los antepasados de mi madre. En su juventud, mis padres frecuentaron a una condesa Grabbé que había sido modelo de Schiaparelli y a la que yo conocí ya muy anciana; en las fotos se le ve el aire de vampiro sardónico que tenía Karen Blixen, parece ser que era una mujer muy divertida. En cuanto al conde Panin, fue uno de los asesinos del zar Pablo I en 1801: era a él a quien se refería Macron cuando hablaba de los regicidas de nuestra familia. Noto que mi padre arde en deseos de contar todo esto, pero aún no ha llegado el momento y, mientras tanto, el orden del día es la oscura familia Zurabishvili. Familia de sacerdotes (estamos entre ortodoxos, los sacerdotes pueden casarse) cuyo origen cabe situar en Kajetia, región pastoril y vinícola en la que abundan los paisajes maravillosos y las ocasiones de pillarse una buena curda. Mi padre, siendo como era, se las ingenió para encontrarles a esos campesinos vínculos principescos, pero tan cogidos por los pelos que apenas se detiene en ellos. El primer Zurabishvili que emerge de esa niebla genealógica es mi bisabuelo Iván, al que llaman Vano y que, según mi padre, tendrá una vida «triste al principio y triste al final, pero, entremedias, muy entrañable». Su padre muere, de hecho, cuando él solo cuenta tres años. Le siguen a la tumba sus otros dos hijos, fallecidos el mismo día a causa de la difteria, y luego su viuda, abatida por el dolor, de modo que el pequeño Vano se encuentra a los seis años sin más familia que su hermana mayor; y, aunque lo cría con amor, mi padre tiene razón cuando dice que es un comienzo triste en la vida. Vano tuvo que ser un joven dotado y con mucha iniciativa para, en esas condiciones, cursar brillantemente estudios de Derecho, primero en Kiev y luego en Moscú, antes de establecerse en 1895 en Tiflis, que era el nombre en ruso, es decir, el nombre oficial, de la capital de

Georgia, que hoy se llama Tbilisi. Allí inicia una carrera de jurisconsulto, periodista y hombre de letras, una combinación que hizo de él lo que por entonces se conocía como un «publicista». El rostro con perilla que se le ve en las fotos es un rostro de época, pero no solo eso. Lo que no es de época son los ojos negros, hundidos, de mirada brillante y profunda. En este otoño de 2023 me encuentro con muchas miradas que se apagaron hace un siglo. Hojeando los álbumes de fotos que recuperé del piso del quai Conti, que evocan un tiempo anterior a mi nacimiento y al de mis padres, examino un rostro tras otro, los hay familiares, otros desconocidos, y me parece que en todos pueden leerse tres cosas, en proporciones variables: la época, que imprime su marca inexorable; la clase social, que hace lo mismo, y la personalidad individual, que se trasluce más o menos bajo ese doble barniz. En algunos rostros solo se aprecia la época y la clase social. Son rostros insignificantes, conformistas: la norma y nada más. Pero hay otros que se apartan de esta norma. Son más raros. La vida los ha esculpido y personalizado. Se han convertido en ellos mismos, es imposible confundirlos con otros. Es el caso de Vano y es el caso de su mujer, Nino; y, aunque es posible que proyecte en sus rostros lo que he sabido de ellos por otras vías, me parece que rezuman inteligencia y bondad, y eso que es solo el principio: la edad, a pesar de las adversidades, o gracias a ellas, los embellecerá todavía más.

Los años felices de Vano y Nino

Escritor, economista, abogado, importador de la primera ducha en su país, constructor de la primera vía férrea, amigo de Marx, enemistado con Herzen, traductor de Shakespeare al francés (sí, al francés), a Niko Nikoladze (1841-1928) se lo conocía en nuestra familia, pero también en toda Georgia, como «el gran Niko» y «el Victor Hugo georgiano», lo cual infunde respeto, aunque por supuesto nadie apoda a Victor Hugo «el Niko Nikoladze francés». Es

con la hija de este majestuoso personaje, Nino (Nino, en Georgia, es nombre de mujer), con quien el joven Vano Zurabishvili se casa en 1895. Hasta 1921, la pareja que forman Nino y Vano parece haberse mantenido no solamente unida –será así hasta el final–, sino también armoniosa y notablemente activa. Ambos están en el centro de la vida intelectual y política de Tiflis, y lo están, cosa excepcional para la época, en igualdad de condiciones. Mi madre nunca perdía ocasión de recordarnos la fuerte personalidad, la independencia de espíritu y el feminismo activo de su abuela. Casi tan polivalentes como el gran Niko, Nino y Vano participan en debates, reciben en su casa a un círculo de intelectuales, publican artículos en revistas literarias y numerosas traducciones. En su país colonizado, el ruso es obligatorio. Los funcionarios, so pena de multa, deben dirigirse a los usuarios en ruso, incluso cuando ni el funcionario ni el usuario hablan la lengua. En las librerías solo se encuentra literatura rusa, literatura extranjera traducida al ruso, e incluso se da por sentado que los georgianos deben leer su propia literatura en ruso. Traducir al georgiano, pues, es un acto político, como hace Nino con las novelas de George Sand, y Vano con *Los dioses tienen sed*, de Anatole France, un retrato muy sombrío de la Revolución francesa y de los baños de sangre que causan los ideólogos incorruptibles cuando se empeñan en hacer el bien a sus semejantes. Miembro del colegio de abogados de Tiflis, Vano llegó a ser jurisconsulto de la Compañía Ferroviaria del Transcaucásico, lo cual le valió el privilegio de viajar muchísimo y en condiciones fastuosas. Disponía de un vagón especial provisto de todas las comodidades –cuero, cobre, caoba, porcelana, plata, incluso una bañera– que mandaba acoplar a los convoyes de su elección sobre la totalidad de la red rusa e incluso más allá, puesto que viajó, a menudo con su familia, a Polonia, Austria, Alemania, Italia, Francia, España... En definitiva, por todo el continente. Amaba Europa. Consideraba que Georgia era una de las cunas, cuando no *la* cuna de la civilización europea (en general, los georgianos tienden a considerar que fueron los primeros en cualquier cosa, y, cuando dicen que ellos eran cristianos antes del nacimiento de Jesús, no bromean del todo). Soñaba con liberar a su pequeño país del yugo del Imperio ruso. Sus sueños se inscribían en

un marco muy definido: el emperador era el «zar de Georgia», y el general ruso que ostentaba el título de «teniente de Su Majestad» en Tiflis era un auténtico procónsul del Cáucaso. Eso no fue óbice para que Vano participara en la fundación de un partido nacional-demócrata del que sería presidente.

Soso

Sin duda no llegaron a conocerse, porque la leyenda familiar lo habría registrado y mi padre lo sabría, pero me pregunto qué posibilidades había, en un país tan pequeño, de que se cruzaran. De que compartieran una fracción de espacio y tiempo: en la misma habitación, en el mismo tren, en el mismo ascensor. Sin haberse conocido, eran enemigos. Iván Ivánovich Zurabishvili, intelectual burgués, demócrata, amigo del debate, hombre respetuoso con el bien, la opinión y la libertad ajenas, era enemigo de su perfecto contemporáneo Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, que aún no era conocido con su nombre de guerra de revolucionario, Stalin, sino por su apodo de tunante georgiano, Soso. Y es que Soso, antes de ser un revolucionario, era un tunante, un hombre brutal y astuto, salido de los bajos fondos, al que Vano, de haberlo conocido, habría considerado con una mezcla de temor y asco. El odio, sin embargo, era más intenso de un lado que del otro. En el caso de Vano, se limitaba a evitar el contacto embrutecedor con crápulas de la calaña de Soso, lo cual no es exactamente odio. Soso, en cambio, deseaba la muerte de las personas como Vano. Por eso, de tunante de tres al cuarto pasó a ser un auténtico gangster al servicio del oscuro partido bolchevique, al frente del cual, posteriormente, mandará asesinar a veinte millones de sus conciudadanos, siendo sus víctimas preferidas los burgueses liberales como Vano. Los años de juventud de Soso los ha contado, a partir de archivos hechos públicos después de la disolución de la Unión Soviética, el historiador inglés Simon Sebag Montefiore, con quien recuerdo una cena bien regada en el

restaurante Petróvich, uno de mis locales favoritos de Moscú, a principios de los años dos mil. Con el apetito abierto por los porros que me fumé en casa de mi amigo Jean-Michel, esa noche me comí un plato tras otro de *seliodka pod shúboy*, una especie de lasaña que alterna capas de remolacha y de arenque, lo cual hizo que Montefiore, un caballero anglo-italo-judío de una elegancia burlona, se desternillara de la risa y me apodara *the unstoppable herring eater*, el imparable zampaarenques, apodo que cuajó en el reducido círculo de expatriados en el que me movía por entonces. Montefiore acababa de publicar una biografía monumental de Potemkin, el favorito de Catalina II. Mi madre, exactamente por la misma época, escribía la de Catalina –y yo no podía sospechar la avidez con la que leería y coincidiría con estos dos libros, veinte años más tarde, con el telón de fondo de la guerra de Ucrania–. En la época de nuestro único encuentro, en el Petróvich, Montefiore estaba completamente absorto en las investigaciones previas para su siguiente libro, aquel *Llamadme Stalin* que había de publicarse en 2007, y se pasó la mayor parte de esa memorable cena contándonos con una labia socarrona los años de formación de su personaje como una sucesión ininterrumpida de atracos a bancos (que los bolcheviques llamaban «expropiaciones»), encarcelamientos, fugas espectaculares, palizas, emboscadas y asesinatos, asesinatos que Soso confiaba a su fiel secuaz, Kamo, un grandullón sádico y ligeramente retrasado que habría sido un secundario de lujo en la espectacular película cuyo reparto esbozamos esa noche. Me acuerdo también, pese a la ebriedad, de una conversación sobre las palabras *menchevique* y *bolchevique*, ambas inventadas por los bolcheviques. Cuando no eran más que cuatro gatos, enemigos feroces de la democracia, los fieles de Lenin se autoproclamaron *bolcheviques*, que significa «miembros de la mayoría». Y a los socialdemócratas como Vano, gracias a los cuales Rusia habría podido evolucionar hacia una sociedad aceptable, los calificaron de *mencheviques*, «miembros de la minoría», cuando lo cierto es que eran muchísimos más. Es una constante del pensamiento soviético, me explicaba Montefiore, puede que sea incluso el núcleo del programa soviético, desde que nació, nombrar las cosas en contra o al revés de su realidad y hacer

que la gente viva en un universo de mentiras sin límites ni referencias, de inversión generalizada. Los más se convierten en los menos, los menos en los más, la miseria en opulencia y el gulag en libertad. Es lo que uno de los primeros camaradas de Lenin, Piatakov, resumía en esta fórmula explosiva –y, según Montefiore, completamente desprovista de ironía–: «Un bolchevique, si el Partido le dice que el blanco es negro y que el negro es blanco, no debe creer lo que ven sus ojos, sino lo que el Partido le dicta que vea».

Los tres años de la independencia

Durante la guerra del 14, los georgianos, quisieran o no, tuvieron que luchar al lado del zar contra el Imperio otomano. Los ferrocarriles eran uno de los nervios de esta guerra, y Vano, mi bisabuelo, participó como administrador del Transcaucásico. Sus dos hijos mayores, Archil y Georges, estuvieron en el frente, el primero como artillero y el segundo en la infantería. El pequeño, Levan, aún iba al instituto. A los dieciocho años, Georges, mi abuelo, caerá prisionero de los turcos en las marismas insalubres de la Cólquide y se pudrirá unos meses en Trebisonda, a orillas del mar Caspio, presa de unas fiebres que le dejarán secuelas durante toda la vida. De regreso del cautiverio, tenía la guerrera tan impregnada de parásitos y mugre que se aguantaba de pie. En 1917 tiene lugar la Revolución de Octubre, que en un primer momento los georgianos acogen como una noticia extraordinaria. Una vez derrocado ese zar cuya cabezonería y estupidez bloqueaban cualquier tipo de reforma –mi madre trató de rehabilitarlo en un libro tardío y no muy convincente–, parece que les llegará el momento de la libertad a la manera occidental. Es entonces cuando, entre el colonialismo zarista y la losa soviética, se abre un paréntesis de tres años, un bendito paréntesis durante el cual los georgianos se apresuran a redactar una Constitución –la primera que concede el derecho de voto a las mujeres– y a elegir un Parlamento en el que Vano ocupará un

escaño en calidad de senador. En esos años en los que todo parece posible, también es presidente de las Mineras de Carbón de Georgia, presidente del Banco Agrícola, presidente del Banco de la Nobleza, presidente de la Cámara de Comercio Franco-Georgiana y presidente del Comité de Minas de Tkibouli. Prestigiosos pero sin apenas remuneración, ninguno de estos cargos impide que los Zurabishvili tiemblen de frío, sin calefacción, durante el interminable invierno de 1920, cuando el termómetro baja hasta los -10 °C y la gente se desplaza en trineo. Viven en el centro de Tbilisi, en un modesto apartamento en el cuarto piso de un edificio cuya planta baja es hoy un pub irlandés. Mi prima Salomé me llevó a verlo en mi primera estancia en Georgia, en otoño de 2022, y luego me enseñó el instituto en el que los tres hermanos cursaron la secundaria y la iglesia a la que iba su madre, esto es, mi bisabuela Nino. Allí había hecho buenas migas con la madre de un tal Lavrenti Beria, el otro gran georgiano, junto con Stalin, de la élite bolchevique. Jefe de la terrible policía política que se llamaría sucesivamente Cheka, GPU, NKVD, KGB y, hoy, FSB, ese hombre bajito y calvo con gafas de montura dorada masacró a varios millones de sus conciudadanos antes de correr él la misma suerte en 1953. Como todas las iglesias, la que frecuentaba Nino la cerraron después de la Revolución, aunque de noche –cuenta Salomé– la abrían clandestinamente para que la madre de Beria pudiera rogar a Dios que perdonara los crímenes de su hijo. Regresado del frente con galones de oficial, Archil, el mayor de los tres hermanos, aspira a estudiar ciencias en el extranjero: lo admiten en una escuela de ingenieros y topógrafos de Grenoble, desde donde seguirá los dramáticos acontecimientos que se avecinan. En cuanto a Georges, ascendido al grado de teniente, se convierte, gracias a su dominio del francés y del inglés, en oficial de enlace encargado de las relaciones con los jefes de las misiones de los países aliados. Hay una foto en que se lo ve un poco de refilón, un poco en diagonal, al borde del encuadre y casi como huyendo de él, figurín elegante y esbelto en su uniforme sujeto con un cinto del que mi padre, al pie, apunta que era de las Galeries Lafayette. ¿De dónde sacaría Georges ese cinturón? ¿De dónde sacaría mi padre ese detalle? Poco después cambiará ese uniforme

por unos trajes de estilo inglés con los que hará de cicerone de varios visitantes extranjeros, deseosos de conocer ese país pequeño y exótico que justo acaba de aparecer en el mapa diplomático. En una carta en la que da noticias a Archil, Vano escribe: «Tu hermano se ha convertido en un diplomático consumado; coquetea, se comporta como un dandi, no hay manera de hacerle entrar en razón». Y mi padre, que conoce muy bien cómo sigue la historia, añade: «Georges es por entonces un hombre feliz. 1920 toca a su fin. En apenas unas semanas todo habrá terminado. Con veintitrés años, se encuentra exactamente en la mitad de una vida que cree rica en promesas y que no será más que grisura, humillaciones, malestar y tragedia final para morir a los cuarenta y seis años de edad».

La maleta (I)

El 27 de enero de 1921, las potencias aliadas reunidas en Versalles reconocen oficialmente la República Democrática de Georgia. Los Zurabishvili están exultantes. «¡Por fin!», escribe Iván. «¡Por fin somos ciudadanos de un país civilizado!» Su alegría encoge el corazón, porque durará ni más ni menos que un mes, al término del cual la Rusia de los sóviets manda al 11.º Ejército al asalto de Georgia. El 25 de febrero se iza la bandera roja en el Parlamento de Tbilisi. Aunque no se imaginan que ondeará allí durante setenta años, Vano y Nino comprenden lo que eso significa a corto plazo, y el 19 de marzo embarcan con Georges y con el pequeño Levan a bordo del buque *Anatolia*, que los llevará de Batumi, el gran puerto del país en el mar Negro, a Constantinopla. Dejan todo atrás, salvo los efectos que caben en una gran maleta marrón que los acompañará en todas sus tribulaciones. Quieren creer que volverán. Ninguno de ellos volvió. La primera que, ochenta años más tarde, volverá a pisar la tierra de sus antepasados es Salomé, la nieta de Vano y Nino, la hija de Levan, primero como embajadora de Francia,

luego como ministra de Asuntos Exteriores y, por último, como presidenta de la República de Georgia.

La daga del tío Louis Coquet

Leo sus cartas de Constantinopla, casi todas dirigidas a Archil, que prosigue sus estudios en Grenoble. Nino: «Qué trágico es el final del maravilloso sueño de nuestra existencia como Estado y de nuestra independencia». El adolescente Levan, con resuelta clarividencia: «Y todo porque los bolcheviques se cansaron de destruir su propio país y quisieron atacar otro...». Sin recursos en Constantinopla, los Zurabishvili están tan desesperados que Nino considera, «muy en serio», arrojarse al Bósforo. En varias cartas, como en un culebrón, se habla de una gran alfombra, principal adorno del apartamento de Tbilisi, que dejaron allí pero trataron de vender a distancia. Parece que se exageró enormemente su valor (un error que también cometerá el pobre Levan en relación con su colección de sellos, con la que contaba poder ayudar a sus padres). La alfombra no se venderá, y por los sellos les darán una suma ridícula. Las cosas mejoran un poco cuando Vano encuentra un puesto de consejero jurídico en el Banco Turco-Persa. Eso tranquiliza lo suficiente a Georges como para sentirse libre de dejar a sus padres y a su hermano pequeño y marcharse a estudiar Economía a Berlín. El respiro dura poco: el 23 de octubre de 1923, el general Mustafá Kemal Atatürk –el padre de los turcos– proclama la República. Efecto colateral: el Banco Turco-Persa quiebra. La situación de los Zurabishvili vuelve a ser crítica. Nino se cartea con su hermanastra, hija del segundo matrimonio del gran Niko, a la que conocemos como tía Teliko. La tía Teliko huyó a Francia, donde contrajo matrimonio con un oficial llamado Louis Coquet, que se ganó un papel como figura secundaria en la leyenda familiar porque, tras servir en África, se trajo un puñal conocido como «la daga del tío Louis Coquet» (es el único objeto de nuestra herencia que reclama

mi hijo Jean, a quien nadie se lo discute) y algunas anécdotas impregnadas del racismo colonial más ingenuo. Cuando mis hermanos y yo éramos pequeños, nos hacían mucha gracia. Por ejemplo, en el banquete de bienvenida ofrecido por una tribu de pigmeos, el tío Louis Coquet habría sido agasajado con un plato exquisito que resultó ser carne de misionero, un giro final que nuestra madre, cuando nos contaba la historia, sabía preparar y demorar con mucho arte. Como el matrimonio con el tío Louis Coquet había proporcionado seguridad a la tía Teliko, esta insiste para que su hermanastra y los suyos vayan con ella a París, adonde Vano, Nino y Levan llegan en septiembre de 1924 y se alojan los primeros días, los tres juntos, en una habitación de la rue des Saints-Pères. Las promesas de la tía Teliko no resultan vanas: gracias al tío Louis Coquet, Levan entra como interno en el collège Sainte-Barbe, y Vano, que tres años antes todavía era senador, miembro del Consejo de Ministros, jurisconsulto del Transcaucásico, presidente de las Mineras de Carbón de Georgia, del Banco Agrícola, del Banco de la Nobleza, de la Cámara de Comercio Franco-Georgiana, etcétera, se considera afortunado de conseguir un puesto de mozo de almacén en el sótano del Bon Marché. Más tarde lo ascenderán al de escribiente en La Samaritaine, y es todo un progreso, porque sube de planta, vislumbra un trozo de cielo y no se pasa el día de pie sino sentado, copiando listas de direcciones y clasificando los pedidos que le llegan al escritorio por los conductos neumáticos. Vano trata de poner algo de luz en esta vida venida a menos escribiendo artículos en pequeñas revistas de exiliados y traduciendo *Poquita cosa* al georgiano. (Mis hermanas y yo fuimos fervientes lectores de *Poquita cosa*, y defenderé hasta mi lecho de muerte que Alphonse Daudet es un autor increíblemente subestimado.) Lo que los mantenía en pie, a Nino y a él, era que se querían. Ese amor salta a la vista en las fotos que tengo de ellos, él siempre con la perilla, pero ya canosa, ella con el pelo igualmente blanco, recogido en un moño informal, ambos con cara de ser buenísimas personas: humanas, afectuosas, indulgentes. Archil era digno hijo de sus padres, a punto de licenciarse en Ingeniería, a punto de casarse, de ser padre de familia y, valiéndose de ese éxito,

haciendo todo cuanto puede para ayudar a sus padres y hermanos. El joven Levan seguirá sus pasos y, en 1930, ingresará en la Escuela de Minas, de la que saldrá, como se decía entonces, colocado. Esos diplomas, técnicos y monetizables, les permitirán a los dos conseguir en quince años una posición más que respetable dentro de la sociedad francesa. Queda Georges. Georges es un caso aparte.

Georges en Berlín

El problema con mi abuelo materno es que ya hablé de él largo y tendido. Mi libro *Una novela rusa* gira en torno a su figura tenebrosa y esquiva. Pero, como no puedo contar esta historia sin él, intentaré contar lo mismo de otra manera y, para empezar, corregiré un error. Escribí –es lo que decía mi madre, es lo que Macron repitió en su discurso de los Inválidos– que Georges Zurabishvili era «filósofo», que asistió en Alemania a las clases de Husserl o, según una fórmula aún más lisonjera, que había sido «discípulo de Husserl» igual que Hannah Arendt fue «discípula» de Heidegger. Podría haber sido verdad, porque le apasionaban las ideas abstractas y era un ferviente lector de ensayos filosóficos, pero no lo es. Mi madre maquillaba el *curriculum vitae* de su padre. En Alemania cursó estudios de Economía y Contabilidad, con los que tanto él como sus padres esperaban que pudiera obtener un trabajo fijo, en un mundo caótico en el que a un hombre con tantas aptitudes como su padre le había costado encontrar, y por enchufe, un trabajo alimenticio en el sótano de unos grandes almacenes. Pero, mientras que sus hermanos se consagraban a sus estudios con honestidad, sin creerse superiores a lo que se les exigía, él ponía en todo cuanto hacía una especie de distancia, de ironía que llegaba hasta la sorna. Con él uno nunca sabía a qué atenerse, cambiaba constantemente de humor y de opinión: es algo que conozco muy bien, de sobra. Las cartas que le manda su madre desde París rezuman ternura, pero también inquietud y hasta exasperación. «No quiero que te lo tomes a mal,

Goglik, mi niñito querido, temo hacerte el más mínimo reproche, temo incluso darte consejos, pero ¿cómo no decirte, cariño, que dedicas veinte páginas de la única carta que nos has enviado en varias semanas a consideraciones de naturaleza puramente abstracta sobre la cuestión de la lucha por la subsistencia, el sentido de la vida, etcétera, y con todo eso, después de todas esas consideraciones y explicaciones, ni una palabra sobre cómo te han ido los exámenes, sobre si tienes ya los resultados, sobre si crees que obtendrás el título, porque tendrás que renovar el visado en un nuevo pasaporte..., en resumen, sobre miles de asuntos que nos interesan y sobre los que nos tienes en vilo devanándonos los sesos?» He tenido acceso a las pocas cartas, escritas en ruso, que Georges mandó a sus progenitores, y son exactamente como las describe su madre. Hay una especie de talento para decir en veinte líneas cosas que habrían cabido en dos y que, releídas, en realidad no significan nada: una letanía de perífrasis enrevesadas, de circunloquios, de «en cierto modo», de «en el más alto grado», de «si hay que decir la verdad tal y como es», con el fin de explicar cuán hostil le es el mundo cuando en realidad él mismo es su propio enemigo. Entre las peticiones de subsidios y las consideraciones filosóficas, no hay espacio para una descripción mínimamente animada de su vida de estudiante en Berlín. ¿Tuvo relación, aunque fuera tangencial, con el mundillo de la emigración rusa? ¿Con ese mundo del que se formó un equivalente exactamente un siglo después, tras la invasión de Ucrania, y que Nabokov retrató de forma inolvidable en su última novela en ruso, *La dádiva*?

El hechicero

El paralelismo es cruel: nacidos el mismo año, 1899, mi abuelo y Vladimir Nabokov son contemporáneos exactos. Recorrieron las mismas calles de Berlín a principios de los años veinte, caminaron bajo los mismos tilos y se bañaron, en verano, en los mismos lagos.

Los Nabokov tomaron el camino del exilio en familia, y creo que es el momento de hablar un poco de Vladimir Nabokov padre, que era una personalidad notable. Tremendamente rico y de buena cuna, colmado de todas las dádivas posibles, no por ello dejó de ser un firme opositor a la autocracia obtusa de Nicolás II. Encarcelado por haberse negado, en un banquete oficial, a brindar a la salud del zar, denunció igualmente, con el ímpetu de un Zola, el escandaloso juicio a un judío acusado en Ucrania de haber torturado y matado a un niño cristiano con fines rituales. Unas caricaturas repugnantes mostraban a Nabokov padre entregando la sacrosanta Rusia en bandeja de plata a las narices ganchudas de la judería internacional, y fue precisamente esa hoja de servicios en favor de la justicia y la libertad la que le costó morir asesinado en el exilio berlinés, en 1922, a manos de dos monárquicos rusos. Esa tragedia no impidió que Nabokov hijo viviera en Berlín, con su mujer, Vera, y el hijo pequeño de ambos, años hechizantes, aunque el hechizo era su manera de ser. Nabokov era una especie de extraterrestre; a veces, leyéndolo, uno se dice que era al *Homo sapiens* lo que este era al cromañón: un ser más elevado en la escala evolutiva, dotado en grado sumo de facultades que en la mayor parte de sus congéneres se hallaban en un estado tosco e incipiente. Su agudeza sensorial solo es comparable a su capacidad de describir y nombrar. Los insectos, las setas, las hierbas, nada en su mundo iridiscente es genérico. «Una mariposa», eso no existe; o solo en la cabeza abstracta y reseca de intelectuales como mi abuelo. Lo que existe es el ícaro azul, el taladro rojo, el piral del roble y de la encina, el arrán marrón, la carmelita de Sievers, la geómetra esmeralda o, si se prefieren los nombres pomposos, en latín, el *Cyllopsis pyracmon nabokovi* (*nabokovi*, sí: fue él quien identificó y bautizó este raro espécimen de ninfa del bosque). Nabokov distinguía al oído el rumor en el aire de las hojas del álamo temblón, del carpe, la madreselva o el chopo negro, y escribía con fluidez, mientras desayunaba, párrafos como: «Una sensación de seguridad, de bienestar, de calor estival impregna mi memoria. Incólume realidad que convierte el presente en un fantasma. El espejo rebosa de luminosidad; un abejorro acaba de entrar en la habitación y se da con el techo. Todo

es tal como debería ser, nada cambiará jamás, nadie morirá nunca». Así se ve la vida «en plena vigilia, en momentos de robusta alegría y de triunfo, en la más elevada terraza de la conciencia». Nabokov se pasó la vida en esa terraza. Allí disfrutó de una felicidad extática, inexpugnable, al margen de tribulaciones, desde cuyas alturas –es su límite– miraba con desdén y sin piedad las pequeñas y grandes miserias en las que se enredaban las gentes menos dotadas que él. Si se conocieron, mi pobre abuelo debió de odiarlo.

La destrucción creativa

«Con muy escasas excepciones», recuerda Nabokov, «todas las fuerzas creativas de tendencia liberal habían huido de la Rusia de Lenin y de Stalin. De ahí el altísimo nivel de sus colonias, en Berlín y París, y su capacidad de llevar, entre ellos, una existencia peculiar pero en modo alguno desagradable, en medio de la indigencia material y el lujo intelectual, entre alemanes y franceses espectrales, una especie de aborígenes con los que no sentíamos la necesidad de relacionarnos.» ¿Con quién sentía Georges Zurabishvili la necesidad de relacionarse? ¿Con quién tuvo relación en Berlín? Creo que no se atrevía, que se quedaba al margen. Era igual de tímido que arrogante. Si no interpretaba el papel principal, no subía al escenario. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que, pese a todos los contratiempos y procrastinaciones, en 1923, mientras Nabokov ultimaba su primera novela, *Mashenka*, Georges obtuvo finalmente su diploma con una tesina sobre la *Teoría del desarrollo económico* de Joseph Schumpeter. Es interesante. El núcleo de esta teoría es la noción de «destrucción creativa». En resumen: cada vez que en los mercados surge una innovación, las empresas menos eficaces se quedan atrás, y allá se las compongan. Las que siguen adelante son las más fuertes, lo cual no evitará que también ellas se puedan quedar atrás cuando surja la siguiente innovación. Schumpeter describe este proceso como un «huracán perpetuo».

Esta teoría, que se inspira en Darwin y en Nietzsche y expresa una verdad empírica evidente, era ideal para seducir la mente especulativa de Georges, pero también para reforzar su derrotismo. El triunfo del comunismo los convertía a él y a los suyos en vestigios del pasado, en briznas que el huracán perpetuo se había llevado por delante. En la destrucción creativa, él formaba parte de los destruidos.

El hotel des Alliés

Con el título bajo el brazo, Georges se reúne con su familia en París. Estamos en 1924. Vano y Nino han dejado la rue des Saints-Pères para instalarse en el hotel des Alliés, cerca del Panteón (una estrella, todavía existe). Ocupan una habitación estrecha, con un diván en el que duerme Levan. El trayecto hasta el Bon Marché es mucho más largo que cuando vivían en la rue des Saints-Pères; pese a que Vano solo dispone de una hora para comer, va y viene todos los días para tragarse a toda prisa las casi invariables *kotleti* –una especie de albóndigas de la carne más barata posible, pero sazonada con hierbas o especias deliciosas– o la sopa de alubias rojas que se llama *lobio* y que Nino prepara en un infiernillo. El domingo cocina más cantidad, ya que reciben a mesa y mantel en la minúscula habitación en la que se sientan como pueden, en la cama, en el diván de Levan, en la única silla y en el antepecho de la ventana. Acuden algunos emigrados georgianos y, fieles entre los fieles, la tía Teliko y el tío Louis Coquet, que hace las delicias de los presentes con sus historias de caníbales y, por amor a su esposa, se ha georgianizado tanto que se ha propuesto escribir una monografía sobre la historia de ese país exótico en el que «papá» se dice *mama* y donde a la legendaria reina Tamara se la llama «el rey Tamara», porque fue tan buena reina que habría merecido ser rey. Georges es el menos asiduo a las reuniones familiares; ya el nombre de hotel des Alliés le parece motivo de sarcasmo, dado que los Aliados

abandonaron a su indefensa Georgia. Pero, bueno, tienen que ser cosas del destino, porque sí acude un determinado domingo en el que Nino invita a una joven rusa que también vive en el hotel, en el mismo piso, al final del pasillo.

3. NATHALIE

La flor y nata de la nobleza

La joven rusa era alta y distinguida, con los pómulos altos y el rostro ovalado perfecto, y se llamaba Nathalie von Pelken, un nombre que no suena muy ruso. Delicadeza, discreción risueña y educación impecable: se notaba que era de buena familia, pero nadie en los Zurabishvili podía imaginar hasta qué punto. La familia materna de su mujer fue la gran pasión de mi padre y el plato fuerte de sus investigaciones genealógicas. Ahí está en su salsa, entre la flor y nata de la nobleza, cuyo rasgo distintivo es ser cosmopolita. Una familia georgiana como los Zurabishvili, una familia francesa como los Carrère, ambas de origen campesino, son prácticamente al cien por cien georgianas o francesas. El padre de la joven Nathalie, Victor von Pelken, desciende de un árbol muy ramificado con pequeños soberanos del Sacro Imperio Romano Germánico, al que se añaden ramas suecas, bohemias e italianas. Por lo que respecta a su madre, Olga, condesa de Komarovski, sus antepasados son mayoritariamente rusos, pero también los hay bálticos, polacos, suecos y prusianos. En ambas familias todo son títulos, blasones, cargos honoríficos, escudos de armas, regimientos y fincas de las que mi padre pegó con entusiasmo las fotos en sus carpetas. Algunas las visitó personalmente aprovechando los viajes de trabajo que hizo por Europa en la última etapa de su carrera profesional. A veces iba y se presentaba como el miembro de la familia política que de hecho era, y lo recibían con los brazos abiertos, lo cual lo llenaba de alegría y orgullo y, cuando cometía el error de presumir de ello, exasperaba a mi madre.

Retratos de familia: los Komarovski

Durante la mudanza del piso del quai Conti al apartamento donde nuestro padre debía, en principio, terminar sus días, mi hermana Nathalie quiso recrear a su alrededor la decoración que lo había rodeado durante veintitrés años y, en la medida de lo posible, colgar en las paredes, en el mismo orden, los cuadros y las fotos de familia –«como en *Good Bye, Lenin*!», bromeábamos–. Todos esos retratos nos resultan familiares. A la mayoría de las caras les podemos poner nombre. Conocemos desde siempre el daguerrotipo que muestra al pequeño Victor von Pelken, nuestro bisabuelo, vestido de paje en el castillo de su primo Augusto, príncipe regente de Wied, y el retrato de su prima Isabel de Wied, futura reina de Rumanía que, con el seudónimo de Carmen Sylva, habría de publicar poemas, traducciones de Pierre Loti y una recopilación de aforismos, *Los pensamientos de una reina*, galardonada por la Academia francesa. Sin embargo, esta familia prusiana, que merece una carpeta, no es nada en comparación con la familia rusa, que ocupa dos, una dedicada a la rama Komarovski, y otra a la de los Panin. Uno de los Komarovski más notables de nuestra galería de retratos es Yevgraf, dignatario con peluca, de expresión severa, que, a los diecisiete años de edad, escoltó a Catalina II en Crimea antes de convertirse, a los treinta, en ayudante de campo de Alejandro I, acompañarlo al Congreso de Viena y presidir luego, en 1826, la Corte Suprema Criminal, que juzgará a los conspiradores decembristas. Habría preferido que mi antepasado, en lugar de juzgarlos y condenarlos a la horca, hubiera formado parte de esos aristócratas que se levantaron contra el zar para obtener una Constitución y abolir la servidumbre, pero en mi familia, como se verá, parece una constante estar siempre, en política, en el lado menos simpático. Por su parte, su hijo Yegor fue asesor de colegio de tercer rango, consejero de la Corte de séptimo rango, consejero titular y, por último, consejero de Estado, títulos todos ellos que parecen bastante oscuros y subalternos, pero que, en el laberinto jerárquico de funcionarios que creó Pedro el Grande, no eran indignos de un noble

de alto linaje. Para hacerse una idea de esa tabla de rangos, en orden creciente de importancia: si eras registrador de colegio, secretario de Gobierno, secretario de colegio o consejero titular, tenías derecho a que te llamaran «Su Nobleza». Si te ascendían a asesor de colegio o consejero de colegio, «Su Alta Nobleza». Consejero de Estado: «Su Alto Nacimiento». Consejero de Estado activo o consejero privado: «Su Excelencia». Consejero privado activo o consejero privado activo de primera clase: «Su Alta Excelencia». Junto con los triples nombres propios –Yegor Yevgráfovich Komarovski, por ejemplo–, esta jerarquía es una de las particularidades culturales que dificultan la lectura de novelas y obras de teatro rusas a los lectores extranjeros. Mi padre tuvo siempre el retrato de Yegor en su habitación, quizá porque su aspecto le inspiraba confianza, y lo cierto es que el suyo es uno de los rostros más amables de esa galería de personajes en conjunto estirados, donde la mayor parte de las caras –a diferencia de lo que ocurre con los georgianos– reflejan más la época y el origen social que la personalidad. La alta cuna y la casta tienden a desindividualizar. Cuando uno es príncipe, no es fácil ser algo más que príncipe. No es fácil ser uno mismo. Yegor, al final de sus días, se retiró a la finca familiar de Gorodnia, nombre con el que mis padres, en un gesto conmovedor, bautizaron la modesta villa que compraron en la costa vasca a mediados de los años sesenta. Allí cultivó sus jardines, trató bien a sus siervos, al parecer, y escribió unas memorias que «el autor de estas líneas» (que es como mi padre se refiere a sí mismo) dice haber traducido del ruso, palabra por palabra, con la ayuda del diccionario. Lamentablemente, por más que las busqué, no las encontré en ninguna parte.

Retratos de familia: los Panin

Si algún día nos peleamos mis hermanas y yo por las reliquias familiares, será, como somos tres, por los dos grandes retratos

ovales que muestran, el primero, al hijo de Yegor, Vladímir, conde de Komarovski, y, el segundo, a su mujer, Leonila, de soltera condesa de Panin. Vladímir posa vestido de civil, aunque, como casi todo el mundo en su mundo, empezó su carrera en el ejército y, luchando contra los turcos, alcanzó el grado de general. Su rostro, con esas patillas, tiene un aspecto honorable, un pelín blando, no parece ni un lince ni tampoco un hombre malvado. De joven fue ayudante de campo de Alejandro II, con el que jugaba al ajedrez. «El 27 de diciembre de 1863», escribe el zar, «mi compañero Komarovski ha venido a pedirme permiso para casarse con la joven Panin.» Esta joven Panin, Leonila, es la hermosa modelo del otro retrato, pintado en tonos ciruela y rosa palo por su hermana mayor, que por su parte contraerá matrimonio con un príncipe Viazemski, o Wiazemsky. De esta rama descenderá Anne Wiazemsky, actriz que estuvo casada un tiempo con Jean-Luc Godard, y novelista sensible que escribió dos libros preciosos sobre su familia de emigrantes. Anne ya murió, nos queríamos mucho y nos gustaba tratarnos de primos. Con los Viazemski y los Panin, accedemos a la cima del prestigio nobiliario. Mi padre pasa de puntillas sobre un joven Panin que era paje en la corte de Iván el Terrible –paje en la corte de Iván el terrible me parece tan descabellado como, pongamos, jefe de gabinete de Vercingétorix–, y sobre un montón de boyardos, barines y vaivodas hasta llegar al gran Nikita Panin, que fue maestro de ceremonias en la corte, gobernador de Omsk y embajador en Berlín, pero cuyo auténtico título de gloria es haber participado, en 1801, en el asesinato del zar Pablo I. Él es el regicida al que se refería Macron en los Inválidos, y su crimen, como veremos, decidirá la orientación profesional de mi madre. En la cumbre de su carrera, poseía 14.381 almas (así se llamaba a los siervos), 115.450 deciatinas de tierras, es decir, un poco más de 120.000 hectáreas, un palacio en Moscú y otro en San Petersburgo. Desempeña un papel secundario en la biografía de Potemkin que escribió aquel historiador inglés, Simon Sebag Montefiore, que me contó la juventud de Stalin en el transcurso de la animada cena en Petróvich. Con un dominio del adjetivo que nos deja desarmados, Montefiore describe a mi

antepasado como alguien «regordete y glacial» (dan ganas de conocerlo).

Bosco Bello

No estaba de más, para situar el contexto, leer los dos párrafos anteriores, pero no hace ninguna falta recordarlos para lo que viene a continuación. Ahora el campo se estrecha, las caras van cobrando formas concretas. Estamos en 1895. La familia Komarovski suele pasar el invierno en Moscú, el verano bajo el cielo infinito de Gorodnia, y el otoño y la primavera en varios destinos vacacionales de Europa: Interlaken, Biarritz, Baden-Baden... Es en BadenBaden donde la hija nacida de la unión de esos dos retratos ovales, la joven condesa Olga Komarovski, conocerá a su futuro marido. ¿En qué circunstancias? Me las imagino, quizá erróneamente, mundanas y banales: una excursión, una partida de whist, una velada de baile en el casino. Hemos vislumbrado a Victor von Pelken de niño, vestido de paje en casa de su tío, el príncipe de Wied. En el ínterin ha servido unos diez años en el ejército prusiano, como banderín en 1887, subteniente en 1893 en el 4.º Regimiento de la Guardia, teniente en otro regimiento, después de lo cual se ha acuartelado en Coblenza, donde lleva la vida agradable y vana de un oficial de buena cuna en tiempos de paz: juega a las cartas, bebe ponche y maltrata a su ordenanza. Con todo, debe de tener un lado seductor, si conquista a esa joven condesa rusa que es más rica y más guapa que él. Tengo una foto de ambos de la época en que se conocieron, él con el uniforme que no llevará por mucho tiempo, y ella con el sombrero, el parasol y manguitos de piel, bastante guapa, en efecto, aunque le encuentro un aire de malvada (probablemente porque mi madre, su nieta, lo decía). A Olga y a Victor no les apetece vivir ni en Alemania ni en Rusia, donde reside toda la familia de Olga, así que compran –o más bien ella compra– en San Domenico, cerca de Florencia, un palacete del siglo XVI rodeado de un parque de doce hectáreas. Esta

imponente residencia, que durante un tiempo fue propiedad de los Médici, se llamaba Bosco Bello, y cuando, un siglo después, a mediados de los años noventa, la villa que mis padres habían adquirido en la costa vasca y bautizado Gorodnia se quedó pequeña para una familia que se había ampliado con varios nietos, como entretanto tenían más dinero, la vendieron para comprarse, en la isla de Ré, una casa no más bonita, pero sí más acorde a su nuevo estatus, casa que, con la misma mezcla de esnobismo y candor, se apresuraron a llamar Bosco Bello. Para adquirir y mantener el primer Bosco Bello, que he intentado visitar en dos ocasiones sin que nunca me abrieran la verja, había que ser rico *de verdad*, y cuando Olga y Victor toman posesión de la finca, él piensa a lo grande. No tengo la menor información sobre cómo ni bajo qué influencia un proyecto así germinó en la cabeza de un arrastrasables prusiano, pero lo cierto es que mandó construir cinco mil metros cuadrados de invernaderos y contrató a media docena de jardineros para cultivar orquídeas con la esperanza de buscarse a la vez una ocupación y unos ingresos que completaran los que daban las tierras de Olga. El proyecto será un estrepitoso fracaso, como todo lo que emprendió esta gente sin paciencia ni sentido práctico. Los invernaderos serán un pozo sin fondo, pero no importa mientras siguen llegando las rentas de las tierras rusas. Llevan una vida mundana y rutilante: reciben muchísimo, tanto a la aristocracia italiana como a la europea. Cosima Wagner, hija de Liszt, viuda del mago de Bayreuth y futura admiradora de Hitler, es una habitual de la casa. Un día, uno de los dogos de Victor la persigue y acorrala contra un árbol, y él decide matarlo a tiros.

La pequeña Nathalie

La infancia de Nathalie, mi abuela, lo tenía todo para ser maravillosa. Una residencia principesca, una vasta propiedad, animales de compañía –a los que amaría toda su vida–, una

esmerada educación. Cuando digo «esmerada educación» no me refiero solamente a que fue educada en casa, sino a que seis institutrices de nacionalidades distintas se turnaban para hablar a los niños los lunes en alemán, los martes en ruso, los miércoles en italiano, los jueves en inglés, los viernes en francés y los sábados en español (el domingo libraban). La de Nathalie, sin embargo, no es una infancia feliz. Aunque su padre la quiere, la quiere sin efusión, y las capacidades afectivas de su madre, que tampoco debían de ser nada del otro mundo, se concentran por completo, desde que nace cinco años después de Nathalie, en su hermano Woldemar. Hay una foto muy elocuente de los tres en el parque de Bosco Bello. Olga, con un canesú plisado, el cuello cerrado por un camafeo, el pelo recogido en forma de corona, el rostro adusto, podría ser perfectamente uno de esos personajes de madrastra siempre dispuesta a sacar el látigo que imaginaron Dickens, Daudet o la condesa de Ségur. Lleva en brazos y se come con los ojos al niñito de pelo rizado, negrísimo, y da la espalda a la niña que queda en segundo plano, de cara afable y terriblemente triste, una tristeza afable que la acompañó toda su vida. Sus padres no se llevan bien, y, aunque a Nathalie se lo ocultan, no es ningún secreto que Woldemar es hijo del jefe de jardineros napolitano que Victor contrató para sus faraónicos invernaderos. Caballero de la cabeza a los pies, Victor lo reconoce como hijo legítimo. Se queda un año más en Florencia, por aquello de guardar las formas y las convenciones, luego pide el divorcio, cosa inaudita en esa época y en esos círculos, y vuelve a Berlín, donde morirá en 1937, esto es, veintisiete años después de haberse marchado de Italia, sin haber vuelto a ver a su hija. Nathalie no conoció a ningún miembro de la familia de su padre, ni conocerá tampoco a ninguno de la familia de su madre hasta que a Olga, cuya vida mundana se ha marchitado después del divorcio, le entre la nostalgia de la tierra natal y decida, en 1913, retomar el contacto con Rusia y pasar allí las vacaciones de verano con sus hijos.

El tío Fiódor en Kotelnich

Una foto amarillenta de ese verano de 1913 en Gorodnia muestra a cuatro personas sentadas en sillones de mimbre bajo una gran sombrilla. Un poco a su aire, una jovencita que debe de ser una dama de compañía se entrega humildemente a labores de costura. Las otras tres conversan sumidas en una ociosidad y una charla inconexa que, evidentemente, recuerda a Chéjov. Son tópicos, pero creo que los tópicos sobre Rusia son siempre ciertos, e incluso que cualquier juicio sobre Rusia que no sea un tópico tiene todos los números de ser falso. Una de las tres personas que conversan es Olga, a la que se reconoce por el porte desagradable; los otros dos son sus hermanos Fiódor y Yuri. Del primero, que lleva unos quevedos, sombrero de paja y traje blanco o crema, tengo bastante información por una razón concreta. Entre 2000 y 2003 estuve varias veces en una pequeña ciudad rusa llamada Kotelnich, uno de esos poblachos típicos, siniestramente típicos, de la Rusia profunda que apenas han cambiado desde las desoladoras descripciones de Chéjov: «¡Nuestra ciudad tiene doscientos años de existencia y cien mil habitantes y, sin embargo, no hay uno solo entre ellos que sea distinto a los demás!... ¡Ni uno solo que, ni antes ni ahora, haya sobresalido en algo! ¡Ni un sabio, ni un artista, ni una persona de alguna notabilidad, capaz de despertar la envidia o el deseo apasionado de la emulación!... ¡Todos se limitan a comer, a beber, a dormir..., para luego terminar muriendo! ¡Los que nacen después también comen, beben, duermen y, para evitar que el aburrimiento llegue a embotarles, introducen, como variante en su vida, los chismes, el vodka, los naipes, los pleitos!». Más adelante contaré, si tengo ocasión, qué hacía yo exactamente en Kotelnich. De momento basta con decir que estaba rodando un documental. Éramos un equipo reducido, cuatro personas, que grabábamos lo que podía grabarse, que no era gran cosa: por ejemplo, durante varios días, el paso de los trenes bajo el puente del ferrocarril. Mis compañeros tampoco sabían muy bien qué se nos había perdido allí, y menos aún los habitantes, que reaccionaban con desconfianza a nuestras

propuestas de conversación y entrevistas. «¿Qué venís a grabar a Kotelnich? Si tenemos una vida de mierda. ¿Es lo que queréis sacar en la tele francesa?» Al regreso de mi primera estancia, se lo conté a mi padre, que se puso en alerta, los ojos brillantes como un perro trufero: «Dime una cosa, ese Kotelnich tuyo no estará en el distrito de Viatka, ¿verdad?». Yo, desconcertado: «Pues sí...». Mi padre: «Eso es muy interesante, porque tu tío bisabuelo fue gobernador del distrito de Viatka: tengo que comprobarlo, diría que fue hacia 1910...». Mi padre fue a comprobarlo y sacó de sus archivos la foto chejoviana que acabo de describir, en la que Fiódor Komarovski charla bajo la sombrilla con su hermana y su hermano. Antes de que volviera a viajar a Kotelnich, mi padre me preparó una cincuentena de fotocopias perfectamente ordenadas en una carpeta, lo cual me conmovió sin que yo pudiera sospechar que me iban a ser de utilidad. Pero, una vez allí, repartí algunas por si acaso, y esas copias grises de una foto amarillenta resultaron ser, para mi gran sorpresa, una llave maestra que me abrió todas las puertas. Que mi tío bisabuelo hubiera sido gobernador del distrito bajo el Antiguo Régimen causaba mucha impresión en Kotelnich, y más aún que fuera conde. La gente incluso se me acercaba a hablar con veneración, como si yo fuera el señor de la comarca. Mi sospechosa presencia se explicaba mejor. La indolencia chejoviana de la foto, no obstante, es engañosa: el gobernador era de natural colérico, hasta el punto de que fue relevado del cargo por, en un arrebato de ira, haber tirado por la ventana a un pedigüeño porque le caía gordo.

El pendenciero

Más allá de esta hazaña, parece que el tío Fiódor fue un alto funcionario imbuido de orgullo de clase, tirando a antipático, a diferencia de su hermano pequeño, Yuri, que, de los Komarovski, era en mi opinión el más amable, en todo caso aquel que más apreció Nathalie. Hasta su muerte, y pese a haberlo conocido solamente un

verano, hablaba de él con una especie de adoración. Tras ingresar en el prestigioso regimiento de guardias a caballo, Yuri no se contentó con llevar la vida tranquila de un oficial de la nobleza en varias guarniciones y estados mayores. Hizo en primera línea, codo a codo con los soldados que estaban a su mando, todas las guerras que podían hacerse en su época, y en tres continentes: en 1895, la guerra de los bóxers en China; en 1901, la guerra del Transvaal en Sudáfrica; en 1904, la guerra ruso-japonesa; en 1912, la guerra de los Balcanes en la que Rusia ayudó a Bulgaria contra los turcos; la Primera Guerra Mundial y, por último, la guerra civil, de la que hablaremos en breve. Siempre en todos los frentes, muy rara vez se presentaba en la corte, pero, en cambio, sí acudía a veces a Gorodnia en busca de descanso, donde su estatura colosal, sus historias de emboscadas, su desdén por la etiqueta y su humor inmisericorde lo convertían en el ídolo de los niños. Los incitaba al crimen, a hacer trastadas a las institutrices, a cazar furtivamente. De modo que es verdad que en sus compromisos bélicos el tío Yuri no apoyó nunca a los rebeldes, sino siempre a las potencias coloniales: lo contrario habría desbordado por completo su marco mental. Pero era un pendenciero, un calavera que, en una foto hecha en Gorodnia, no aparece vestido con un uniforme vistoso, como todos los militares, lleno de alamares, charreteras y condecoraciones familiares, sino con una chaqueta de cuero gastado que le confiere el aspecto de un viejo guarda de caza socarrón y un poco, también, de Indiana Jones. Empuja a una niña modélica en una especie de carretilla. Esa niña modélica es mi abuela. Y creo que ella, que tan pocos momentos de felicidad tuvo, en esa carretilla empujada por el aventurero tío Yuri, fue feliz.

«Vivíamos tan bien»

En verano, en el curso de almuerzos en los que rara vez se juntaban menos de diez comensales, a veces ocurría que el

mayordomo se inclinaba hacia el señor y le decía al oído que fuera había un grupo de aldeanos que querían verle. El señor arrugaba la servilleta, rogaba que lo excusaran y salía a ver a los aldeanos. Venían a pedirle que mediara en tal o cual conflicto rural, o a reivindicar derechos: dejar pastar a su ganado en los prados del señor, coger setas en sus bosques o talar algunos árboles. Si, como solía ocurrir casi siempre, se les concedía la petición, una veintena de brazos vigorosos levantaban al señor y, en señal de gratitud alegre, lo lanzaban al aire como si fuera una crepe. La familia y los invitados seguían comiendo, las miradas dirigidas a las ventanas entreabiertas tras las cuales tenía lugar esa experiencia de levitación. «Allí aparecía, durante un momento, la figura de mi padre con su traje blanco de verano ondulado por el impulso, magníficamente despatarrado en el aire, las extremidades en una actitud curiosamente despreocupada, sus bellas e imperturbables facciones vueltas hacia el cielo. Por tres veces, impulsado por los potentes envites de sus invisibles lanzadores, volaba de esta guisa, y la segunda vez subía más alto que la primera, y luego, en el último y más elevado vuelo, aparecía reclinado, como si fuera para siempre, contra el azul cobalto del cielo de mediodía de verano.» Nunca, en ningún sitio, he oído hablar de este ritual que Nabokov describe así en sus recuerdos de infancia, y me pregunto si se lo inventó, si fue algo excepcional que ocurrió una vez y adquirió el rango de leyenda o si, como parece indicar el uso del imperfecto, era relativamente frecuente en casa de los Nabokov, y solo en su casa. Lo que es seguro es que, en verano de 1913, cuando Olga hizo con sus dos hijos la gira por las propiedades de la familia, los miembros de esta familia aún podían, con una dosis de ceguera que parece no haberles faltado nunca, dejarse encandilar por tales evocaciones e imaginar Rusia, según la frase de Nicolás II, como «un latifundio en el que el propietario es el zar, el administrador la nobleza, y los trabajadores son los campesinos». ¿Cómo iban a imaginar que esos Vanias bonachones que, con los ojos húmedos de gratitud, manteaban al señor hacia un cielo cobalto, que esos Vanias cándidos a quienes se deseaba lo mejor, siempre y cuando se quedaran, tranquilos y respetuosos, en sus isbas repletas de iconos y

cucarachas, irrumpirían cuatro años más tarde con sus horcas, sus hoces, sus hachas y sus palas en sus cómodas mansiones y las saquearían antes de masacrar a los señores y a sus administradores, colgarlos de las ramas de los maravillosos huertos, castrarlos igual que cincuenta años antes sus siervos habían no solo castrado sino también asesinado a ese alcohólico cruel que fue el padre de Dostoievski, o hacerles cavar sus propias tumbas, como le tocó hacer a un tal conde Grégoire Lamsdorff antes de ser fusilado delante de su hermana pequeña, Nathalie? Esta otra Nathalie, prima de mi bisabuela Olga, era entonces una muchachita a la que yo conocí cincuenta años más tarde, muy anciana, muy pobre, muy gorda, con el nombre de tía Natasha; y en su apartamento minúsculo y lúgubre de Issy-lesMoulineaux, sentada junto a la ventana casi pegada a una pared de ladrillo, la tía Natasha seguía preguntándose con un asombro que infundía candor: «Pero ¿por qué lo hicieron? Vivíamos todos tan bien. Les hacíamos tanto bien...». La tía Natasha era todo bondad y mansa tontería, al contrario que otra emigrante, Nina Berbérova, que vivió todo aquello con los ojos bien abiertos, grandes, secos, crueles, y resume muy bien el asunto, creo, cuando afirma que Tolstói se equivocó al describirnos, en un pasaje conocidísimo de *Guerra y paz*, a la criada que mira con ternura a Natasha Rostova y a sus amores. La criada tendría que haberla odiado, a esa muchacha maravillosa, colmada de todos los dones del cielo; la verdad es que, sin lugar a dudas, la odiaba, y es lo que tendría que haber escrito Tolstói si hubiera sido perspicaz y no hubiera estado locamente enamorado de su heroína.

En medio de la tormenta

A finales del verano de 1913, Olga vuelve con sus dos hijos a Italia. Ninguno de ellos volverá a poner los pies en Rusia. Luego viene la guerra. Y, más tarde, las dos revoluciones de 1917. La de febrero, que se suele olvidar, es una revolución burguesa

encabezada por personas como Vladimir Nabokov padre, que, cuando no levitaba en el cielo de cobalto, era un destacado miembro del partido de los cadetes –por sus siglas, KD, constitucionales demócratasy, en calidad de jurista, redactó el acta de abdicación del zar. Es un antiguo debate entre historiadores: estos revolucionarios de febrero, tan honorables, ¿fueron la ocasión que Rusia dejó escapar de convertirse en un país normal? Si fue así, la dejaron escapar por indecisión, por andarse con rodeos, por falta de sentido político, por dejar vía libre y todo el espacio a los bolcheviques para que tomaran el poder en octubre. (Lenin: «Para que una revolución triunfe, en realidad no hacen falta revolucionarios: basta con dejar hacer a los dirigentes».) Los Nabokov tomaron el camino del exilio haciendo un alto en Crimea, un paraíso de palmeras y cipreses en el que Vladimir Vladímirovich, el hijo –apuesto, petulante, irresistible–, inventará con su primera novia un juego consistente en comentar sus propias hazañas y gestas como si escribiera, tras su muerte, su biografía de escritor ilustre. Todo es significativo, todo es premonitorio: «Siempre recordaré la observación que hizo Vladimir Vladímirovich una noche calurosa. "Hace", dijo, "una noche calurosa"». «Me acuerdo como si fuera ayer: tenía la costumbre de encender sus pitillos antes de fumárselos.» Se morían de la risa. El tío Fiódor Komarovski, por su parte, aquel que había sido gobernador de Viatka y tiraba por la ventana a sus administrados cuando no le caían bien, pasó al principio algunos meses relativamente tranquilos, escondido en Gorodnia, a la espera de que las cosas se calmaran. No se calmaron. Su vecino y primo, el príncipe Borís Viazemski, el bisabuelo de mi amiga Anne, fue literalmente descuartizado por esos Vanias bonachones, ebrios de un odio de clase que Lenin avivaba repitiendo todos los días su mantra: «¡Fusilar, fusilar, fusilar! ¡Aterrorizar, aterrorizar, aterrorizar! ¡Gasear, gasear, gasear!». «A un hombre», decía también Lenin, «no hay que preguntarle qué ha hecho bien o qué ha hecho mal, sino a qué clase social pertenece. Su suerte debe depender de eso y de nada más.» «Pero entonces», le preguntó, un tanto desconcertado, Steinberg, su comisario de justicia, «¿por qué nos molestamos en tener un comisariado de justicia? ¿Por qué no lo llamamos abiertamente el

comisariado de exterminio social? Sería más claro.» Lenin, con su cara de calmuco y su sonrisa astuta: «Sería mucho más claro. Solo que no podemos llamarlo así». Disfrazado de proletario, es decir, mal afeitado, cubierto con una gorra y sin quevedos, el tío Fiódor abandonó furtivamente Gorodnia y se dirigió primero a Moscú y después a San Petersburgo, rebautizada durante la guerra con el nombre de Petrogrado porque sonaba menos alemán. Se encontró una ciudad sumida en la oscuridad, reducida a un cuarto de su población, por la que, como en un ensayo del terrible asedio de 1940, deambulaban personas demacradas, heladas, rebajadas a disputar a las ratas, para poder comer, los caballos que se dejaban muertos en las calles. Incluso les cortaban ahí mismo la carne de los costados. La helada había reventado las tuberías, al principio se quedaron sin agua caliente, luego sin agua en general, nadaban en un sofocante olor a meados y mierda, y sobre todo tenían miedo: acababa de empezar la época en la que cualquiera, antes del amanecer, podía esperar que dos hombres de la Cheka llamaran a su puerta y, sin saber por qué, lo subieran a un coche negro y nunca más se lo volviera a ver. Fiódor se aventuró hasta el portal de su edificio. El antiguo conserje, al que los niños adoraban porque les daba caramelos, le explicó que sus dos plantas estaban ahora ocupadas por varias familias de proletarios. Fiódor primero suspiró, creyendo que comulgaría con el viejo en un abatimiento que iba más allá de la barrera de clase, pero enseguida le entró la sospecha de que el viejo, como tantos otros, podía ser un delator, y se largó pitando. Todos los que podían huir huían, a pie, a caballo, en tren. Fiódor se encontró en Finlandia, en Tartu –una ciudad de la que personalmente guardo un bonito recuerdo, ya que mi editor finlandés, para celebrar la publicación de uno de mis libros, organizó allí, para los críticos, los libreros y el mundillo de la edición, un cóctel en una sauna, donde bebimos y hablamos de literatura todos en cueros–. En Tartu, decía, Fiódor tiene la suerte de conocer y casarse con una condesa, rica como él, pero que, a diferencia de él, ha podido sacar sus pertenencias: una colección preciosa de maestros flamencos, Frans Hals, Van Eyck, Cranach, de la que irán deshaciéndose poco a poco y que hará que su exilio sea más que

cómodo. El tío Fiódor, pues, salió bien parado, lo cual no puede decirse de su hermano Yuri. Las últimas noticias que Olga tuvo de él es una postal en cuyo dorso escribió: «Hay una guerra en marcha, voy a ir a echar un vistazo, sería una pena perderse algo así». Esta guerra era la guerra civil rusa, que causó estragos en el sur del país entre el Ejército Rojo y el Ejército Blanco. Huelga decir que Yuri luchó en las filas del Ejército Blanco, pero ahí es difícil decir qué bando era el bueno: primero porque la violencia y la crueldad se desataron por igual en ambos bandos, y luego porque solo los prejuicios ideológicos permiten decidir qué era peor, si las fuerzas de la reacción –especialmente conservadoras y políticamente poco alentadoras– o las del bolchevismo, cuyas intenciones resumía Orwell como sigue: «Lenin no instauró una dictadura para salvar la Revolución, hizo la Revolución para instaurar una dictadura». En el caso del tío Yuri, sin embargo, las cosas eran aún más confusas, puesto que pasó la guerra civil en las primeras filas de la División Salvaje, un cuerpo del ejército famoso por su ferocidad e integrado por musulmanes del Cáucaso que combatían a los bolcheviques en nombre del Imperio otomano. Para mayor gloria de la Iglesia ortodoxa y del zar de todas las Rusias, el viejo pendenciero luchó así al lado de guerreros mahometanos que, antes de la Revolución, eran sus enemigos naturales (imaginémonos a Buffalo Bill siendo compañero de armas de Toro Sentado). A juzgar por una foto en la que se lo ve rodeado de soldados que parecen jenízaros, con el uniforme zarista, más alto sentado que su caballo de pie y con ese aire valiente y socarrón que tenía cuando empujaba a su sobrina pequeña en una carretilla, en Gorodnia, no parece que lo paradójico de ese alistamiento le supusiera el menor problema. Según la tía Natasha, la que vio cómo su hermano cavaba su propia tumba y lo enterraban vivo, el tío Yuri habría sido capturado por los Rojos y arrojado a un pozo, también vivo. Asimismo, podrían haberle reventado los ojos o cortado las orejas, podrían haberlo arrojado a un alto horno o dejado desnudo a -30 °C hasta que se transformara en una estatua de hielo, o sometido al «truco del guante», ideado por el jefe de la Cheka de Járkov, que consistía en sumergir el brazo de la víctima en agua hirviendo hasta que se formaban unas

ampollas que permitían desollarlo adecuadamente. Cuando el eco de esas noticias llegaba a Florencia, se alegraban de estar lejos del teatro de operaciones; pero, como ya no recibían las rentas de las tierras rusas, la vida no tardó en complicarse. Empezaron por recoger velas despidiendo a los jardineros –ignoro cuánto tiempo más se quedó por los alrededores el padre de Woldemar ni hasta cuándo fue amante de Olga, imagino que ambas fechas coinciden–. Luego despidieron al resto del servicio, alquilaron Bosco Bello y se replegaron en unas dependencias que habían dejado esos mismos sirvientes. Luego vendieron Bosco Bello. Dado su considerable valor, e incluso admitiendo que la engañaron de medio a medio, no deja de asombrarme lo poco que tardó Olga en volverse pobre, y, cuando digo pobre, digo pobre de solemnidad. En cinco o seis años lo perdió todo. En 1923 no le quedaba literalmente nada.

El sol en el cristal

Para concluir este preámbulo: durante sus últimos años en Italia, la joven Nathalie von Pelken, mi futura abuela, descubre la montaña. Se aficiona a la marcha en las Dolomitas, de las que pinta bonitas acuarelas del natural. Hoy conservo tres delante de mi escritorio, que representan un sendero en un prado alpino, vacas, una cabaña y cumbres nevadas a lo lejos. Me alegra verlas cuando levanto la vista del ordenador. En esas excursiones, que ella hacía en zapatones y vestido de lunares, Nathalie acompañaba a un montañero consumado que se llamaba Guido Rey. Este industrial turinés era sobre todo un alpinista que logró ascensiones espectaculares –la Pointe Blanche, en la cresta del Dent d'Hérens, la primera ascensión del Cervino por la cresta del Furggen– y publicó libros considerados clásicos: *El monte Cervino*, *Alpinismo acrobático*. Un refugio en los Alpes italianos lleva su nombre. Era también un fotógrafo cuyas copias, expuestas en las colecciones del Musée d'Orsay o del Getty Museum, gozan todavía hoy de mucha demanda.

En un número de homenaje que le dedicó la revista del Club Alpino Italiano, uno de sus amigos cuenta que, cuando las visitas salían del chalet que tenía delante de su amado Cervino, él les decía que, una vez que llegaran a la cima, se dieran la vuelta y miraran en su dirección: jugaría con el batiente de la ventana y haría que el sol destellara en el cristal. Era su manera de decir adiós, buen viaje. Como a muchos pioneros del alpinismo, le preocupaba ver que se iba popularizando y profanando, y temía ese instrumento de degradación que prometían ser los teleféricos. Esperaba no estar ya en este mundo cuando se instalara uno en las laderas del Cervino, y sus deseos se cumplieron: Guido Rey murió en 1931, un año antes de ese desastre. Ahora bien, ¿cómo explicar que aquel hombre de sesenta años, al que llamaban «el poeta de la montaña», y al que me gusta imaginarme como una especie de Erri de Luca de su tiempo, llevara a las Dolomitas a una guapa aristócrata germano-rusa de veinte años? ¿Qué relación tenían? ¿Iban solos? ¿Dormían en refugios? ¿En el chalet de él? ¿Cómo es posible que Olga permitiera a su hija semejantes escapadas? Yo pensaba que ella se contentaba con caminar: ¿también escalaba? Además de excursiones, ¿hacía también alpinismo? ¿Con un piolet y crampones? Sea como fuere, esas excursiones por la montaña duraron hasta 1923, fecha en la que lo que queda de la familia Von Pelken se dispersa. Hubieran podido permanecer juntos, tratar de salir todos juntos adelante, como hacen los Zurabishvili. Para no haberlo intentado siquiera, tenían que quererse realmente muy poco. Debieron de sentarse los tres, como hacen los rusos cuando se separan para un viaje, y, después de unos momentos de silencio, levantarse haciendo el signo de la cruz y hasta aquí hemos llegado. Olga se marcha con Woldemar, primero a San Remo y luego a Niza, donde se ha refugiado una importante comunidad de emigrados rusos. Nathalie probará suerte en París. Todas sus pertenencias, como las de los Zurabishvili cuando se fueron de Georgia, caben en una maleta. Tiene veintidós años, no le queda un céntimo y está completamente sola en el mundo.

4. LOS EMIGRADOS

La Sociedad de los que antaño paseaban por el Jardín de Verano

Mi teoría de que todos los tópicos sobre Rusia son ciertos es especialmente aplicable a la emigración blanca de los años veinte, pero no creo que Nathalie, mi abuela, conociera sus aspectos más pintorescos. No bailó al son de las balalaikas en los cabarets cíngaros de Montmartre ni brindó con vodka con Joseph Kessel, tirando un vaso tras otro por encima del hombro mientras él, con su cabeza de león, deslumbraba a los presentes triturando los suyos con los dientes. Creyente, tímida, pobre, sin amigos ni conocidos en París, su punto de referencia natural era la catedral ortodoxa de la rue Daru, en el distrito XVII, donde mi madre vivirá treinta años más tarde –quiero decir: no solo en el XVII, no solo en la rue Daru, sino, como veremos, en la mismísima catedral–. Nathalie acudía todos los días para asistir a los oficios y oír hablar ruso. Aunque tenían puntos en común, la emigración de la rue Daru era más estirada que la de los cabarets de Montmartre, con su personal de gente venida a menos –que en la Unión Soviética se llamaban *bivshie liudi*, «exgente» o «gente de antaño»–, de oficiales del Ejército Blanco en desbandada –el Ejército Blanco estaba casi exclusivamente integrado por oficiales, es una de las razones de su debacle–, de damas de honor de la emperatriz, como la amable tía Natasha, la que no comprendía que se hubiera derrocado un régimen en el que todo el mundo vivía tan bien. Esta gente profusamente condecorada, muy distinguida en su miseria, no vio venir nada, no entendió nada de lo que les estaba pasando. No tenían más programa que la restauración idéntica de una sociedad que, aparte de ellos, ya nadie quería. Se convencían de que el bolchevismo no duraría mucho y pronto podrían regresar a su país, a sus fincas. Pero también había, al margen, intelectuales menos irreflexivos que llevaban revistas de

emigrados de tirada exigua en las que colaboraban Nabokov –que entre Berlín y Estados Unidos, vivió un tiempo en París–, Nina Berbérova o el primer marido de esta, Vladislav Jodasévich, poeta mordaz y genial que fundaba cada día una nueva asociación: la «Sociedad de los que antaño paseaban por el Jardín de Verano», la de los «Amantes de *Anna Karenina* más que de *Guerra y paz*», el «Club de personas capaces de distinguir, en la versificación rusa, los yambos de los troqueos», y el de «Gente capaz de recitar de memoria todos los letreros de la perspectiva Nevksi antes de 1917»: los cines Parisiana y Piccadilly, el circo Ciniselli, célebre por sus combates de lucha grecorromana, y, en la esquina con Karavannaia, la juguetería más bonita que ha existido jamás. De nuevo según Berbérova, la configuración típica de una familia de la emigración rusa era el padre que conducía un taxi, la madre que ganaba 60 céntimos por hora bordando a domicilio para grandes modistos, el hijo que era recadero en la tienda de comestibles de la calle Daru (pepinillos *malosol*, pan con semillas de amapola, treinta marcas de vodka), y la hija, un bellezón como la condesa Grabbé en su juventud, que hacía de modelo en Schiaparelli.

Hijos de Lenin

Para pagarse la habitación del hotel des Alliés, donde solo había un cuarto de baño por rellano y se cocinaba a escondidas sobre los radiadores, Nathalie empezó cuidando niños de familias rusas que aún conservaban algo de su fortuna. Le pagaban por horas, ella hubiera preferido un trabajo de institutriz a tiempo completo, pero no encontró ninguno y se puso a estudiar taquigrafía, una decisión que su futura suegra, Nino Zurabishvili, feminista intransigente, reprobaba abiertamente: una mujer no debe dejarse encasillar nunca en un oficio considerado femenino y, por definición, subalterno. De tanto cruzarse en el pasillo del hotel con esa jovencita tan mona y reservada, Nino la invitó a tomar el té en la

habitación que Vano y ella compartían con su hijo Levan, todavía bachiller. Georges, que acababa de llegar de Berlín, también tenía la suya en el rellano, lo cual debería haber contribuido a hacer realidad el enternecedor ideal de su madre: «Cada uno pondrá su parte en la mesa común, y con los tres modestos salarios crearemos un estado de bienestar general» (solo que a Georges aún le costaba más que al resto encontrar un trabajo que al principio hubiera querido a la altura de sus titulaciones, y que era la persona menos indicada del mundo para crear un estado del bienestar general). Pero la jovencita rusa lo encandila. Él la corteja. Tenían en común que hablaban varios idiomas: él, el ruso, el inglés, el alemán, el francés –el georgiano a duras penas–, y ella, los mismos menos el georgiano, a los que había que sumar además el italiano, ya que se había criado en Italia. Una muchacha rusa de apellido alemán que se había criado en Italia era algo intrigante, seductor. Entre ellos se convirtió en un juego hablar cambiando de idioma, bromeando en una lengua para luego pasar a otra, igual que los acróbatas se lanzan desde un trapecio hacia los brazos que les tienden sus compañeros. Estas piruetas políglotas eran una buena forma de enamorarse. Un día, Nathalie le confió a Georges la historia de las institutrices que se turnaban para que cada día se hablara en casa una lengua diferente. «¿Me estás diciendo que teníais siete institutrices?», preguntó Georges. «Solo seis, el domingo nos dejaban estar en silencio.» Tal y como me imagino a mi abuelo, debió de fingir que le parecía la mar de natural, igual que fingiría no sentirse deslumbrado por lo que, con toda la modestia posible, Nathalie le contaba sobre la residencia ducal de la Toscana y las vastas fincas en Rusia, donde por lo demás no había pasado más que un verano. Se casaron el 29 de marzo de 1925, y el banquete de boda, una orgía de *kotleti* y de *lobio*, se celebró en la pequeña habitación llena a rebosar de georgianos, puesto que ninguno de los dos conocía a franceses, y Nathalie, con la excepción de la tía Natasha, no tenía familia alguna. Además de ser notoriamente generosos y hospitalarios, los georgianos presentan ese rasgo singular, que sorprende en un pueblo a la vez pobre y colonizado, de no tener ningún complejo de inferioridad. Más bien al contrario: creen que no hay nada más envidiable que ser

georgiano. A la mínima ocasión, brindan para congratularse por ello. No concibo que esa comida pudiera transcurrir sin que Vano, en calidad de *pater familias*, contara la historia favorita de los georgianos. Después de crear el mundo, Dios asigna una tierra a cada pueblo. Enfrascados como están en beber y festejar como de costumbre, los georgianos no oyen la llamada. Cuando llegan, es demasiado tarde: está todo repartido. Se lamentan. Le juran a Dios que si no acudieron a su llamada es porque estaban muy ocupados rezándole. Dios no se deja engañar, pero tiene debilidad por los georgianos. Se había guardado para su uso personal un pedacito de tierra bendita, oculta tras unas montañas altas cuyas cumbres nevadas resplandecen bajo el sol, al abrigo de las cuales todo son valles fértiles, huertos y viñedos, vinos embriagadores, mujeres risueñas y sensuales, hombres viriles y bigotudos que se pasan el día departiendo en el café, jugando al dominó y rasgueando despreocupados las cuerdas de una guitarra: el paraíso en la tierra. «Venga, georgianos», dice Dios, «os la doy. Ya vendré a vuestra casa de vacaciones.» Nathalie, por supuesto, se rió al oír ese brindis que su suegro destiló con tanto ingenio y una galanura tan profunda, pero le molestó que armaran tanto escándalo para felicitarla por el honor que le concedían de acogerla en una familia georgiana. No era en absoluto una esnob, pero aun así: ¿cómo era posible que aquella gente tan cordial, más buena que el pan y tremendamente inteligente, no fuera consciente de que en su vida de antes, en su vida de *bivshie liudi*, ese matrimonio entre un plebeyo georgiano y una aristócrata germano-rusa emparentada con toda la nobleza europea era, desde el punto de vista de esta, un mal casamiento, algo casi inconcebible, y que nunca habría podido tener lugar porque sus caminos jamás se habrían cruzado? Mi tío Nicolas lo resumió un día que le dijo a mi madre (a ella no le hizo ninguna gracia) que ambos eran hijos de Lenin. Y es verdad: sin la Revolución de Octubre, sus padres no se habrían conocido. Ellos no habrían existido, y tampoco yo.

El demonio de Georges

A diferencia de los demás Zurabishvili, Georges era plenamente consciente del abismo que separaba a su familia de la de su mujer –en el mundo de antes, se entiende, porque en el nuevo mundo, donde a ambos les había pasado por encima la apisonadora de la destrucción creativa, estaban exactamente en la misma situación–. Creo que lo que intuía del mundo del que ella procedía le seducía, y que también se enamoró de eso –de lo mismo que se enamorará mi padre cuando, veinticinco años después, conozca a mi madre–. Sin embargo, al día siguiente de la boda, un Georges sombrío e inquieto le dice a Nathalie que ese matrimonio ha sido un error y que la hará infeliz porque él mismo es un infeliz. Él era infeliz con independencia de las circunstancias exteriores. Era –son sus palabras– «de constitución infeliz». En esas condiciones, era deshonesto por su parte unir su destino al de una mujer joven que merecía ser feliz. ¿Cómo reaccionó Nathalie? Imagino que pensaría que hubiera podido decírselo antes. Por otra parte, ella misma había tenido todo el tiempo del mundo para darse cuenta, después de los tres años que hacía que se conocían y compartían en París esa vida de emigrados pobres que cortaba de raíz todo atisbo de alegría. Ella había encontrado trabajo de secretaria plurilingüe, él se había puesto de taxista, profesión en la que, es bien sabido, los emigrados rusos y adicionalmente georgianos están sobrerrepresentados. A todos se les llamaba príncipes, por simplificar. A diferencia del de Nathalie, el salario de Georges no era tal, ya que le pagaban por carrera y él rechazaba dos de cada tres para no interrumpir sus extensas lecturas filosóficas. Por muy ajustado que fuera su presupuesto, los recién casados pudieron mudarse a un apartamentito en Vanves: 26 metros cuadrados y dos habitaciones, ya que Georges quería a toda costa que durmieran separados. No era nada del otro mundo, pero sí mejor que el hotel des Alliés: al menos estaban en su casa. Unas semanas después de la boda, sin embargo, Georges volvió del trabajo aún más sombrío e inquieto que de costumbre y anunció que no aguantaba más la vida en común, o

más bien que su infelicidad constitutiva iba a hacerle insoportable la vida en común a Nathalie, y que lo mejor para los dos era que él se fuera a vivir a otra parte. ¿Con qué dinero? Ya se las apañarían. Encontró una habitación en la rue de Malte, cerca de République, y empezó a cruzar París dos o tres veces por semana para visitar primero a su mujer, y luego a su mujer y a su hija, Hélène, mi madre, nacida el 7 de julio de 1929. Nathalie y él no discutían; o, en todo caso, no discutían mientras Nathalie se aferraba a la ficción según la cual ese arreglo que la entristecía profundamente era el resultado de una decisión conjunta, tomada por el bien común, y no algo que le había sido impuesto sin previo aviso, de forma brutal e incomprensible. Con esa condición, Georges se comportaba como un visitante amable aunque cansino, porque, apenas colgaba el abrigo, y mientras Nathalie preparaba la cena o daba de comer a la pequeña Hélène, sacaba el paquete de cigarrillos y se ponía a fumar y a hablar, ambas cosas a un ritmo frenético, sin esperar de ella más que vagas réplicas. A Georges le gustaban las discusiones intelectuales, pero, si no tenía adversario, le bastaba con los monólogos. Todo tenía cabida: los libros, Dios, sus problemas de trabajo. Entre los autores en beneficio de los cuales mandaba a paseo a potenciales clientes del taxi, los que anotó con más atención eran Bergson y Jacques Maritain, filósofo cristiano que, con su mujer, Raisa, convirtió a brazo partido a la planta mayor y menor de la Nouvelle Revue Française, empezando por Gide, aunque Gide, que, como yo, era de la opinión del último que hablaba, se convertía fácilmente a cualquier cosa y se desconvertía con la misma facilidad. En un libro de Maritain hay una anotación de mi abuelo que me hace reír. Delante del nombre de Auguste Comte, escribió con su letra menuda: «mal bicho». A Nathalie le interesaba poco Maritain, y menos aún Auguste Comte, pues su alimento espiritual era la teología ortodoxa, cuyos máximos exponentes eran, entre los muertos, Vladímir Soloviov, y, entre los vivos, Nikolái Berdiáyev, emigrado como ellos a París, que publicaba sus libros en pequeñas editoriales rusas y los mandaba traducir a sus discípulos. Mi abuela tradujo algunos artículos de Berdiáyev al italiano y frecuentaba el grupo informal que se reunía a su alrededor en la casa que el

filósofo tenía en Meudon. Cuando su mujer hablaba de esta eminencia, Georges se encogía de hombros como si le estuviera hablando de un autor de novelitas rosas, pero ese desdén no era nada en comparación con el auténtico odio que albergaba por otro de los ídolos de Nathalie: Tolstói. La demolición de Tolstói era la piedra de toque de la bravura de Georges Zurabishvili: quienquiera que sacara el tema podía estar seguro de que la velada se pondría interesante. Tolstói, ese terrateniente riquísimo que nunca se percató de que tenía miles de siervos que se pudrían en chozas insalubres, asfixiados por el humo de la estufa, con enjambres de mosquitos en los ojos escrofulosos de los niños, y que de pronto un día ve la luz y comprende que su vida de señor es vana e inmoral, que solo la de ellos se ajusta al Evangelio, y decide ponerse a aprender de ellos, «o sea», exclamaba mi abuelo gesticulando y haciendo caer la ceniza del cigarrillo sobre el único mantel de la casa, «¡que se puso a *darles lecciones*!». Y Tolstói cambió su ropa de noble caballero por la camisa del mujik, fingió humildad con todo ese orgullo monstruoso, se puso a segar y escribió páginas interminables para explicar lo bonito que es segar, lo mucho que le gusta a Dios que el hombre siegue. Pero lo peor no era Tolstói. Lo peor eran los tolstoyanos, los peregrinos que acudían de todas partes a Yásnaia Poliana, la finca del gran hombre, para recabar su testimonio: «Díganos cómo tenemos que vivir, Lev Nikoláievich. Sálvenos del pecado, Lev Nikoláievich. Cristo habla por su boca, Lev Nikoláievich». Secta de vegetarianos fanáticos calzados con sandalias, amigos del pueblo y de la humanidad en general, pero de ningún hombre en particular... Abrumada por esa avalancha de sarcasmos, mi abuela protestaba tímidamente. Los tolstoyanos le daban igual, pero quería a Natasha Rostova, al príncipe Andréi y a Pierre Bezújov... como si fueran sus amigos. Para ella, leer y releer *Guerra y paz* era como tumbarse en un prado en verano y ver pasar las nubes y sentirse llena de vida. Mi abuelo negaba con la cabeza. No hablaban el mismo idioma. Él era un apasionado de las ideas y un genio de la amargura. Su faro era Dostoievski, que comienza su primera gran obra, *Memorias del subsuelo*, con estas palabras: «Soy un hombre enfermo. Un hombre malvado». Todo lo que sigue tiene

el mismo tono. Hombre del subsuelo, sí, hombre enfermo y malvado, hombre que se esconde en el sótano, hombre del resentimiento, hombre de las frases repetitivas, tortuosas, alquitranadas, elucubrantes, a las que las frases de mi abuelo, en sus cartas, se parecen mucho. En su día leí unas treinta, que me prestó mi tío Nicolas, y las utilicé para bosquejar en *Una novela rusa* ese retrato de mi abuelo que, como se verá, hirió profundamente a mi madre. Esas cartas interminables, donde sus sinsabores profesionales se deben todos sin excepción a «gente que me tiene inquina», cuando no directamente a complots contra su persona, esos arrebatos alternos de exaltación y desespero muestran sin lugar a dudas que Georges sufría un trastorno bipolar. Cuando escribí el libro, no sabía lo que era, pero entretanto me han diagnosticado a mí la enfermedad, que encaja tan bien con lo que me ha atormentado, y ha atormentado a los demás, durante toda mi vida, que resulta poco menos que un alivio: sabemos lo que es y que, en cierta medida, se puede tratar. En mi caso, el litio funciona bastante bien. Reduce la magnitud de esos cambios de humor que afectan a todo el mundo, incluso a las personas más normales, pero que en los bipolares se acentúan mucho más. Todo el mundo tiene altibajos, momentos de euforia y momentos de desánimo, pero, en el caso de los bipolares, que en otro tiempo se llamaban maniaco-depresivos, los altos son más altos y los bajos, más bajos. Lo he pagado caro, pero, echando la vista atrás, creo que he sabido aprovechar la enfermedad como un instrumento de conocimiento. Aprender a detectar y en cierto modo anticipar esas peligrosas fluctuaciones del humor es conocerse mejor a uno mismo y conocer también mejor algo de lo que nadie escapa, algo que es parte de la condición humana. Para que sea útil, sin embargo, es imprescindible ser consciente de ello y, en el mejor de los casos, poder convertirlo en algo. Sumido en dificultades materiales, sin acceso a la psiquiatría ni al psicoanálisis, dotado de una inteligencia muy afilada pero sin talento creador, mi abuelo no tuvo suerte. Se sentía movido por un demonio cuyo nombre ignoraba, al que nunca pudo dominar y contra el cual su pasión por la filosofía más abstracta y especulativa no lo protegía, sino todo lo contrario

La cabellera en llamas

Las fotos de la más tierna infancia de mi madre, a principios de los años treinta, muestran a una niñita alegre y espabilada, a la que rodean una madre distinguida, alta y delgada hasta los huesos, que parece llevar siempre vestidos de verano, y un padre con abrigo y sombrero, la frente surcada de arrugas profundas, el ceño fruncido, que, en su caso, parece estar llegando o marchándose a toda prisa. Un hombre entre dos puertas, entre dos vidas, nunca en ninguna parte. La mayoría de estas fotos están sacadas en el hermoso parque de Meudon, puesto que Meudon, adonde Nathalie y su hija se habían mudado, siempre en un apartamentito minúsculo, era uno de los centros de la colonia rusa de París, a tal punto incluso que se pronunciaba *Miedonsk*. *Kliemar* era Clamart, donde vivían la tía Natasha y el círculo de Berdiáyev, y *Biyanncour*, donde tantísimos rusos encontraron trabajo como obreros en las cadenas de montaje de las fábricas Renault, Billancourt. De sus primeros años, mi madre contaba tres recuerdos: uno triste, otro extraño y un tercero encantado. El primero, el triste, era que a Nathalie, que adoraba los animales, le habían regalado un gatito por el que ambas estaban locas. Una visita lo aplastó por descuido. ¿Era esa visita mi abuelo? Si es así, entiendo que hubieran preferido olvidarlo. El desconsuelo de la pequeña Hélène fue tal que nunca más hubo animales en casa, y fue en balde que mis hermanas y yo, mucho tiempo después, imploramos tener uno. El segundo recuerdo, el extraño, tiene por escenario la iglesia ortodoxa, en el oficio de Pascua. En términos generales, los servicios ortodoxos son muy largos, y el de Pascua todavía más. La gente se pasa horas de pie, con un cirio en cuya parte inferior se coloca un collarín de papel para que la cera que gotea no les queme los dedos. La pequeña Hélène se aburre. Al lado tiene a su madre, seria, en recogimiento. La asamblea compacta de fieles salmodia los infinitos *Góspodi pomilui Góspodi pomilui Góspodi pomilui*, señor-ten-piedad-señor-tenpiedad-señor-ten-piedad, mientras el sacerdote barbudo, vestido de oro, mueve el incensario. Delante de la pequeña Hélène hay una niña mayor que ella, de ocho

o diez años, que luce una densa cabellera pelirroja. La pequeña Hélène se queda fascinada con esta cabellera pelirroja. Se pregunta qué pasaría si acercara el cirio. Si prendería. Acerca el cirio. Sabe muy bien que es una tontería. La llama lame la espesa cabellera pelirroja. La espesa cabellera se enciende. Mi madre nunca se hacía de rogar para contar esta historia, a nosotros nos encantaba que nos la contara. Nos imaginábamos a la niña pelirroja convertida en una antorcha viviente. Que por suerte no es lo que ocurrió. La cosa se saldó con algunas puntas chamuscadas y un mechón que hubo que cortar. Aun así, el pelo se incendió de verdad. Durante unos instantes, la niña pasó mucho miedo, y también sus padres. Disipado el miedo, y como esos padres eran ortodoxos caritativos, en lugar de hacer un drama, se dedicaron a consolar a la niña pequeña responsable del accidente: era evidente que no era culpa suya. Lo que convierte la historia en extraña es que, de vuelta a Meudon, Hélène le confesó a su madre que no, que no había sido en absoluto un accidente. Que había prendido fuego a propósito a la niña que tenía delante. En vez de regañarla, su madre le dijo que estaba bien querer hacer experimentos: que era señal de una mente curiosa e incluso científica (la última parte de la historia solo me la creo a medias; pero no deja de intrigarme, evidentemente, que mi madre sí se la creyera).

Una cuestión de lengua

No es solo que mi madre llame *Miedonsk* a Meudon y *Kliemar* a Clamart: es que está convencida de que vive en Rusia. Hasta los cinco años de edad, cuando empieza el colegio, solo habla ruso. El asunto del idioma es complicado. Los hermanos de Georges, Archil y Levan Zurabishvili, son dos pilares de la comunidad georgiana. Levan, el más joven, se casará en breve con una georgiana, Zeinab. Sus hijos, Otar y Salomé, hablarán francés en la escuela pero georgiano en casa, y más tarde enseñarán el georgiano a sus

propios hijos, lo cual no impedirá que todos ellos se integren con éxito en la sociedad francesa. En casa de Georges y Nathalie, en cambio, solo se habla ruso. Georges, que sabe Dios cuán tiránico podía ser, nunca habló más lengua que la de su mujer, jamás la obligó a ella, ni a los niños, a aprender una sola palabra de la suya. Él mismo finge hablarla muy mal y juzga con un desdén apenas disimulado todo cuanto tiene que ver con Georgia. Los maratones de brindis, el vino espeso y negro que rebosa de unos cuernos de carnero, los nombres de pila exóticos, Melquisedec, Agripina, Heracles, los cantos de los montañeses a capela, la reina Tamara a la que llaman el rey Tamara, todo eso le parece... ¿cómo decirlo? ¿Provinciano? ¿Quién conoce a un gran escritor georgiano? Solo uno. ¿Niko Nikoladze? ¿El gran Niko? Seamos serios. Al casarse con Nathalie, Georges se alegra –en la medida en que alguna vez se alegrara por algo– de haberse librado de una cultura puramente local para acceder a una cultura mayor, cuyos grandes nombres –Pushkin, Lérmontov, Dostoievski; dejemos de lado a Tolstói– se veneran en el mundo entero. Dicho en términos contemporáneos: dejó la lengua del colonizado por la del colonizador. Mi madre no podía ser más hija suya: se pasó la vida observando Rusia, escribiendo sobre Rusia, amando Rusia, sin manifestar el menor interés por ese pequeño pueblo, a sus ojos arcaico, folclórico y chovinista, del que procedía en un cincuenta por ciento. Y yo no puedo ser más hijo de mi madre, en este aspecto y en tantos otros que trataré de aclarar en este libro.

Keremma

Un día –es el tercer recuerdo–, mi madre tiene cinco años, estamos a principios del verano de 1934, sus padres le anuncian que pasará las vacaciones en casa de una amable señora francesa a la que no conoce. Que ella también tendrá que ser amable, educada y, sobre todo, no quejarse. Mi madre aún no ha viajado nunca, su

madre le prepara una maleta pequeña y su padre la lleva a la estación de Montparnasse, donde los está esperando la amable señora francesa. Georges intercambia unas palabras en francés con ella en el andén desde donde el tren partirá hacia Brest, le da un beso a su hija y se va. La amable señora francesa no habla ni una palabra de ruso; la pequeña niña rusa, ni una palabra de francés. La señora amable sonríe a la niña pequeña, y la niña pequeña le devuelve la sonrisa. Empieza el hechizo. No sé cuántas veces nos contó mi madre este episodio decisivo de su vida, pero siempre lo hizo con la misma alegría y con la misma gratitud por aquella mujer, que se llamaba Pauline Rumeaux. Sin engañar de verdad a Nathalie –bueno, eso decía mi madre–, Georges tenía «aventuras», amistades amorosas con mujeres cuyo rasgo común era que todas provenían de la buena burguesía francesa, y Pauline Rumeaux era la más notable de esas «aventuras». Parisina, protestante, madre de una familia muy numerosa, era también uno de los pilares de una especie de falansterio fundado cuarenta años antes por un industrial socialista de obediencia sansimoniana, Louis Rousseau. Había adquirido unos terrenos cerca de un pueblo del departamento de Finisterre, Keremma, y había construido varias casas en las que, en verano, se daban cita una decena de familias amigas. Tenían el usufructo de esas casas y se las transmitían de generación en generación siempre y cuando no trataran de venderlas. Disputaban regatas, bajaban, en pantalón corto, a pescar gambas en una playa que, con la marea baja, se extendía hasta el infinito. Mi madre pasó todo el verano en Keremma, con una pandilla de niños a los que dejaban de la mañana a la noche en total libertad, descalzos, en traje de baño, un suéter a rayas debajo de la cama y un impermeable por si caía un aguacero. Uno de esos niños se convirtió en un gran amigo: el sobrino de Pauline, Étienne, con el que veinte años más tarde estará en un tris de casarse. Al cabo de un mes, mi madre hablaba francés perfectamente; el problema fue más bien reaprender el ruso a la vuelta. Aprendió a leer y empezó a devorar los libros de la Biblioteca Rosa, la colección de libros juveniles ya manoseados por dos generaciones de críos. Le encantó la condesa de Ségur –de soltera Rostopchiná, como precisaba la cubierta–, y se

identificó primero con la descaradísima Sofía de *Las desventuras de Sofía* –la clase de niña perfectamente capaz de prender fuego, por curiosidad, a su vecina de iglesia– y luego con los niños franceses que se aventuraban a descubrir Rusia en *El general Durakin*. A última hora de la noche, después de que un adulto fuera por tercera vez a apagar la luz, mantenía en vilo a su círculo de niños contándoles que había nacido en Rusia, que sus padres vivían allí, que pronto se reuniría con ellos y que los rojos habían arrojado a su tío a un pozo ante sus propios ojos. No echaba de menos en absoluto a sus padres, a los que sin embargo quería. Pasó lejos de ellos tres meses llenos de una felicidad suprema. Al verano siguiente volvió a Keremma, pero no al otro; nunca supo a ciencia cierta el motivo, pero ella intuía que fue una riña entre su padre y Pauline Rumeaux. En su lugar, la mandaron a un hogar para niños de la emigración rusa, a Morges, a orillas del lago Lemán. Otros, expulsados de un paraíso como Keremma, se habrían deprimido. Pero no ella, que guardaba un recuerdo muy grato de esa estancia. Niña intrépida, siempre dispuesta, siempre contenta, enemiga de la autocompasión y el mal humor. Ese optimismo y esa capacidad de adaptación, que serán rasgos constantes de mi madre toda su vida, los atribuye a la educación de su propia madre, cuyo lema era el de Disraeli: *Never complain, never explain*. Nunca te quejes, nunca des explicaciones, algo que su padre hacía todo el tiempo, y yo ya ni te cuento.

Nina Berbérova va al cine

Nina Berbérova conocerá la gloria literaria en el otoño de su larga vida. En los años treinta, cuando lleva en París la vida de una emigrada pobre, ya es una excelente memorialista, seca, sin ilusiones ni lagrimeos, de una independencia feroz. «Detesto en particular», escribe, «todo cuanto huela a "nido", a espíritu familiar, a maternidad. Calentarse junto a alguien, acurrucarse contra él,

buscar refugio se me antoja repugnante y humillante. Mi felicidad es llevar una existencia libre, cultivar mi autonomía interior, cualesquiera que sean las vicisitudes del destino.» Gracias a una curiosidad poco frecuente entre los emigrados, Berbérova acude de tarde en tarde a una salita en la que una célula del Partido Comunista Francés organiza proyecciones de películas soviéticas. Berbérova no menciona el título de la película que ha visto ese día, tan solo dice que sucede en 1918, lo cual me lleva a volver a visionar *Octubre*, el falso documental que Eisenstein rodó con motivo del décimo aniversario de la Revolución. Es edificante: un monumento del cine –Eisenstein era un genio–, pero también de propaganda descarada. Frente a los proletarios radiantes y los carismáticos comisarios del pueblo, los contrarrevolucionarios (mencheviques con impertinentes, generales del Ejército Blanco, kulaks barrigones, capitalistas que le chupan la sangre al pueblo...) no solo son abyectos, sino que además se enorgullecen de su abyección, se regodean en ella con un deleite malicioso, realmente la escoria de la humanidad. En un momento determinado de la película, un banquero desalmado frustra los esfuerzos de Lenin por enderezar la economía del país. El Banco Central, donde se ha refugiado, está asediado por proletarios que gritan (y los buenos comunistas franceses, en la sala, los secundan): «¡Linchadlo! ¡Rompedle los dientes! ¡Muerte a los enemigos de la clase obrera!». Lo arrestan, la cámara se acerca a él. Berbérova reconoce entonces, atónita, al enemigo del pueblo, con su bonito abrigo con bocamangas de piel, su cuello abotonado, sus impertinentes y su aire judío.

Es su padre.

La mazmorra

«Desde la pantalla», escribe Berbérova, «su mirada recayó en mí, sentada en aquella sala de cine parisina. Nuestras miradas se

cruzaron. Se lo llevaban, escoltado, para fusilarlo. Hacía quince años que no lo veía y no volví a verlo nunca más.» Muchos años después supo que su padre, economista judío que se había quedado en la Unión Soviética y sobrevivía mal que bien, había sido reclutado en la perspectiva Nevksi por el director de cine Kózintsev, que buscaba un actor para el papel de enemigo del pueblo. La verdad es que tenía toda la pinta. Hizo una carrera modesta, encasillado en esos papeles que más de una vez le valieron insultos en el tranvía, antes de que se le perdiera el rastro dentro del caos de las grandes purgas estalinistas. Además de poner los pelos de punta, esta historia expresa algo de lo que no siempre somos conscientes de verdad. Emigrar, huir de la Unión Soviética no era únicamente resignarse a no regresar y no volver a ver a aquellos que dejabas atrás, sino también a no saber nada de ellos nunca más. ¿Estaban vivos o muertos? Nada de cartas ni teléfonos: ya se había alzado el telón de acero. No es algo que afectara a Nathalie, que conocía demasiado poco a su familia materna como para preguntarse quién se había quedado en la enorme mazmorra en que se había convertido Rusia –más allá del querido tío Yuri, al que los rojos habían arrojado a un pozo–. Por la parte de los Zurabishvili, en cambio, circulaba el rumor de que una prima había sido secuestrada y torturada personalmente por Lavrenti Beria, el otro gran georgiano del Partido, aquel cuya madre, recordémoslo, era amiga de Nino y se hacía abrir la iglesia de noche para rogar a Dios que perdonara los crímenes de su hijo. En calidad de jefe del NKVD, Beria no solo fue responsable de la muerte de millones de hombres. Era también, a título personal, un sádico que se hacía llevar por el chófer, a altas horas de la noche, al centro de Tiflis, donde circulaba lentamente por las amplias avenidas hasta que veía a una mujer que le gustara. Entonces, el chófer y el guardaespaldas bajaban del coche y la secuestraban para que el hombrecillo calvo con gafas finas de montura de oro pudiera violarla, molerla a palos, desfigurarla y, finalmente, por lo general, matarla. Se decía que, si alguna de nuestras parientes había corrido esa suerte, probablemente nunca lo sabríamos.

La residencia de los Inválidos

La Unión Soviética era opaca. No se sabía nada de lo que ocurría dentro, o solo mentiras. La Alemania nazi era todo lo contrario. Allí ocurrían cosas terribles, pero a la vista de todo el mundo. Solo la solución final será puesta en práctica en secreto. Las leyes antijudías de Núremberg, en cambio, se promulgaron *urbi et orbi*, y todo el mundo era invitado a comprobar por sí mismo los beneficios. Con esta facilidad de circulación, sorprende aún más que Nathalie no volviera a ver a su padre, Victor von Pelken, entre su marcha de Bosco Bello en 1910 y su muerte en 1937. Aunque se escribían. Mi tío Nicolas, que pronto hará su aparición en esta historia, conserva algunas cartas de su abuelo, en una bonita caligrafía gótica, gracias a las cuales sabemos que, en Berlín, Victor vivía en la Invalidenhaus o residencia de los Inválidos. Lo que no sabemos es si ejercía alguna función concreta o si tenía allí un apartamento en razón de los servicios prestados como militar, tampoco muy impresionantes, ya que había dejado la carrera de las armas para vivir lujosamente en la Toscana con el grado de capitán, no había participado en ninguna guerra y no era inválido. En una carta de los años veinte, una época de inflación desbocada en la que, como se enseña en los libros de historia, hacía falta una carretilla llena de billetes para comprar una hogaza de pan, y dos carretillas al día siguiente, se lamenta de ir justo de dinero y de matarse a subir, en uniforme, escaleras y más escaleras de edificios burgueses para colocar folletos patrióticos y religiosos, y ganarse así los varios millones de marcos que le permitirán presentarse dignamente en la residencia de verano de los Bismarck, en Carlsbad, adonde lo invitaban todos los años en calidad de pariente lejano. Su empobrecimiento no entrañaba degradación. A pesar del hundimiento de Alemania, conservaba su rango en el universo aristocrático, colectivamente caído en desgracia, en el que había nacido. En sus cartas no se menciona a nadie que no sea Von algo, título que a menudo va acompañado de un grado militar. Cuando volvió a casarse, lo hizo con una pequeña baronesa báltica, treinta años más joven, pero de una salud tan frágil que moriría

antes que él; en el ínterin, pasará la mayor parte de su tiempo en sanatorios por toda Europa. Entre visita y visita a primos o amigos recluidos en sus castillos de Bohemia o Baviera, Victor la acompañará a los balnearios, y, en la única foto que conozco de ellos –en Davos, en la nieve, él vestido de calle, ella tan abrigada que apenas se le ve la cara; detrás de ellos un trineo que parece la utilería de un estudio fotográfico–, ambos me dan la impresión de ser dos personajes secundarios de *La montaña mágica*, que Thomas Mann escribía por esa misma época. En la carpeta dedicada a la familia alemana de su mujer, mi padre escribe algo enigmático: «El enorme silencio que rodea la muerte de Victor von Pelken en 1937 lleva a Nathalie a creer que lo han eliminado en la primera purga organizada por Hitler en contra de la aristocracia alemana y los viejos cuadros del ejército imperial, que le eran hostiles. Sin embargo, no hay pruebas que lo confirmen». ¿De dónde sacó Nathalie esa idea? Yo no puedo sino preguntarme qué pasó con los famosos «folletos patrióticos y religiosos» que vendía puerta a puerta para sacarse un poco de dinero. En una carta a su hija fechada en abril de 1927, Victor se declara muy comprometido con un movimiento religioso, la Nueva Iglesia alemana, según la cual el mensaje de Cristo ha sido desvirtuado por el pensamiento judío. En consecuencia, hay que «desjudaizar» el Nuevo Testamento y rechazar directamente el Antiguo... Otra carta, de 1931, expresa el deseo, entonces habitual, de que el nacionalsocialismo se imponga sobre el bolchevismo, y, como la correspondencia, o lo que de ella nos ha llegado, termina en 1932, no hay forma de saber si Victor von Pelken, como quería persuadirse Nathalie, terminó como un viejo soldado al que unos valores militares y aristocráticos a la antigua llevaron a conspirar contra Hitler, como un acólito del partido nacionalsocialista o como ni una cosa ni la otra: un jubilado pobre, viudo, que se lamentaba de la carestía de la vida y asistía a reuniones de veteranos de guerra, lo que tal vez no sea más que una variante de la segunda opción.

El hotel Ric et Rac[1]

No sé quién comunicó a Nathalie la muerte de su padre, pero creo que le causó una profunda tristeza. Hacía veintisiete años que no lo veía, no había acudido a su boda, pero ella le quería. Fue esa sensación de despilfarro, esa amargura del «demasiado tarde» las que le hicieron retomar el contacto con su madre, a la que no quería. Se habían separado en 1923, en Niza, donde Olga, arruinada, se había instalado provisionalmente con Woldemar. Quince años después seguía viviendo allí, sin Woldemar, que había echado a volar hacía tiempo, y Nathalie llevó a Hélène, que entonces contaba diez años, a conocer a su abuela antes de que fuera demasiado tarde. En las inmediaciones de los casinos, en primera línea de mar, hay grandes hoteles de lujo, relucientes, con fachadas blancas, puertas giratorias, bares tranquilos con butacas de piel, un ejército de botones, de aparcacoches, de criados de librea a los que unos hombres con esmoquin, del brazo de mujeres con vestidos largos, dejan propinas estratosféricas. En estos decorados uno se cruza con gente muy rica, con príncipes rusos auténticos o falsos, con aventureros, estafadores, chulos extravagantes, personajes de Lubitsch que piden en el bar «la luna en una copa de champagne» (esta réplica aparece en una película maravillosa que se llama *Trouble in Paradise* en inglés, y que en francés se tradujo como *Haute pègre*, «hampa de postín», no sé qué título me gusta más).[2] El reverso del decorado tiene menos encanto. En las callejuelas de detrás del casino hay hoteles cochambrosos como ese Ric et Rac en el que Nathalie tuvo la desagradable sorpresa de encontrar a su madre. La clientela de esa clase de hoteles suelen ser jugadores asiduos de poca monta, gente menesterosa que apuesta poco y gana poco. Obsesionados con las martingalas, su sueño no es tanto que el crupier les acerque con el rastrillo una montaña de fichas destinadas a perderse enseguida, sino más bien encontrar, a fuerza de cálculos, una fórmula, un sistema para vivir de la ruleta con unas ganancias modestas, pero seguras. Los sistemáticos, que es como se los conoce, envidian y detestan a los grandes apostadores, a los que

juegan por el placer y la emoción. Los grandes apostadores, por su parte, ignoran a los sistemáticos. Los crupieres y el personal de los casinos los desprecian. A decir verdad, nada indica que mi bisabuela fuera una sistemática, ni siquiera que jugara. Solo lo deduzco por el hecho de que vivió más de diez años en un hotel frecuentado casi exclusivamente por jugadores. Me la imagino llevando una vida en la estrechez y la amargura, sin amigos, comiendo sola en un pequeño café. Su belleza sin dulzura se había transformado en una sequedad surcada de arrugas, desabrida, y no parece que volver a ver a su hija y conocer a su nieta le hiciera especial ilusión: en su vida sin acontecimientos, cualquier imprevisto suponía una molestia. Nathalie y Hélène solo pasaron una noche en Niza, de donde volvieron tristes; la cosa no mejorará cuando, quince años más tarde, encuentren el rastro de Woldemar. Adelantémonos: al comienzo de la guerra, que estallará en el próximo capítulo, Olga abandona Niza y se marcha primero a Alemania y luego a Austria, donde retoma el contacto con su hermano Fiódor, el único de sus parientes que ha salido bien parado de la ruina generalizada de las grandes familias rusas blancas tras la Revolución. Como está muy necesitada y a él lo sabe sentado sobre los Cranach y los Van Eyck de su esposa, espera que la ayude; él la ayuda, pero de forma testimonial y una sola vez, y le da a entender amablemente que, tal como están las cosas, las riquezas no son inagotables y que no debe contar con que la saque de más apuros. Cada vez más pobre, más solitaria, misántropa y hablando sola por la calle, Olga continúa su errancia por Europa hasta llegar a Lainz, cerca de Viena, donde termina en 1943 en un hogar de ancianos cuyos residentes mueren de hambre al final de la guerra. Solo deja un reloj de níquel, insuficiente para cubrir los gastos de su entierro. «Este recorrido que empezó bajo los dorados de San Petersburgo termina con el trozo de níquel de Lainz, como para ilustrar la máxima *Sic transit gloria mundi*», concluye «el autor de estas líneas», es decir, mi padre, que, en 1990, aprovechando un congreso de aseguradoras en Viena, se pasó horas buscando la tumba de la altiva Olga von Pelken, de soltera condesa Komarovski, en el cementerio de Lainz. En balde. Debieron de enterrarla en la fosa común.

El sanatorio de Brévannes

Los padres de Nathalie eran gente rígida, imbuida de prejuicios de clase, a la que la pérdida de la fortuna y los privilegios hizo saltar en pedazos. Su historia está tejida de separaciones, vanidad zaherida y soledad. Los padres de Georges, Vano y Nino, son justo lo contrario. También para ellos, que no eran aristócratas sino miembros destacados de la *intelligentsia* de su país, fue un desclasamiento vertiginoso encontrarse, él, de mozo de almacén en el Bon Marché, y ella, alimentando a la familia de *kotleti* amasados con la carne más barata, a veces la destinada a los perros, en un infiernillo a gas, en un hotel que no era mejor que el Ric et Rac de Niza. Si lo llevaron mejor fue porque, a diferencia de los padres altivos de su nuera, ellos eran una familia unida, que se quería, que formaba un cálido refugio contra la adversidad y nunca se descompuso. Y más allá de esta familia estaba el clan de georgianos de París, de una solidaridad a prueba de bomba, del que Levan, el hijo pequeño, sería después de la guerra, y hasta su muerte, el líder indiscutible. En la última foto que de ellos se conserva, Vano y Nino están sentados en un banco, ella vestida con una gruesa chaqueta de lana sobre un vestido negro, el pelo blanco recogido en un moño más bien suelto, una mano en el regazo sosteniendo la otra, y esas manos son bellas, y noble su abandono. La mirada es directa, benévola, firme: mujer fuerte, inteligente, para nada reducida a la condición femenina media de su época. Él, el brazo izquierdo pasado por la espalda de ella, le estrecha con cariño el hombro izquierdo, y posa la mano derecha, bien abierta, en el hombro derecho de ella. Lleva boina y un traje de pana deforme. El que fuera jurisconsulto del Transcaucásico parece un viejo obrero que se lía él mismo los cigarrillos. El rostro, arrugadísimo, es risueño, indulgente, y en la expresión de ambos se lee: mientras estemos los dos juntos, Vano y Nino, todo irá bien, nada podrá en realidad afectarnos –bueno, sí: que a nuestros hijos les pasara una desgracia, a nuestros tres chicos, a nuestro maravilloso Architun, a Levantchik, y a Goglik, que es el que más les preocupa–. En el *Pequeño libro de Anna*

Magdalena Bach hay una melodía muy simple que se titula *Bist du bei mir*, «si estás conmigo»: Bach se dirige a su mujer y le dice que, si la tiene a su lado, la muerte no le resultará amarga. La foto de mis bisabuelos georgianos ya viejos me recuerda esta melodía. Vano y Nino tendrían que haber permanecido juntos, tal y como aparecen en su banco, tranquilos, pobres y tiernos, la imagen más sencilla y fiel que tengo del amor humano, hasta que uno de los dos muriera y el otro le cerrara los ojos. Pero las cosas no fueron así. Vano tosía, le diagnosticaron un principio de tuberculosis y lo mandaron a un sanatorio en Brévannes, cerca de Orleans. Es entonces cuando estalló la guerra. En medio del caos del éxodo, Nino quería reunirse a toda costa con su marido, pero sus hijos la convencieron, de buena fe, de que se reencontrarían en breve, y huyeron todos a Burdeos. No fue hasta terminada la guerra cuando Nino se enteró de que Vano había muerto solo en el sanatorio de Brévannes el 13 de junio de 1940, el mismo día en que el ejército alemán entraba en París.

5. LA GUERRA EN BURDEOS

Memorias de Nicolas

Mi tío Nicolas, que hace aquí su entrada en esta historia, ha sido y sigue siendo una de las personas más importantes de mi vida. Desde mi adolescencia, ha ejercido en mí una influencia igual a la de mi madre, y que le hacía cierta sombra, lo cual fue para ella motivo de un rencor tenaz, inconfesado e inexpiable hasta el final. Aunque no me esperaron, la verdad sea dicha, para tener una relación difícil. Hace algunas semanas –escribo esto en noviembre de 2023, tres meses después de la muerte de mi madre– fui a visitarlo, como hago a menudo, a la casa en la que vive con su mujer, Catherine, cerca de Mantes-la-Jolie. Nicolas, que tiene ochenta y siete años, está cansado, le tiemblan las manos, se tambalea al caminar, pero en la cara, en la mirada, en la voz cálida y envolvente conserva algo juvenil. Para mí sigue siendo, si no el jovencito que no conocí, el hombre joven que me acompañó en mis años de formación y más allá, y todavía hoy me acompaña. Después del almuerzo, nos instalamos en la gran habitación que hace las veces de salón, despacho y estudio de música. Si por él fuera, serviría también de dormitorio, porque tiene, como yo –o, más bien, yo lo he heredado de él–, un ideal inspirado en Jules Verne, el de un caparazón del que no es necesario salir, donde uno lo tiene todo, ingeniosamente arreglado y dispuesto, al alcance de la mano: el *Nautilus*, la nave espacial que sale en *De la Tierra a la Luna*. Es así como vivía, por necesidad, en las buhardillas destinadas al servicio o en los estudios minúsculos de su juventud. Otros, con la edad y un poco más de recursos, se habrían alejado de ese estilo de vida; él no. La gran sala de Mantes-la-Jolie recrea todas las habitaciones en las que Nicolas ha vivido a lo largo de su vida. Hace cincuenta años que conozco las librerías que cubren las paredes, él mismo fabricó las primeras y fue añadiendo más conforme se acumulaban los libros y el espacio era

más grande. Sé dónde están los estantes con las partituras, los libros en alemán, los libros en italiano, los libros en ruso, muchos de los cuales presentan ese olor reconocible al instante de las ediciones soviéticas: el pegamento huele a pescado. Conozco la gran mesa rústica, cerca de la ventana que da al jardín, las fotos de familia colgadas en las paredes –muchas de ellas coinciden con las de mi padre– y el gran retrato de Johann Sebastian Bach, tan severo, tan bondadoso, bajo cuya mirada uno querría vivir y morir. Se da por sentado que ese retrato me corresponderá a mí cuando Nicolas muera, quizá sea la única herencia que me importa, igual que a mi hijo Jean la daga del tío Louis Coquet: tenemos poco apego a los objetos. Conozco el samovar, el diván en el que se queda recostado porque sufre de dolores de espalda desde que era joven, el sillón en el que yo me siento, delante de él, y nos pasamos horas y horas así, charlando en confianza, en esa atmósfera tan rusa –una versión suburbana y dulce de Gorodnia–. Es la primera vez que nos vemos desde la muerte de su hermana, que lo llena de tristeza tanto porque ha muerto como porque ya no queda vivo ningún testimonio de su infancia, y porque, en el fondo, no aclararon las cosas entre ellos. Le pregunto por algunos detalles de su juventud, como he hecho a menudo, y sobre todo para escribir *Una novela rusa*, con las consecuencias catastróficas que ya contaré. En cierto momento, no recuerdo cuál fue la pregunta, me dice: «De eso ahora no me acuerdo. Pero creo que sale en mis memorias». Me quedo boquiabierto: «¿Tus memorias? ¿Qué me estás diciendo? ¿Has escrito unas memorias?». «Pues claro. ¿Qué te sorprende? Si las has leído.» «¿Cómo que las he leído? Si hubiera leído tus memorias, me acordaría.» «Parece que no. Hace quince o veinte años, incluso te quedaste a dormir, te pasaste la noche leyéndolas y por la mañana me dijiste que era muy duro con tu madre.» Bueno. Sé que Nicolas dice la verdad, soy yo, que no me acuerdo; y por más que me sorprenda, no me queda otra que admitirlo. Es verdad que mi memoria presenta algunas lagunas provocadas por eso que hoy se llama TEC o terapia electroconvulsiva, y que en su día se conocía como electroshocks. Nicolas me explica que escribió esas memorias hace veinte años, sin ambición literaria ni deseo de publicarlas, y no

para sí mismo sino para sus descendientes. Porque a él mismo, cuando mira fotos de familia, sobre todo cuando se trata de parientes lejanos, le gusta escrutar las caras de esas personas que vivieron antes que él y de las que no sabe nada, o tan poco. Le gustaría saber quiénes eran, cómo fue su vida, a qué adversidades se enfrentaron, sus amores, sus convicciones, su muerte. Lo que hizo que cada cual fuera él y no otro. Y entonces las escribió. No abarcan toda su vida, el relato se detiene en 1971, en vísperas de episodios que le resultaba muy doloroso contar. Posteriormente hizo una versión encuadernada, muy cuidada, de la que le quedan, en una caja de cartón, unos veinte ejemplares. «¿Me puedo llevar uno?» «Por supuesto.» Y es así como me voy con un libro de quinientas páginas en el que mi tío cuenta su historia con la mayor honestidad posible, con sencillez, sin alardes estilísticos pero con una claridad y una exactitud en la expresión perfectas, quién fue, lo que vivió –cosa que iba a interesarme de todos modos, pero que coincide, además, con el momento exacto en que me embarco en una empresa similar–. Estoy feliz de leerlo –o de releerlo– mientras Nicolas está todavía entre nosotros. Su muerte se acerca, es inevitable. No me gusta pensar que tendré que vivir el resto de mi vida sin él.

El padre Olympe

Nicolas tiene cuatro años cuando sus padres, su hermana mayor y él, huyendo de París, recalan en Burdeos. Cree que los recuerdos que conserva del éxodo son de segunda mano. Esas filas interminables de coches y carros cargados de muebles, inmovilizados durante horas en las carreteras, sobrevolados por aviones alemanes que dan la vuelta y lanzan bombas en un cielo muy azul, todo eso lo vio, sin duda, estaba allí, pero para él son solo imágenes de los noticiarios o del cine. Guarda un recuerdo más personal de su llegada a Burdeos. El escenario es un local muy

amplio, como el cobertizo de un patio de colegio, donde se han levantado a toda prisa tabiques, o cortinas, que dividen el espacio en habitaciones improvisadas. Familias enteras de refugiados rusos acampan allí con sus maletas, puesto que el local depende de la iglesia ortodoxa de Burdeos. Esa iglesia, que no se parece en nada a la de la rue Daru, con sus bulbos azules y dorados, ocupa el sótano de un edificio anodino. El rector se llama padre Olympe Palmin. Es un siberiano con aspecto de leñador, nacido en Krasnoyarsk, en el seno de una familia de campesinos en la que, tradicionalmente, el hijo mayor se ordenaba sacerdote. Él no era el mayor, así que eso no le afectaba. Movilizado en 1914, estuvo prisionero en Alemania; liberado al terminar la guerra, no volvió a Rusia, entretanto convertida en la Unión Soviética. Se encontró en París, sin familia, sin más experiencia profesional que la lucha por sobrevivir a diario en un campo de prisioneros chapurreando el francés, que nunca llegó a dominar. Vivió de pequeños trabajos manuales –esencialmente, de carpintería– hasta que se enteró, ignoro por qué canal, de la muerte de su hermano mayor, que se había quedado en Siberia. Ahora el hermano mayor era él, así que le tocaba. Sin dudarlo, se matriculó en los cursos de teología del Institut orthodoxe Saint-Serge. Nicolas: «Ante semejante falta de vocación, uno podría creer que reunía todas las condiciones para convertirse en el peor sacerdote del mundo. Pues no ha habido casi ninguno mejor». Cuando llega a Burdeos, sus feligreses organizan una cena para darle la bienvenida y poner a prueba su resistencia al vodka. Es un terreno en el que no se reta a un siberiano. Al término de la noche, todos habían caído redondos, todos salvo él, que se marchó diciendo: «Bueno, os espero a las ocho para el servicio». No faltó nadie. A Nathalie y a sus hijos enseguida les cayó bien el padre Olympe, sin que pudieran imaginar el papel que iba a tener en su vida. Durante unas semanas vivieron en el cobertizo en el que aterrizaron cientos de rusos a los que el éxodo había dispersado, luego Georges encontró en un barrio burgués, muy cerca del Garona, un piso mucho más grande y mucho menos caro que todos aquellos en los que habían vivido en París. No podían creerse la suerte que habían tenido, pero no tardaron en encontrar la

explicación. El edificio estaba a doscientos metros del muelle bajo el cual se encontraba una base submarina alemana que la aviación aliada bombardeaba a diario. Todas las noches había alertas, bajaban y se encontraban con los vecinos en unos sótanos de techos bajos, abovedados, de los que Nicolas guarda un recuerdo en el que la excitación se impone al pavor. Por la mañana iba hasta el final de la calle, cortada por una valla de alambre de púas más allá de la cual comenzaba la base submarina. Se escondía para observar como los soldados alemanes rellenaban con hormigón fresco, que traían en carretillas, los agujeros que los bombardeos habían causado por la noche. Las bombas aliadas fueron devastando uno tras otro todos los edificios del barrio, cuyos restos, después de la guerra, fueron derribados, de modo que, cuando volvió más tarde, Nicolas no reconoció nada. Hasta los cincuenta años conservó un recuerdo muy preciso de aquel apartamento que su madre, en una carta, llama «el piso maravilloso». Podía dibujar el plano exacto, que luego, de forma extraña –y triste para él–, se le borró de la memoria.

La muchacha ideal y el niño prodigio

Durante la mudanza del piso del quai Conti, encontré algunos deberes de Lengua de mi madre y un dibujo de ejecución primorosa que representaba a Louis Pasteur y a Charles Foucauld. El tema de los deberes era: «Haced el retrato de la muchacha ideal». Alumna del último curso del bachillerato elemental, mi madre tiene sobre la cuestión una opinión categórica: «La muchacha ideal», escribe, «tiene muchos amigos, juega al tenis y al bridge, sigue la moda y, gracias a todos estos talentos, se convertirá sin duda en una buena esposa y una buena madre de familia». Pero, a ojos de la pequeña Hélène, no basta con todo eso. «Es perfecta desde el punto de vista mundano, pero ¿dónde quedan el fondo, el alma, la inteligencia?» Esa redacción es el único rastro que tengo de mi madre bachiller. Como no escribió unas memorias, sé mucho menos de ella en esa

época que de Nicolas. Hasta los seis años, mi tío no habló más que ruso. Cuando su madre lo llevaba al parque, no entendía lo que decían los demás niños y se quedaba al margen. Incluso cuando fue al colegio y, no sin esfuerzo, aprendió francés, en casa seguía hablando ruso –salvo con Hélène, que ponía todo su empeño en hacer que él hablara, y hablar ella misma, la lengua del país en que vivían, cuya literatura ella estaba descubriendo con fervor: Victor Hugo, Balzac, Dumas, Corneille, lo leía todo–. Pese a la influencia de su hermana, la trayectoria de Nicolas adoptó un rumbo particular, en gran parte a causa de la Iglesia. Durante todo el tiempo que estuvieron en Burdeos, la parroquia que dirigía el padre Olympe fue el centro de su vida social. Nathalie y sus hijos acudían todos los sábados por la tarde para las vísperas, el domingo por la mañana para la liturgia y al menos dos veces por semana para cantar en el coro. Nathalie, que tenía una voz hermosa de mezzosoprano, era un miembro tan activo que los ensayos no tardaron en hacerse en el apartamento minúsculo, en la rue Montgolfier, por el que, muy a su pesar, habían dejado el piso maravilloso pero realmente demasiado peligroso: el edificio contiguo había quedado reducido a escombros. Una decena de rusos, que en su mayoría solo hablaban ruso, se hacinaban en el salón que también servía de habitación de Nicolas. Esa invasión ahuyentaba a Georges, al que no le gustaba la música e incluso le era hostil. Hélène, en ese aspecto como en muchos otros, compartía los prejuicios de su padre, se enorgullecía de ello, y no bien empezaban a cantar se iba ostensiblemente a su habitación a hacer los deberes. Nicolas la veía alejarse con tristeza, porque tenía adoración por su hermana mayor, la imitaba en todo y hubiera querido que le gustara eso que a él empezaba a gustarle. Se quedaba inmóvil durante horas, a cuatro patas debajo de la mesa o entre los pies de los coristas. Como la familia no tenía radio, gramófono ni recursos para ir a conciertos, esos cantos religiosos fueron su primer contacto con la música. Él dice que su conocimiento instintivo, sorprendentemente fino, de los fundamentos de la armonía viene de ahí, de la liturgia rusa. El amor precoz de su hijo pequeño por la música hizo que Nathalie lo llevara a un profesor de piano del barrio, que le vio talento. Empezó a tomar clases,

primero una vez y luego dos veces por semana. El destino de Nicolas estaba sellado: sería pianista, y un pianista virtuoso.

¿*Stalin o Hitler*?

Cuando empezó la Ocupación de Francia, los emigrados como mi abuelo se vieron ante un dilema. ¿Debían ponerse del lado de su país de acogida contra el invasor, o del invasor contra el enemigo común? ¿Debían, como franceses, considerar que el enemigo era Alemania? ¿O considerar que Alemania era el baluarte de la civilización en contra del bolchevismo? Hubo muchas discusiones sobre el asunto en la familia Zurabishvili. En una carta en posesión de Nicolas, Levan hace valer que Francia les ha dado asilo, que le deben gratitud y que sería una vergüenza aliarse con sus enemigos. A lo que Georges responde que no cree que deba gratitud alguna a un país que lo ha tratado siempre como a un perro. «Nadie te trata como a un perro», se apresuraba a replicar Levan, impaciente, «eres tú, que miras todo por encima del hombro y nunca has hecho el menor esfuerzo por integrarte.» La discusión se enconaba. Aún se complicó más, en junio de 1941, con la ruptura del pacto germano-soviético y el inesperado ataque de los nazis en el frente oriental, conocido como operación Barbarroja. El país que Alemania atacaba, y que resistía heroicamente, ¿era la Unión Soviética o Rusia? ¿Nuestro enemigo ideológico o nuestra patria eterna? A un soldado del Ejército Rojo, ¿había que considerarlo un soviético (un enemigo) o un compatriota (amigo)? Mi abuelo, en contra de sus hermanos, defendía la primera postura. Cualquier cosa antes que el bolchevismo, y había cosas buenas, decía, en el nacionalsocialismo, que devolvía el orgullo a Alemania y ensalzaba, contra el ablandamiento de la democracia, valores nobles y desinteresados. Muy exaltado, hablaba de sumarse a los soldados rusos del ejército de Vlásov, que combatían en el frente oriental al lado de los alemanes. No hizo nada de eso porque tenía una familia a cargo y,

de todos modos, su temperamento puramente intelectual hacía de ese compromiso guerrero una quimera. Durante dos años trabajó como intérprete en un garaje que abastecía a la Wehrmacht. Luego, en 1943, fue reclutado –siempre como intérprete, y siempre en contra de la opinión de los suyos, pero esta vez directamente– por los alemanes.

«Tengo motivos para creer que el otoño no me encontrará vivo»

¿Por los alemanes? ¿Eso qué quiere decir? Siempre se distingue, y con razón, entre la Wehrmacht –un ejército regular, integrado por soldados que sirven a su país; el hecho de que su país sea criminal no los convierte necesariamente en criminales– y las Waffen-SS o la Gestapo: los auténticos malvados, los imperdonables. La versión que circuló en mi familia es que mi abuelo trabajó para los servicios económicos de la Kommandantur, lo cual lo convierte en un colaboracionista, qué duda cabe, pero en un colaboracionista menor, sin responsabilidad ni poder para hacer daño. Un tipo que se ganó la vida así porque tenía la mala suerte de hablar bien el alemán, y que tuvo también mala suerte en la Liberación, de la que podría haber salido indemne, sin verse salpicado, como tantos otros, algunos de los cuales mucho más comprometidos que él. «Pero todo eso», escribe Nicolas, «es la versión oficial, es decir, la de Hélène, y no estoy nada seguro de su veracidad. Los hechos en sí son verosímiles, pero no encajan con la atmósfera de misterio, de miedo, de silencios culpables que aún hoy los envuelve, ni con las alusiones que se oyen aquí y allá, ni con la información fragmentaria que los contradice rotundamente. Lo mismo ocurre con el comportamiento extraño de mi padre durante los meses anteriores a su desaparición. Parece ser que, en 1943, con los alemanes en una situación militar cada vez más crítica, le habrían propuesto adquirir la nacionalidad alemana en recompensa por su trabajo y por el impecable conocimiento de la lengua, y le habrían organizado un viaje de

información a Alemania para que pudiera apreciar todos los logros del Tercer Reich. Habría visto así un montón de cosas, entre ellas un campo de concentración. A su regreso a Burdeos, no habría sido sino la sombra de lo que fue. Habría avisado, siempre que podía, a las personas que iban a detener, y parece que intervino más de una vez para que soltaran a gente. Levan armó en aquella época una carpeta con varias cartas de personas, en su mayor parte judías, que afirman que le deben la vida. Esos poderes exceden los de un mero intérprete –y aún resulta menos verosímil, si no era más que un mero intérprete, que lo mandaran a visitar campos de concentración–. No sé qué hay de cierto en ese viaje a Alemania, pero la imagen de mi padre, que ya es confusa en mi memoria, lo es todavía más hacia el final de la guerra y de su vida: de repente lo percibo como alguien silencioso, ausente, es una imagen de muerte antes de la muerte.» Hipótesis que corrobora esta postal enviada a Pauline Rumeaux el 15 de junio de 1944, es decir, una semana después del desembarco de los aliados en Normandía: «Tengo motivos para creer que el otoño no me encontrará vivo».

El último rostro de Georges

Llegó el otoño. A principios de septiembre de 1944, con la liberación de Burdeos a la vuelta de la esquina, Georges fue detenido por el Deuxième Bureau –el servicio de inteligencia del ejército francés– y sometido a un interrogatorio exhaustivo sobre sus actividades. Lo soltaron con una carta blanca que certificaba que, aunque había trabajado para los alemanes, no había hecho nada condenable y no lo molestarían más (este documento valiosísimo figura en la carpeta de Levan). Sin embargo, todo el mundo sabía que iba a comenzar una purga, una oleada de ajustes de cuentas y ejecuciones sumarias, fuera de cualquier control legal, y unos amigos le aconsejaron que se escondiera en el campo durante unas semanas o unos meses. Él se negó porque, decía, no tenía nada que

reprocharse, y tal vez porque, así se lo explicaba mi madre más tarde, sabía lo que iba a pasar y aceptaba su destino. Preocupado por él, el padre Olympe insistió en que se refugiara en el sótano que siempre le había servido de presbiterio, el mismo donde habían encontrado asilo a su llegada a Burdeos, cinco años antes. Mi abuelo volvió a negarse. Entonces, ese sacerdote ruso que apenas hablaba francés y al que le traían sin cuidado los alemanes dijo que, ya que las cosas estaban así, sería él el que se iría a vivir con Georges a la rue Montgolfier. Nathalie y los dos niños no estaban en Burdeos, sino en la bahía de Arcachon, donde habían alquilado, para la última semana de vacaciones, una casita llamada L'Oustaou. Al parecer no eran realmente conscientes de lo que estaba pasando. Georges fue a verlos, un viaje de ida y vuelta en el mismo día. Comieron mejillones. Mi madre tenía quince años. De esas pocas horas, las últimas que pasaron los cuatro juntos, se acuerda de un detalle que me reveló mucho más tarde, casi sin querer. Ella había ido a esperarlo a La Teste-de-Buch, la última parada del coche de línea. Cuando él bajó, ella no lo reconoció. Fue un desconocido el que se acercó a ella y le dio un beso. Tardó varios minutos en entender lo que había sucedido. Se había afeitado el bigote. Ella siempre lo había conocido con ese bigote, que llevaba desde los veinte años. Ese bigote era parte consustancial de Georges Zurabishvili igual que su mirada y su voz, y había desaparecido: en su lugar, un rectángulo de piel blanquecina. Durante la comida, lo estuvo mirando a hurtadillas: ¿era de verdad su padre? Mi madre no dijo nada de cómo reaccionaron Nathalie y Nicolas; y Nicolas casi no recuerda nada de ese día, porque solo pensaba en una cosa: reunirse en la playa con una novieta que se llamaba Bernadette, que será el nombre de su primera mujer. Al atardecer acompañaron a Georges a coger el último coche de línea que salía hacia Burdeos. Convivió varios días, en la rue Montgolfier, con el padre Olympe, que por desgracia –o felizmente para él– no estaba en casa el 10 de septiembre, cuando tres hombres armados con metralletas fueron a buscar a Georges en un vehículo negro de tracción delantera. Según las investigaciones de Levan, respaldadas por el testimonio de los vecinos, eran miembros de los FTP (Francotiradores y Partisanos),

muy implantados en el sudoeste y de tendencia comunista, más temidos que las FFI (Fuerzas Francesas del Interior). No volvieron a ver a mi abuelo. Nadie sabe cuándo ni cómo murió.

6. NICOLAS

«No digas nada»

Nathalie y Hélène volvieron de urgencia a Burdeos y dejaron a Nicolas al cuidado de una vecina de la casa de vacaciones, en Arcachon, donde durante varios días participó, con total inocencia, en el alborozo general. Por la noche se organizaban marchas de antorchas en la playa y, con el resto de los niños, él gritaba a pleno pulmón: «¡Viva De Gaulle! ¡Abajo los boches!». Recogían balas de ametralladora de la arena, a veces cargadores enteros, que intercambiaban como si fueran canicas. Cuando volvió a Burdeos, esa vida despreocupada se convirtió rápidamente en una pesadilla. Su madre se pasaba días enteros llorando sentada en el diván, y, cuando él le preguntaba qué pasaba, ella, el mentón tembloroso, le decía de una forma especialmente alarmante que no se alarmara. O bien, de repente, salían y se lo llevaba a las oficinas de todo tipo de administraciones y se pasaban horas en los pasillos, sentados en bancos, esperando a que los recibieran y les dijeran qué había sido de Georges. No lo sabían, les daba igual, y además, ¿qué era ese apellido, Zurabishvili? Su madre y su hermana habían decidido que Nicolas era demasiado pequeño para entender algo y, creyendo que lo protegían, le decían que su padre se había ido de viaje, que pronto volvería y que todo iría bien. Le costaba creerles, sobre todo porque en el colegio habían empezado a tratarlo de «hijo de *collabo*», y en alguna ocasión, como era ruso, de «comunista de mierda», insulto que hoy le parece divertido por su incongruencia, ya que los rusos que habían emigrado a Francia, por definición, no eran comunistas, y la Resistencia en Burdeos sí lo era en su mayoría. Le partieron la cara un par de veces y le escupieron en los morros. Volvía a casa entre lágrimas, pero su madre se negaba a ir a quejarse. Lo cogía de los hombros, lo miraba con una intensidad dolorosa y, en voz queda, como si corrieran el riesgo de que los

oyeran unos enemigos, le decía que no había que decir nada. «No digas nada»: esta frase ha perseguido a Nicolas toda su vida. Es uno de los elementos que le hacen dudar de la versión oficial, relativamente benévola, de las actividades de su padre durante la guerra. Empezó a vivir en una esquizofrenia total. Los niños, en el Jardin Public, jugaban a resistentes y colaboracionistas como quien juega a indios y vaqueros: los papeles se echaban a suertes, porque nadie quería ser colaboracionista. Era una verdad admitida por todos que los colaboracionistas eran unos cabrones, y los resistentes, unos héroes que habían salvado Francia. Pero en su casa, en la rue Montgolfier, circulaba una verdad exactamente opuesta: el régimen de Vichy había tenido el valor de proteger a Francia en contra de la arbitrariedad alemana (será la famosa tesis del «escudo»); Georges, que había sido un colaboracionista, era un hombre irreprochable, y los resistentes que lo habían asesinado, unos canallas miserables. Nicolas, en casa, adoptaba dócilmente esa verdad, pero fuera debía callarla. Fuera debía fingir que creía lo que en casa le decían que era una abominable mentira colectiva. La vida de los tres dependía de ello. Pronto, para añadir una capa más a este milhojas de mentiras, empezó a dudar también de la verdad que prevalecía en su casa. No podía compartir esa duda con nadie: ni con un compañero de colegio, ya que habría sido demasiado peligroso y, de todos modos, no tenía ninguno; ni con su madre y su hermana, ya que habría sido romper el pacto en el que, a partir de entonces, se basaba su vida. No debía decir nada, ni fuera, ni en casa, ni siquiera a sí mismo, en su fuero interno. Así es como se convirtió en un niño taciturno, introvertido, «taimado» –al decir de su madre y su hermana, a las que desesperaba– y, en realidad, según él mismo considera con distancia, profundamente depresivo.

El hombre de la casa

A los quince años, Hélène era tan precoz y Nathalie estaba tan

desvalida, tan frágil, que la niña, todavía bachiller, asumió el papel de cabeza de familia o, como se decía entonces, de «hombre de la casa». De la noche a la mañana, su adorada hermana mayor se convirtió para Nicolas en una segunda madre, más autoritaria y dura que la primera, que decidía sobre cualquier asunto y, en especial, sobre su educación –algo que él llevaba muy mal–. Dicha educación se basaba en una paradoja. Si estudiaba música, no era por su voluntad ni por placer, sino porque a su madre le habían dicho que el niño tenía dotes y se le había metido entre ceja y ceja que tenía que convertirse en pianista profesional, en un virtuoso para el que soñaba con salas de concierto abarrotadas y aplausos atronadores. Es sorprendente que, partiendo de semejante base, la música fuera pese a todo la gran pasión de la vida de Nicolas. Para conciliar sus exigentes estudios de piano con una escolaridad «normal», Nathalie había conseguido un acuerdo absurdo con el colegio, que consistía en asistir a tiempo parcial, unas veces por la mañana y otras por la tarde, con el resultado de que el niño nunca entendía de qué hablaban en clase porque se había perdido la clase anterior. Y, lo que era aún más grave, no hacía amigos. Siempre al margen, siempre fuera de juego, iba dando vueltas tímidamente, sin atreverse a acercarse, alrededor de grupos a los que nadie le invitaba a sumarse. Se pasaba la mayor parte del día en la rue Montgolfier, solo, supuestamente trabajando al piano y en realidad muerto de hastío. Apenas progresaba, sus profesores se quejaban de él sin decir a las claras si le faltaba buena voluntad o talento. Decepcionada, su madre se ponía aún más triste. La postura de Hélène era ambigua. Por un lado, formaba con Nathalie un bloque represivo inquebrantable; por el otro, no le gustaba la música, lo decía alto y claro –me parece evidentísimo que, como la hostilidad hacia Tolstói, era una forma de ser fiel a su padre– y no estaba de acuerdo con los estudios que se obligaba a seguir a Nicolas. Solamente en ese punto, y sin decirlo jamás de forma explícita, cultivaba con él una especie de complicidad a espaldas de los profesores de música e incluso de los grandes compositores cuyas piezas él estudiaba –consideraba a Bach y Mozart unos pelmas, una auténtica provocación para hacer novillos.

Hurgar

Atrapado en esa tupida red de mensajes amenazantes y contradictorios, Nicolas recuerda haber desarrollado dos síntomas. El primero es la manía de hurgar. En cuanto Nathalie y Hélène se iban y lo dejaban solo ante el teclado, él abría febrilmente los cajones, los roperos, e inspeccionaba los bolsillos de cada prenda, las cosas de su madre y de su hermana. Lo hacía en un visto y no visto: el apartamento era tan pequeño ¡y tenían tan pocas cosas! Pero, apenas finalizado el registro, empezaba de nuevo, temeroso de haber pasado por alto algún escondrijo. ¿Qué buscaba? No hay ningún mal en decirlo: información acerca de su padre. Cuando empezó a ir de campamentos con los scouts, escribía todos los días una postal a Nathalie que terminaba siempre con la misma cantinela obsesiva, destinada tanto a complacer a su madre como a reconfortarse a sí mismo en una esperanza en la que creía cada vez menos: «Un día no muy lejano oiremos cómo llaman a la puerta: toc, toc. ¿Quién es?, preguntaremos. Y oiremos una voz que dice: Soy papá». No es lo que ocurrió. Lo que ocurrió fue otra cosa, y es que un día Nicolas encontró en el bolso de su madre un documento del Ayuntamiento de Burdeos –figura amarillento, raído, en la carpeta de Levan– que informaba a la señora Zurabishvili de que su marido, desaparecido, había sido declarado muerto de acuerdo con las declaraciones coincidentes de varios testimonios. A partir de ese día, Nicolas nunca más volvió a hurgar ni esperó oír «toc, toc» en la puerta.

Mentir

Ocultándole ese documento, Nathalie y Hélène creían por supuesto estar protegiendo a Nicolas. Evidentemente se equivocaban: dentro de la desgracia, saber de su existencia habría

sido lo mejor que le hubiera podido pasar. Y es lo que le pasó, aunque en secreto. Tuvo que ocultar que lo sabía. Tuvo que mentir. Y ese era su otro síntoma: mentir. Mentir en cualquier ocasión, a veces por interés –para ocultar una mala nota o porque había comprado una revista ilustrada, prohibidas en casa a causa de su vulgaridad–, pero la mayor parte de las veces de forma totalmente gratuita. Si le preguntaban qué había hecho por la tarde, adónde había ido o con quién había hablado, mentía. Decía algo que podría haber sido cierto, tan cierto como la verdad, pero que era mentira. Mentía por mentir. «Esa manía», escribe en sus memorias, «fue la lacra de mi infancia y mi adolescencia, y no me la quité de encima hasta que me emancipé. Supongo que servía para proteger lo que yo creía que era mi libertad. Digo "creía" porque está claro que era justo lo contrario: una cárcel de la que nadie a mi alrededor intuía cuánto me hacía sufrir. Me encerraba aún más herméticamente en mi soledad.» Y ahora pido un poco más de atención. Sigue escribiendo Nicolas: «Mucho tiempo después intenté hablar de ello con Hélène. Y me sorprendió oírla responderme, con un asombro tal vez no fingido –porque conozco su extraordinaria capacidad de creerse las ficciones que ella misma crea para que el mundo se pliegue a sus deseos–: "Pero ¿qué dices? ¡Si tú nunca fuiste un mentiroso!"».

Una historiadora soviética

Cientos de veces, recuerda Nicolas, lo pilló mintiendo su hermana cuando era pequeño. Y cientos de veces le sermoneó al respecto. Era un hecho comprobado, lamentable, incomprensible. Nicolas era un mentiroso incorregible. Y al parecer no ha cambiado mucho, pues ella le asegura que al recordar que mentía sigue mintiendo, o en todo caso se equivoca: «Pero ¿qué dices? ¡Si tú nunca fuiste un mentiroso!». Hoy, ese desacuerdo no tiene importancia: Nicolas cree que era un síntoma de Hélène, no suyo. En su infancia, en cambio,

la exponía a eso que en psicología se llama disonancia cognitiva: hay que creer algo que en realidad no se cree, considerar cierto algo que se sabe que es falso, y esta adaptación entraña graves consecuencias psíquicas. La disonancia cognitiva era uno de los rasgos principales de la vida en la Unión Soviética, donde toda la sociedad se somete a un credo que la realidad contradice a cada instante, y donde, para sobrevivir, hay que creer el credo, no la realidad. En ese universo distópico, todo es al revés: la escasez se llama prosperidad; el terror, confianza; la delación, camaradería, y la mentira, verdad. Es lo que resume el bolchevique Piatakov en esa fórmula de pureza orwelliana que citó, recordemos, el biógrafo de Stalin, Simon Sebag Montefiore, en aquella memorable cena en el restaurante Petróvich: «Un bolchevique, si el Partido le dice que el blanco es negro y que el negro es blanco, no debe creer lo que ven sus ojos, sino lo que el Partido le dicta que vea». A veces he oído a Nicolas referirse a la versión que Hélène sigue dando hoy de la muerte de su padre como «la línea del Partido». Un día fue más lejos: «Hélène no es solamente una historiadora de la Unión Soviética; es una *historiadora soviética*». La afirmación es cruel. Me hizo gracia, y no solo porque veía la parte de verdad que encierra, sino porque es la clase de cosas que me hicieron decir, después de haber leído las memorias de Nicolas: «Eres bastante duro con tu hermana». «¿Tú crees? Solo digo la verdad.» «Dices tu verdad. Tu hermana también está convencidísima de decir la verdad, y de que eres tú quien olvida, deforma o directamente miente.» Toda su vida, en la relación con su hermana, Nicolas se ha debatido entre la gratitud por haberlo criado y el rencor por haberlo criado en la mentira, en esa atmósfera de misterio y amenazas que describe en sus memorias, y cuyo eco sordo viviría yo en mi propia infancia. Pues, en lo que a mí respecta, toda mi representación del mundo se formó en ese tira y afloja entre la versión de mi madre y la de mi tío. Quise a mi madre, en la infancia, como nunca en la vida he querido ni querré a nadie. Abracé con una candidez fervorosa, total, su versión de nuestra historia familiar y, en general, de la existencia. Pero en la adolescencia fue Nicolas quien se convirtió en mi modelo, en mi hermano mayor, quizá en mi amigo más querido al mismo

tiempo que mi tío, y me transmitió su obsesión por la verdad, una obsesión que, al convertirme en escritor, no he dejado de reivindicar con una insistencia que puede resultar sospechosa. Buscar la verdad, tanto para mí como para él, implicaba oponerse él a su hermana y yo a mi madre. Y tardé mucho tiempo en entender que, aunque cada uno cuestione e incluso niegue la versión del otro, esas dos versiones no son contradictorias. Nicolas dice que toda su vida psíquica ha sido tortuosa porque su madre y su hermana le mintieron. Hélène dice que puso todo su empeño y todo su amor en proteger a Nicolas. Ambos tienen razón, por supuesto. Como siempre en la vida, cada cual hizo lo que pudo.

Piedad filial

Mi amigo Hervé, desde que le hablé de él, me anima a escribir este libro. Lo juzga rico en perspectivas humanas e históricas. Cuando, después de la muerte de mi madre, fui a reencontrarme con él en el pueblo del Valais que desde hace casi cuarenta años es el escenario de nuestra amistad, me recordó las largas conversaciones de nuestra juventud sobre los pensadores de la antigua China. Por un lado, Lao-Tse y Chuang-Tse, los maestros paradójicos y salvajes del taoísmo; por el otro, Confucio, cuya sabiduría más convencional inspira desde hace 2.500 años la vida social de China. El taoísmo es un torrente de montaña; el confucianismo, un río de llanura que se presta a la navegación. En aquel entonces yo prefería el taoísmo al confucianismo, que me parecía burgués, con su elogio sempiterno de la moderación, de la tibieza, de las instituciones, del culto a los antepasados y de la piedad filial. «En su día», me dice Hervé, «en los tiempos en que hacíamos excursiones de siete u ocho horas por la montaña, esa noción de piedad filial te irritaba. Ni la entendías ni la querías entender. Ahora nos hemos hecho mayores, nuestras madres han muerto y tú escribes un libro sobre la piedad filial. Si no pierdes de vista esa piedad, si te sirve de brújula, será tu mejor

libro.» Ojalá fuera verdad. Me gustaría escribir este libro bajo el signo de la piedad filial, pero no estoy seguro de ser capaz. A estas alturas de la historia mi madre solo tiene quince años, ya la retrato como una mujer autoritaria y dura, y finjo escandalizarme por lo que dice Nicolas, «Hélène no es solamente una historiadora de la Unión Soviética; es una historiadora soviética», cuando yo mismo he dicho alguna vez: «Mi madre te miente hasta cuando le pides la hora». Si sigo por esa pendiente, no voy bien encaminado para hacer de este relato el monumento de piedad filial que me gustaría que fuera. Aun así, me pongo a ello con la esperanza de que me sorprenda, de que, al perforar la corteza de rencor y malentendidos acumulados desde hace más de cincuenta años, llegue a lo que debe ser la fuente de este libro: el amor sin límites que nos unió en mi infancia. Pero decir eso es pretender saber una vez más lo que espero, cuando lo que espero es lo inesperado, lo que espero es lo imprevisto. Ya se verá.

Druzhok

Pasados los días del éxodo en los que tantas familias rusas se habían hacinado en casa del padre Olympe, la mayor parte habían encontrado alojamiento, pero él continuó acogiendo a todos los ortodoxos necesitados de un techo, y no solo a los ortodoxos: bastaba con tener la dirección para que te asignara una habitación o al menos una cama, unos días o unos meses, ya que nunca se había dado el caso de que el padre Olympe echara a alguien y menos aún de que le exigiera un alquiler. Nicolas no recuerda cuántas habitaciones tenía su casa, lo que es seguro es que siempre estaban ocupadas, a menudo por dos personas, y que, para no tener que compartir la suya, el padre Olympe se había quedado con la más pequeña. Pero incluso esa, un buen día, se la cedió a un ruso necesitado, y él hizo las maletas y se presentó en la rue Montgolfier, donde pidió a su vez asilo por unos días que se convirtieron en semanas y luego en meses. Al final se quedó más de un año, hasta

que lo nombraron para la catedral Alexandre-Nevski de París, en la rue Daru. Se instaló en la habitación de Georges, vacía desde el día que desapareció. Al principio no querían usarla, porque habría sido reconocer que no iba a volver. Pero la presencia del padre Olympe era transitoria, así que... Esa presencia distendió mucho el ambiente de la rue Montgolfier. Aquel hombre bueno era también un hombre alegre. Hablando de teología con Nathalie, encontraba la manera de arrancarle unas risas; aunque en realidad era sobre todo ella la que hablaba de teología, a él todo lo que fuera intelectual y abstracto le aburría. Lo que le gustaba era la gente, y ayudarla. Nicolas cree que a él le salvó la vida. Ya no estaba solo frente a la autoridad de su madre y de su hermana, había otro hombre, que para él fue el mejor padre sustituto. Llamaba al padre Olympe *druzhok*, «colega», y de él no tiene más que recuerdos luminosos y alegres. En aquellos tiempos, que eran todavía los de las cartillas de racionamiento y las restricciones, lo acompañaba a buscar mantequilla y huevos a una granja lejos de Burdeos, lo cual era toda una expedición: había que cruzar la ciudad en tranvía, coger luego otro tranvía hasta Léognan, andar después un buen trecho, casi una hora, y Nicolas arrastraba los pies, se quejaba y no paraba de preguntar: «¿Falta mucho?». Hubiera podido perfectamente ahorrarse el esfuerzo, pero no lo habría hecho por nada del mundo, porque era una fiesta tener para él solo al padre Olympe, que, para animarlo, convertía la pesada caminata en un juego de pistas. A la ida, enterraba al pie de los mojones kilométricos unas cajas de cerillas que había que encontrar y desenterrar a la vuelta. Cuarenta años después, cuando también yo le cogí gusto a caminar por la montaña, Nicolas, que lo cultivaba desde la adolescencia, me enseñó una variante del juego de Druzhok: te llevas una botella de vino, de fendant, si estás en Suiza; al empezar la jornada, más o menos a un cuarto de la subida, la encajas entre dos piedras de un torrente y prosigues la ascensión. Al bajar, buscas el torrente, sacas la botella helada, la descorchas y te instalas tranquilamente en la hierba para bebértela. Lo que hace que ese momento sea maravilloso es que sabes que casi has llegado, que te queda media hora o tres cuartos de descenso fácil, que puedes hacer un poco bolinga sin correr ningún riesgo. No hay nada

como esa borrachera ligera y chispeante. Las piernas bajan solas. Nicolas se acuerda también de cómo se bañaba Druzhok en el mar: no se quitaba la sotana, sino que se la iba subiendo por encima de la cabeza, con los brazos extendidos, a medida que se adentraba en el agua, de tal modo que, desde la playa, solo se veía esa forma negra y extraña que se tambaleaba sobre las olas, imposible de identificar si no se había asistido al principio de la escena. Se acuerda de los intentos de Druzhok por ir en bicicleta por las carreteras rurales: no solo le estorbaba la sotana, sino que los coches le daban tanto miedo que se tiraba a la cuneta no bien oía, de lejos, que se acercaba uno. La camaradería del padre Olympe salvó a Nicolas de la depresión en la que, sin conocer esa palabra, estaba sumido. Un síntoma más: como a tantos niños, no le gustaba levantarse. Cualquier excusa era buena para quedarse en la cama, acurrucado bajo las mantas, calentito, a salvo. Así podía convencerse de que lo que le pasaba no era más que una pesadilla. Cuando despertara, su padre habría vuelto, su vida volvería a ser normal y sencilla, como antes de cumplir los siete años –la edad del juicio para él, que había sido la del descenso a los infiernos–. Aquel sueño despierto se prolongó mucho más allá de la infancia, dice. Lo ha acompañado toda la vida, y, cuanto más se alargaba la vida, más largo se hacía también el sueño, que se ramificaba y ganaba en episodios, algunos de los cuales parecían alegres, pero en el fondo eran amenazadores. Todavía hoy, Nicolas espera despertar de ese sueño, dejar de ser el hombre de ochenta y siete años que es el protagonista ilusorio y volver a ser el chiquillo de siete, bien real, que sueña y vive en la realidad feliz en la que su padre aún está, en la que su madre no llora sin cesar, en la que su hermana no se ha convertido a la vez en su segunda madre y en su enemiga.

Ella también

Unos días antes de morir a los noventa y cuatro años, mi madre

me dijo que todavía soñaba a menudo que su padre volvía.

7. LA JOVEN HÉLÈNE

«Elegir entre la felicidad estúpida de los guijarros y el lecho pegajoso en el que la esperamos»

Siete fotos diminutas, de 4 × 8 centímetros, en blanco y negro y con el borde dentado, muestran una habitación vacía, luego ocupada por dos mujeres y más tarde por esas dos mujeres y un hombre. En el lado del patio, una escalera lleva a una entreplanta. En el lado del jardín: un velador, tres sillas, una puerta. Aunque no se ven las cortinas que lo enmarcan, está claro que ese salón no es un salón, sino un escenario de teatro, y que las tres personas que están allí son actores. Una de ellas es mi madre. En la funda, mi padre ha escrito *El malentendido*, sin más detalles, por desgracia, y sin fecha. *El malentendido* es una obra de teatro de Albert Camus creada en 1944. La reposición en la que actuaba mi madre tuvo lugar en Burdeos, es decir, antes de 1948, fecha en la que se fue a París: no tenía ni veinte años. El argumento de *El malentendido*, que pretende ser una tragedia moderna, es como sigue: una madre y una hija regentan un hostal en un suburbio abstracto y desolador. Sueñan con irse a vivir a un lugar más alegre, a orillas del mar. Para reunir el dinero que les permita hacer realidad su sueño, asesinan a los pocos clientes que se presentan, los desvalijan y se deshacen de sus cuerpos tirándolos al canal. Al principio de la obra nos enteramos de que la madre tenía un hijo varón, que se había marchado quince años antes y del que no ha tenido noticias. Llegan un hombre y la joven con la que acaba de casarse. Como cabe esperar, se trata del hijo. Pero ni la hermana ni la madre lo reconocen y, antes de que él tenga tiempo de revelar su identidad, lo matan. Todo el texto es monótono, salvo, al final, un monólogo cautivador de la hermana, que acaba de darse cuenta de que ha matado a su hermano y se vuelve loca. Escrito para hacer brillar a Maria Casares, que por entonces era el gran amor de Albert Camus, el papel de la hermana

es de lejos el más agradecido de la obra, y me imagino a mi madre, todavía bachiller, ensayando en su habitación de la rue Montgolfier este parlamento: «Nos han robado, ya se lo he dicho. ¿De qué sirve esa gran llamada del ser, esa emoción de las almas? ¿Para qué gritar hacia el mar o hacia el amor? Entienda que su dolor nunca será equiparable a la injusticia que se comete con el hombre; y ahora, para acabar, escuche mi consejo. Porque bien que le debo un consejo, si he matado a su marido. Ruéguele a su dios que le haga como una piedra. Haga como él, haga oídos sordos a todos los gritos, sea como la piedra mientras esté a tiempo. Pero, si siente que es usted demasiado cobarde para entrar en esa paz muda, venga con nosotras a nuestra común morada. Adiós, hermana. Es fácil, como ve. Solo tiene que elegir entre la felicidad estúpida de los guijarros y el lecho pegajoso en el que la esperamos». Cuál era el marco de este espectáculo, quiénes eran sus compañeros, quién asistía a la función son datos hoy en día inaccesibles –mi única fuente son esas fotos casi indescifrables y el recuerdo, muy vago, de Nicolas–. Lo que es seguro es que mi madre soñaba por entonces con ser actriz y que trabajó su papel como si algún día fuera a interpretarlo ante miles de espectadores. Nunca hizo nada como aficionada. Quería destacar en todo, y lo que no se le daba bien no lo hacía. Prefería decir que no le interesaba, y si no le interesaba era porque no era interesante.

Los cuñados

Para una pequeña compañía de teatro, en la inmediata posguerra, montar *El malentendido* era una decisión normal, una decisión propia del momento. La otra opción habría sido *A puerta cerrada*, de Sartre, escrita también en 1944. Ambas obras ilustran los mismos temas filosóficos: lo absurdo de la condición humana, la desesperanza, «el infierno son los otros». Pero creo que mi madre, con diecisiete años, habría preferido no actuar antes que interpretar

una obra de Sartre, mientras que Camus tenía un pase. Tanto el uno como el otro habían sido resistentes (Camus, de forma activa; Sartre, no tanto). Tanto el uno como el otro acabaron la guerra en el bando de los vencedores, pero Camus se mostró indulgente con los vencidos, porque eran seres humanos, y Sartre, despiadado, porque prefería las ideas. Para Camus, la depuración era obligada, pero, para evitar que desembocara en una guerra civil, tenía que ser breve y afectar tan solo a los grandes colaboracionistas, a los auténticos criminales. ¿Y qué pasaba con los escritores? ¿Con los que habían puesto su pluma al servicio del enemigo? ¿No eran aún más culpables si esa pluma era brillante? En ese debate se enfrentaban los maximalistas de la pena capital –Sartre, Aragon, Éluard, los comunistas– y aquellos que defendían la misericordia –Paulhan, en su *Carta a los directores de la Resistencia*; o François Mauriac, tan cristiano, tan dispuesto a echar una mano a los colegas en apuros, jamás con un no por respuesta, hasta el punto de que lo apodaban san Francisco de Síes–. Camus evolucionó y pasó del primer bando al segundo y formó parte de aquellos –Claudel, Marcel Aymé, Cocteau, Anouilh, Colette– que pidieron a De Gaulle el indulto de Robert Brasillach. Brasillach... Es imposible omitir aquí el capítulo sobre Brasillach. En la mudanza del piso del quai Conti, encontré el ejemplar desgastado, que siempre vi en la biblioteca de mis padres, de su libro de memorias, *Nuestra preguerra*. Data de 1941, tengo una carta en la que mi madre le cuenta a su suegra la felicidad que sintió al encontrarlo en el puesto de un librero de viejo al poco de su llegada a París en 1948. Se llevó ese libro entonces maldito y hoy completamente olvidado como si fuera un tesoro. Y como un tesoro lo conservó. Tendrá siempre una oración reservada para aquellos que defendieron a Brasillach, que pidieron su indulto, que perpetúan su recuerdo porque haciéndolo es como si defendieran a su padre, pidieran el indulto de su padre, perpetuaran el recuerdo de su padre. Acabo de volver a leer *Nuestra preguerra*. Brasillach nació en 1909 y escribe estas memorias en 1940; es un hombre, pues, que vuelve la vista atrás, a su pasado, a los treinta y dos años, y a los treinta y cinco estará muerto. Habla en primera persona del plural, muy raramente dice *yo*, porque tiene un fuerte sentimiento de la

camarilla y los amigos. Nada de recuerdos de infancia, es como si hubiera nacido directamente en la École normale. Traduce a Plutarco del griego al latín, gasta novatadas, se va de vacaciones con cuatro chavos a Saint-Tropez (en 1932, tenía que ser el no va más), le gusta sacar a relucir frases absurdas («Parece usted un autobús» sale en *Los amigos*, de Jules Romains, biblia de este humor anticuado) imitando la dicción brusca y guasona de Louis Jouvet. Con su mejor amigo, Maurice Bardèche, explora un París popular que es todavía el de las películas de René Clair, con sus poéticos ballets de lecheras y guardias municipales, y es ya aquel otro, más misterioso, de los surrealistas. Inseparables y pronto cuñados (Maurice se casa con Suzanne, la hermana de Robert), a ambos les apasiona la pintura, alabando en Jean Fouquet «el suave y cuidadoso respeto por el rostro humano» y admirando en el Louvre unos «Le Nain grises y valerosos» («grises y valerosos», hay que ser escritor para juntar esos dos adjetivos). Leen con fervor a Péguy y peregrinan a Chartres recitando:

> Cuando nos hayan puesto en fosa estrecha como esa,
> cuando nos hayan dado absolución y dicho misa,
> dignaos recordar, ¡oh, reina de la promesa!,
> el largo camino que hicimos por la Beauce, sin prisa.

Por encima de todo, les apasiona el cine. El género burlesco, las tartas de nata, los policías de la Keystone, las maravillosas imágenes grises, discontinuas, como de médium, del cine mudo, y *El acorazado Potemkin*, que han visto cientos de veces en salas pequeñas del Barrio Latino donde solo se proyecta si están llenas a reventar, con la mitad de los espectadores de pie. Como están muy seguros de sí mismos, los dos cuñados consiguen que les encarguen una *Historia del cine*, ahí es nada, que se publicará en 1935. Apenas tienen veinticinco años, el libro sale en dos volúmenes gruesos y es muy bueno. Por la misma época, un tipo de su generación, pero comunista, Georges Sadoul, escribió otra historia que competía con

la suya. Durante mucho tiempo fue una autoridad para los profesores y los directores de cineclubes, hasta que la machacaron los chicos de la *nouvelle vague*, chicos que, no hay que olvidarlo, eran todos, incluido Godard, más bien de derechas e incluso de extrema derecha, al principio. Bardèche y Brasillach son menos fiables que Sadoul en lo que respecta a las fechas y filmografías, pero incomparablemente más sensibles y agradables de leer. En casa teníamos los dos volúmenes, y fue leyéndolos como se me despertó el amor por el cine. Hasta ese momento, nuestros dos compinches son dos tipos jóvenes eminentemente simpáticos, con los que no cuesta imaginarse quedarse hasta las tantas hablando de Pabst, Sjöström o Stroheim. Luego, por mucho que Brasillach considere en 1935 que *Mein Kampf* es «una cumbre del cretinismo, escrita por una especie de preceptor enfurecido», las cosas se tuercen. A partir de un reportaje de diez días, los cuñados sacan, en caliente y con su habitual rapidez, una *Historia de la guerra de España* en dos volúmenes, desde el punto de vista, evidentemente, no de los republicanos, sino de los franquistas. Redactor jefe de *Je suis partout*, que en un principio iba a ser una revista cultural y una excusa para reunirse con los amigos –la camaradería es su valor cardinal–, el simpático Brasillach, rechoncho y con gafas redondas de carey, siempre dispuesto a gastar una broma o a ir al cine a una sesión de medianoche, se ve, poco a poco, escribiendo cosas como: «No se dan cuenta de que están fomentando la mentira, alentando al judío. ¿Terminarán algún día con el tufo a podredumbre perfumada que sigue despidiendo la vieja puta agonizante, la zorra sifilítica que huele a pachuli y a flujo blanco, la República que espera siempre en su esquina? Sigue ahí, la agrietada, la resquebrajada, rodeada de sus puteros y sus pipiolos, igual de entusiastas que los viejos. Les ha servido tanto, les ha reportado tantos billetes en sus ligas; ¿cómo iban a tener arrestos para abandonarla, a pesar de las blenorragias y los chancros? Están podridos hasta la médula». Tan inquietante como la infamia de las ideas es la suciedad del lenguaje, en este antiguo alumno de la École normale dado a la elegía. Dos años más tarde, es la guerra, la terrible foto del viaje de los escritores franceses a Berlín («Todos nosotros, en mayor o menor

medida, nos hemos acostado con Alemania estos últimos años, y el recuerdo seguirá siendo dulce»), los llamamientos, en *Je suis partout*, «a separarse de los judíos en bloque, y a no quedarse con los pequeños». Luego, la Liberación, el suicidio de Drieu La Rochelle, la huida de Céline –una huida errática, épica, que lo lleva a las cimas de su genio exacerbado– y, para Brasillach, la condena a muerte. Entre los escritores, fue el único: se puede decir que pagó por todos los demás. Gran dignidad en su juicio: como si se le hubiera pasado la borrachera. Ante el pelotón de ejecución, el 6 de febrero de 1945, se niega a que le venden los ojos. Entre ambos momentos, escribe en la prisión de Fresnes unos poemas quizá no tan bonitos como dicen quienes lo comparan con André Chénier, aunque son verdaderamente bonitos. Mi madre se sabía varios de memoria.

«La vida se ha vuelto más alegre»

A principios del verano de 1946, una noticia conmocionó a la pequeña sociedad de los rusos blancos. Stalin decretaba la amnistía general para todos aquellos que hubieran huido del país. Les ofrecía la nacionalidad soviética, les abría la frontera que habían creído cruzar sin posibilidad de retorno y los invitaba, también a ellos, a construir una sociedad más justa, más próspera, más alegre, porque, como él mismo había proclamado en el máximo apogeo del Gran Terror: «La vida se ha vuelto más alegre». Generosamente, hacía borrón y cuenta nueva. Hubo reuniones informativas en la embajada soviética en París y, fuera de la capital, en los consulados y oficinas del Partido Comunista. Nathalie asistió a una de esas reuniones y volvió preocupada. Siempre la misma pregunta: ¿qué pesaba más, el anticomunismo o el patriotismo? ¿El horror del régimen o la nostalgia del país? El padre Olympe negaba con la cabeza, se encogía de hombros: desconfianza. Pero los amigos del círculo de Berdiáyev, en Clamart, creían que, si Stalin tendía la mano, podían cogérsela. Argumentaban que, durante la guerra,

había reabierto las iglesias y no había dejado de apoyarse en el pasado ruso, la tradición milenaria de la ortodoxia. Que había encargado a Eisenstein primero *Alejandro Nevski* y luego *Iván el Terrible*, grandiosa exaltación del zarismo. A un país que recuperaba con tanto fervor sus raíces se podía volver, decía Berdiáyev, que tuvo la sensatez de no hacerlo. Además, en las reuniones organizadas por los consulados rusos se daba a entender que las tierras de los propietarios del Antiguo Régimen podrían ser restituidas a sus dueños. Los *bivshie liudi* empezaron a buscar títulos de propiedad. La pobre Nathalie no tenía nada parecido en relación con Gorodnia, pero presionaba a la tía Natasha y a su marido, al que llamaban *diadia* Paka, tío Paul, para que buscaran en su minúsculo apartamento de Issy-les-Moulineaux si tenían algo, un papelillo que acreditara que habían sido dueños de una finca inmensa en Ucrania. Tampoco tenían nada. Era como haber perdido un boleto premiado de la lotería nacional. Pero lo que los hacía soñar, en el fondo, no eran las tierras: era *la* tierra. No era el dinero, que se habían acostumbrado a no tener, era la lengua. Nathalie estaba agotada, habría aceptado lo que fuera con tal de abandonar ese país tan duro en el que su marido había muerto como un paria, con tal de volver a hablar su idioma y ser enterrada en esa tierra en la que no había vivido más que un verano, pero que, pese a todo, consideraba su tierra. Habría aceptado cualquier cosa con tal de descansar allí. «Descansar», es lo que repite Sonia, como una letanía, al final de *El tío Vania*; ese final de *El tío Vania*, esas últimas frases de *El tío Vania* que, como tantos rusos, ella amaba por encima de todo, por encima de Tolstói, por encima de Dostoievski, esas últimas frases que no se pueden leer, ni decir, ni copiar, como hago yo aquí, sin verter una lágrima: «¡Y viviremos, tío Vania! ¡Pasaremos por una sucesión de largos días y largos anocheceres! Soportaremos las pruebas que nos depare el destino. Trabajaremos para los demás sin conocer el descanso. Y, cuando llegue nuestra hora, moriremos resignadamente, y allí, a los pies de la tumba, diremos que hemos sufrido, que hemos llorado y que hemos conocido la amargura... Y Dios se apiadará de nosotros. Y entonces, tú y yo, tío, mi tío querido, descubriremos una vida maravillosa, sublime, elegante. Nos

sentiremos gozosos y, con una sonrisa en la cara, volveremos con emoción la vista a nuestra actual desdicha, y, por fin, descansaremos. Tengo fe, tío. Lo creo como creo en pocas cosas. Descansaremos. Descansaremos. Oiremos a los ángeles, contemplaremos un cielo cuajado de diamantes y veremos cómo, bajo él, toda la maldad terrestre, todos nuestros sufrimientos se ahogarán en una misericordia que llenará el mundo entero. Y nuestra vida será calma, tierna, dulce como una caricia. Tengo fe, creo en ello... Pobre, mi pobre tío Vania, estás llorando... En toda tu vida no has conocido la alegría..., pero espera, tío Vania, espera... Descansaremos... Descansaremos... Descansaremos...».

Vozvrashentsi

Las cifras bailan, pero se estima que aquellos a los que se llamó *vozvrashentsi* –los «retornados»– fueron entre cinco y diez mil. Sus testimonios, muy raros, salieron a la luz cuarenta años más tarde, después de la caída del Muro. Apenas pisaron su suelo natal, todos entendieron que habían cometido un error terrible. Algunos habían salido de Marsella a bordo de un buque que se llamaba *Rossia* después de haberse llamado *Deutschland*, ya que había sido incautado a los alemanes de acuerdo con las reparaciones de guerra. La travesía hacia el futuro radiante estaba llena de promesas: se bailaba a bordo, se sonreía, se brindaba. Solo la tripulación era rara, esquiva. Justo antes de llegar, las jovencitas soviéticas risueñas y coquetas que velaban por el grupo mudaron de repente de expresión. Se quitaron el maquillaje, se anudaron pañuelos a la cabeza, el rostro se les ensombreció. En el muelle, en Odesa, los esperaba el NKVD de Beria: camiones cubiertos con lonas, altavoces, alambre de espino, torres de vigilancia. Otros salieron de Estrasburgo en tren, compartimentos de primera, buen humor, balalaikas, vodka y también brindis. En la frontera con Polonia, los trasladaron a unos vagones de ganado sin calefacción. Cerca de

Grodno, el tren se detiene en un claro y también allí están los hombres del NKVD, con las ametralladoras y los perros lobo. Lo registran todo, tiran el contenido de la maleta de un anciano, se echa a llorar y le pegan. A algunos los fusilaron allí mismo, a otros los encarcelaron por tener «relaciones con la burguesía occidental», a la gran mayoría los mandaron a un campo de tránsito. Les confiscaron los pasaportes antes de repartirlos arbitrariamente por todo el Imperio. Podías terminar en una ciudad de reclusión en Kazajistán, una habitación para tres personas en una casa helada, rodeado de personas hostiles o que te tomaban por loco: para haber ido allí por voluntad propia había que estar loco. Los más desgraciados eran los padres que habían tomado la decisión de llevarse a sus hijos: no se atrevían a mirarlos a los ojos, avergonzados y desesperados como estaban por haberles destrozado la vida. Las cartas de las familias les llegaban con cuentagotas, y las que mandaban ellos sospechaban que no llegarían o que llegarían censuradas. De hecho, los que se habían quedado en Francia se sorprendían de no recibir más que cartas evasivas, de un tono extrañamente impersonal, como si las hubiera dictado o escrito alguien que se hacía pasar por el corresponsal. Igual que se lanza una botella al mar, los *vozvrashentsi* dejaban caer frases en código con la esperanza de que al otro lado, en Francia, entenderían que había que leer lo contrario de lo que estaba escrito. Por ejemplo, «Esperamos volver a veros muy pronto. Quizá para la boda de Masha» (Masha tenía dos años). Otros, más previsores, más desconfiados, ya habían establecido esos códigos de antemano. En la foto que os mandaremos, si salimos de pie es que todo va bien. Sentados: desconfiad. Sentados, *sidet*, en ruso, significa también cumplir condena. En la foto, los tres miembros de la familia salían sentados. Pero incluso si lograban desencriptar esas llamadas de socorro, ¿a quién podían recurrir? ¿Dónde tenían que quejarse? La película *Este/Oeste*, de Régis Wargnier, se basa en el testimonio de una mujer que, tras un largo y peligroso viaje a Moscú, trató de buscar ayuda en la Embajada de Francia. No podía ser más inoportuna: las relaciones franco-soviéticas estaban en su mejor momento, los *vozvrashentsi* habían acudido por voluntad propia, no

iban a crear un incidente diplomático por ellos. El cónsul le prometió que se ocuparían de su caso en las altas esferas y le aconsejó que, mientras tanto, regresara a su casa, a Samara, donde nunca más se supo nada de ella. La encontraron allí en 2000, gracias a los datos registrados en el consulado medio siglo antes. Como todos aquellos que no fueron asesinados, que no perecieron poco a poco en el gulag, que no se volvieron locos como el malogrado soldado húngaro al que, como veremos más adelante, seguí la pista en Kotelnich, se había resignado y acostumbrado a vivir en el olvido. Como no tenía a nadie con quien hablar, había ido perdiendo el francés, había aprendido a no hablar de la vida anterior, del mundo en el que tenía libertad de movimientos y de palabra. Había renunciado a beber porque afloja la lengua: es demasiado peligroso. Esta historia que casi nadie conoce es un enigma: ¿cómo explicar semejante política? ¿Por qué tender semejante trampa a unos pocos miles de rusos blancos que no representaban ningún peligro ni tenían influencia alguna? ¿Por pura crueldad? ¿Por la pasión por hacer desaparecer? Se trata asimismo de un potente motor de ucronía, una disciplina que me apasiona y que consiste en imaginar la historia si hubiera transcurrido de otra manera. Si mi madre, a los veinte años, no hubiera querido ser actriz, si hubiera suspendido el bachillerato o sufrido un desengaño amoroso, quizá habría aceptado esa experiencia que tentaba a Nathalie. Se habrían marchado los tres, pensando que, en el peor de los casos, si no les gustaba, podrían volver. También ellos habrían caído en el olvido. ¿Cómo habría sido la vida de Hélène Zurabishvili en Kazajistán o en Norilsk? ¿Habría encontrado la manera de hacer una carrera brillante en la URSS de los años cincuenta? ¿Qué hubiera sido una carrera brillante para una joven francesa en la URSS de los años cincuenta? ¿A qué hombre habría conocido y amado? ¿A qué ingeniero de Vologda, a qué activista del Partido? ¿A qué koljosiano uzbeko en lugar de a Louis Carrère d'Encausse, mi padre?

8. LOUIS

La señora Carrère-Dencausse

Aunque Nicolas no era todavía, según sus propias palabras, «el más viejo y el peor de los niños prodigio», empezaba a quedar claro que no era un pianista tan talentoso como su madre había querido creer. Pero a Nathalie le habían hablado de una nueva profesora, severa y excepcional, a cuya casa lo llevó una mañana de 1948, cuando él tenía doce años. La señora Carrère-Dencausse era una mujer bastante corpulenta, con el pelo negro trenzado en forma de corona, un perfil de medalla romana, bella a su manera campesina y austera, que solía vestir de negro. Nicolas aprendió a conocer su profunda bondad, pero dice que, como pedagoga, era en efecto severa, demasiado severa: le hacía trabajar piezas demasiado difíciles para él, lo cual lo desanimaba. Daba clases en su casa, en la rue de Lachassaigne, en un saloncillo de la planta baja de una de esas casas de dos pisos, típicas de Burdeos, que se llaman *échoppes*. Allí vivía con su marido, también músico y, como ella, toda una figura de la vida musical bordelesa, pero Nicolas, como mucho, lo vislumbraba solo un instante, ya que pasaba siempre como una exhalación, entrando a toda prisa por la puerta principal, subiendo o bajando las escaleras de cuatro en cuatro, seguido de un cocker negro que ladraba, se le echaba a las piernas y le hacía fiestas todo el rato, como si estallara en júbilo por volver a verlo después de una larga ausencia, cuando lo cierto es que nunca se separaba de él. Siempre brusco, siempre apresurado, el señor Carrère nunca dirigía la palabra a su mujer, ni a los alumnos o a los escasos invitados que recibía. Se comportaba como un inquilino grosero, sin dar los buenos días ni las buenas tardes, y cuando se le oía pasar, con tanto ruido que daba la impresión de que lo hacía a propósito, detrás de la puerta de ese salón de música que era su único refugio en la casa, la señora CarrèreDencausse levantaba los

ojos al cielo, negaba con la cabeza y suspiraba. No era difícil comprender la verdad: el señor Carrère y la señora Carrère, de soltera Dencausse, no se llevaban bien. El señor Carrère, tan buen amigo de su perro, trataba a su mujer como un trapo.

El párroco de Régades

Me quedo corto si digo que la carpeta de investigaciones de mi padre sobre su propia familia está menos lograda que las que dedicó a los Von Pelken, a los Komarovski, a los Panin e incluso a los Zurabishvili. En ella figuran, en completo desorden, extractos de certificados de nacimiento, escrituras de propiedad y cartas como la del párroco de Régades (Pirineos Bajos), que se disculpa por no poder enviar a mi padre, a propósito de la familia Dencausse, documentos anteriores a 1810, ya que ese año un incendio arrasó los archivos de Régades. La única alternativa, le dice, sería buscar en los archivos departamentales de Pamiers, en Ariège, adonde los municipios de la orilla derecha del Garona mandaban las copias de los documentos oficiales (los de la orilla izquierda las mandaban a Auch). «Para esa clase de investigaciones», escribe, servicial, el párroco, «hay que armarse de tiempo y de mucha paciencia, pero ¡cuál no es la satisfacción de aquellos que sienten amor por el pasado!» A mi padre nunca le faltaron la paciencia ni el amor por el pasado, y sumergiéndome en sus papeles me doy cuenta de que, desde su pequeño rincón, hizo investigaciones parecidas a las que hacían más o menos por la misma época los historiadores de la escuela de los Anales, enamorados del catastro, de los contratos de arrendamiento y de la rotación trienal de cultivos. «21 de abril de 1897: Gabrielle Mourlan, con domicilio en el 29 bis de la Grande Rue, Carcasona, reduce de 55.000 a 31.000 el capital garantizado por un contrato núm. 2592 suscrito el 9 de mayo de 1892 con la empresa La Paternelle.» ¿No es la clase de anotaciones que por la misma época se encontraban en los trabajos de historiadores como

Georges Duby o Emmanuel Le Roy-Ladurie? E –idea blasfema– ¿no era el gusto de mi padre por lo minúsculo, los archivos y los párrocos de pueblo, a su manera y sin que él fuera en absoluto consciente, más moderno que el de mi madre por las síntesis perentorias y las imponentes figuras históricas?

Los Dencausse y los d'Encausse

Pero la paciencia no es la única virtud del historiador: están también la audacia y la imaginación, que mi padre desplegaba incansable cuando había que establecer filiaciones halagüeñas. Si mi abuela decidió conservar su apellido de soltera, Dencausse, unido con un guión al de su marido, imagino que fue tanto por fidelidad a los suyos como porque el doble apellido sonaba mejor que Carrère a secas. Y, si se llamaba Dencausse, era porque su familia era originaria de ese pueblo de los Pirineos, Encausse, donde quizá recuerde el lector que Pompeyo, según mi padre, pasó con sus legiones de camino al Cáucaso. Era habitual que los campesinos llevaran el nombre de su pueblo, lo cual no los convertía sin embargo en señores, pero la gran empresa de mi padre fue determinar que esos oscuros Dencausse de los que descendía eran en realidad d'Encausse. Lo hacía a costa de equilibrios comparables a los de uno de mis profesores de Latín en el instituto Janson-de-Sailly, monsieur Réfaud, cuya perdición no era la genealogía, sino la etimología, y que se empeñaba en demostrar, por ejemplo, que la palabra *cheval*, «caballo», provenía del latín *equus*. Decía *equuss*, *equus*, *equuus*, *equuche equuche equuche*... cada vez más deprisa, tan deprisa que en cierto momento se convertía en una confusión sonora de la que finalmente salía, expulsada como una bola de estiércol: *cheval*. Y monsieur Réfaud, imperial, decía: «¡Ahí lo tenéis!». El equivalente a esta transformación de *equus* en *cheval* es el matrimonio celebrado en Régades, en 1812, entre Pierre Dencausse, de cuarenta y dos años, de profesión de labrador, y

Quitterie Tapie, de veinticinco años, sin oficio. De los cuatro testigos, tres son, como el novio, labradores, y el cuarto es sastre, pero el padre del novio se llama Gérard d'Encausse, y es interesante señalar que en el reverso de la fotocopia del acta figuran notas tomadas del compendio de jurisprudencia Dalloz sobre el procedimiento de cambio o modificación de apellido. Es como si mi padre hubiera pensado en oficializar ante el Consejo de Estado la decisión que había tomado, cuando tenía unos veinte años, sin mayores formalidades, de llamarse Louis Carrère d'Encausse. Durante mi adolescencia, más de una vez lamenté que no lo hubiera hecho y no poder presumir de esa partícula, algo a lo que nunca me habría atrevido si no figurara en mis documentos de identidad. En cualquier caso, esa usurpación ilegal quedó perfectamente impune. Y cuando, en 1978, la publicación de *El imperio en pedazos* hizo de repente famoso el nombre de Hélène Carrère d'Encausse, desde lo más profundo de los Pirineos se manifestó un barón d'Encausse, aunque no para protestar, como mis padres temieron en un primer momento, sino para felicitarse de que un poco de la reciente gloria de mi madre recayera en él.

La piedra miliar

«Curioso guiño de la Historia a una pareja del siglo XX de nuestra era, originaria de estas regiones tan distantes entre sí...» Cuando me puse a revisar los archivos de mi padre, me pregunté de dónde salía esa frase extraña que encabeza su gran investigación genealógica. La respuesta me esperaba en su correspondencia con el párroco de Régades. «Todos los historiadores», escribe este en una carta de 1976, «saben que entre la conquista de España y la del Cáucaso, el general romano Pompeyo pasó por los Pirineos. En cambio», continúa con orgullo, «muy poca gente sabe que Pompeyo hizo un alto en Encausse y que las aguas de Encausse curaron a sus legionarios de la malaria que habían contraído en España.» Y es

verdad, muy poca gente lo sabe. Con la emoción del erudito local cuando encuentra a alguien interesado en sus investigaciones, el párroco de Régades incluso le muestra a mi padre una prueba de ese paso: muy cerca de Encausse, uno de esos mojones que jalonaban las vías romanas y que se llaman «piedras miliarias». A vuelta de correo, mi padre promete que irá a verlos, la piedra miliar y al cura, aprovechando que un viaje de trabajo lo llevará pronto al sudoeste. No sé si llegó a hacerlo.

Los asientos 126 y 127 en el Gascogne

Sobre los Carrère, tenemos aún menos información que sobre los Dencausse y los d'Encausse, lo que sin duda es un reflejo de la poca simpatía de mi padre por los suyos. Una veintena de páginas de notas a tinta o a lápiz, a menudo superpuestas y poco legibles, reseña los nombres de labradores o almadreñeros que vivieron entre Pau, Burdeos y Bayona en los siglos XVIII y XIX, y es realmente sin apenas convicción que mi padre se saca del sombrero los nombres de Isabeau de Carrère (1677-1712) y Jeanne de la Carrère (1720-1748)... Como justificantes, unos fajos desordenados de certificados de nacimiento, facturas y cartas a familiares («Mamá quiere que sepas que...») dan una idea de las vidas pasadas entre Mont-de-Marsan y Bagnères-de-Bigorre. Se nace, se muere y, entremedias, se lleva «una vida humilde de trabajos aburridos y fáciles», tan deseable a los ojos de Paul Verlaine. En medio de todo ese sedentarismo, sorprende aún más saber que el 15 de abril de 1912 una tal Gabrielle Carrère, nacida en Pau el 12 de mayo de 1887, embarcó en Le Havre en el *Gascogne* y desembarcó el 27 de abril en Ellis Island, desde donde se marchará a Panamá. Para saber más sobre esa tía abuela aventurera, mi padre se puso en contacto en 2009 con un tal William Narvarte, que vive en Perú y al que le parece «increíble, interesante y emotivo» recibir de pronto noticias de un lejano pariente francés de una antepasada suya. Mi padre

tuvo que poner al corriente a William sobre la primera vida, la francesa, de Gabrielle, y William, a su vez, le instruyó a él sobre sus otras vidas, primero la estadounidense –se casó en Springfield, Massachusetts, en 1918, «después de contárselo todo a su prometido», señala William de forma enigmática–, y luego la peruana, ya que llegó a Lima en 1924, donde falleció en 1967. En una carta de 1924 a su madrina, Gabrielle le promete el relato, lamentablemente perdido, «de sus disgustos», es decir, de «la aventura de su marido con la alemana, secretaria del vicepresidente de la empresa». Tuvo cuatro hijos y varios nietos, entre ellos William, «que se dedica, en Lima, a las setas alucinógenas». Me sorprende y me decepciona que mi padre solo dejara en su archivo un resumen de las investigaciones sobre Gabrielle, y ninguno de los documentos que las respaldan. Me hubiera gustado tener las cartas de William, saber cómo se inició la correspondencia, en qué idioma, de qué manera. En 2009, así que probablemente por correo electrónico. Cuando se trataba de genealogía, mi padre, tan reacio a toda modernidad, no era torpe. Gracias a su nieto Hugo, dominaba y adoraba Google Earth. Era su única forma de viajar, ya que, desde la jubilación, ya no tenía la excusa de los desplazamientos de trabajo, que eran su única libertad. Aparte de una foto recortada de *Le Point* del centro de control de inmigración de Ellis Island, sobre el que Georges Perec escribió un estupendo relato, la carpeta solo contiene un documento justificativo, aunque de un enorme valor: la copia del billete de Gabrielle en el *Gascogne*. Ocupaba el asiento 126 en segunda clase, y William sabe que su vecino del 127 era un inglés de veintiséis años llamado Robert Duncan. ¿De dónde saca William esa información? ¿Acaso su abuela estimaba tanto ese nombre que, antes de morir a los ochenta años, transmitió el recuerdo a sus nietos? ¿Y cómo es posible que ni William ni mi padre se hayan dado cuenta de esta coincidencia tan sorprendente: que el oscuro *Gascogne*, a bordo del cual se conocieron esos dos jóvenes emigrantes, cruzó el Atlántico una semana antes, y por la misma ruta, que el infinitamente más lujoso y, por desgracia, universalmente conocido *Titanic*?

Una familia de músicos

Violinista y director de orquesta, mi abuelo Georges Carrère, el terror de la rue de Lachassaigne, era considerado por todos un músico muy dotado que habría podido tener una rutilante carrera. Uno de los mejores violinistas de la época, Jacques Thibaud, lamentaba que un talento tan excepcional se echara a perder en parte por pereza, en parte porque, al haber sido enterrado en una trinchera en 1916, había perdido la audición de un oído, pero sobre todo porque prefería cazar, pescar y acostarse con todo lo que se moviera. A falta de una carrera nacional o incluso internacional, se convirtió en un buen músico regional y, con ello, en una personalidad conspicua, ya que fue director de la Orquesta Filarmónica de Burdeos de 1944 a 1963, luego del Conservatorio hasta 1968, y, durante mucho tiempo, miembro del jurado del prestigioso concurso Marguerite Long-Jacques Thibaud. En la época tardía en que yo le conocí –durante mucho tiempo no conocí a ningún otro miembro de mi familia paterna excepto a mi abuela–, venía a París a participar en ese jurado y, en casa, como un ritual, sacaba el violín después de cenar para tocar la Chacona de Bach, una pieza grave y sublime a la que solía seguir una pieza de enorme virtuosismo: un capricho de Paganini o de Sarasate, que interpretaba con un espíritu saltarín y travieso. El famoso cocker, Ploum, estaba adiestrado para lanzarse a sus piernas para que él, mientras tocaba, lo apartara de un puntapié hábil y cariñoso, en un número casi digno de Chaplin. (En cincuenta años, ese cocker tuvo varias encarnaciones, pero siempre fue negro y siempre se llamó Ploum.) Mi abuela, Paule Dencausse, también era música. Debió de tener dotes y trabajar de lo lindo para, viniendo de un pueblecito de los Pirineos, ese Cazères-sur-Garonne del que pronto hablaremos, estudiar piano en el Conservatorio de Burdeos, donde sería profesora de solfeo y piano de 1931 a 1963. Ser profesora de piano y pianista no es lo mismo, como no es lo mismo ser profesor de filosofía y filósofo. Mi abuela podría haber sido pianista, concertista. Hay unas fotos dedicadas con mucho afecto que dan fe de la estima

que le profesaban compositores olvidados como Francis Planté, Roger-Ducasse, Louis Beydts o Henry Barraud, pero también Gabriel Fauré, de quien estrenó una obra, menor, sin duda, pero era Fauré... Tendría mucho que contar sobre la impresionante tradición de disputas en mi familia paterna, pero de momento nos limitaremos a ofrecer la explicación de un matrimonio tan mal avenido. Mujeriego empedernido, Georges Carrère quería conquistar a la joven Paule Dencausse y, como era una chica decente, echó toda la carne en el asador: se casó con ella. Pero perdió todo el interés al día siguiente de la noche de bodas –que cuesta imaginar, dada la mojigatería de Paule–. Su luna de miel consistió en una semana de cacería con un grupo de amigos del novio, mientras la joven esposa se encargaba de seguirlos, despiezando las presas y preparando una terrina tras otra, una conserva tras otra. Paule no tardó mucho en comprender que se había metido en un buen apuro, y que era para toda la vida. Se convirtió, pobrecita, en una de esas mujeres de las que entonces se decía: «Es una santa». Nacido en 1928, mi padre creció en esa casa de la rue de Lachassaigne, donde sus padres habían llegado a convivir sin hablarse, comunicándose a través de su criada, vasca y alcohólica, y mediante unos papelillos doblados en cuatro, como Simone Signoret y Jean Gabin en *El gato*. Era un niño de salud delicada, sufría unas hemorragias nasales que por un tiempo hicieron temer que fuera hemofílico, como el zarévich de Rusia con el que se identificaba en su infancia. Esa fragilidad le valía una consideración de la que no disfrutaba su hermana menor, Micheline, conocida como Mimi, a quien su padre, al parecer, sacudía boca abajo, sujetándola por los pies. De los dos hijos Carrère, solo a Mimi la empujaron a la música, es decir, al piano, es decir, como su madre, a la enseñanza del piano. A mi padre lo apartaron de la música porque, al ser un chico, aspiraban a algo mejor para él. No querían que fuera un saltimbanqui, una preocupación que me sorprende, ya que el ejemplo de su padre no era en modo alguno el de un artista maldito o muerto de hambre, sino todo lo contrario: gracias a la música, el ascenso social había sido todo un éxito. Aunque tuvo el honor, a los quince años, de mostrar Burdeos a Prokófiev, que había venido a Francia para una gira de conciertos, mi

padre solo aprendió un poco de piano, y a escondidas. Hubiera querido aprender más, a juzgar por el placer que le producía sentarse al piano, cuando veía uno, para tocar determinado preludio de Bach o, más concretamente, un grave y bello arreglo que de ese preludio hizo el compositor ruso Aleksandr Ziloti, que a su madre le gustaba interpretar como bis al final de los conciertos que a veces daba en el Conservatorio, y que yo tengo la sensación de haberme sabido siempre de memoria. Pero ese placer le fue prohibido por su futura esposa, mi madre, que tenía una relación extrañísima con la música. A decir verdad, no tenía ninguna. Siguiendo el ejemplo de su padre, simplemente no le gustaba la música; pero ella no se conformaba con que no le gustara: ella le era hostil, un poco como cierta señora que conocí y que, sin que tampoco le gustara la música, estaba especialmente enfadada con Mozart: «¡Ah, ese!», profería furiosa, como quien habla de una panda de delincuentes, «¡ese es el peor de todos!». Eso no impidió que mi madre, siendo ya conocida, aceptara un día la invitación de la emisora Radio Classique para pasar una hora hablando de sus gustos musicales (no solo ficticios, sino de una vulgaridad lamentable) y decir, en un momento dado, en un tono pensativo e imbuido de misterio, que era sorprendente ese amor tan profundo e innato que sentía por la música, cuando en su familia no había ningún músico –su hermano, su cuñada y sus dos suegros eran los cuatro, recordémoslo, músicos profesionales.

Sables de madera

Pese a la severidad de la señora Carrère-Dencausse, a Nicolas le gustaba acudir, dos veces por semana, a la rue de Lachassaigne, tanto porque había un electrófono en el que le dejaban escuchar el concierto para piano de Grieg, su primera pasión musical, como porque, privado de compañeros, adoraba a Louis, el hijo de la casa, que, incluso preparando el examen de bachillerato, no se negaba a

jugar con él. Hacían duelos con sables de madera, se encaramaban a la higuera nudosa cuyas raíces reventaban el murete que separaba el jardín del de los vecinos. Eso es, más o menos, todo lo que recuerdo de mis escasas visitas a casa de mis abuelos, ese pequeño jardín abandonado en la parte trasera y el comedor con los postigos siempre cerrados, ocupado por completo por una gran mesa ovalada cubierta de botellas de burdeos, cajas de municiones, cartucheras, morrales, conservas, perdices y faisanes acabados de cazar, toda una serie de trastos que eran propiedad de Georges Carrère y de nadie más que él, ya que nunca había visitas; las únicas visitas las hacía él a casa de sus amantes. Louis, a los dieciocho años, es muy delgado y pronto se quedará calvo, como su padre, que bromea con ello y dice que los hombres calvos son los más vigorosos en la cama y, dándose palmaditas en la cabeza, se presenta como «el hombre que tiene esto tan despejado», una broma hoy incomprensible, ya que hace referencia a una novela del escritor marítimo Claude Farrère, *El hombre que asesinó*.[3] La calvicie es prácticamente el único rasgo que comparten padre e hijo. Mi abuelo era un cachondo jovial, sin escrúpulos, alguien a la vez muy preocupado por la respetabilidad y totalmente desprovisto de superyó, el cual, sin duda como reacción, se hipertrofió en su hijo. Muy pronto, y para siempre, mi padre se puso del lado de su madre en la guerrilla doméstica de la rue de Lachassaigne y, no bien se marchó de casa, cortó toda relación con su padre y su hermana. Se reconciliaron un poco, ya tarde, y luego volvieron a perder el contacto, hasta tal punto que un día, cuando le pregunté, más por hablar que por verdadera curiosidad, si tenía noticias de su hermana, mi padre, de noventa años, respondió: «¿Noticias? No, no sé nada». Y, tras un momento de reflexión: «No sé si sigue viva». (Su hermana, nada menos...) Cuando le conocemos, este joven frágil y rígido sale con una chica llamada Josette Saugeon. No sé cómo era Josette Saugeon ni qué significaba *salir* cuando se trataba de jóvenes de dieciocho años, de familias respetables, en el Burdeos de 1947, pero desde luego no que se acostaban. Sin haberse aún prometido, mi padre es novio de esta joven burguesa de Burdeos con la que, si se hubieran casado,

probablemente habría llevado una vida burguesa y bordelesa. No sé cuál habría sido su profesión. Los seguros, en los que hizo su carrera, no eran una vocación, sino algo contingente, podría haber sido cualquier otra cosa. Podría haber entrado, después de casarse con Josette Saugeon, en la empresa de su familia política, si es que tenían una –me los imagino perfectamente como comerciantes de vinos, a los Saugeon–, o bien estudiar Derecho y ejercer de abogado. Tal vez hubiera sido feliz con Josette Saugeon. Ella se habría ocupado del hogar y él habría sido el amo y señor de la casa. Pero no fue así. Su vida dio un giro totalmente inesperado, porque un día no fue la madre de Nicolas quien fue a recogerlo después de clase, sino su hermana mayor.

Life-changing

El domingo 30 de julio de 2023, cinco días antes de su muerte, tuve una larga y relajada conversación con mi madre en la residencia de cuidados paliativos Jeanne-Garnier. Ese día grabé la historia, contada cientos de veces y que nunca me cansé de escuchar, del piloto afgano que quiso secuestrarla durante su viaje a Asia central con especialistas en epizootias ovinas. (Paciencia, llegará enseguida.) Pero también hablamos de Étienne, con quien, cuando tenían veinte años, estuvo más o menos prometida. No sé nada de Josette Saugeon, pero a Étienne lo conocí en mi infancia, cosa que me permite imaginar un poco cómo habría sido la vida de mi madre si se hubiera quedado con él. Sobrino de Pauline Rumeaux, Étienne había sido su compañero de juegos en Keremma, y era lo que se dice un buen partido: rico, guapo, inteligente, culto, latinista, helenista, lo tenía todo a su favor. Josette pertenecía a la burguesía bordelesa, no sé si a la pequeña o a la media; Étienne, a la alta burguesía protestante parisina, y es digno de mención que nadie en esa familia de alto copete parezca haber puesto objeciones a que el chico saliera y se planteara luego casarse con una joven pobre,

portadora de lo que entonces se llamaba, como recordó el negro de Macron, un apellido imposible de pronunciar y una mancha en su historia: ese padre al que amaba, del que ni siquiera se sabía con certeza si había muerto y del que era mejor no hablar. En el mercado matrimonial, ¿se compensaban esas graves desventajas con la ascendencia aristocrática? ¿O es que sencillamente era una mujer irresistible? Lo que es seguro es que la familia de Étienne, empezando por Pauline Rumeaux, no solo aprobaba esa improbable unión, sino que se llevó un gran disgusto cuando supo que, contra todo pronóstico, no tendría lugar. Cuando le pregunté por qué se había quedado con mi padre en lugar de elegir a Étienne, mi madre primero titubeó, como si nunca se hubiera planteado la pregunta, y luego respondió que, en el fondo, no lo sabía muy bien. Podría haber sido tanto uno como otro. Hubo un punto de azar. Étienne estaba en París, mientras que ella vivía en Burdeos. Louis se benefició de la proximidad. Solo decía cosas vagas. No dijo: «Me enamoré de Louis». Ni tampoco: «Étienne era objetivamente más guapo, más rico, más todo, pero Louis me gustaba más». Más tarde, sin embargo, cuando en verano veíamos a Étienne en Biarritz, era una broma recurrente, un poco triste, y en realidad para él no era ninguna broma, decir que había sido el pretendiente de Hélène –era la palabra que utilizaba, «pretendiente»– y que, si se hubiera casado con ella, su vida, al final decepcionante, habría sido muy distinta. Tanto para él como para Louis, era evidente que conocer a Hélène Zurabishvili, conquistarla, era eso que en inglés se llama *life-changing*, algo que te cambia radicalmente la vida, para bien o para mal, y fue Louis quien, para bien o para mal, se llevó el premio gordo. Él mismo lo decía con un orgullo discreto, sin añadir que ese premio gordo era difícil de llevar ni, creo, sospechar que, al llegar a la vejez, suspiraría: «Yo sí le hice una muy gorda». Entretanto, fue Louis quien, un día, al final de la lección, le dijo a Nicolas que debía tener con él «una conversación seria» y lo llevó al jardín para anunciarle que ya no se encaramarían juntos a la higuera ni jugarían con los sables de madera, porque pronto dejaría de ser su compañero para convertirse en su cuñado. Esa nueva situación implica que se abandone el tuteo, demasiado familiar, y mi padre

comenzará ese día a tratar de usted a su cuñado de doce años, al igual que, sesenta años más tarde, tratará de usted a mi hijastro, que tenía seis. Puedo contar con los dedos, digamos de ambas manos, las personas a las que mis padres tuteaban: sus hijos y nietos, la familia cercana, algunos amigos de la juventud –entre ellos Étienne– y ya está. Según Nicolas, fue mi madre quien, desde el principio, impuso a mi padre el tratamiento de usted, que, en un alarde de esnobismo, ella llamaba «tratamiento de vuestra merced». Se mantuvieron fieles a ello toda su vida, yo estaba tan acostumbrado que no me parecía extraño, cuando es evidente que lo era. Así que, tratándose de usted y ya prometidos, Hélène y Louis, de veinte y diecinueve años, acompañados de Nathalie y del pequeño Nicolas, abandonan Burdeos en 1948 y se instalan en París.

9. PROMETIDOS

Luis cesto

Con paso decidido y grandes zancadas, mis padres caminan por el boulevard Saint-Michel, que los estudiantes de la época llaman el *boul'Mich*. Sonríen al fotógrafo desconocido que tienen delante, que probablemente camina hacia atrás. Los abrigos demasiado grandes, los zapatos de suela gruesa, el pantalón ondeante de mi padre y ese mechón de aún-no-estoy-del-todo-calvo les confiere a un tiempo el aspecto de unos jóvenes de provincias que se han ido a París y de eso que por aquel entonces se conocía como *zazous*, jóvenes aficionados al jazz estadounidense. Tienen veinte años, estudian en Sciences Po, donde mi madre será luego profesora y también yo cursaré mis estudios. Prometidos pero no casados, no podían por supuesto vivir bajo el mismo techo, de modo que mi padre encontró una buhardilla de servicio en la rue Lecourbe, en el distrito XV, y Nathalie, Hélène y Nicolas, un apartamentito en el primer piso de un edificio de ladrillo visto situado en la rue Claude-Matrat, en Issy-les-Moulineaux. En realidad, más que un apartamentito, eran dos habitaciones subarrendadas en un apartamento. Hélène y su madre comparten la más grande, Nicolas ocupa solo la más pequeña, un pasillo sin ventanas por el que había que cruzar para llegar a la otra, y en la que la cama se comía casi todo el ancho. Nicolas pasará toda su complicada adolescencia en habitaciones que no son tales, en sofás en los que no podrá acostarse hasta que el resto se haya ido a dormir y que deberá volver a hacer en cuanto se levanten. La cocina, el aseo y el cuarto de baño eran compartidos con los dueños, como en los apartamentos comunitarios soviéticos. Con sus escasos recursos –Nathalie había encontrado trabajo como traductora en la Cámara de Comercio–, esas dos habitaciones tristes y oscuras eran, con todo, una ganga. Se las debían a la recomendación de unos familiares de Nathalie que vivían en el quinto: el conde Paul

LamsdorffGalagane, al que llamaban *diadia* Paka –tío Paul–, y su esposa, que también se llamaba Nathalie y a la que llamaban *tiotia* Natasha. Ya hemos conocido a la tía Natasha, que había comenzado una apacible carrera de joven de la aristocracia como dama de honor de la última emperatriz antes de ver a su hermano, durante la guerra civil, cavar su propia tumba, y pasarse el resto de la vida repitiendo con una estupefacción que despertaba candor: «Pero ¿por qué lo hicieron? Esa revolución... *Vivíamos todos tan bien*». También estaba *tiotia* Lisa, la tía Lise, que no era tía de nadie, sino una fiel sirvienta que los había seguido a los dos en sus tribulaciones de emigrados. Su situación económica era ahora igual –pobreza rayana en la miseria–, el universo social en el que una servía a los otros se había derrumbado por completo, a pesar de lo cual la tía Lise seguía sirviendo al tío Paul y a la tía Natasha. Mejor dicho, compartía con tía Natasha todas las tareas domésticas, pero, antes de sentarse a la mesa con sus señores, sobre un mantel de hule, frente a platos desparejados y desportillados, anunciaba solemnemente: «¡La señora condesa está servida!». Vivía, un piso por encima de ellos, en una minúscula habitación de servicio. ¿Si le pagaban? ¿Con qué? La tía Natasha y la tía Lise ganaban un poco de dinero cosiendo y bordando a punto de cruz unas largas cintas de la tela más vaporosa para un gran modisto, trabajo que debían a Elizabeth Grabbé, a la que también hemos conocido al principio de este libro, modelo de Schiaparelli y bisnieta del brutal conde Grabbé, que había sido uno de los conquistadores del Cáucaso a principios del siglo XIX. Así sobrevivía, a la escala minúscula de tres personas, un universo de señores y sirvientes del que la criada sentía tanta nostalgia como los señores. Mi padre los adoraba a los tres. Como prometido, iba a cenar a la rue Claude-Matrat todas las noches. Hacía la compra. Llegaba temprano para subir al quinto piso y pasar un rato con el tío Paul, la tía Natasha y la tía Lise. Gracias a ellos accedió a ese mundo mágico de la aristocracia rusa caída en desgracia que habría de ser una de las pasiones de su vida. El conde y la condesa de Lamsdorff-Galagane: los tenía siempre en la boca. Le hacía el besamanos a la condesa. Iba a buscar a Nicolas a las fiestas de niños donde, en apartamentos estrechísimos, unos chavales en pantalón corto eran

presentados e incluso se presentaban entre ellos como «príncipe Narishkin, barón Cherkásov, príncipe Viazemski, conde Tolstói». Un día que Nicolas volvió de casa de uno de sus compañeros de clase lleno de admiración porque estaba amueblada al estilo «Luis XV», el tío Paul, enseñándole las cajas y los viejos cestos que en su casa servían de ropero, dijo: «Nuestra casa está amueblada al estilo Luis cesto». Esta ocurrencia fascinó a mi padre, que no se cansó de repetirla hasta entrada mi infancia. Cuando él lo conoció, el tío Paul padecía párkinson. Se sentaba en un sillón, las manos temblorosas extendidas hacia delante y con grandes dificultades para hablar. Mi padre lo sujetaba firmemente por el brazo durante su paseo diario, que consistía en dar varias vueltas alrededor de la mesa, en cada una de las cuales invertía unos buenos diez minutos. Lo acompañaba al baño, donde no podía valerse por sí mismo. Y le preguntaba por su vida, sin perder la paciencia por no entender la mitad de lo que decía, ya que la otra mitad lo llenaba con creces: tenientes coroneles de la Guardia Imperial, condes y grandes duques, grandes chambelanes, condecoraciones y fincas enormes que el padre del tío Paul había administrado como un propietario filántropo de obediencia tolstoyana. La noble sencillez de aquel gran señor, que vivía su deterioro físico con el mismo estoicismo que la decadencia social, fue para mi padre toda una lección, además de una introducción a esa dimensión vertical de la vida en la que uno toma conciencia de lo que une a las generaciones, porque el hombre es siempre más o menos el mismo, y de lo que las separa, porque vivir con varias décadas de diferencia es haber vivido en dos mundos distintos, de valores distintos, con evidencias distintas, casi incomprensibles entre sí. Aquel anciano al que le estrechaba la mano temblorosa había estrechado en su juventud la de alguien que había estrechado la de Napoleón: mi padre jamás se recuperó de ese deslumbramiento.

Riou Guiéniégô

Una vez a la semana, el penúltimo año de su vida, llevaba a mi padre a almorzar al café-restaurante Le Mazarin, a unos trescientos metros del Institut de France. Aún no habíamos llegado al punto de dar la vuelta a la mesa a guisa de paseo, como con el tío Paul. A pie, por la rue de Seine, tardábamos un cuarto de hora en hacer el recorrido. Desde la pequeña terraza en la que nos instalábamos cuando el tiempo lo permitía, se veía la rue Guénégaud, y era, en nuestras conversaciones repetitivas, la ocasión ineludible para recordar los fantasmas de los Helmir. Georges Helmir era un hombre taciturno, con perilla, alcohólico, que se había casado con una princesa Boguslávskaya, llamada Liolia, amiga de la infancia de mi abuela Nathalie, madrina de mi madre y también alcohólica. Era, como la de mis abuelos, una de esas alianzas inconcebibles en el mundo anterior a la Revolución, y más aún en su caso, ya que, además de alcohólico, Georges Helmir era judío. Liolia y él no solo bebían y dormían la mona juntos. Eran unos restauradores de cuadros de renombre internacional, en quienes los mayores marchantes y galeristas depositaban una confianza ciega, algo difícilmente comprensible cuando descubrías su taller. Desde la calle parecía el almacén de un trapero y, una vez cruzada la puerta, un túnel largo y sin ventanas que daba a un patio en el que nunca entraba el sol. Entre ambos extremos, uno tenía que abrirse paso por entre pilas inestables de cuadros desmontados, marcos, trozos de madera, cartones, placas de vidrio, sierras de inglete, todo ello amontonado hasta el techo. Poco antes del patio, esa especie de cañón se ensanchaba y dejaba espacio para una gran mesa hecha con una puerta montada sobre caballetes, rodeada de sillas y taburetes, todos más o menos rotos. Unas escaleras muy empinadas, casi una escalera de mano, conducían al altillo en el que dormían los Helmir. Nadie más que ellos subía nunca allí y, a juzgar por la fachada, el techo debía de ser demasiado bajo como para poder ponerse de pie. Tenías que andarte con mil ojos, cuando te movías por el taller, para no pisar un Picasso o un Matisse, y, cuando llegabas a lo que se llamaba el comedor, para no cortarte, porque todo –suelo, mesa, sillas– estaba cubierto de esquirlas de cristal, a menudo muy pequeñas y tanto más peligrosas. Antes de invitar a

sentarse a los presentes, Georges o Liolia las sacudían con el mismo trapo sucio y descuidado que servía para secar los cristales y los marcos recién encolados. La cola, puesta a calentar constantemente en un hornillo, como el queso de una fondue, desprendía un olor atroz a pescado. Nada más llegar, te ofrecían un simple vaso de Pyrex lleno hasta arriba de vino Des Rochers, ese tinto peleón que un anuncio atrevido llamaba «el terciopelo del estómago». Mi padre siempre ha bebido muy poco, pero, como buen bordelés, buenos vinos, al contrario que yo y, en general, que los rusos, que beben para emborracharse, sin importarles el qué. Pero en la *Riou Guiéniégô*, en casa de los Helmir, se soplaba el vaso de vino Des Rochers sin hacerse de rogar, feliz de escuchar por enésima vez la historia de la perra Assia, que se había meado en un Dufy, al cual, por cierto, no le había sentado nada mal; feliz de responder a la señora Boguslávskaya madre, que también había sido dama de honor de la emperatriz –no sé cuántas damas de honor tenía la emperatriz, parece que muchas–; feliz, aunque intimidado, de encontrarse codo a codo con el príncipe Félix Yusúpov, que en 1916 había asesinado a Rasputín. Era un anciano alto, de una belleza todavía impresionante, de una amabilidad extrema, que arrastraba una reputación escandalosa, primero, porque había matado a un hombre –crimen que se le perdonaba, dada la personalidad de la víctima, y que incluso se consideraba una buena acción– y, segundo, porque era homosexual, lo que, para mis padres, era casi más exótico que ser un asesino. Viendo la mirada de mi anciano padre posarse en el edificio donde los Helmir aún vivían sesenta años atrás –de niño fui a su casa–, pensé que su vida había sido difícil porque había pagado cara la decisión de amar a mi madre, pero que nunca la habría cambiado por una vida sin el príncipe Yusúpov, sin el vino Des Rochers, sin el Dufy meado por la perra Assia, sin las damas de honor de la emperatriz, sin la condesa modelo de Schiaparelli, sin esa pobreza majestuosa que él quería por encima de todo. Gracias a ella, a su amor por ella, que no se distinguía del amor por mi madre, nunca fue realmente un burgués.

El Cuchitril

¿Cómo conoció mi madre a Maurice Bardèche? Lo más probable es que fuera acudiendo al cementerio de Charonne el 6 de febrero de 1949. El cementerio de Charonne es el cementerio más pequeño de París, un jardincito alrededor de la iglesia de Saint-Germain de Charonne, que, con los muros inestables tapados con cemento y la veleta con el gallo de hierro oxidado en lo alto del campanario, parece una iglesia de pueblo. Es la clase de direcciones secretas que intercambian los amantes del viejo París, entre los que se encontraban los cuñados Maurice Bardèche y Robert Brasillach, que escribieron, recordémoslo, una excelente *Historia del cine*. En *Nuestra preguerra*, Brasillach cantó las alabanzas del cementerio de Charonne, y del cercado en el que se yergue, entre la maleza, la estatua de un hombre bajito con bicornio, François Bègue, llamado Magloire, «pintor en construcción, filósofo, poeta, patriota y secretario del señor de Robespierre». Brasillach no podía sospechar, mientras escribía esto, que cinco años más tarde él mismo sería sepultado a escasos metros del tal Bègue, llamado Magloire, secretario del señor de Robespierre, ni que todavía hoy, cada 6 de febrero, fecha de su ejecución en el fuerte de Vincennes, su tumba se llena de flores traídas por los nostálgicos del pétainismo, los negacionistas y en general toda la gente de extrema derecha que queda en París. En la posguerra inmediata, los colaboracionistas que no habían sido ejecutados o no estaban en la cárcel se daban cita allí, y no me hace especial ilusión decir que mi madre, a los veinte años, se codeaba con esa sociedad de proscritos; pero tenía sus razones para ello y de todos modos es la verdad. Maurice Bardèche era una de las figuras destacadas de esa camarilla. Fumaba en pipa y tenía aspecto de profesor: era profesor. Su vida, marcada por el encuentro con Brasillach igual que la de mi padre lo estuvo por el encuentro con mi madre, tomó después de la guerra un giro extraño. Escribía en *Je suis partout*, pero solo críticas de libros y de cine. Durante la Ocupación, se dedicó en cuerpo y alma a convertir en un libro su enorme tesis sobre Balzac. En resumen, se estuvo

quietecito, y, aunque durante la Liberación lo arrestaron en calidad de cuñado de Brasillach, lo soltaron enseguida porque, más allá de eso, no tenían nada contra él. Tendría que haber vuelto sin más dilación a los estudios y, después de su grueso libro sobre Balzac, hacer otro todavía más grueso sobre Stendhal, pero no: después de la guerra, se convierte en fascista. En un fascista de pies a cabeza, en un fascista integral. A Maurice Bardèche se le puede acusar de muchas cosas, pero no de ser oportunista: entre tantos resistentes de última hora, el tipo que se descubre fascista después de la derrota del fascismo merece una forma paradójica de respeto. Mi madre se acercó a los Bardèche el 6 de febrero de 1949, y los Bardèche adoptaron a aquella jovencita rusa alegre y decidida, que se convirtió en una habitual de sus distintos domicilios. Era capaz de plantar cara a Maurice en arduas discusiones intelectuales, de comprender las bromas que los alumnos de la École normale se contaban en su reducido círculo, de mecer a los niños recitándoles la *Juana de Arco* de Péguy:

Adiós, Mosa adormecido y dulce de mi infancia
que moras en los prados donde fluyes silente, por debajo. Adiós, Mosa, ya empieza mi partida, hoy viajo
a nuevos parajes donde no fluyes, a mucha distancia...

Más tarde, Maurice Bardèche escribió una crónica de esos años de la posguerra, *Suzanne y el cuchitril*, que a mi madre le gustó tanto como *Nuestra preguerra* –con la diferencia de que lo que cuenta *Suzanne y el cuchitril* lo vivió como testigo–. Se había cruzado, cuando no tratado, con casi todas las personas que aparecen en el libro. No encontré *Suzanne y el cuchitril* durante la mudanza, hace mucho que está descatalogado, es de las veces en que te alegras de que exista algo como Amazon. Tomo cuatro notas tratando de

imaginarme a mi madre como figurante, en un segundo plano, de esos párrafos joviales: «Suzanne era alegre», escribe Bardèche sobre su mujer, «tenía unos ojos grandes que han heredado nuestros tres hijos y era de esas madres protectoras que adoran a los pequeños seres molestos que gatean por las alfombras de los apartamentos. Hasta entonces habíamos vivido con su hermano [con Brasillach, por tanto], que había sido compañero mío en la École normale y era escritor. Suzanne y él tenían en común la alegría, el gusto por la felicidad, un maravilloso sentido de los placeres amenos y sencillos que lo hacen a uno feliz». (Suzanne, por ejemplo, compraba sin cesar cordones para complacer al vendedor de cordones. Mi madre la adoraba.) Luego sigue la crónica descacharrante (*descacharrante* es uno de los adjetivos favoritos de Bardèche, junto con *chusco* y *estrafalario*) de la vida en esa vivienda insalubre a la que se referían cariñosamente como el Cuchitril, y que les consiguió «un luchador de feria al que uno de nuestros amigos conoció en la cárcel. Unos años antes, habríamos sido cautelosos ante esta recomendación, pero aquel año éramos muchos los que habíamos ampliado el círculo de nuestras relaciones. Haber conocido a alguien en la cárcel ya no suponía ningún reparo, era incluso una especie de garantía». Los asiduos del Cuchitril forman una procesión de poetas purgados, fascistas bonachones y personajes pintorescos condenados a muerte en rebeldía. Elijo al azar a Henri Poulain, «que entonces estaba en clandestinidad y lo hacía notar de forma ostensible paseándose todo el tiempo con unas enormes gafas negras y un sombrero calado hasta la nariz. Se negaba a viajar si no era en el último vagón del metro, y en la parte trasera de ese coche. Como creía que el Cuchitril estaba rodeado de espías, me citaba en las trastiendas de bares misteriosos, generalmente imposibles de encontrar». (Este Henri Poulain tan gracioso era uno de los peores canallas de *Je suis partout*.) Los policías, que acuden a arrestar a Bardèche por un libro que denunciaba los juicios de Núremberg, se lo encuentran tumbado en la alfombra raída del salón, jugando con tres niños que acababan de salir, desnudos y salpicando, del barreño en el que Suzanne los había enjabonado enérgicamente, e incluso esos policías parecen directamente sacados de una película de René

Clair. Cuando se encuentra entre rejas en Fresnes, todos los buenos comunistas del barrio hacen gala de una cálida solidaridad. El vendedor de cordones le regala cordones a un ritmo vertiginoso, la verdulera le ofrece puerros largos como gladiolos. No se muestra menos jovial en la cárcel, donde Bardèche tiene un compañero de celda judío francamente interesado por lo que le han contado de su antisemitismo. Bardèche, no sin dudarlo, le regala su *Núremberg o los falsificadores*. «La mayoría de mis opiniones le parecieron muy razonables a mi nuevo compañero. Sin embargo, me rogó que considerara que los judíos de Alsacia, entre los que él se contaba, eran desde hacía mucho tiempo auténticos franceses. Me citó a Maurras. Con espíritu conciliador, le prometí reconsiderar mis opiniones sobre los judíos de Alsacia, a los que añadimos, para completar, los de Bayona y Aviñón, que habían gozado de protección papal. Una vez hecho el trato, nuestra vida se convirtió en un idilio.» A ese idilio le pone fin la liberación de Maurice, al que recibe en casa una nueva panda de entrañables fantoches, autoproclamados representantes del «fascismo internacional». Última cita: «Conocí a muchos de esos fascistas. Algunos llevaban botas y acampaban en las noches del solsticio para entonar bajo las estrellas los hermosos y graves cánticos de sus mayores. Otros no lucían botas y levantaban severos las cabezas enjutas, llevaban gafas, coleccionaban fichas y pronunciaban discursos furibundos. Todos eran pobres. Creían, luchaban, odiaban la mentira y la injusticia. Sus periódicos eran efímeros, sus revistas no tenían lectores, a sus reuniones no acudían multitudes, pero nada de eso era ridículo: no hay partido que no se hubiera sentido rico y orgulloso de contar con hombres así. ¿Por qué habían de tener todos, en el fondo de su ser, tantas ganas de cortar cabezas, empezando por la de sus propios partidarios?».

La muchacha de los rodetes

Mi madre estimaba que *Suzanne y el cuchitril* era un libro

delicioso. Y es verdad, en ciertos aspectos es delicioso. Rebosa vivacidad, humor, gracia. Pero lo sería más si no fuera por su punto ciego: aquello en lo que colaboraron esos colaboracionistas a cuál más disparatado. Se entiende que, para poder retratarlos así, para seguir siendo él mismo vivaz, divertido y amable, Bardèche optara por negar ese punto ciego y convertirse en uno de los primeros negacionistas. Nunca oí a mi madre pronunciar una palabra que pudiera interpretarse como antisemita y heredé de ella una curiosidad incansable por la literatura sobre los campos de concentración, tanto del lado nazi como del soviético. Sin embargo, y a pesar de que las relaciones se enfriaron, como suele ocurrir con las amistades de la juventud, durante mucho tiempo mantuvo un afecto sincero por Maurice. Hacia 1973-1974 me envió a verlo a su pequeño apartamento de la rue Rataud, detrás del Panteón, para que me aconsejara a propósito de una presentación que tenía que hacer en el instituto sobre Balzac. Se mostró encantador, erudito, malicioso, hablaba de los personajes de *La comedia humana* como si fueran amigos comunes de los que uno se burla a sus espaldas porque le caen bien. Ese Lucien de Rubempré, ¡menudo atontado! No fue hasta mucho más tarde cuando leí *Núremberg o los falsificadores*, donde cuenta con desapego científico que todos los deportados murieron de tifus y que la palabra *exterminio*, desde luego poco acertada, se refería a los piojos y no a los seres humanos, evidentemente. No puedo evitar preguntarme: cuando el amable Maurice se subía a ese carro delante de ella, ¿qué decía mi madre? ¿Hasta dónde llegaba su indulgencia? Podría habérselo preguntado, pero no lo hice. Para terminar con este asunto: en 1993, Maurice Bardèche publicó sus memorias en una pequeña editorial (de extrema derecha, evidentemente). Muy poca gente leyó las memorias de un viejo fascista caído en el olvido, pero mi madre, que acababa de ser elegida miembro de la Academia Francesa, se enfadó mucho con él: no porque hablara mal de ella, sino porque lo hacía en muy buenos términos. La describe, a los veinte años, peinada con rodetes, un peinado anticuado, de tontorrona, un tocado de borrego que resalta por contraste su rostro sin blandura ni vaguedad. Bardèche se alegra de que la joven con rodetes que se

presentaba en el Cuchitril a cualquier hora, como si estuviera en su casa, y recitaba de memoria la *Juana de Arco* de Péguy, haya llegado tan lejos en la vida. Por error, creo, mi madre se imaginó que, al trazar ese retrato tan tierno de ella, Bardèche buscaba hacerle daño, arrastrarla a su eterno purgatorio. Cuando él murió, cinco años después, ella no fue al entierro. No se lo reprocho.

Raymond Assayas se embarca en el Capitaine

La noche del 29 de diciembre de 2023, en Gaggioleto, unas diez horas antes de que mi hermana Nathalie me llamara al amanecer para anunciarme que nuestro padre había muerto, Olivier nos contó con visible placer la historia del suyo. Por lo que yo sabía, era un viejo guionista de televisión que adaptaba novelas de Maigret en su cabaña de Boullay-les-Troux –su pueblo, en el valle de Chevreuse, realmente se llama Boullay-les-Troux–.[4] Pero eso fue solo al final. Nacido en el seno de una familia de banqueros judíos en Salónica, Raymond Assayas se convirtió en los años treinta, en Italia, en un militante antifascista. También quería dedicarse al cine y le ofrecieron un puesto de segundo asistente, en Roma, en una película de Max Ophüls, *La Signora di tutti*. En aquella época, la trayectoria habitual era ser tercer asistente, luego segundo y luego primer asistente, después de lo cual, si habías sido obediente, se te «confiaba» una película, como diría más tarde Raymond a su hijo Olivier, cuya idea del cine no era precisamente que se le «confiara» una película. De Roma, Raymond se marchó en 1936 a París, donde lo acogió una amiga de la familia, Françoise Gourdji, que se daría a conocer en el mundo del periodismo con el nombre de Françoise Giroud. Raymond, por su parte, trabajó para Ophüls, Marcel L'Herbier, Léonide Moguy y Claude Autant-Lara con el nombre artístico de Jacques Rémy. El comienzo de su carrera se vio truncado por la guerra. Desmovilizado en Clermont-Ferrand, en el verano de 1940 se desplazó a pie hasta Marsella, donde embarcó en el

carguero *Capitaine Paul Lemerle* rumbo a Guadalupe, junto con toda una tropa de proscritos de Vichy, republicanos españoles, judíos apátridas y escritores surrealistas. El reparto incluía a André Breton, Claude Lévi-Strauss, Anna Seghers, Victor Serge, Wifredo Lam y a la fotógrafa alemana Germaine Krull, con quien continuaría el viaje hasta Saint-Laurent-du-Maroni, en la Guayana Francesa. Al poco se encuentra dirigiendo la comunicación de la Francia libre para Sudamérica y, sin saber muy bien cómo, realizando dos películas en Chile, una de ellas en la cordillera de los Andes con guión de Jules Supervielle. Cuando regresa a Francia, sus amigos son gente como André Malraux, Romain Gary, Luis Buñuel, Diego Giacometti y el productor Raoul Lévy. Todo el mundo del cine francés de los años cincuenta se sentó en los sillones de cuero agradablemente desgastados de su casa de campo. Yo he estado muchas veces en esa casa, su hijo Olivier y yo nos conocemos desde que éramos jóvenes. Yo sentía curiosidad por sus películas, él por mis libros, pero todo quedó como en un segundo plano hasta que nuestro agente común, François Samuelson, nos reunió para que adaptáramos *El mago del Kremlin*, la fascinante novela de Giuliano da Empoli sobre la eminencia gris de Vladímir Putin. Cuando dos personas se pasan el día hablando a solas en una habitación durante varios meses empiezan a conocerse de verdad y, en nuestro caso, ha surgido una amistad tardía y fuerte. Tenemos la misma edad y trayectorias similares. Nos intrigamos mutuamente porque es mucho lo que nos une, pero también lo que nos enfrenta: nuestros tropismos –él, el rock y el arte contemporáneo; yo, las historias de fantasmas y la música clásica– y, sobre todo, nuestras historias familiares. Olivier y su hermano Michka crecieron en un ambiente de artistas, de gente del cine, políglota y cosmopolita, de periodistas, diplomáticos y aventureros procedentes de la Francia libre. Un ambiente rutilante porque era el de los vencedores. Se habían conocido en la Resistencia, en Londres, en Nueva York, en Sudamérica. Habían tomado las decisiones correctas, conocían a todo el mundo, y, escuchándole, me pareció de cajón que precisamente por eso Olivier también conociera a todo el mundo, tanto en Francia como en el extranjero. Esa sociabilidad flexible,

fácil, evidente, esa capacidad de moverse a sus anchas es algo que yo nunca he tenido y he envidiado siempre. La notoriedad no ha alterado en nada mi soledad. Más bien la ha empeorado. Cuando Olivier forma parte del jurado del Festival de Cannes, vuelve habiéndose hecho amigo de los otros nueve miembros, intercambia correos electrónicos, pregunta por su vida, pone proyectos en marcha. Dos años más tarde, cuando me toca a mí ser jurado, no trabo vínculo alguno con nadie, no dejo ningún recuerdo en nadie: un escritor francés huraño, torpe, que quizá escribe buenos libros, a saber, pero que no te deja la menor impresión en la retina. Si se atreve a abrir la boca, lo hace exactamente en el mismo momento que un orador al que se escucha más, lo que empezaba a decir se pierde y luego ya es demasiado tarde, el momento ha pasado, nadie se vuelve hacia él para preguntarle: «¿Querías decir algo, Emmanuel?». Yo no tengo la valentía de mis opiniones; además, hablo mal inglés. Luego está el carácter, por supuesto, y lo que hacemos con lo que han hecho de nosotros, que es lo único que importa, como decía Sartre. Pero también importa lo que han hecho de nosotros. Importa el lugar de donde venimos y lo que ha formado a quienes nos han conformado a nosotros. Importan las elecciones más o menos libres de nuestros padres. Los que tomaron las correctas son los dueños del mundo y lo dejan en herencia a sus hijos. A los demás les queda la vergüenza, el resentimiento, la desconfianza con respecto a sí mismos o el triste recurso de retratar a los cómplices objetivos del horror como personajes excéntricos con dotes para la poesía. En resumen: no es lo mismo, no es la misma relación con el mundo haber tenido como amigo de la familia a Romain Gary o a Maurice Bardèche. Medio siglo después, estoy en condiciones de saber que eso sigue pesando.

«¡Flan! ¡Frutos confitados!»

Mientras estudiaba Sciences Po, mi madre no dejaba de soñar con

el teatro. Era algo más que un pasatiempo: aspiraba de verdad a convertirse en actriz. ¿Con quién podía identificarse en aquel entonces? ¿Con Arletty? ¿Con Danielle Darrieux? ¿Hay alguna película de esa época en la que podría imaginármela? ¿Insertar su rostro? ¿A qué actriz sustituiría en el último momento? ¿En qué papel? ¿El de una criada que abre una puerta o el de una amante apasionada? Durante un año fue a clases de teatro a una escuela algunos de cuyos alumnos formarán parte, a principios de los cincuenta, de la legendaria banda del Conservatorio: JeanPaul Belmondo, Jean-Pierre Marielle, Jean Rochefort, Annie Girardot, Claude Rich, Bruno Cremer, Françoise Fabian y, completamente fuera de lugar en esta procesión de estrellas, Paul Préboist, un antiguo jockey con cara de batracio que se especializará en papeles de gendarme idiota y al que apodaban «Prepaul», algo que mi madre me contaría más tarde como si fuera algo divertidísimo, y era tal mi confianza en su ingenio que también a mí me parecía divertidísimo, el apodo de «Prepaul». Ya no recuerdo exactamente qué contaba, con quién coincidió en esas clases preparatorias para ingresar en el Conservatorio, qué grado de familiaridad tenía con esas futuras estrellas. En cualquier caso, ninguna de ellas desempeñaría el menor papel en nuestra vida. Annie Girardot o Jean-Pierre Marielle nunca vinieron a cenar a casa. Hoy me pregunto qué disuadió a mi madre de presentarse a los exámenes de ingreso al Conservatorio. ¿Habría comprendido, con lucidez, que no tenía talento suficiente para llegar a lo más alto? Me extraña, mi madre era de esa clase de personas que creen que querer es poder. ¿O acaso comprendió que una profesión en la que dependes tanto de los demás, en la que te pasas el día yendo de un casting a otro y esperando a que suene el teléfono, no le vendría bien a su orgullo? Es más plausible, pero Nicolas propone una tercera explicación: era Louis quien no quería que fuera actriz. Porque no era conveniente, porque habría corrido el riesgo de perderla. No le gustaba ir a buscarla a clases de teatro, no le gustaba la complicidad que tenía con sus compañeros. Se sentía de más. Según Nicolas, él lo puso como condición para casarse: tenía que dejar el teatro. Me parece algo desmesurado, y que no pega ni con el uno ni con la otra. De ser cierto, aunque solo fuera un

poco, fue el primero de los dos sacrificios que ella hizo por él. Más adelante veremos cuál fue el segundo. La carrera teatral de mi madre terminó en la Comédie Française, con siluetas de pequeños pasteleros en el asador Ragueneau, en el segundo acto de *Cyrano de Bergerac*. Una vez decía: «¡Flan!», otra: «¡Frutos confitados!».

10. «DOS SERES TENDIDOS HACIA LA VIDA»

La caja del último condenado a trabajos forzados

Entre los objetos que salieron a la luz durante la mudanza del apartamento del quai Conti, está esa caja de madera que a mi padre le gustaba decir que había tallado y esculpido el último condenado a trabajos forzados de la colonia penitenciaria de Cayena. Además de su habitual desorden de tarjetas de visita, notas de restaurante, billetes de tren y el sobre que contenía una hoja de helecho seca «recogida en Hergas el 11 de abril de 1976», hice dos hallazgos importantes. El primero es una postal enviada desde Moscú el 13 de marzo de 1958. La segunda, una foto de mi madre con veinte años en cuyo reverso ella escribió esto:

> 29 de mayo de 1949, 11:55
> La voluntad de dos seres tendidos hacia la vida...
> De esta vida misma. La misma certeza luminosa e inefable de no estar solos nunca más.
> Le quiero, Louis.
> Tengo fe en nosotros.
>
> HÉLÈNE

La primera noche

La sexualidad de los padres es una cuestión que incomoda a todo el mundo. Yo tengo tendencia a creer que en el caso de mis padres es especialmente incómoda, pero quien más, quien menos todo el mundo cree que su caso es más especial que el de los demás. Cuando se conocieron, en 1948, mis padres tenían diecinueve y

veinte años, y seguramente eran vírgenes los dos. En 1952, cuando se casaron, seguramente habían dejado de serlo. Nicolas recuerda haber sorprendido, en Cazères, a su hermana saliendo de madrugada, furtiva y radiante, de la habitación de Louis. También recuerda que entre ellos había una ternura y una complicidad que no tardaron en erosionarse. Y yo me acordé, cuando me lo dijo, de una historia que me había contado mi prima lejana Anne Wiazemsky. Ella tenía dieciséis años, todavía iba al instituto e interpretaba el papel principal de la película de Robert Bresson *Al azar de Baltasar* –el papel principal humano, porque el protagonista de la película era un asno–. Fue durante el rodaje de esa película cuando hizo el amor por primera vez. Por la mañana llegó al plató radiante de alegría y a la vez aterrorizada por la idea de que se le notara. De que todo el mundo se diera cuenta. Hizo todo lo que pudo para sofocar sus emociones. Puede que algunos notaran algo y ataran cabos, o tal vez no. Pero ella, en la escena que rodaron aquel día, lo nota. No ve otra cosa: su rostro radiante de alegría. Cuarenta años más tarde, le bastaba con introducir en el lector el DVD de *Al azar de Baltasar* para revivir, intacta, grabada en su cara, en los ojos, en la piel, aquella primera noche de amor. ¿Cómo fue la primera noche de amor de mis padres? ¿Quién tenía más deseo? ¿Transcurrió de forma natural, armoniosa, con un gesto llevando a otro, como una manifestación de sexo feliz? No entro en esa habitación. Me quedo con Nicolas, que aguarda delante de la puerta y ve salir a mi madre, de madrugada.

«No escribo esto para disgustar a nadie, sino para mirar las cosas de frente y verlas como son»

Más que las *Memorias de Adriano* y *Opus nigrum*, de Marguerite Yourcenar me gustan los tres volúmenes que, al final de su vida, escribió sobre su familia. Sus investigaciones abarcan siglos de historia, decenas de generaciones, miles de seres humanos de los

que no se sabe casi nada salvo que nacieron, vivieron, que conocieron el amor los más felices, que murieron todos y que su sucesión, sus intersecciones, la maraña de sus descendencias conducen a esto: una cosita envuelta en pañales que a principios del siglo XX pega berridos en el cerro del Mont-Noir, en Flandes; más tarde, una niña que aprende a vivir en los albores de la Gran Guerra; y, más tarde aún, cuando ese mismo siglo toca a su fin, una anciana que invierte sus últimas fuerzas, en la isla de Mount Desert, frente a la costa de Nueva Inglaterra, en explorar hasta el vértigo la dimensión vertical de la vida. Leí esos libros hace muchísimo tiempo, y los releo con una admiración intacta y una curiosidad en cierto modo profesional, porque yo mismo me he embarcado en una empresa similar. La mía es menos ambiciosa. Marguerite Yourcenar se remonta hasta las eras geológicas en las que, como dice ella, aún no habíamos invadido la tierra. Yo me ciño a la extensión de un siglo y de cuatro generaciones. Pero aprendo mucho de ella: la altura de miras, el sentido de la perspectiva histórica, los majestuosos travellings hacia delante que, arrancando de unas estrellas muertas, van cerrando el campo hasta centrarse en el primer hombre que pronunció, más o menos como nosotros, la palabra *duna*, la palabra *muela*, la palabra *mula*, pero también la osadía serena con la que, en *Recordatorios*, habla de la pasión de su padre por «los pechos ligeramente caídos de Fernande [su madre], tal vez un poco demasiado voluminosos para su estrecha cintura». Me parece que es más libre que yo, esta Marguerite que pasa por ser una estirada, cuando se trata de describir el cuerpo deseado, puede que deseoso, de su madre, y «las ambivalencias de Michel [su padre] ante el placer femenino, empeñado en creer que una mujer casta no se entregaba sino para satisfacer al ser amado, y a la vez incómodo por la frialdad o por la efervescencia de su compañera». Como Fernande murió al nacer ella, su hija puede hacerse esta otra pregunta, escandalosa: si la hubiera conocido, ¿la habría querido? Su respuesta: «Todo me lleva a creer que la hubiera querido primero con un amor egoísta y distraído, como el de la mayor parte de los niños, y luego con un afecto hecho más que nada de costumbre, atravesado de peleas, cada vez más mitigado por la indiferencia,

como les ocurre a tantos adultos que quieren a su madre. No escribo esto para disgustar a nadie, sino para mirar las cosas de frente y verlas como son».

El verano en Cazères hacia 1950

Cuando Nicolas describe a Hélène saliendo de madrugada, furtiva y radiante, de la habitación de Louis en Cazères, me pregunto: ¿dónde estaba la habitación de este último? ¿Y la de ella? ¿Y la de Nicolas? ¿Y la de mi abuela? La casa, que conocí en mi infancia, era tan extraña, tan laberíntica... Se accedía por una puerta baja con la pintura descascarillada, de ese color óxido típico de los postigos y las tablillas del sudoeste, con un picaporte de cobre con forma de mano. Completamente abarrotada por una mesa de madera oscura, seis sillas muy duras, de respaldo alto, un piano vertical y un aparador, la sala principal estaba iluminada por una puerta vidriera que daba a la terraza. Esa terraza, con una balaustrada de tejas superpuestas, daba al Garona, más concretamente, a un afluente minúsculo, el Ouride, que desembocaba en el Garona doscientos metros más allá. El Ouride bajaba muy sucio porque allí se vaciaban los orinales, razón por la cual nuestros padres nos decían, sin mucha convicción y sin que nosotros les hiciéramos caso, que no jugáramos en la orilla, cubierta de ortigas, piedras y excrementos. A finales de los años sesenta, se construyó una presa unos kilómetros más arriba del Garona, que, amansado, perdió su encanto bucólico, ese rugido continuo de aguas bravas que mecía nuestros sueños infantiles. Se convirtió en un lago artificial; cubrieron el Ouride de hormigón y luego hicieron una carretera. Volviendo al plano de la casa: el salón, a altura de la calle, estaba, si partíamos del Ouride, en la tercera planta, y encima habían construido una cuarta, de ladrillos de cemento, no muy lograda. La casa era, por tanto, muy alta y estrecha, y, por lo que recuerdo, solo había una habitación por planta, a las que se accedía por una escalera increíblemente

estrecha, empinada y peligrosa, contra la cual se nos advertía cada vez que la utilizábamos y de la que me pregunto, sobre todo, cómo nuestra abuela, artrítica y con las piernas hinchadas, no se mató cien veces. No recuerdo bien cómo nos distribuíamos en las pequeñas habitaciones apiladas de esa casa de muñecas, y aún entiendo menos cómo se repartían cuando mis padres, ya prometidos, iban a pasar el verano, a veces en compañía de Nicolas –a quien mi padre, tratándole de usted, enseñó a nadar a braza en el Garona–, de Nathalie e, incluso, como atestiguan algunas fotos, del padre Olympe. La casa de Cazères era de mi abuela Carrère-Dencausse, era su propiedad y su refugio, el lugar donde escapaba del ambiente opresivo de la rue de Lachassaigne. En la rue de Lachassaigne se sentía tan poco en casa que nunca recibía allí a su hijo y a su nuera, y nosotros, sus nietos, nunca fuimos antes de su muerte. En Cazères, en cambio, era el ama y señora de la casa, y le encantaba esa casita, a todos nos encantaba. A todos nos encantaba Cazères, de donde yo personalmente no guardo más que muy buenos recuerdos. Cuando le mostré la foto de la boda de mis padres, Hervé me escribió: «Qué hombre tan guapo, tu padre. Con ese aire tan perfectamente francés. Puede que tu madre pensara: "Me caso con Francia" (con la buena)». Me parece que da en el clavo. Ella le abrió a mi padre las puertas de un gran sueño, la santa Rusia, la nobleza recargada de adornos, los protagonistas de la gran historia. Pero él también le abrió una puerta a ella. Sin duda no era poca cosa, para esa jovencita apátrida de apellido impronunciable, participar gracias a su futuro marido de esa Francia antigua, profunda, inmutable, ser acogida con tanta naturalidad en un pueblo de mil habitantes, entre Toulouse y Saint-Gaudens, donde todo el mundo se conoce y se saluda. Cuando éramos pequeños, mi padre se enorgullecía de enseñarnos que todo el mundo le saludaba en Cazères, a menudo llamándole Doudou, ya que su verdadero nombre de pila era Louis-Édouard: no Louis, coma, Édouard, no: Louis, guión, Édouard. Nadie, fuera de Cazères, lo llamaba Doudou –nadie, fuera de mis hermanas, me llama tampoco Manu–, y era también en Cazères donde vivían las únicas personas a las que tuteaba, como el tendero Robert Anet. Uno de los recuerdos más

entrañables de nuestra infancia es cuando nuestro padre nos llevaba a los tres, ya no recuerdo si a la piscina o a casa de nuestra prima Vidiane, proverbialmente tacaña, y nos decía, en la jerigonza franco-rusa reservada para las conversaciones privadas: «Skazhite *bonjour* potomú shto *ça se fait*» –dad los buenos días porque es de buena educación–. Meter en una sola frase la prosa de Cazères y la poesía de Rusia, deslizar como si nada algunas palabras en ruso a sus hijos delante de su amigo de la infancia Robert Anet era, creo, su idea del paraíso. Y nuestra madre, que desde las alturas de sus orígenes aristocráticos desdeñaba tantas cosas y personas, nunca manifestó sin embargo desdén por Cazères, y menos aún por su suegra, como así lo demuestran las cartas que le enviaba, que mi padre recuperó de su casa después de que muriera y que ahora estoy revisando.

«Esa belleza fragante que perturba y lo excusa todo...»

Mi madre, en las cartas de 1949 a 1952, llama a la señora Carrère-Dencausse «estimada señora». Sabiéndola «triste y sola» en Burdeos con su marido odioso, intenta distraerla enviándole todas las semanas una crónica, a menudo humorística, de su vida de estudiantes sin blanca pero felices. Un día es un examen de prueba en «las Sciences Po» –mi madre dirá toda su vida «las Sciences Po», no «Sciences Po», igual que más tarde dirá *la* covid–. Tema: «El principio de soberanía nacional y su aplicación en los regímenes franceses desde 1789». «Cuatro horas estrujándose los sesos, en medio de las cuales un corte de electricidad nos dejó sin nada más que unas lámparas de petróleo. Fue la mar de divertido.» Más divertido todavía: al corte de electricidad le siguió una huelga de metro, por iniciativa de la CGT, a la que mi madre trata con desprecio, pero la ventaja es que después de la cena «nos vimos obligados a alojar a Louis en casa». Otro día, a mis futuros padres les tocó participar en el escrutinio de un colegio electoral: «Su hijo se entretuvo haciendo palitos en varias hojas mientras yo iba

anunciando en voz alta el contenido de los sobres. Me alegró especialmente anunciar los votos de la Federación de los Descontentos». Una carta tras otra, va dando a su futura suegra noticias de Louis, que no parece que le escriba directamente. «No reconocería a su hijo en este chico que trabaja diez horas al día. ¿Quién dijo que era perezoso?» La mayor parte de las veces se toma las cosas a broma, con esa propensión al sarcasmo que será siempre su forma de humor. Se burla de las turistas inglesas «que invaden París con sus grandes dientes, sus pies enormes y el cabello apagado». Pero a veces se pone seria: «He tenido un ataque de melancolía, porque incluso a mi edad se nota el paso del tiempo y una empieza a mirar hacia el pasado. A veces echo de menos mis dieciséis años y la tranquila seguridad con la que esa edad resuelve los problemas más graves e irresolubles. Sin embargo, cada día doy gracias al destino por haberme dejado vivir esta maravillosa vida de estudiante en París. Pobres, los de provincias, que nunca conocerán el Barrio Latino, los libreros donde uno encuentra tesoros sacados de *Las mil y una noches*, los debates políticos en los que se pide el arbitraje de Boutang. Brasillach dice que aquellos que no han cenado un café con leche para ir a ver una película en una salita oscura, aquellos que no han vivido en un barrio donde la gente seria y aburguesada está siempre equivocada, que esos no saben lo que es una juventud estudiantil». Para poder hablar en ese tono familiar a su futura suegra, profesora de piano en Burdeos, no solo de Brasillach, sino también del filósofo de Action française Pierre Boutang, tenía que haberle calentado la cabeza con ellos, y me imagino a mi abuela evocando a esas misteriosas figuras ante sus alumnos con el tono de evidencia y el celo conmovedor de las personas que viven a través de los demás. Así hablará más tarde de mis profesores y compañeros de clase, en particular de un tal Fourni, un mal estudiante y un vago de campeonato del que, en la escuela primaria, yo contaba tantas anécdotas que ella aún seguía preguntándome por él cuando yo ya había entrado en el instituto y hacía años que lo había perdido de vista. Hay otro pasaje que me sorprende y me inquieta. Mi madre se maravilla ante la luz del verano en París, «ese sol fugaz que difumina y cubre con un barniz

rosado todos los parterres floridos de las Tullerías», y cuenta de pronto que iba en coche con un amigo. «Íbamos a casa de unos amigos comunes y llegamos tarde sin el menor remordimiento: la belleza de esa noche, una belleza fragante y perturbadora, lo excusaba todo...» ¿Quién era ese amigo? ¿No es extraño describir a su futura suegra esa embriagadora intimidad con otra persona que no es su hijo? ¿Esa belleza fragante que perturba y lo excusa todo, y la hace llegar tarde sin el menor remordimiento?

11. PARA NADA ERA EL CÁNCER

Woldemar von Pelken, técnico de calefacción en la empresa De Dietrich

Nathalie se despertaba todas las mañanas agotada. Estaba perdiendo peso, tenía episodios de fiebre y cada vez le costaba más ir a la oficina. La Cámara de Comercio Internacional, donde seguía trabajando como intérprete plurilingüe, quedaba cerca de la place de l'Alma. Cuando hacía buen tiempo, Nicolas se acercaba y almorzaban juntos. Compraban fruta en el mercado, en el terraplén que separaba el Sena del paseo de Albert-Ier, donde hoy solo hay una vía rápida, e iban a comérsela en un banco del jardín de los Campos Elíseos. La joven otrora espigada, de pómulos altos y vestidos ligeros, que jugaba con sus hijos pequeños en la hierba del parque de Meudon, estaba ahora demacrada, con el pelo gris y el rostro tan macilento y tenso que, en una de sus últimas fotos, yo le veía, al igual que a su madre, la desdeñosa Olga, un aire de madrastra o de institutriz malvada. Y nadie era menos malvada que ella: al contrario, era una mujer dulce y desvalida. Nicolas estaba preocupado de verla tan cambiada. Ella procuraba tranquilizarlo: demasiado trabajo, problemas en el despacho, un poco de cansancio. Los dos últimos años de su vida trató de restablecer lazos con lo que le quedaba de familia. Su padre había muerto en 1938 en Berlín, y ella contaba, recordémoslo, que el hombre había participado en una conspiración contra Hitler urdida por aristócratas conservadores como él. No había ninguna prueba de ello, pero tampoco pruebas formales de lo contrario. Si a ella le hacía sentir bien compensar un marido colaboracionista con un padre antinazi, ¿quién habría tenido el valor de sacarla del error? No había tenido noticias de su madre desde aquella visita siniestra al hotel Ric et Rac, y mi padre comenzó su carrera de detective aficionado enviando cartas a toda Europa para localizar a la condesa Olga von Pelken, de soltera Komarovski. Fue

él, supongo, quien debió de anunciar a Nathalie que su madre había muerto en un hospicio cerca de Viena, sola, probablemente de hambre, y que, ante la imposibilidad de sufragar un funeral digno, la habían enterrado en la fosa común. Y también fue mi padre quien encontró a Woldemar. Nathalie no había visto a su hermanastro desde la dispersión de Bosco Bello, casi treinta años antes. Aunque nunca habían tenido mucha afinidad, él era el único vínculo que la unía a su infancia. Se había convertido en técnico de calefacción en la empresa De Dietrich, cerca de Albertville. Woldemar von Pelken es un nombre inesperado para un técnico de calefacción en la empresa De Dietrich, cerca de Albertville. Nathalie había depositado grandes esperanzas en ese encuentro, en esas evocaciones de recuerdos compartidos. Se marchó a Saboya con Hélène y Louis en agosto de 1950. Nicolas, por su parte, estaba internado en un colegio de monjas, en Borgoña. Recibió una tarjeta de su madre en la que le decía que todo iba de maravilla, que tenía una prima de su edad, adorable, a la que llamaban Jacotte, y que el próximo invierno lo invitarían a esquiar a casa de su tío con Jacotte. No todo salió tan bien. Al día siguiente, Nicolas recibió en el convento un telegrama en el que Nathalie le anunciaba su llegada. Su tren llegaría a las seis de la mañana a la estación de Laroche-Migennes, a unos diez kilómetros del pueblo donde se ubicaba el convento. Nicolas fue a esperar a su madre en plena noche con dos bicicletas y una linterna para iluminarse. «Su sorpresa al verme al amanecer en el andén de la estación sigue siendo uno de los momentos más felices de mi vida. Pero me contó que a su hermano le había cambiado el humor de golpe y que se había mostrado agresivo al decirle que la muerte de su marido era un acto de justicia y que los cerdos colaboracionistas no merecían otra cosa.» El recuerdo de mi padre confirma ese testimonio. Mucho tiempo después encontró en internet la sentencia de una demanda que Woldemar había interpuesto contra su empleador por impago de una prima, procedimiento que terminó con la desestimación de la demanda por parte del tribunal de Colmar. La única información interesante de todo esto es que, desde su pequeño rincón, sin dejar de maldecir las tecnologías modernas y sin que nosotros lo supiéramos, mi padre

había aprendido a utilizar internet lo suficientemente bien como para dar con esa información. Yo no estoy seguro de ser capaz de hacerlo.

«Solo una cosa es segura: no es el cáncer»

Después del viaje a Saboya, Nathalie dejó de trabajar. Migrañas agudas, trastornos oftálmicos, respiración dolorosa: se iba debilitando día tras día. La hospitalizaron varias veces, y cada vez regresaba de esas estancias más débil de lo que estaba antes de ingresar. La última, la más larga, fue en un hogar de convalecencia en Rueil. Nicolas iba a verla dos veces por semana y pasaba horas con ella en el parque. Al final de las visitas, la ayudaba a subir a su habitación en el primer piso, un cuarto sobrecalentado del que todavía hoy le parece respirar el olor a goma quemada. Estaba tan débil y escuálida que más de una vez tuvo que llevarla en brazos por las escaleras. Cuando, cada vez más preocupado, le preguntaba a su hermana qué le pasaba a su madre, Hélène le respondía invariablemente que le estaban haciendo pruebas para averiguarlo. Llevaban más de un año haciéndole pruebas, sin que al parecer encontraran nada, pero una cosa era segura, decía Hélène: no era el cáncer. (No decía *un* cáncer, sino *el* cáncer.) Nicolas supo más tarde, por un amigo de la familia, que Hélène sabía perfectamente lo que pasaba: su madre se estaba muriendo de un cáncer generalizado y habían dejado de tratarla con la única esperanza de aliviarle el sufrimiento. ¿Qué sabía la propia Nathalie? Ella hablaba de tratamientos, de pruebas al término de las cuales se conocería por fin la causa de su agotamiento. Sin duda lo decía y tal vez se convencía a sí misma de ello para proteger a su hijo. Es lo mismo que hacía Hélène, y no era más eficaz ni beneficioso que cuando, ocho años antes, ambas habían intentado protegerlo de la verdad sobre la muerte de su padre. Pero escribo esto basándome en las memorias de Nicolas, que a menudo son crueles con su hermana,

cuya versión no conocemos. Ella hizo lo que pudo, por supuesto. Su lema ya era *never explain, never complain*, y una de las pocas confesiones que se le escaparon fue esta, en una carta a su suegra: «Trato de ser valiente, lo soy delante de los demás, pero temo más que nada la soledad, que me devuelve a mi desgracia. Y por primera vez vivo la Semana Santa entendiendo qué es la Pasión». El día de Pascua de 1952, mis futuros padres tomaron la decisión de casarse, sabedores de que, para Nathalie, sería un consuelo ver antes de morir a su hija casada con aquel joven que tanto la quería y que estaba dispuesto –dice Nicolas– «a asumir una herencia psíquica que no tenía nada que ver con la suya». Me parece una observación muy acertada. Mi padre era adolescente durante la Ocupación. La vivió en una familia en la que no había ni resistentes ni colaboracionistas, pero que, como probablemente el ochenta por ciento de los franceses, se dedicaba a sus asuntos esperando a que pasara. No salvaron judíos, pero tampoco denunciaron a ninguno: no conocían a ningún judío. Mi padre diría más tarde que había sido mariscalista, partidario de Pétain, pero creo que era por provocación. En cualquier caso, su nombre estaba sin mancilla y aceptó la mancha de ella, tácitamente, sin dudarlo y sin remedio. Me pregunto si, entre ellos, no se decidió todo en ese pacto. La boda se celebró en la catedral de la rue Daru, oficiada por el padre Olympe. Los tiempos del ecumenismo aún quedaban lejos, y no era ninguna tontería, para un joven burgués de Burdeos educado por los jesuitas, casarse por el rito ortodoxo. Suponía elegir ni más ni menos que el bando de su esposa. De su propia familia solo acudió su madre, ya que estaba enemistado con el padre y la hermana. De la de mi madre, fueron los Lamsdorff, los Helmir, Elizabeth Grabbé, algunos aristócratas rusos y también la rama georgiana. Los georgianos tienen un gran sentido de la familia: nadie faltó a la cita. El tío Levan y la tía Zeinab fueron con su hijo Otar y, en el cochecito, la pequeña Salomé. Tenía cuatro meses; sesenta y cinco años después nos la encontraremos siendo presidenta de la República de Georgia. En las fotos, mis padres parecen francamente contentos, y Nathalie, aunque ya no se tenía en pie, feliz. Inmediatamente después de la boda, los recién casados y Nathalie se trasladaron a casa de la señora Carrère-

Dencausse, en Cazères. Asistir a la agonía de Nathalie fue una curiosa luna de miel. Prácticamente ciega, incapaz de levantarse sola, pero apacible, se sentaba bajo una sombrilla, en la terraza, y hablaba con la señora Carrère-Dencausse, a quien tenía en mucha estima. Esta, en su cándida bondad, había decidido que Nathalie padecía anemia y que el mejor remedio era comer dos filetes poco hechos al día y beber todas las mañanas un cuenco de sangre fresca que Louis iba a buscar al matadero, a diez minutos de la casa. Como único exiliado de esta célula familiar reunida a orillas del Ouride, a Nicolas lo habían enviado al Périgord, a un campamento de exploradores donde lo habían catapultado a jefe de patrulla con el nombre, bastante grotesco, de «Alpaca tranquila». «Recuerdo», escribe, «haber vivido ese campamento en una especie de neblina, porque no hacía más que pensar en mamá, que estaba en Cazères con Hélène, Louis y la señora Carrère-Dencausse, y solo tenía una idea en la cabeza: reunirme con ellos lo antes posible. Me parece que hicieron prueba de una enorme delicadeza para conmigo, porque todos habían comprendido que mi madre estaba gravemente enferma. La última vez que la vi ya casi no hablaba, estaba tan en los huesos que daba cosa, pero Hélène seguía escribiéndome para decirme que no me preocupara, asegurándome que no era el cáncer, que para nada era el cáncer, sino el efecto normal de un nuevo tratamiento, y me juraba y perjuraba que en cualquier caso me diría siempre la verdad. No había motivo alguno para que volviera, según ella, lo mejor era que me quedara y lo pasara bien en el campamento. Al cabo de unos días, sin embargo, me llamó por teléfono para decirme que mamá quería verme, pero que sobre todo no debía, en ningún caso, preocuparme. Louis vino a recogerme a la estación. Mamá había muerto. Supe que había muerto cuando Hélène me llamó por teléfono. La señora CarrèreDencausse y el padre Olympe velaban el cuerpo. Como no había ninguna tumba familiar donde pudiera reunirse con su marido o sus padres, la señora Carrère-Dencausse se ofreció generosamente a acogerla en su panteón familiar, en el cementerio de Cazères, donde aún descansa, pero sin que ninguna inscripción dé fe de su presencia.»

Muertos sin sepultura

«Mi padre», prosigue Nicolas, «no tiene sepultura, mi abuelo Von Pelken tampoco, mi abuela Komarovski está enterrada en algún lugar de Viena, pero nadie sabe dónde, y mi madre descansa desde hace cincuenta años en un panteón que lleva el nombre de una familia que no es la suya. Hay al menos dos condiciones para que el duelo se desarrolle con normalidad: conocer las causas y circunstancias de la muerte, y la realidad concreta del entierro. Estas condiciones se han dado tan raramente en mi familia que no es de extrañar que toda mi vida se haya visto consumida por este cáncer.» Los tres días que precedieron al entierro, Nicolas permaneció todo el tiempo al lado de su madre, atento a cualquier estremecimiento o movimiento de su rostro. La fotografió en su cama, con la cabeza encogida como la de un jíbaro asomando por debajo de la sábana. Por la noche se acostaba a su lado, en el suelo frío de parqué. Estaba aturdido, no lloraba. Hélène, en una carta, dice que le impactó «su increíble frialdad».

12. LA JOVEN PAREJA

Francesa

Mediante un decreto de 1922, la URSS privó de sus bienes y de su nacionalidad a todos los rusos que habían huido de la Revolución. Se convirtieron en apátridas. Ese mismo año, la Sociedad de Naciones nombró «alto comisionado para los refugiados» –un cargo que se creía que sería provisional pero que estaba destinado a durar– al diplomático noruego Fridtjof Nansen, conocido también por ser campeón internacional de esquí, explorador polar y especialista en el sistema nervioso de los animales marinos. Nansen dio nombre a un documento de identidad que permitía a los refugiados, rusos o de otras nacionalidades, viajar y gozar de protección internacional. Toda mi familia materna, rusa y georgiana, era apátrida. Mi madre era apátrida, Nicolas era apátrida, su único documento de identidad era ese pequeño librito que compartían con Nabokov, Chagall o Stravinski. Para mi madre, obtener la ciudadanía francesa fue todo un acontecimiento. No esperó a casarse para solicitarla: quería tenerla a título personal, desde que alcanzó la mayoría de edad y en cierto modo por méritos propios, no como consecuencia automática de su matrimonio con un francés. En los debates actuales sobre la inmigración y la integración, su postura, siempre muy tajante, viene de ahí: era partidaria del derecho de suelo al cien por cien, pero al mismo tiempo consideraba la nacionalidad francesa algo muy valioso que no debe obtenerse por defecto, sino cuando se expresan el deseo y la voluntad. Para convertirse en francés, según ella, bastaba con quererlo, pero había que quererlo *de verdad* y demostrar que se quería. En el ayuntamiento del distrito XV, como contaba el negro de Macron, ella esperaba que le preguntaran sobre la Constitución, le hicieran cantar «La marsellesa» y jurar la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que se había aprendido de memoria. El funcionario que la recibió no hizo nada de eso. Se limitó

a comprobar los formularios que había rellenado, las casillas marcadas, los documentos justificativos y las fotos de identidad. El expediente estaba completo y en regla. Le quitó el pasaporte Nansen, de cubierta verde pálido, y a cambio le hizo entrega de un pasaporte francés, con la cubierta marrón. Salió decepcionada y triste del ayuntamiento, en cuya escalinata la esperaba Louis. Pero ahora ya era francesa, algo que había querido ser a toda costa. De adolescente, había elegido Rusia en detrimento de Georgia, que, pese al afecto por sus tíos, tías y primos, consideraba, al igual que su padre, un país provinciano y estrecho de miras. Ahora, de joven adulta, elegía Francia en detrimento de Georgia y de Rusia. Durante los últimos meses de vida de su madre, todavía habló ruso con ella, pero ya no lo hacía con Nicolas ni lo hará con sus propios hijos, lo cual es uno de los grandes pesares de mi vida. Si hubiera aprendido esa lengua que tanto aprecio y que tan mal hablo en la edad de mayor maleabilidad, si la hubiera incorporado, no existiría esa barrera inexplicable que me separa de ella desde hace tantos años. A mi padre también le hubiera gustado hablar ruso, hablarlo con ella, hablarlo con la tía Natasha y el tío Paul, y mostrar también su sincero y ardiente deseo de integrarse en el círculo encantado. Compró el método Assimil, fuente de inspiración de aquella obra tan divertida, *La cantante calva*, escrita por un rumano con cara de payaso triste, Eugène Ionesco. Hélène y Louis se troncharon de la risa en el Théâtre des Noctambules, donde la obra comenzó su andadura antes de emigrar al Théâtre de la Huchette, donde todavía hoy, setenta y tres años después, se sigue representando. Su repertorio de frases rituales se enriqueció con los hallazgos de Ionesco: «El jardín de mi tío es más grande que el sombrero de mi tía», «¡Qué curioso, qué extraño y qué coincidencia!», «Un bombero es también un confesor». Mi madre se reía de *El inglés sin esfuerzo* adaptado por Ionesco, pero los sacrificios de mi padre por dominar *El ruso sin esfuerzo*, en lugar de enternecerla, la irritaban. Eran una demostración de amor, aunque ella lo veía más bien como esnobismo –que también lo era, sin duda, pero ese esnobismo era una demostración de amor–. Se negaba a hablar ruso con Louis, disuadía a los Lamsdorff de hacerlo, criticaba su acento en lugar de

corregirlo. Bajo este régimen, mi padre se cansó y el ruso se convirtió para él, como el piano, en una afición secreta.

Los comienzos de ambos en la vida

En la época de mis padres, y también en la mía, se salía de Sciences Po con título o sin él. En el segundo caso, no había convalidación alguna, ningún premio de consolación: se habían cursado tres años de estudios para nada. Mi madre se graduó, mi padre no. Me cuesta imaginar que, en ese momento, él no viviera ese fracaso como una catástrofe: un futuro de repente ensombrecido, a lo que cabe añadir, con respecto a su brillante esposa, una cruel humillación. Se resignó. Estudió los anuncios de *Le Figaro* en busca de una «colocación». Y así entró, por la puerta pequeña, en una compañía de seguros, la Garantie Mutuelle des Fonctionnaires (GMF), donde no podía imaginar que desarrollaría toda su carrera. Cuando tuve edad de saber y decir cuál era la profesión de mi padre, él ostentaba el prestigioso y un tanto misterioso título de «apoderado»: había pasado a formar parte de los ejecutivos, e incluso de los altos ejecutivos. Pero él comenzó en la GMF como «redactor», es decir, de empleado que tramitaba expedientes de siniestros, antes de ser nombrado supervisor o «agente intermedio», el equivalente a un capataz entre los oficinistas. En cuanto a mi madre, a pesar de su título universitario, no tuvo un comienzo profesional más fulgurante. Durante unos meses trabajó de dependienta en una librería de Levallois. Su futura orientación quedó marcada por el encuentro con una mujer de la que nunca había oído hablar hasta que mi madre se refirió a ella, con gratitud, unos días antes de su muerte. Esa mujer se llamaba Odette Moreau (1903-1986, según Wikipedia). Era una abogada vinculada a la Resistencia que había sido detenida, deportada primero a Auschwitz y luego a Bergen-Belsen, donde conoció a Simone Veil, que desde entonces sería una de sus grandes amigas.

No era de la clase de personas que abundaban en el entorno de mi madre, y menos aún en el lugar donde la conoció: en casa de los Bardèche. Cautivada por aquella joven decidida, Odette Moreau la mandó a ver a un jesuita ruso, de rito oriental, un tal padre Obolenski. Resultó que ese padre Obolenski había enseñado en el Instituto Ortodoxo Saint-Serge de Meudon, donde había tenido de alumno a Nicolas. En sus memorias, Nicolas describe el apartamento donde vivía y donde a veces ofrecía té o whisky a sus alumnos como «una especie de guarida con las paredes tapizadas con grandes mapas de la URSS y estanterías repletas de libros de literatura, teología y economía política». Lo describe sobre todo a él, alto y delgado, ascético, con un humor sardónico, de una elegancia en los gestos y en la palabra indisociable de su total desapego por los bienes de este mundo: la encarnación de esa cualidad hoy en día difícil de elogiar, ya que se asocia erróneamente a la superioridad de clase: la distinción. El padre Obolenski era el hombre más distinguido que Nicolas había conocido jamás (en mi caso, ese papel lo ostenta Nicolas). Con un conocimiento enciclopédico de las culturas eslavas y asiáticas, de la teología ortodoxa y de los retos de la geopolítica, pasó de la enseñanza a un discreto laboratorio, financiado por la Compagnie Française des Pétroles, que llevaba el nombre idealmente neutro de Centro de Documentación y Síntesis. Recibió a mi madre y la contrató para analizar todo lo relacionado con las repúblicas soviéticas de Asia Central.

La cena de los regicidas

El Centro de Documentación y Síntesis ocupaba, en la última planta de un edificio de los Campos Elíseos, un amplio apartamento burgués en el que nada delataba su reconversión en oficinas: había habitaciones con camas, bañeras, mesillas de noche, armarios repletos de ropa de casa... El trabajo de mi madre consistía en leer la prensa soviética, recortar artículos y elaborar informes sobre las

zonas fronterizas de la Unión Soviética en las que hubiera tanto musulmanes como petróleo. Entregaba esos informes a una secretaria, ya que ella nunca aprendió a escribir a máquina, fiel al principio de su abuela, Nino Nikoladze, según la cual una mujer debe evitar toda habilidad susceptible de encasillarla en un oficio considerado femenino. La secretaria se los entregaba luego al padre Obolenski. Él se los agradecía ceremoniosamente a mi madre, pero no le hacía ningún comentario. Ella no sabía si los leía: ni si los leía alguien, ni para qué servía todo aquello. Un mayordomo servía el café a las diez de la mañana y el té a las cinco de la tarde. Por el Centro pasaba gente misteriosa: parásitos, sablistas e iluminados con los que el padre Obolenski se encerraba a veces durante varias horas, y que, según el compañero de mesa de mi madre, Alexandre Bennigsen, no podían ser sino espías. Descendiente de una importante familia germano-rusa, alpinista, risueño, siempre dramáticamente arruinado, Bennigsen huía tanto de su hogar como de sus acreedores quedándose a vivir semanas enteras en el Centro, donde un ama de llaves que él sospechaba que era la amante del mayordomo (esa cuestión le preocupaba mucho) le hacía la cama, como en un hotel. Era, como mi madre, «investigador», sin saber muy bien él mismo qué investigaba. La noche del 23 de marzo de 1953, el padre Obolenski los invitó a cenar a un buen restaurante. Mi madre y Alec eran muy jóvenes, no sumaban ni cincuenta años entre los dos, y no estaban acostumbrados a esa clase de locales. Esperaron pacientemente a que su jefe les anunciara el motivo de la invitación. ¿Un éxito que celebrar? ¿Qué éxito? ¿Qué sería exactamente un éxito, en una actividad tan difusa como la suya? Finalmente, el padre Obolenski les reveló lo siguiente: los tres tenían en común haber participado, por antepasados interpuestos, en el asesinato del zar Pablo I, el 23 de marzo de 1801. Si mi padre hubiera estado presente, no le habría pillado desprevenido. Al principio de esta historia vimos que mi madre descendía de la prestigiosa familia Panin. También era el caso del padre Obolenski, que tenía un parentesco político. Su antepasado común, el conde Nikita Panin, junto con el de Alec, el conde Bennigsen, había liberado a Rusia de ese zar pueril y perverso, lo cual estaba bien, según el

padre Obolenski. Mientras el zar era sucesivamente golpeado, estrangulado y desangrado como un cerdo por Bennigsen y varios de sus secuaces, mi antepasado Panin –al que Simon Sebag Montefiore describe como «glacial y regordete»– estaba en la galería contigua, contemplando cuadros y repitiendo, con creciente irritación: «¿Por qué grita tanto? ¿Por qué grita tanto?». El objetivo de la cena era conmemorar aquel regicidio perpetrado conjuntamente ciento cincuenta y dos años antes, e instaurar una tradición: a partir de entonces, se celebraría todos los años. «¿Fue por eso por lo que nos contrató?», preguntó Bennigsen, atónito. El padre Obolenski contestó que no, que no solo había sido por eso, de una manera lo suficientemente misteriosa como para que persistiera la duda. Ese ritual, que los tres descendientes, con la ayuda del vodka, prometieron cumplir hasta la muerte, se convirtió en fuente de infinitos chascarrillos, pero, por desgracia, tan solo se celebró dos o tres veces. El Centro de Documentación cerró y el padre Obolenski murió. Mi madre y Alec Bennigsen mantuvieron la amistad durante bastantes años: Alec se llevaba a mis padres a subir a las rocas de Fontainebleau. Se convirtió en mi padrino y, cuando nací, me regaló una lámpara preciosa con forma de gallo, pero el éxito de mi madre en un campo de investigación que también era el suyo hizo que se fueran distanciando poco a poco.

Rondar

Mucho más tarde, en 1988, mi madre publicó un libro grueso, *El mal de Rusia*, que es una historia del asesinato político en Rusia desde el primer zar, Vladímir, hasta Stalin. Al releer ese libro (o al leerlo, no estoy muy seguro), hubo dos cosas que me dieron mucho que pensar. La primera es que dedica todo un capítulo al asesinato de Pablo I sin decir una sola palabra de lo que tú, lector, acabas de leer. Sorprende tanto más si tenemos en cuenta que, en la vida, le encantaba sacarlo a colación. Pero habría tenido que contar ese

recuerdo en primera persona, lo que para ella era el comienzo del apoltronamiento. Mi madre siempre consideró que el «yo» era algo odioso, y el uso que yo hice de él posteriormente no mejoró las cosas, por decirlo muy suavemente. Ella se inclinaba por la tercera persona, objetiva y académica, que era el dogma absoluto de las Sciences Po: el margen de elección posible se situaba entre el uso del impersonal reflejo y un plural de modestia. «Podría decirse...» «No negaremos...» Se citaba el caso de un embajador que llevaba la prudencia diplomática y el condicional hasta el extremo de escribir en un despacho: «Una fuente bien informada nos habría dicho que...». Con todo, creo que en este caso en concreto mi madre podría haberse saltado un poco sus principios. Podría haber salido airosa sin recurrir a la primera persona: una nota a pie de página habría bastado. Tres líneas maliciosas. Solo tenía que escribir, como hacía mi padre en sus relaciones genealógicas, «el autor de estas líneas» (no «la autora», por supuesto: defensora a ultranza del masculino genérico, mi madre no habría escrito «la autora» ni aunque le cortaran la cabeza). «El autor de estas líneas, descendiente del conde Panin, celebró durante mucho tiempo el aniversario del regicidio con los descendientes del conde Bennigsen y del príncipe Obolenski...»: este guiño habría divertido al lector y, sin menoscabar la seriedad de la obra, habría ofrecido a los periodistas un ángulo de ataque perfecto. Sin embargo, se lo prohibió. O quizá ni siquiera se lo prohibió: simplemente ni se le pasó por la cabeza. Lo cual no impidió que hiciera algunas confesiones personales sin ella darse cuenta. Porque lo segundo que me llamó la atención al releer (o al leer) ese *El mal de Rusia* es la cantidad de veces que aparecen el verbo «rondar» y sus derivados. «La cuestión de la servidumbre le *rondaba* desde hacía tiempo a Nicolás I», «A Pedro el Grande le *rondaba* la cabeza la rivalidad con Occidente», etcétera. Por supuesto, uno puede emplear esa palabra para decir que alguien piensa a menudo en algo, pero 156 veces (me intrigó tanto que las conté) en un libro de 528 páginas siguen siendo muchas. Hay algo fantasmal en ello.

Rue Daru

Mis padres ya no eran estudiantes, tenían trabajos, modestos pero trabajos. La crisis de la vivienda a principios de los años cincuenta, sin embargo, era tal que no conseguían encontrar piso, y una vez más fue el providencial padre Olympe quien los sacó del apuro ofreciéndoles alojamiento –provisionalmente, pero con él todo era provisional– en la rectoría de la catedral de Saint-AlexandreNevski, de la que entonces se había hecho cargo. Ubicada en un saliente de la rue Daru, en el distrito XVII, la catedral, con la planta en forma de cruz griega y las cinco cúpulas doradas, que evocan a Cristo y a los cuatro evangelistas, era y sigue siendo el corazón de la vida ortodoxa de París: en su versión rusa blanca, en cualquier caso, con sus grupos de ancianos que habían sido coroneles de la armada de Wrangel o damas de honor de la emperatriz. Nicolas, a quien evidentemente se había hecho extensiva la hospitalidad de Druzhok, me dibujó el plano del apartamento. Se extendía por el lado izquierdo de la catedral, mirando a la fachada, y daba al jardín. Espacioso, alargado, distribuido alrededor de un largo pasillo, constaba de tres habitaciones: la del padre Olympe, la de Hélène y Louis, con sus dos ventanas esquineras, y la de Nicolas, muy grande, y que habría sido perfecta si no hubiera sido también el despacho del padre Olympe. Cuando este recibía a los feligreses, a Nicolas no le quedaba otra que largarse y, por muy afectuoso que fuera el padre Olympe con él, sentía una vez más que sobraba, que nunca estaba en casa en ningún sitio ni tenía lugar alguno donde aislarse. Sentirse de más es la historia de su adolescencia, y eso lo convertía en un adolescente difícil que, según la opinión general, Hélène tenía el mérito de soportar –por no hablar de Louis, que no había pedido nada, pero que, a su manera discreta, había compartido en gran parte con su esposa el papel de tutor legal que le correspondía desde la muerte de Nathalie–. En sus memorias, Nicolas se queja a menudo de la dureza de Hélène, pero las cartas de esta a su suegra muestran asimismo su solicitud. «Intentamos distraer a Nicolas porque el chiquillo, pobre, está muy pero que muy triste. En el

centro, dominándolo todo, está pensar en mamá, pensar en su ausencia, que nos duele a todas horas como una puñalada en el corazón. Verá, no es fácil estar siempre alegre y sonreír cuando se tiene tanta pena. Y, sin embargo, son muy pocos los que me han visto triste, no quiero dejarme llevar delante de los demás. Por eso le cuento estas cosas a usted, porque la considero de verdad mi segunda madre.»

Un grupo de amigos

Excepto el sábado después del oficio, la verja de la catedral cerraba a las diez de la noche. A veces les tocaba escalarla, pero era peligroso, por la policía y, sobre todo, por los picos de hierro forjado. Las noches en que era demasiado tarde para volver a casa, mis padres dormían en la de los Frié, donde los acogían siempre con las puertas abiertas, hasta tal punto que a la habitación de invitados la llamaban la habitación de Hélène y Louis. Dada la importancia que Jacqueline Frié iba a tener en mi vida, me sorprende que no sepa en qué circunstancias mis padres los conocieron a ella y a Fred. Era una pareja casi diez años mayor que ellos, muy acomodada. Él, abogado y heredero de una sólida fortuna, litigaba poco: leía, fumaba y siempre estaba disponible para los amigos. Tenía el atractivo físico de los hombres de los años cincuenta, del tipo Maurice Ronet, Louis Malle o Roger Nimier, trajes ingleses, corbatas holgadas, coches potentes, los mejores locales dondequiera que fuera, el Craven A calado en la comisura de los labios, ese porte burlón y dadivoso. Con ese aire despreocupado, Fred Frié encarnaba la época, era un personaje de la época. Lo cual no era para nada el caso de Jacqueline. Como todo el mundo, Jacqueline tenía unos orígenes, venía de un lugar, un tiempo y un entorno, en este caso de un pueblo de las Landas, cerca de Mont-deMarsan, donde su padre era profesor de gimnasia. Pero eso no la definía, nada la definía. Su gran belleza, con ese cuello largo, los moños altos y los párpados

sombreados, no tenía referente alguno. Nadie sabía todavía que era poeta, ni mística: eso salió a la luz tras la muerte de Fred. Formaba parte de la primera ola de adeptos al yoga, nadie lo entendía, la gente se lo tomaba a guasa. Era una mujer atenta y cálida, pero esa calidez parecía irradiar desde el hogar abrasador y lejano en el que elaboraba su poesía. Fred, que socialmente venía de mucho más arriba, pero que conocía a fondo cómo es el ser humano, estaba tremendamente orgulloso de haber sido elegido por esta mujer que no se parecía a ninguna otra, y menos aún a las jóvenes burguesas a las que su entorno lo condenaba. Cualesquiera que fueran las circunstancias en que se conocieron, Fred y Jacqueline Frié se encapricharon de esa joven pareja, pobre y encantadora, que formaban mis padres. Los invitaban a buenos restaurantes, a su casa de las Landas, a su gran apartamento de la rue de Villersexel. Los integraron en su grupo de amigos. Algunos de sus nombres me evocan recuerdos. En mi infancia conocí a los Pallez, él un alto funcionario, más tarde director de la Asistencia Pública, y a Michel Clerc, un hombre descarado, manirroto, mujeriego, como se decía entonces, que era reportero de *Paris-Match* y se iba a casar con una joven suiza, tranquila, amante de la montaña y los animales, Nicole de Bonstetten: la peor combinación que quepa imaginar. Abocados a un matrimonio infeliz, Michel y Nicole Clerc serán los padres de mi mejor amigo, Hervé. Al igual que los míos, harán a Jacqueline madrina de su hijo, una elección que resultará decisiva en la vida de ambos. Otro miembro de su grupo, Paul Salleron, conocido como Paul Sérant, antiguo resistente, periodista de la BBC durante la guerra y, sin embargo, presidente de la Asociación de Amigos de Brasillach, era uno de esos intelectuales que fumaban en pipa, autor de un ensayo sobre *El romanticismo fascista* y de una novela, *El asesinato ritual*, inspirada en sus experiencias en la comunidad del mago georgiano Gurdjieff. Vivía en un antiguo pabellón de caza en el bosque de Compiègne, donde durante varios años celebramos la Navidad. Me gustaba ese lugar misterioso, pero al mismo tiempo me daba miedo porque Paul y su mujer tenían un hijo esquizofrénico que atacaba y mordía. Me gustaría, por lo novelesco, que la lista de amigos de juventud de mis padres fuera un desfile de apellidos

cosmopolitas y sospechosos, como en los libros de Modiano (sacados al azar de sus páginas: Gino Bordin, Guy des Voisins, Rose-Marie Krawell, Porfirio Rubirosa, René-Marco Herford, Michel de Gama, o Degamat, Maria Tallchief, Luisa o Louisa Colpeyn, Georges Giorgini-Schiff, Zwy Milshtein), pero no. Fuera del misterioso Centro de Documentación y Síntesis del padre Obolenski, cuya gruesa moqueta solo pisaban los apátridas y los binacionales sospechosos de espionaje, su grupo de amigos era francés. Recién devenida ciudadana francesa, a principios de los años cincuenta mi madre estaba orientada hacia Francia, ávida de todo lo que era francés e incluso típicamente francés. En la correspondencia con su suegra ni siquiera alude, en 1953, a la muerte de Stalin.

Tres invitaciones en una misma noche

Recién casada, mi madre siguió escribiendo a la señora Carrère-Dencausse, todas las semanas, cartas llenas de un afecto y una confianza dignos de mención. En algunas llega incluso a llamarla «querida», lo cual me dejó atónito, ya que no pega lo más mínimo ni con la una ni con la otra. Consciente de lo triste que es la vida de su corresponsal, mi madre hace todo lo posible por consolarla, insiste en que vaya a visitarlos a París –donde la sacan de paseo, la llevan al teatro, a cenar en casa de sus amigos– y, sobre todo, en que se una a sus viajes de verano. Durante varios años seguidos, se fueron los tres juntos a España. Tienen sus salas favoritas en el Prado, ven torear al mítico El Cordobés en la plaza de toros de Sevilla, y no son de los que tienen el mal gusto de llamar *toreador* a un matador, ya que eso, un *toreador*, solo existe en *Carmen*. En Toledo van de iglesia en iglesia a visitar, como si fueran amigos, a sus Greco preferidos, reservando ritualmente la última mirada, antes de regresar a París, para *El entierro del conde de Orgaz*. Mi madre nunca se quejó de tener siempre a su suegra encima. La presencia de su hermano pequeño, en cambio, sí le pesaba. El primer viaje

que hicieron juntos fue tan tenso que Nicolas se resignó a ir a unos campamentos de estudiantes rusos gracias a los cuales descubrió el alpinismo, que sería una de las grandes pasiones de su vida. Y cuando la señora Carrère-Dencausse regresa, con el alma encogida, a sus clases de piano y a su odioso marido, mi madre no la abandona. Carta tras carta, le va contando su vida cotidiana. «Ahora llevamos la existencia más ordenada que pueda imaginarse. Nos acostamos muy temprano, de modo que Louis no está para nada cansado por su trabajo. El hecho de salir a las seis de la tarde y estar en casa en cinco minutos le deja mucha libertad por la tarde-noche. Después de cenar damos un paseo por los Campos Elíseos, y solo salimos los viernes y los sábados.» Esa vida tan ordenada no dura mucho, pronto se ven envueltos en un auténtico torbellino de vida mundana. Tenían que ser realmente muy simpáticos para que los invitaran a tantos sitios: «Toda la semana sin excepción estamos ocupados, a veces con tres invitaciones en una misma noche. Tenía un trabajo urgente que entregar, así que ayer por la noche, nada más terminar la cena en casa de nuestros amigos los Frié, para gran asombro del resto de los invitados, me encerré en el despacho de Fred con una cafetera llena, como Balzac, y me quedé allí hasta las cinco de la madrugada. ¿Se puede ser inteligente acostándose tan tarde y levantándose tan temprano? No lo sé. Por suerte, somos muy optimistas en lo que respecta al dinero...». Esta correspondencia es al mismo tiempo una crónica cultural. A pesar de estar sin blanca, mis padres van al teatro, donde ven *Antonio y Cleopatra* en un montaje de la Royal Shakespeare Company (mucho mejor, estima mi madre, que el de la Comédie Française) y el histórico *Cid* de Jean Vilar, con Gérard Philipe, que los deslumbra: a partir de entonces, no se pierden ninguna obra del Théâtre National Populaire. Lo que me sorprende un poco, teniendo en cuenta el escaso interés de mi madre por la música, es la asiduidad con la que acuden a conciertos. No solo van a escuchar al pianista Aldo Ciccolini o al violinista Gaston Poulet, sino también –y esto, la verdad, no me lo esperaba– al saxofonista de jazz *west-coast* Gerry Mulligan. Además, leen muchísimo. Todavía conservo tres de los libros que se intercambiaron bajo el árbol de Navidad de 1954, en la rue Daru: *El*

cuestionario, de Ernst von Salomon, regalo del padre Olympe a mis padres; el Péguy de la Pléiade, regalo de mi padre a mi madre (no corría ningún riesgo: a ella le gustó Péguy toda la vida); y el más inesperado, regalado a Louis por un Nicolas de dieciocho años: *Guignol's band*.

Uno escribe. Se esfuerza. No se cree malo. Y luego...

Yo no había leído *Guignol's band.* Es un Céline difícil, en el que prácticamente solo hay puntuación. Lo abro al azar, setenta años después de que mi padre lo recibiera de manos del salvaje de su cuñado, y me encuentro con esta página en la que Céline habla de los niños de la calle:

> Recuerdo como si fuera ayer sus diabluras..., sus traviesas farandolas por aquellas calles de miseria en aquellos días de pena y hambre... ¡Gracias por su recuerdo! ¡Caritas tan monas! ¡Diablillos al sol tan frágil! ¡Miseria! Para mí, siempre os alzaréis girando con gracia, ángeles risueños ante las tinieblas de la época, como en vuestras callejuelas antaño, en cuanto cierre yo los ojos..., en el momento ruin en que todo se borra... Así la muerte bailará, gracias a vosotros, un poquito más...

Es brujería.

Entremontistas y malininistas

El 19 de junio de 1955, cosa excepcional, la carta es de mi padre. Le da a su madre noticias de sus respectivas ocupaciones. Él mismo aprovecha «que mi secretaria se ausenta un momento para tomar la pluma» (por lo tanto, tiene secretaria). Hélène, por su parte,

«trabaja en el Centro de Documentación, mucho, pero a su aire, con el señor de Bennigsen» (esta partícula *de* es una fantasía de mi padre, no existe ningún señor de Bennigsen, ni tampoco ningún señor de Panin o señora de Komarovski, pero imagino que, cuando uno se dirige a una señora Dencausse de provincias, es una manera de dar a entender mejor con quién te codeas). Pasada esa introducción, el motivo de la carta es contarle a su madre, pianista, la final del concurso Marguerite Long-Jacques Thibaud, en la sala Gaveau. Son unas líneas llenas de encanto, porque se nota que mi padre se divirtió convirtiéndolas en un pasaje de lucimiento. Está escrito casi íntegramente en pretérito indefinido, las mujeres visten «a las mil maravillas» y asistimos al enfrentamiento titánico entre «entremontistas» y «malininistas», es decir, entre los partidarios del joven pianista francés Philippe Entremont (del que teníamos una grabación del concierto de Grieg) y del aspirante Evgueni Malinin, estrella entonces en ascenso, aunque quedará en menor, de la prodigiosa escuela de piano soviética. En esta final que describe con entusiasmo, fingiendo entusiasmarse, como si se tratara de la batalla de *Hernani*, mi padre se inclinó por Malinin: «Una señora, miembro de la camarilla de Entremont, al oírme alabar a Malinin, me dijo a dos pasos de S. M. la reina Isabel de Bélgica: "Eso es partidismo, señor, usted es soviético". Entonces le di una respuesta que la dejó sin habla: "Señora, yo soy zarista, pero creo que el señor Malinin, por muy soviético que sea, ¡tiene muchísimo talento!"». Fue mi padre, lector de Proust, quien se atrevió con este pequeño fragmento. Cuando era joven, con veinte o veinticinco años, mi padre leía a Proust, le gustaba Proust, hablaba de los personajes de Proust como si fueran personas reales. Le gustaba que la princesa de Guermantes fuera la condesa Greffulhe, y el barón de Charlus, Robert de Montesquiou. Ese rasgo, que Nicolas nunca pierde ocasión de recordarme, me sorprende especialmente, sobre todo porque yo jamás vi a mi padre con un libro en las manos. A veces consultaba gruesos tratados de genealogía, sí, el *Almanaque de Gotha*; pero libros de verdad, no. Habían desaparecido de su vida. Más tarde, cuando las cosas entre ellos se deterioraron de forma irremediable, mi madre dio a esa predilección única y efímera una explicación,

como siempre, denigrante: si a mi padre le gustaba Proust era por esnobismo, porque en él se habla de personas con títulos nobiliarios, de ese mundo aristocrático con el que él siempre había soñado y al que accedió al enamorarse de ella. Tenía razón, pero, en primer lugar, Proust también comenzó a ser Proust por esnobismo y, en segundo lugar, esa razón para amar la literatura es tan válida como la afición al arte por el arte o a la combinatoria textual. Al casarse con mi madre, mi padre, en términos de esnobismo, apostó por el caballo ganador, aunque ni en sus sueños más descabellados podía imaginar hasta dónde lo conduciría ese caballo. Y una vez que la vida, en la realidad, ha cobrado ese cariz, ¿para qué sirve la literatura?

Rue Raynouard

«Pienso mucho en el padre Olympe, sin ser todavía consciente de la verdad. Ahora que todos los testigos de mi infancia han muerto, usted es realmente mi única familia.» Fechada en diciembre de 1955, es la primera carta de mi madre a su suegra con dirección de remite en el número 16 de la rue Raynouard, París XVI. El padre Olympe, como habrá comprendido el lector, había fallecido, y mis padres dejaron la casa parroquial de la rue Daru para mudarse a un pequeño apartamento en ese edificio burgués, entre Passy y la Maison de la Radio, donde mis hermanas y yo pasaremos nuestra infancia y adolescencia. Ese pequeño apartamento era más bien un estudio grande, cuya estancia principal era a la vez el salón y su dormitorio. Una especie de pasillo que conducía al cuarto de baño hacía las veces de habitación de Nicolas. Ese reducido espacio estaba separado del cuarto de baño, por un lado, y del salón, por el otro, mediante puertas acristaladas. Si a eso añadimos que era una planta baja, queda claro que, tanto fuera como dentro, estaban aún menos a resguardo de las miradas ajenas que en la calle Daru. La puerta que daba al salón estaba oculta, por el lado de mis padres,

por una cortina, y, por la parte de Nicolas, por un gran cartel del Festival de Bayreuth, ya que a Nicolas, a los dieciocho años, se le había despertado la pasión por Wagner. Cuando en la Ópera de París se representó una histórica tetralogía dirigida por Hans Knappertsbusch, se las arregló para asistir a *todas* las funciones, haciendo cola desde las cuatro de la mañana para conseguir, casi a la rebatiña, las llamadas «butacas ciegas». Desde esos asientos no se ve nada, de hecho, pero se disfruta de la mejor acústica del Palais Garnier por un precio equivalente a dos tickets de restaurante universitario –más tarde, y a la misma edad, yo mismo haré cola, a las mismas horas, para conseguir los mismos asientos–. Equipado con un hornillo, una sartén y una cacerola, el cuarto de baño también servía de cocina y, aparte de los días en que recibían en la mesa de bridge del salón –cuyo tapete verde desgastado conocí durante mucho tiempo–, comían allí. Colocaban una tabla sobre la bañera y Louis se sentaba en el «trono», como llamaba él al asiento del retrete, con un buen talante que se debía a su verdadero sentido del humor y a la lección, perfectamente asimilada, de la aristocracia venida a menos, según la cual una pobreza asumida con orgullo revelaba más clase que todas las comodidades burguesas. Nicolas recuerda con gratitud ese humor y ese tacto, que mitigaban un poco la tensión cada vez más insoportable entre él y su hermana. Recuerda la ayuda que prestaba a su cuñado en las investigaciones genealógicas. Como Nicolas estudiaba alemán, Louis le encargaba que escribiera a ayuntamientos o parroquias bávaras para obtener, por ejemplo, un certificado de defunción con fecha de 1539, o para localizar en Bremen a una condesa Von der Schulenburg, tía de Hélène, según esa concepción tan abierta que tenían mis padres de los lazos familiares cuando eran de alcurnia. Esa difícil convivencia durará menos de dos años, al término de los cuales Nicolas se instalará en la rue de Bassano, en la primera de una larga serie de buhardillas de servicio minúsculas, gélidas e insalubres, defectos que no empañaban ni pizca su alegría por disponer al fin de unos metros cuadrados propios. Poco después de su marcha, mi madre le anuncia a su suegra que va a instalar «unas grandes cortinas de color

amarillo paja entre nuestra habitación y la pequeña estancia, donde un simpático oso blanco espera a su futuro dueño».

Nacionalización del canal de Suez, bloqueo de la calle Guénégaud

Mi madre ha comenzado a estudiar árabe y emprende, sobre «cuestiones petroleras», un «trabajo ingente» que la lleva todas las mañanas a la Biblioteca Nacional y luego a los archivos del Quai d'Orsay, el Ministerio de Asuntos Exteriores. Para hacerlo bien, tendría que ir también al Museo Británico. Habla de una revista sobre Oriente Próximo, en la que parece escribir ella sola la mitad de las páginas. Todos esos proyectos se ven desbaratados el 26 de julio de 1956, cuando el coronel Nasser nacionaliza el canal de Suez. «Servidora», le escribe a su suegra, «debe hacer frente a una cadena de acontecimientos que le quitan incluso el sueño. Nos reunimos dos veces al día para entender algo del embrollo actual y durante unas horas incluso se ha hablado de un viaje colectivo a Teherán. Al final, sin embargo, todo el mundo se queda en París.» Se teme la guerra. La gente almacena víveres y coloca láminas de plomo en los postigos para protegerse de la radiación atómica. En noviembre, los soviéticos aprovechan que Occidente mira hacia otro lado para enviar tanques a sitiar Budapest en nombre, por supuesto, de la libertad. Para los comunistas franceses y sus compañeros de viaje –por no hablar de los húngaros– es un duro golpe que a unos les abre los ojos y obliga a los otros a redoblar sus anteojeras. «Leo los periódicos con horror», escribe mi madre. «En el mundo entero se derrumba la paz; y esa paz, ay, se impone recordarlo, es la que nos ha proporcionado el señor Roosevelt. Lo de Hungría ya es una tragedia, pero la guerra en Oriente Próximo... ¡Pobres de nosotros!» La Française des Pétroles, en cualquier caso, explota. La oficina de los Campos Elíseos cierra sus puertas. Mi madre, Bennigsen, el mayordomo y su amante se quedan sin trabajo. Tres semanas más

tarde, mi madre ya se ha recolocado en el gabinete de René Billères, ministro de Educación en el Gobierno de Guy Mollet, ese socialista que será aún más odiado por la izquierda que por la derecha por haber llevado a cabo en Argelia una guerra que él mismo fue el primero en calificar de «estúpida y sin salida». Es un caos que ella describe con su entusiasmo habitual: «Este gabinete se parece cada vez más a un manicomio, donde todo el mundo se cree que puedo desdoblarme o multiplicarme por tres... Así, hoy tengo que redactar el panegírico de un radical del sur que acaba de fallecer, organizar un circuito turístico para unos periodistas belgas a los que sacaré a pasear por la región parisina y responder durante todo el día a preguntas extravagantes, por teléfono, por carta, todo ello en medio de un ambiente cargado de electricidad...». Nada de ello le impide publicar su primer artículo, en *La Revue des Deux Mondes*, sobre la política soviética en Oriente Próximo, ni coser cojines, comprar baberos, ranitas y cajas de música, ni alegrarse porque en el ministerio «por supuesto, no se han dado cuenta de nada (tengo que decir que me esfuerzo mucho para que así sea)». De hecho, se esfuerza mucho para que nadie se dé cuenta de que está embarazada, y en total no se concederá más de tres semanas de lo que entonces aún no se llamaba «baja por maternidad». Vuelve a impartir una conferencia sobre la política soviética en Oriente Próximo en la escuela de oficiales de Saint-Cyr, en Coëtquidan, el 3 de diciembre de 1957, seis días antes de que yo nazca, el día 9. Se lo anuncia por telegrama a mi abuela, y le ruega que vaya pitando porque me bautizan el día 11. Es un poco precipitado, admite, pero Jacqueline Frié, mi madrina, no quiere que yo corra el riesgo, si ocurriera una desgracia, de acabar en el limbo al que van los niños pequeños que mueren sin bautizar. En un registro más profano, los Helmir, esos restauradores de cuadros beodos en cuya puerta aguardan su turno los mayores coleccionistas y que no tienen ni hijos ni nietos, están tan entusiasmados con la buena nueva que sacan, del oscuro fondo de su taller, la mesa hecha con una puerta y caballetes, y la colocan en medio de la rue Guénégaud, cubierta de vasos desportillados y botellas de tinto peleón. Se invita a vecinos y transeúntes a celebrar el acontecimiento. Todo el barrio, según la

leyenda familiar, está completamente borracho. La policía, que lleva a los Helmir en palmitas, hace la vista gorda. En cuanto a los automovilistas que, desde el quai des Grands-Augustins, se han adentrado en la calle y se encuentran bloqueados, tocan el claxon sin cesar, pero nadie se plantea mover la mesa para dejarlos pasar. Lo único que se puede hacer por ellos es servirles, una tras otra, copas de vino Des Rochers a mi salud, por mi futuro, por mi felicidad.

13. LA EPIZOOTIA OVINA

El piloto afgano

«Habíamos dejado al profesor Dolfuss en Taskent, y yo tenía que volver con el profesor Vittoz haciendo escala en Teherán... Estaba sentada en el avión a su lado y, en un momento dado, el copiloto se me acerca y me dice: "El comandante le invita a pasar a la cabina". Es muy chulo entrar en la cabina de vuelo. Me levanto, voy... Vittoz parecía contrariado, le dije no se preocupe, vuelvo enseguida. El comandante era un afgano estupendo. Me mira de arriba abajo y me dice: "Es usted muy guapa". Lo dice en inglés, en un inglés macarrónico pero fácil de entender. "Es muy amable por su parte", le contesto. Y él: "Estoy muy pero que muy feliz de verla, así que se quedará usted conmigo". No doy crédito, creo que está bromeando, seguimos charlando y me doy cuenta de que no, que no bromea en absoluto, que de verdad quiere quedarse conmigo. "Pero si no me conoce de nada, no tiene ningún sentido", le digo. "Tiene todo el sentido del mundo. Usted no sabe cómo son las mujeres en mi país, allí van todas detrás de una rejilla, no puedes saber si son guapas o no; yo sí sé cómo es usted, me gusta y por tanto se queda conmigo." Digo: "Es usted muy simpático, y un hombre muy apuesto, pero esto no funciona así: yo estoy casada y tengo un hijo pequeño en Francia". "Por eso no se preocupe. Ya pagaré. En dólares. Su marido estará contento. ¿Qué años tiene su hijo?" "Cuatro meses." "Pues se vendrá con nosotros, eso no es ningún problema." Le digo: "Escuche, esto no está bien. Ya vale con la broma". "No es ninguna broma. Y más le vale que esté de acuerdo, porque, si no, puedo retenerla por la fuerza." Una hora más tarde, el avión inicia el descenso y aterriza, no es ni mucho menos la hora a la que estaba previsto que aterrizáramos en Teherán, y nos anuncian que estamos en... Kabul. ¿Cómo que en Kabul? Nos dicen: "Es el peregrinaje, venimos a buscar a peregrinos para llevarlos, no hay

suficientes vuelos, tenemos que parar a recogerlos". No vemos peregrinos por ninguna parte. Nos hacen bajar del avión y el comandante me dice, con una sonrisa de oreja a oreja: "He sido yo, que he ordenado aterrizar. Así se quedará usted conmigo". Nos llevaron al hotel, a un hotel bastante bueno, y Vittoz y yo nos vimos en Kabul sin saber a qué atenernos. Salíamos a pasear, ¿qué otra cosa querías que hiciéramos? Kabul en 1958 era estupendo, un hechizo de ciudad, no te lo puedes ni imaginar. No éramos exactamente prisioneros, aunque estábamos pese a todo bajo la vigilancia de aquel tipo y de otros afganos que parecían ser sus matones, sin ningún medio para comunicarnos con nadie. La cosa duró como tres o cuatro días. Hasta que una mañana, en el hotel, vimos llegar a dos americanos, eran cooperantes, gente del Peace Corps, no sé cómo Vittoz había conseguido ponerse en contacto con ellos, el caso es que tenían un pequeño avión privado y nos ayudaron a escapar. Fingiendo que nos dábamos un paseo, llegamos como quien no quiere la cosa al aeródromo, donde pusieron el avión en marcha. Vittoz me levantó literalmente y me llevó en brazos al avión, el avión despegó y vimos al afgano corriendo detrás... Aterrizamos en Teherán. Fue genial, esa historia... Y un día, agárrate, un día va y conozco en una recepción a un antiguo embajador en Afganistán, que me cuenta que esa historia ha dado la vuelta al Ministerio de Asuntos Exteriores, y que allí me consideraban una terrible lianta. De hecho, cuando regresamos a París, Vittoz me dijo: "Es la última vez que viajo con una mujer tan encantadora pero que causa tantos marrones...".»

Koljós (I)

Grabé esta historia el 30 de julio de 2023, cinco días antes de que mi madre muriera en la residencia de cuidados paliativos Jeanne-Garnier. Estaba sentada en una butaca cerca de la ventana –*una* butaca, decía ella, nada de *mi* butaca, se negaba a usar ese

posesivo típico de viejos–. También se había negado a ponerse el chándal que le habían ofrecido con el pretexto de la comodidad, y llevaba uno de sus vestidos con estampado de aves del paraíso, Chanel o Dior, no me acuerdo. Sus colores preferidos eran el esmeralda, el turquesa, el malva y el fucsia; jamás en la vida hubiera llevado algo negro, beige, gris o azul marino. Pasamos aquella tarde los dos solos, ella cansada pero relajada, casi jovial, y le hizo ilusión que le pidiera que me volviera a contar una vez más esa historia que mis hermanas y yo nos sabíamos al dedillo, y que era uno de los grandes hitos del folclore familiar. No le molestó para nada que sacara el teléfono y la grabara para conservar ese recuerdo de ella justo antes de su muerte. Escucho los 4'15" de esta grabación. La voz es débil pero clara, no tiene que buscar las palabras. Dice «estupendo», «genial», se deja llevar por su propio relato. Advierto en ello su afición por la epopeya cómica. Con sus variaciones y su manera de ponerle salsa, esa historia fue para mí, de niño, motivo de constantes ensoñaciones. ¿Cómo habría sido mi vida si mamá, secuestrada por el piloto afgano, no hubiera regresado jamás de Asia Central? ¿Si me hubiera quedado solo con papá? ¿Solo de verdad, sin mis hermanas, que no habrían tenido ocasión de nacer? ¿Cómo habría sido mi vida si el piloto afgano, tal como proponía, me hubiera hecho ir a Kabul, donde habría crecido entre mamá y él? Cuando mi madre se embarcó en ese viaje, que duró toda la primavera de 1958, yo solo tenía tres meses. El padre Obolenski, su antiguo mentor en el Centro de Documentación y Síntesis, creía que trabajar en el gabinete del ministro de Educación era una pérdida de tiempo: demasiado francés, estrecho de miras, sin perspectivas. ¿En qué iba a convertirse si seguía por ese camino? ¿De qué le servirían el ruso y su noble ascendencia regicida? Una delegación de científicos suizos partía hacia Asia Central para asistir a un congreso dedicado a la epidemia ovina. ¿Quería formar parte de ella? ¿Aprovechar esa tapadera para ver de cerca a los pueblos de Uzbekistán? ¿Estudiar cómo el islam se amoldaba allí al marxismo? El padre Obolenski organizó un encuentro con los especialistas de la epidemia ovina, los profesores Dolfuss y Vittoz –unos hombres encantadores, según mi madre, que describe al primero como el

arquetipo del sabio con la cabeza en la luna y al segundo como un tipo más joven y despierto–. Ellos debieron de estar encantados de llevársela con todo su equipo. Antes de irse, le enseñaron lo mínimo necesario para hacerla pasar, si no por una especialista tan avezada como ellos en epizootias ovinas, al menos por una estudiante a la que dirigían la tesis. Las ovejas afectadas por la epizootia, también llamada fiebre catarral, presentan la lengua azul. Durante casi dos meses, Vittoz, Dolfuss y mi madre hicieron sacar la lengua a las ovejas uzbekas, brindaron por la amistad franco-uzbeka y visitaron koljoses y sovjoses uzbekos. (La diferencia entre estos dos tipos de explotaciones agrícolas comunistas es la extensión; aparte de eso, las restricciones y la ineficacia eran iguales, lo cual no impidió que nuestra madre nos inculcara desde nuestra más tierna edad, a mis hermanas y a mí, la extraña convicción de que un koljós era *mejor* que un sovjós.) En el quai Conti encontré un álbum de fotos en blanco y negro en el que aparece posando con ambos profesores, pero las fotos son tan pequeñas y están tomadas desde tan lejos que apenas se la distingue, y lo único que puede decirse de ellos es que, incluso rodeados de ovejas, van con traje y corbata. Con razón o sin ella, me imagino al profesor Vittoz seductor, en todo caso seducido por esa joven optimista y testaruda con la que se encontró unos días varado, y posiblemente en peligro, en un hotel de Kabul –cuesta encontrar un mejor escenario para un romance–. Lo que no he encontrado, por desgracia, son dos cajas de diapositivas en color, que no he visto desde mi infancia, pero que recuerdo a la perfección. Mezquitas, cúpulas, murallas con almenas en imponentes fortalezas, fotografiadas sin ninguna figura humana bajo una luz cobriza, tal vez debido al deterioro de la copia, que transmite una impresión de lejanía y silencio: una luz de ensueño. Esa ciudad, que debía de ser bulliciosa y en las fotos parece desierta, es Bujará. Para mí, el escenario de los sueños voluptuosos e inquietantes sobre la otra infancia que podría haber tenido allí. Para ella, el tema de su primer libro.

En el hotel Ucrania (I)

El hotel Ucrania, que recuerda a Gotham City en *Batman*, está considerado como la cumbre de la arquitectura estalinista de Moscú. La construcción comenzó en vida de Stalin, pero no se terminó hasta algo después de su muerte, en mayo de 1957. Así pues, fue un año después de que se inaugurara cuando mi madre se alojó allí, a la ida de su viaje a Asia Central. Lujoso según los estándares soviéticos, inaceptable según los de un motel de segunda categoría de Arkansas, el hotel Ucrania era un enclave destinado a acoger a visitantes extranjeros de renombre, por supuesto acompañados de guías, intérpretes y homólogos profesionales enviados por el Partido, que impedían cualquier contacto con la población local. Estamos bajo el reinado de Nikita Jrushchov. Lo que se denominó desestalinización, o deshielo, al que mi madre dedicaría más tarde un libro, ya está en marcha, pero no va muy lejos: fuera del marco de un simposio o de un intercambio bajo estricta vigilancia entre partidos hermanos, cualquier encuentro entre un soviético y un extranjero sigue siendo ciencia ficción. Por poca amenaza que suponga el extranjero, su habitación está repleta de micrófonos, cualquier interlocutor es potencialmente un agente del KGB. A mi madre se lo han advertido claramente: cada vez que abra y cierre su maleta, debe comprobar el contenido. Asegurarse de que no le han metido nada que pueda causarle problemas graves. Por ejemplo, un *samizdat*, uno de esos manuscritos clandestinos que los escritores disidentes comienzan a hacer pasar y difundir en el Oeste: el más famoso es *El doctor Zhivago*, de Pasternak. A mi madre le encantaría pasar un *samizdat* al Oeste. Le encantaría conocer a un escritor disidente, pero no caerá esa breva. Sobre todo, le gustaría hablar ruso con rusos, pero resulta difícil. Los intérpretes, acompañantes y homólogos han sido elegidos porque hablan francés, y cuando mi madre se dirige a ellos en ruso se sorprenden, sonríen, pero es un poco como si hubiera hecho un truco de cartas para distender el ambiente: una vez que han sonreído, todo vuelve a su cauce y se habla en francés. La primera vez que intenta salir sola, atraviesa

sigilosamente el monumental vestíbulo del hotel, pero, antes de que llegue a la puerta giratoria, de un sillón se levanta su intérprete y, en su francés laborioso, le impone sus servicios para visitar la ciudad. Su segundo intento de evasión es el bueno. Pasa dos horas sin vigilancia en el metro, el metro de Moscú, el más profundo y bonito del mundo, con sus mosaicos, sus frescos, sus columnatas, sus lámparas, sus molduras, cada estación exaltando un estilo arquitectónico distinto: antiguo, barroco, morisco, brutalista..., el heroísmo del proletariado y el triunfo de la Revolución. Se orienta gracias a los letreros en ruso. Escucha a la gente hablar ruso a su alrededor. Escucha como si fuera música la voz grabada que, al salir cada convoy, dice: «Dveri zakriváyutsia. Nie zabivaite svoí vieschi» (cerrando puertas, no olviden sus pertenencias). Compra un mapa y unas postales en un quiosco subterráneo, cruza unas palabras con la vendedora, una *bábushka* ceñuda que, intrigada por su acento, le pregunta de dónde es. Ella responde: de una familia emigrada que se marchó después de la Revolución. La otra niega moviendo la cabeza con aire disgustado y no dice nada más. Mi madre vuelve a almorzar al hotel, cuya cafetería daría vergüenza hasta a un comedor escolar, y es otra *bábushka* ceñuda la que saca de la olla y le tira en el plato, como si le guardara un rencor personal, un mazacote de *kasha*, esa papilla de trigo sarraceno que sirve de desayuno, almuerzo y cena. (Esta hostilidad por principio es una constante en las relaciones, tanto en la Rusia actual como en la antigua Unión Soviética.) Mi madre sube a la habitación a escribir postales. La que mi padre guardaba en la caja tallada por el último condenado a trabajos forzados de la colonia penitenciaria de Cayena data del 3 de marzo de 1958, como así lo atestigua el matasellos del servicio de correos soviético. En el anverso, una vista nocturna de Moscú tomada desde lo alto del hotel Ucrania. En el reverso, mi madre escribe que es la vista desde su habitación y que, al día siguiente, muy temprano, tomará el avión a Taskent con los profesores Dolfuss y Vittoz. Y al pie de la postal, apretando la letra como se hace cuando no queda más espacio, añade: «Le mando un beso, mi amor».

14. EL PEQUEÑO HELENOU

El cojín

Mi primer recuerdo es un cojín de color crema con unas franjas marrones. No una almohada: un cojín grande de sofá, cuadrado, bien mullido. Escalo ese cojín como si fuera una montaña. Me cae encima. Lo cual me hace reír. Vuelvo a intentar el asalto. Una caída, dos caídas, tres caídas, y entonces llega el instante maravilloso: en el momento en que alcanzo la cima, aparece la cara de mi madre, que se escondía detrás del cojín. Me llena de alegría. Cuanto más lo repetimos, más feliz estoy. Y ella también.

Koljós (II)

La vulgata psicoanalítica diría que el nacimiento de mis hermanas me expulsó de ese paraíso. Yo no tengo esa impresión. Jacqueline y Fred Frié me apodaban «el pequeño Helenou»: el apelativo lo dice todo. Cuando nació Nathalie, en 1960, nos mudamos de la planta baja al primer piso, del que no guardo ningún recuerdo. Cuando nació Marina, en 1962, del primero al sexto, donde vivimos hasta que, uno después de otro, fuimos yéndonos de casa. En el apartamento del sexto, la chimenea del salón no solo estaba tapiada, sino que, de forma extraña, estaba coronada por un ventanal, un arreglo que a mis hermanas y a mí, durante el periodo relativamente largo en que creímos en Papá Noel, nos preocupó mucho: si no había conducto, ¿por dónde entraría? A un lado y otro del salón había asimismo salas de estar. Tres salas de estar eran muchas para un apartamento, incluso burgués, de cien metros cuadrados, en el que vivía una familia de cinco personas. Mis padres,

pues, convirtieron el comedor en dormitorio, pero no hicieron nada para darle un mínimo de intimidad. Las tres puertas daban una al salón, la segunda al recibidor y la tercera al pasillo, y las tres eran acristaladas. Por no poner, no pusieron ni cortinas: un dormitorio de cristal a la vista de todos. ¿Era para garantizar que, en ese dormitorio, ya no había nada que ocultar? ¿Y que no estábamos cerca de ver a un cuarto pequeño Carrère? El caso es que mis hermanas y yo dormíamos con nuestra madre, en el lecho conyugal, más a menudo que nuestro padre. Él se iba con frecuencia de viaje y, en cuanto se iba, aprovechábamos la ocasión. La regla, al principio, era que podíamos dormir con mamá cuando estábamos enfermos, pero también lo hacíamos sin pretexto de enfermedad, y todos juntos. Marina, que era la más pequeña, ocupaba el lugar de mi padre en la cama de matrimonio. Nathalie y yo sacábamos nuestros colchones o simplemente poníamos cojines alrededor de la cama. Nuestra madre había dado un nombre a ese ritual del dormitorio: hacer koljós*.* Nos encantaba hacer koljós*.* No sé hasta cuándo lo hicimos, pero diría que hasta mucho después de que dejáramos de creer en Papá Noel.

Los pequeños Dodus

Teníamos seis, cuatro y dos años, a principios de los sesenta, y no imaginábamos que algún día tendríamos sesenta y seis, sesenta y cuatro y sesenta y dos. Una vez a la semana, nuestra madre procuraba que comiéramos hígado de ternera, que los tres odiábamos. Ella, sin embargo, se empeñaba y, para que nos lo comiéramos, recurría a dos figuras del folclore familiar. Una era el sah de Persia, puesto que mis padres habían sido invitados, gracias a un diplomático iraní que conocía a mi madre, a una recepción oficial en su honor. La otra era el perrito de los vecinos, en la villa de la costa vasca donde íbamos de vacaciones: era un chucho amarillo, se llamaba Dodu y lo adorábamos. Nuestra madre nos servía los

filetes de hígado de ternera y luego salía de la cocina para fingir que recibía al sah de Persia y a su esposa, la sahbanu. La oíamos en el recibidor, deshaciéndose en cortesías, y luego preguntando a los invitados reales si les gustaba el hígado de ternera. «Nos encanta el hígado de ternera», respondía el sah con la voz grave del lobo cuando anuncia, en la canción infantil, que se pone los pantalones para salir del bosque, «y tenemos mucho apetito.» Nuestra madre volvía a la cocina a buscar el hígado de ternera del sah y la sahbanu, pero descubría que, alrededor de la mesa, en nuestros sitios, había tres perritos de la familia del Dodu de nuestras vacaciones: los pequeños Dodus. Tres perritos, pero ni rastro del hígado de ternera en nuestros platos, si habíamos representado bien nuestro papel en el juego, y lo representábamos con alegría, cuando no con apetito, mientras disfrutábamos viendo a nuestra madre buscar el hígado de ternera por toda la cocina, levantando los brazos al cielo y exclamando: «¡No lo entiendo! ¡El hígado de ternera del sah de Persia! ¿Dónde está el hígado de ternera del sah de Persia? ¡No puede ser! Pero ¿qué hacéis aquí, pequeños Dodus? ¡No se os ha perdido nada en la cocina! ¡Luego os daremos de comer a vosotros! ¡El sah de Persia y la sahbanu están esperando!». De repente, horrorizada: «Pero..., pero... ¡¿no habréis sido vosotros, pequeños Dodus, los que os habéis comido el hígado de ternera del sah de Persia?!». (Los tres, muertos de risa: «¡Sí, sí, hemos sido nosotros!».) «¡No, no puede ser! ¡No me digáis que os habéis comido el hígado de ternera del sah de Persia! ¡Y de la sahbanu!» (Nosotros, en el paroxismo de la alegría: «¡Sí! ¡Sí! ¡Nos lo hemos comido!».) «¡No me lo puedo creer! ¡Decidme que estoy soñando! ¡Mira que sois terribles, pequeños Dodus! ¡Mira que sois tremendos, pequeños Dodus! ¿Y ahora qué le doy al sah de Persia? ¿Qué va a decir el sah de Persia?»

Loulou

Nuestro padre no participaba en esos juegos. Se ausentaba tres, a menudo cuatro días a la semana, y se llevaba una pequeña maleta negra y, en un sobre, detergente Paic en polvo para lavarse los calzoncillos y los calcetines en el hotel. Cada vez que se iba de viaje, nos mandaba una postal que llegaba una vez que él ya había vuelto. Todos los años nos llevaba al árbol de Navidad de la GMF, de donde volvíamos cargados de regalos envueltos con lazos, a menudo más grandes que nosotros. Estaba orgulloso de presentarnos a su secretaria y a sus colaboradores. «Aquí tenéis», bromeaba, «a la *smala de Abd el-Carrère*.» Menos mal que existían esos árboles de Navidad para demostrarnos que nuestro padre tenía un despacho, compañeros de trabajo y un oficio, porque no sabíamos muy bien a qué se dedicaba ni, en el fondo, quién era. La primera pregunta es fácil de responder: a partir de 1960, la GMF decidió implantarse más en provincias y le encomendó a mi padre la puesta en marcha de esa política. En casi veinte años, según las cifras que me facilitó uno de sus antiguos subordinados, abrió setenta oficinas en toda Francia y contrató a mil setecientas personas. Le gustaba hacerlo y se le daba muy bien. Su mujer ya ocupaba demasiado espacio; lejos de ella se sentía realizado. Iba en tren, ufano de viajar en primera clase. Lo recogían en la estación. En Colmar o en Cahors le esperaba una habitación en un hotel de categoría media. Lo llevaban a cenar a un buen restaurante, donde pronunciaba lo que él llamaba su «perorata», una breve alocución siempre bien redactada, con el punto de humor justo y a menudo alguna cita. Encontré una ficha de cartulina en la que había anotado, para preparar su visita a la oficina de Saint-Gaudens, algunas ideas, algunos nombres de empleados que debía mencionar sin falta, con una pequeña ocurrencia personal sobre cada uno de ellos. Arriba, entre comillas: «*Esta noche se improvisa* (Pirandello)». ¿Había leído o visto esa obra? ¿O solo le sedujo el título? Al día siguiente, una reunión tras otra, más sobre la organización de las oficinas que sobre la instrucción de los expedientes de seguros. Se trabajaba mucho, pero de buen humor. En mi padre se daba una curiosa mezcla de hidalgo de la vieja Francia –ni hablar de tutearle, darle una palmada en el hombro o quitarle la americana– y de colegial bromista, travieso, con ojos

chisposos y siempre dispuesto a hacer un cumplido. Un hombre muy atento, de los que se acuerdan de los cumpleaños de los niños. Eso es lo que cuentan los últimos que lo conocieron, los últimos que pueden decir que, en los órdenes del día y las notas de servicio, se lo designaba con las iniciales LCE, pero que, a sus espaldas, y con verdadero cariño, todo el mundo lo llamaba «Loulou».

En el Chapon Fin

Íbamos de vacaciones en coche, que primero fue un Aronde y luego un Taunus. De camino a Cazères, hacíamos una parada en Brive-la-Gaillarde, en el hotel Chapon Fin, de dos estrellas y con ese olor tan característico del desayuno en los hoteles de provincias, mezcla de café de filtro y de té en bolsitas polvorientas que se sirven indistintamente en el mismo recipiente. A mí me encantaba ese viaje, ese alto en el camino. Curiosamente, solo recuerdo que llegábamos de noche. Mis hermanas y yo íbamos tapados, en el asiento trasero, con una vieja manta escocesa, lo que no deja de ser curioso en pleno verano. Nuestros padres, delante, hablaban a media voz. Yo me hacía el dormido. Rara vez llovía, pero si llovía y el susurro de los limpiaparabrisas nos mecía era aún mejor. Una vez aparcados en el hotel, nuestros padres, para no despertarnos, nos llevaban en brazos hasta la recepción y luego por las escaleras hasta nuestra habitación. Si tuviera que quedarme con un sonido de mi paso por la tierra, sería este: el crujir de la grava bajo los pasos de mi padre, que me lleva en brazos, una noche de verano, por el aparcamiento del hotel Chapon Fin.

El verano en Cazères hacia 1962

Pasábamos el mes de julio en Cazères, sin nuestro padre, que, al tener solo un mes de vacaciones, nos llevaba y se quedaba dos o tres días para luego volver a París y reunirse con nosotros en agosto en la costa vasca. ¿Cómo pasaba ese mes solo? ¿Lo disfrutaba? No hablo de entregarse a los excesos, solo de un poco de vida social, de pasar un buen rato con sus compañeros de trabajo. Algo me dice que no. Que volvía solo por la noche y se hacía unos huevos fritos. Como mucho iba al cine. Al igual que mis padres y mis hermanas, me encantaba la casita de nuestra abuela, a la que llamábamos Babou, adaptación francesa de *bábushka*. Me gustaban esos cuatro pisos apilados, el Ouride más abajo, los cuencos marcados con nuestros nombres. Me gustaba la casa de la prima Vidiane, en la plaza vecina: toda profundidad, rodeada por dos callejuelas en las que los perros del pueblo se reunían para mear. Del lado de la fachada, un salón al que nunca íbamos y una cocina oscura, casi medieval, con una gran chimenea donde siempre se mantenía el fuego bajo las brasas, unas sillas Luis XIII tapizadas con escenas de caza, hileras de cazos de cobre y, cerca de la ventana, el pequeño sillón donde Vidiane se pasaba todo el día sentada, de la mañana a la noche, mirando por detrás de las cortinas de gasa quién pasaba por la plaza (poca gente, siempre la misma). Las profundidades de la casa estaban llenas de escaleras, pisos, trasteros, uno nunca estaba seguro de haber visto todo, de haber abierto todas las puertas, de haber visitado todas las habitaciones. Solterona, como se decía entonces, ingrata, con la boca torcida, Vidiane era de una tacañería balzaquiana de la que Babou, pese a ser una santa, se burlaba con gracia –mi madre, con algo más de mala leche–. Cuando alargábamos la mano para coger el azucarero, Vidiane decía con voz inquieta: «No te pongas demasiado, que *endulza mucho*». El otro polo de nuestra vida social en Cazères era la tienda de comestibles de los Anet, frente al mercado. Para entrar, tenías que apartar las tiras de plástico de una cortina multicolor; dentro siempre se estaba fresco, se pasaba de la tienda a su casa por una puerta acristalada, de ese vidrio opaco, verdoso y rugoso que se llama vidrio catedral. Robert Anet, amigo de la infancia de nuestro padre, era un tipo robusto y jovial, que casi siempre iba en camiseta interior y, en

verano, con pantalón corto, cargaba y descargaba su furgoneta llevando al hombro las cajas de bebidas. Su mujer se llamaba Micheline, Mimi Anet, y vestía una bata; y su hija Jacqueline, tres o cuatro años mayor que yo, es decir, toda una generación, tejía en el cañamazo unos retratos que luego enmarcaba de Nicolas y Pimprenelle, los protagonistas del programa *Bonne nuit les petits*. Es extraordinario que nunca escuchara a nuestra madre decir una sola palabra de burla o desdén sobre los Anet, a quienes, sin embargo, había motivos para considerar no «vulgares» –una palabra que no se usaba, porque te designaba a ti mismo como tal–, sino «comunes». No, los Anet nos caían bien, íbamos a tomar el aperitivo a su casa, y a nosotros, los niños, nos invitaban a coger caramelos o palos de regaliz de los tarros de la tienda, antes de seguir a Jacqueline en sus exploraciones del pueblo: la zona más atractiva y a la vez inquietante era el matadero, en cuyos alrededores merodeábamos. Flotaba un olor pesado, metálico, inmundo. Se oía de lejos el mugido de las vacas, y mis hermanas y yo nos preguntábamos si intuían lo que les esperaba. Un día, nuestro padre nos contó que, diez años antes, iba al matadero a buscar bidones de sangre para su suegra moribunda, y no sé qué nos impactó más: que nuestro padre hubiera hecho eso, cruzar Cazères cargando bidones de sangre, o descubrir que antes de que naciéramos había otra abuela.

El castillo del barón de l'Espée

En el mes de agosto, nuestros padres alquilaban una pequeña casa en Ilbarritz, cerca de Biarritz. Desde esa casa, y desde la playa donde nos pasábamos el día entero, se veía en lo alto de una colina el castillo del barón de l'Espée. Por su aversión a los olores de la fritura, ese excéntrico hidalguillo había mandado instalar en los años veinte sus cocinas en un fortín, al borde de la playa, al que se accedía por un pasadizo subterráneo. En otro fortín, al que se llegaba por otro pasadizo subterráneo, criaba monos. Contaba la

leyenda que, a su muerte, dejaron de alimentar a los monos, que enloquecieron, se escaparon y se dispersaron entre la playa y el pinar. Atacaban a los paseantes, les tiraban de los pelos y les robaban sus pertenencias. Incluso habían llegado a secuestrar a niños pequeños. Criados entre los monos, algunos de esos niños seguían vivos, cincuenta años después, en los subterráneos derrumbados que perforaban la colina. Nuestra madre nos contaba esas historias para dormirnos. A mis hermanas y a mí nos provocaban un estremecimiento delicioso. Teníamos miedo y a la vez ganas de toparnos con uno de esos niños salvajes, furtivos, desnudos y grises. Creo que mi incombustible afición por las historias de terror se la debo al barón de l'Espée y a sus monos.

15. UN BUEN CHICO

El pequeño Nicolás

Ni mis hermanas ni yo fuimos a la guardería, e incluso entré tarde en la escuela primaria, puesto que mi madre ya me había enseñado a leer. Las escuelas municipales, contiguas, con niños y niñas separados, estaban en la rue Chernoviz, a cinco minutos a pie de casa. Al principio íbamos acompañados de nuestra madre, luego solos, con la ilusión de encontrarnos por el camino con esos seres nuevos y apasionantes: los amigos. Los primeros amigos de los que tengo recuerdo eran los hermanos Natt, que vivían en una calle más abajo de la nuestra, a la que se llegaba por unas escaleras limitadas por unos muros altos y ciegos, una suerte de cañón urbano que se llamaba el passage des Eaux. También me acuerdo de mis dos maestras: la amable señorita Méan, más amable aún si tenemos en cuenta que yo era de esos alumnos a los que sus padres pagaban unas «clases particulares» absolutamente inútiles, y la pintoresca señorita Carole, pelo blanco platino con las raíces negras, pantalones de cuero, un terrible acento borgoñés y un pequeño Alfa Romeo rojo que aparcaba delante de la escuela y al que sacaba brillo con un espray y una gamuza. La señorita Carole era una fanática de la limpieza: nos mandaba comprar productos domésticos, frotábamos los pupitres con papel de lija, encerábamos el suelo del aula, que brillaba como los chorros del oro: una mujer fantástica. Era la época de *El pequeño Nicolás*, la maravillosa serie de libros de Sempé y Goscinny; todo lo que hacían Sempé y Goscinny, juntos y cada uno por su lado, era por lo general maravilloso, y siempre legible a dos niveles, por los hijos y por los padres –los hijos, cuando se convierten en padres, se los dan a leer a sus propios hijos–. La inolvidable lista de amigos: Alcestes, el gordo que come sin parar, Rufo, Majencio, Godofredo, cuyo padre es muy rico, Eudes, Aniano, el preferido de la maestra (ya solo el nombre: Aniano, ¡qué

hallazgo!), y el conserje al que llaman el Caldo porque siempre dice «miradme a los ojos» y el caldo tiene ojos, y el señor Moucheboume, el jefe del padre de Nicolás. ¿Cómo podían ser tan finos, divertidos y agudos? Esa gente eran unos auténticos genios. Y nuestra vida de niños burgueses a principios de los años sesenta, con nuestros pantalones cortos, nuestras carteras a la espalda, nuestras canicas y nuestras letanías de apellidos de amigos –Yrissou, Hugonet, Dos Santos (cuya madre era conserje), Mauchien, Sansunegoutte, Fourni (del que Babou, mi abuela, estaba siempre deseosa de conocer las travesuras)– era el mundo, cómico y tierno, del pequeño Nicolás.

La tele

Feliz de tener amigos, de ir y volver del colegio con ellos, y de ir pronto a dormir a su casa e invitarlos a la nuestra, me di cuenta de que en nuestra vida faltaba un elemento esencial de la de ellos: la tele. Para mis padres era una cuestión de principios: en nuestra casa no hay tele ni radio, en nuestra casa se lee. No pasa nada por sacar malas notas, les decía sin inmutarse nuestra madre a nuestros maestros y maestras, siempre y cuando lean. En mi caso se cumplió el objetivo: me convertí, y sigo siéndolo sesenta años después, en un lector incorregible. Es mi actividad por defecto: mi favorita, la incesante, la incansable. Prefiero quedarme en casa leyendo que salir a ver a gente. Los escritores que me gustan son amigos más íntimos, fieles e interesantes que prácticamente todos los que frecuento en la vida real. Aun así, la televisión era muy emocionante. Tenía permiso para verla en casa de los Natt, pero no para dormir allí más de una vez a la semana, de modo que solo tenía acceso a fragmentos de series: *Thierry la Fronde* (1963), *Belfegor, el fantasma del Louvre* (1965, que daba mucho miedo y de la que se hablaba todo el rato en el recreo, y yo sufría por quedar excluido de ese estremecimiento colectivo), y las reposiciones, que gozaban de

mucho favor en casa de los Natt, de las aventuras de Sherlock Holmes, en blanco y negro, con el mejor Holmes de la historia, Basil Rathbone. Niebla y adoquines brillantes. El perro de los Baskerville merodeando por el brezal. Pronto leeré los libros de Conan Doyle. *Estudio en escarlata*, *El signo de los cuatro*, *La aventura de la cinta de lunares*: obras perfectas. Procedente de Bombay, una monstruosa venganza llega a Londres, se despliega en las callejuelas pegajosas del Soho, en los fumaderos de opio clandestinos, una mascarada de asesinos con la lengua cortada, de *thugs*, de soldados del ejército colonial temblando de paludismo, seguros de haber llegado a la última fase de esa maldición cuyo mecanismo se puso en marcha treinta años atrás gracias a un gesto sacrílego... Toda mi vida, desde la época en que nuestra madre, para dormirnos, nos contaba la historia de los monos del barón de l'Espée, me han gustado esas pesadillas. ¿Era mi forma de mantener a raya las de verdad?

Nota 65, página 45

«Muḥammad Raḥīm apartó a los dos últimos Aštarḫānidas, Abū al-Fāyz (1747) y ʿAbd ul-Mu'min (1748), para poner en su lugar a ʿUbaydullah (hijo de Šāḥ Timūr, sultán de Khorezm), y luego a Abū l-Ġozī, antes de casarse con la hija de Abū al-Fāyz Ḫān y ser propuesto por el clero de Bujará para el trono, como descendiente –muy indirecto– de Gengis Kan. Su tío y sucesor Dāniyal-biy devolvió el trono a Abū l-Ġozī, pero luego Šax Murād, que tomó el título de *amir-al-Mu'minin* (pero no de *ḫān*), se casó con la viuda de Raḥīm biy, y así, a través de su hijo y sucesor Xaydar, se restableció –por vía femenina– la filiación con Gengis Kan.»

«Lo único que aún no se grava en Bujará es el aire»

Más o menos por la misma época en que se me despertó la pasión por los libros, me di cuenta de que mi madre hacía algo fascinante: escribirlos. Lo que acabo de copiar, a modo de muestra, es la nota 65 al pie de la página 45 del primero de ellos, *Reforma y revolución entre los musulmanes del Imperio ruso*. Publicado en 1965 por las Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, es una versión reducida de su tesis, fruto del famoso viaje a Asia Central con los especialistas en epizootias ovinas. El mero título de ese libro me hacía soñar: mamá tenía que ser muy sabia para haber escrito eso. Hoy intento leerlo. Es árido como una mala cosa. Además de la filiación de Gengis Kan –por vía femenina–, encontramos cosas como la nomenclatura de los impuestos recaudados en el emirato de Bujará a finales del siglo XIX: el *zakot-sakon*, el *kospuli*, el *kafsan*, el *mirabana*, el *kafsan darga*, el *alaf puli*, el *kopruk puli* y muchos otros que (apunta mi madre) llevaron al historiador Sadriddin Aini a concluir su análisis del sistema fiscal de Bujará con esta poco alentadora afirmación: «Lo único que aún no se grava en Bujará es el aire». Afortunadamente, el libro empieza con un prefacio que ayuda un poco a comprender de qué trata, más allá del impuesto sobre la alfalfa (*tanaf puli*), el sistema de riego del Zarafshán y las genealogías infinitas de emires, kanes y *ämlokdors.* «Si se tiene buen oído y se sabe uzbeko», escribe con suficiencia el autor del prólogo, «en la obra de Hélène Carrère d'Encausse se oye algo más que el rebuzno intemporal de los burros y el arrullo de las tórtolas en las callejuelas sinuosas, las casas de adobe en terraza y los cementerios musulmanes sobre los que revolotean los buitres, atraídos por los cadáveres de los camellos.» (A decir verdad, en lo que escribe mi madre no se oye nada de eso.) «Lo que se perfila en ese rincón perdido de Asia que los viajeros del siglo XIX describen como intacto desde la época de Tamerlán es en realidad el enorme drama moderno de los países del tercer mundo. Es el choque de estas dos grandes ideologías, el islam y el comunismo. Es un ensayo de toda la historia de nuestro siglo, y puede que del próximo.»

El favorito

El autor de este prefacio, Maxime Rodinson, era un hombre extraordinario. Sus padres, judíos rusos muy pobres, habían huido de los pogromos zaristas y se habían refugiado en Francia, donde desaparecieron en la redada del Velódromo de Invierno. Su madre no sabía leer y él mismo abandonó la escuela a los trece años para ganarse la vida como recadero. Lo mejor que encontró para salir adelante fue aprender, primero, el esperanto, esa lengua universal destinada a fomentar la paz en el mundo y que nunca llegó a cuajar, y luego el árabe literario, el árabe magrebí, el árabe oriental, el turco, el hebreo y el amárico, todas ellas lenguas que estudiaba, enseñaba, pero, sobre todo, *hablaba* (el problema era encontrar interlocutores). Cuando mi madre lo conoció, en 1960, ese hombre que no tenía el bachillerato era profesor de Etíope litúrgico en la École Pratique des Hautes Études, investigaba sobre los libros de cocina árabes y daba los últimos retoques a su gran obra, una imponente biografía de Mahoma. Sigue siendo una referencia, pero una referencia un tanto particular, ya que se trata de una biografía marxista, un estudio sociológico y materialista del nacimiento del islam. Los padres de Rodinson eran comunistas, y también él lo fue hasta que, en 1958, el Partido lo expulsó por desviacionismo. Pese a todo, siguió siendo un ferviente marxista, y también mi madre, bajo su influencia, se hizo marxista. Esta afirmación puede sorprender. Lo menos que puede decirse de ella es que jamás sintió simpatía por el comunismo y que se convirtió claramente en eso que se llama una intelectual de derechas. Ello no le impidió permanecer fiel toda su vida a lo que Rodinson le transmitió de Marx. Su segundo libro, *El marxismo y Asia*, comenzaba con estas palabras: «Todo el mundo sabe que el marxismo...», lo que a mis hermanas y a mí nos hacía desternillarnos de la risa. Le decíamos: «¡No, mamá! ¡No *todo el mundo* sabe que el marxismo no sé qué! ¡Nosotros no lo sabemos!». La base del marxismo, nos explicaba (resumiendo), es que las condiciones materiales, económicas y sociales determinan indefectiblemente nuestras creencias y nuestros actos. Bajo nuestros

ideales manifiestos, a menudo sinceros, se encuentra la ideología, es decir, la representación del mundo que expresa y sirve a nuestros intereses de clase. A mi madre le apasionaban las ideologías, más que el rebuzno de los burros, el arrullo de las tórtolas y los cadáveres de los camellos. El mundo sensorial, la textura y la palpitación de las cosas –«los detalles divinos», como decía Nabokov– no le interesaban lo más mínimo. En los libros le gustaban los argumentos claros, las contraposiciones retóricas, los planes sólidamente estructurados, tal y como se enseña en las Sciences Po. Podía ser sensible al estilo, si no había zonas de penumbra. Rodinson le enseñó a apreciar al Marx escritor, al Marx polemista y la verborrea endiablada de su panfleto contra Napoleón III, *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*. Fue, en los años sesenta, algo más que su director de tesis: fue su mentor. Ella lo admiraba, él la impresionaba, la hacía reír. Almorzaban juntos una vez a la semana, siempre en el mismo restaurante chino, cerca del Panteón. A veces, mi madre me llevaba a esos almuerzos. Pedíamos rollitos de primavera. A Rodinson no le gustaban mucho los niños, creo, pero un día fui con un álbum de Tintín y empezó a hacerme preguntas difíciles, que se convirtieron en un ritual. «¿Cómo se llama el marmolista de Moulinsart?» «Es el señor Boullu, que irá *mañana sin falta a primera hora*.» La calvicie desgreñada de Rodinson le confería cierto parecido con David Ben Gurión, el padre fundador de Israel: mi madre le veía «una fealdad magnífica». Supongo que él estaba enamorado de ella. Con la esperanza de ponerla celosa, aludía como quien no quiere la cosa, pero repetidas veces, a su «favorita». Con sus dotes para la sorna, totalmente afectuosa en lo que a él respectaba, mi madre empezó a llamarlo «el favorito». Mis hermanas y yo no sabíamos qué era una «favorita» en ese contexto, pero el apodo nos gustaba y recuerdo que una vez, tras descolgar el teléfono, corrí a buscar a mi madre gritando: «¡Mamá! ¡Es tu favorito!». Él lo oyó, no entendió nada y, durante la siguiente comida, pidió explicaciones. Mi madre se echó a reír. Él se encogió de hombros y murmuró algo en etíope (litúrgico). Desde aquí le rindo homenaje.

Los Zu

El emirato de Bujará fue el campamento base de mi madre como investigadora, pero poco a poco pasó de ser especialista en las repúblicas de Asia Central a especialista en la Unión Soviética. El público era menos restringido. Empezó a dar clases en las Sciences Po sobre la historia de la URSS, y escribió primero sobre Lenin, y luego sobre Stalin, dos libros que, sin ser divulgativos, se acercaban con prudencia a esa categoría. Las notas al pie de página ya no eran tan barrocas como las de *Reforma y revolución entre los musulmanes del Imperio ruso*: no estoy seguro de que Rodinson viera con buenos ojos esa evolución. En esa expansión de sus competencias desde los confines del Imperio hacia el centro, hay algo que me sorprende, y es que nunca se le ocurriera dar un rodeo por la tierra de sus antepasados, que era también la de Stalin y, a fin de cuentas, una república soviética. Nunca escribió nada sobre Georgia, nunca estuvo en Georgia. Sin embargo, desde que murió Babou, nuestra abuela paterna, nuestra familia más cercana era la familia georgiana, y en particular la de Levan, el hermano menor de Georges. De hermosa presencia y con el bigote de rigor, el tío Levan era el jefe oficioso e indiscutible de la comunidad georgiana de París. Cuando salió, como uno de los primeros de su promoción, de la Escuela de Minas, le ofrecieron un puesto envidiable en la SNCF, la compañía pública ferroviaria. Pero para ello debía tener la nacionalidad francesa, algo que sus futuros empleadores estaban seguros de poder conseguirle sin dificultad. Levan se negó. Convertirse en francés significaba admitir que no volvería a Georgia y, en lugar de cometer lo que él consideraba una traición, entró como obrero en la cadena de montaje de Simca. Quince años más tarde, era un alto ejecutivo, perfectamente integrado en la sociedad francesa, solo que, hasta su muerte en 1975, siguió siendo apátrida. De una generosidad sin límites, apoyaba, financiaba y, cuando era menester, alojaba a todos los georgianos perdidos o desamparados, administraba la parroquia georgiana de París y dirigía una pequeña revista de exiliados anticomunistas. Esas actividades le valieron,

cuando Nikita Jrushchov vino de visita oficial a Francia, que la DGSE, los servicios de inteligencia exterior, lo enviara un mes a Córcega, por si acaso quería cometer un atentado, lo cual sabe Dios que no era su estilo. De los bautizos, bodas y funerales en casa de Levan y de su esposa Zeinab conservo el recuerdo de una calidez tribal y de unos platos deliciosos, repletos de hierbas aromáticas; uno de los más destacados es el *lobio*, que podría definirse como una sopa de alubias rojas, salvo que es algo totalmente distinto de una sopa de alubias rojas: es *lobio*. Como mi abuelo se había casado con una rusa y mi madre con un francés, mi familia solo pertenecía a esa comunidad tremendamente endogámica muy de refilón. A diferencia de nuestros primos, que eran georgianos por los cuatro costados, mis hermanas y yo solo lo éramos en un cuarto, y ese cuarto contaba poco. En casa de los Zu, que es como conocíamos a los Zurabishvili, se hablaba georgiano, ni una palabra de ruso; y en la nuestra, un poco de ruso, muy poco, y ni una palabra de georgiano. No íbamos a las mismas iglesias, no nos enterraban en los mismos cementerios: a los rusos, en Sainte-Geneviève-des-Bois; a los georgianos, en Leuville-sur-Orge. Ello no impedía que quisiéramos mucho a los Zu y que nuestros padres nos pusieran de ejemplo a nuestra prima Salomé, por su excelencia en los estudios, por su excelencia en general. Salomé lo hacía todo bien, de una manera tan voluntariosa y decidida que hasta su notable belleza parecía fruto no de la suerte, sino del mérito. Mi madre se reconocía en ese carácter vigoroso, y yo, que era cinco años menor que ella, la miraba con admiración. Creo incluso que, de niño, estaba un poco enamorado de ella.

Mayo del 68 en París y en Praga

Para algunos de mis amigos, aunque solo son tres o cuatro años mayores que yo, Mayo del 68 fue algo extraordinario. Les cambió la vida, para bien o para mal. Les envidio por, siendo apenas

adolescentes, haber podido manifestarse, ocupar la Sorbona, acostarse con chicas que no llevaban sujetador y vivir en comunas. Algunos se extraviaron, se hundieron en las drogas o se suicidaron. Otros se convirtieron en los amos de la sociedad que denunciaban. No hay ningún otro precedente, creo, en el que los vencedores de una generación hayan acumulado hasta tal extremo el prestigio de la rebelión y las ventajas del poder. El odio envidioso que los *boomers* inspiran a las generaciones más jóvenes está justificado: tuvieron campo libre y no dejaron nada a los que venían detrás. ¿Cómo habría evolucionado yo si hubiera tenido esos tres o cuatro años más que lo cambiaban todo? ¿Habría sido maoísta? Creo que no, o eso me gusta creer. ¿Me habría ido a la India? Lo hubiera preferido. Por desgracia, Mayo del 68 me pilló en primero de secundaria en el instituto Janson de Sailly, que se limitó a cerrar unos días, y se acabó. Mi madre había comprado un pequeño transistor para seguir los acontecimientos, pero también iba regularmente a ver qué pasaba en las Sciences Po ocupadas (¡las Sciences Po ocupadas!). Alumnos y profesores dormían en los auditorios y aulas magnas, coreaban consignas, se reunían en asambleas generales para tildar a De Gaulle de dictador y a los CRS, los antidisturbios, de SS, y exigir en su lugar algo tan deseable como la revolución cultural maoísta, por entonces comprometida, a la vista de todos y bajo la mirada benevolente de no pocos intelectuales occidentales, en la erradicación de varios millones de chinos sospechosos de tener vínculos con el capitalismo. Mi madre volvía de sus visitas a las Sciences Po con anécdotas esperpénticas y declaraba que todo aquello era «de lo más cómico». Ese desdén burlón, que el favorito compartía, no se debía tan solo a que mi madre fuera de derechas, sino también a que seguía con mucha más atención unos acontecimientos que, a sus ojos, eran mucho más trascendentales: la Primavera de Praga. Desde el mes de enero, el reformista Alexander Dubček intentaba imponer en Checoslovaquia lo que él llamaba un «socialismo con rostro humano», una fórmula diplomática para no provocar a la Unión Soviética pronunciando la palabra «democracia», aunque en el fondo se trataba de eso: libertad de prensa, libertad de expresión, libertad de movimientos,

economía descentralizada; en definitiva, el principio del fin del punto de vista del estalinismo tardío encarnado por Leonid Brézhnev. Para mi madre, eso era lo importante: la arriesgada lucha de los checos por la libertad, no ese alboroto de niños consentidos que montaban los estudiantes franceses. La Primavera de Praga duró seis meses. El 28 de agosto de 1968, los tanques del Pacto de Varsovia entraron en Checoslovaquia y aplastaron esa rebelión (la de los estudiantes franceses se había dispersado por las vacaciones). Doce años después de la represión de Hungría, e incluso empecinándose en considerar el estalinismo una desviación desafortunada que no tenía nada que ver con el auténtico leninismo, había que echarle muchas ganas para seguir siendo comunista. A pesar de ello, en 1968 ser anticomunista seguía siendo ser «de derechas». Era todavía la época en la que Sartre, al que le ponían delante de las narices los campos soviéticos –aún no se conocían como gulag, *El archipiélago Gulag* no se publicó hasta 1973–, respondía con altivez: «Si esos campos existen, me parecen condenables, por supuesto, pero *no menos que* el uso que de ellos hace la prensa burguesa para desacreditar el comunismo». (Relea el lector esta frase. Saboree ese *no menos que*.) Los anticomunistas, en el panorama intelectual francés, eran o bien gente redomadamente de derechas, como Raymond Aron (frase de la época: «Más vale estar equivocado con Sartre que tener razón con Aron»), o antiguos comunistas que se habían pasado con armas y bagajes al otro bando, y estos eran los peores: no solo era unos perros (Sartre de nuevo: «Todo anticomunista es un perro»), sino unos renegados, agentes de la CIA, la escoria de la humanidad. Mi madre no había sido comunista, tampoco era abiertamente anticomunista, o más bien a nadie le importaba su opinión al respecto, ya que todavía no era una intelectual de renombre, sino una joven universitaria que investigaba temas aburridos y a primera vista inofensivos. Supongo que fue eso lo que le valió ser invitada a un congreso de historiadores en Moscú, a principios de ese verano de 1968. Cuál era el tema de ese congreso, quiénes participaban en él, qué grado de lealtad, al menos formal, implicaba, eso no lo sé. Solo sé que, después de aceptar la invitación, se le ocurrió llevarme con ella.

En el hotel Ucrania (II)

He aquí lo que, en una redacción cuyo tema era «Describa a su familia», mi hermana Nathalie dijo de mí: «Mi hermano es muy serio. Nunca hace tonterías. Lee todo el rato libros de adultos». Hasta que entré en la adolescencia, no tenía nada que objetar a ese retrato. No me avergonzaba de ser ese niño sabidillo pero amable, lleno de buena voluntad, de esa buena voluntad desgarradora de los niños, siempre pegado a la falda de su madre. Las pocas veces que me separé de ella, porque ella estaba de viaje o yo, un poco más tarde, en un curso de idiomas en Grimsby, un puerto de Lincolnshire donde todo, absolutamente todo, incluso el agua del grifo, olía a pescado, le escribía largas cartas en que la llamaba «mi querida mamaíta» y le decía que la echaba «terriblemente» de menos. El punto álgido de esa relación simbiótica fue el viaje a Moscú. Nos hospedábamos en el hotel Ucrania, siempre reservado a extranjeros ilustres, con las bañeras siempre llenas de cucarachas y las cortinas de la ducha siempre pegajosas. Mientras hacíamos cola en el comedor donde se servía el desayuno, mi madre decía reconocer a la famosa *bábushka* ceñuda que servía con la paleta mazacotes de *kasha* acompañados, los días de fastos, de unos huevos fritos del día anterior. Ya estaba allí diez años antes, aseguraba mi madre, durante el famoso viaje que había hecho, cuando yo no era más que un bebé, con los especialistas en epizootias ovinas. Creo recordar que fue en el hotel Ucrania donde me contó por primera vez la historia del piloto afgano y donde empecé a imaginar cómo habría sido mi vida si hubiera crecido con ella y él, en Kabul. Durante toda la estancia no nos separamos ni un momento. Dormíamos en la misma habitación. En el congreso me aburría lo que no está escrito, a su lado, mientras jugaba con los auriculares de la traducción simultánea. En el cementerio de Novodévichi me mostró las tumbas de los grandes escritores rusos del siglo XIX, salvo la de Dostoievski, que está enterrado en San Petersburgo, aunque fue de Dostoievski de quien más me habló: me prometió que pronto lo leería. Me llevó a un cóctel que ofrecía la Embajada de Francia para celebrar los

intercambios científicos franco-soviéticos y, al día siguiente, a un almuerzo ofrecido por el consejero cultural. Había un joven poeta ruso que hablaba francés, increíblemente amable, que se llamaba Vadim Delaunay y se pasó todo el almuerzo hablándome muy serio, a mí, un niño de diez años, de las novelas de Alexandre Dumas que yo justo acababa de descubrir. Me gustaban *Los tres mosqueteros*; me iban a encantar, me decía, *Veinte años después*, y aún más la última parte de la trilogía, *El vizconde de Bragelonne*. Unas semanas más tarde, Vadim Delaunay fue uno de los ocho disidentes, ni uno más, que protestaron en la plaza Roja contra la represión de la Primavera de Praga. «Luchamos», habían escrito en una pancarta con la esperanza de que se leyera en Occidente, «por nuestra libertad *y por la vuestra*.» (Una frase magnífica que los ocho pagaron muy cara. Los ucranianos, hoy, no dicen más que eso.)

16. EL SOPLO EN EL CORAZÓN

El Templo

Juntando sus ahorros y los de Babou, nuestros padres compraron cerca de Biarritz una pequeña villa de dos habitaciones, una para ellos y otra para nosotros, y celebraron ese primer acceso a la propiedad bautizando la casita con el nombre de una de las fincas más extensas de la familia Komarovski, aquella en la que Nathalie, mi abuela, pasó su único y maravilloso verano ruso: Gorodnia. Poco después de que murieran mis padres, volví a visitar los lugares de mi infancia y constaté con asombro que, sesenta años después, y a pesar, supongo, de los varios cambios de propietarios, la casa sigue llamándose igual, con el nombre cuidadosamente pintado en la puerta. Me gustaría saber qué responde la gente que vive allí cuando le preguntan qué significa Gorodnia. Que es vasco, tal vez. Las vacaciones pasaban volando, muy largas en aquellos años tan optimistas, los Treinta Gloriosos, en los que tuvimos la suerte de crecer. Para bañarnos después de comer, teníamos que esperar dos horas de reloj, porque nuestros padres temían que nos diera un corte de digestión. Sin embargo, no les preocupaba que la playa en la que nos bañábamos fuera terriblemente peligrosa, como me di cuenta con pavor retrospectivo durante esa peregrinación: basta con meter un dedo del pie en el agua para que te aspiren las olas, rodar entre los guijarros con un ruido de succión y ser arrastrado mar adentro. Todas las mañanas hacíamos los deberes de vacaciones en el jardín y, una vez libres, escalábamos el muro que lo rodeaba y nos colábamos en el parque de una impresionante villa *art déco*, completamente blanca, que parecía un templo griego y a la que llamábamos el Templo. El parque estaba muy bien cuidado, pero la villa siempre estaba cerrada. Nunca vimos a nadie allí, y merodeábamos por los alrededores jugando a asustarnos, como antiguamente en las inmediaciones del castillo del barón de l'Espée.

Nos preguntábamos, al igual que nuestros padres, a quién podía pertenecer ese palacio de la Bella Durmiente, envuelto en silencio y misterio. No espero que me crean, porque es algo increíble, pero es la verdad: a principios de 2024, el Templo seguía cerrado, inmaculado como siempre, salvo por unas pintadas en el portal, en letras muy grandes y negras: *FUCK PUTIN*. Información recabada: adquirida hace cinco años por 5 millones de euros, y a través de varias empresas fantasma domiciliadas en Vaduz o en las Islas Caimán, la propiedad pertenece a Liudmila Putina, la exmujer del presidente de la Federación Rusa.

Epicteto

No recuerdo por qué motivo, en pleno mes de agosto, en Biarritz, mi madre me llevó a consultar al doctor Malaterre, pero sí me acuerdo de su nombre y de la actitud preocupada que adoptó, después de auscultarme, al afirmar que tenía un soplo en el corazón. Me parece que también habló de reumatismo articular, en todo caso de una patología no muy grave, que no ponía en peligro mi vida pero que me obligaba, quizá para siempre, a «tener cuidado», es decir, a evitar cualquier ejercicio físico. Mi madre lo aceptó e intentó tomárselo bien. Por la noche informamos a mis hermanas: no debía cansarme. Al día siguiente de la visita al doctor Malaterre, Étienne vino a comer a casa. A veces, durante las vacaciones, mis padres quedaban con el antiguo pretendiente de mi madre, su compañero de juegos en Keremma, que era profesor de Latín y Griego en el instituto de Biarritz, donde vivía en una gran casa vasca de tejas rojas. Étienne conservaba la belleza y la discreta distinción de siempre, pero la vida no lo había tratado muy bien. Después de aprobar las oposiciones a catedrático de secundaria, se fue a dar clases a Argelia, donde participó en los «acontecimientos» –como se conocía a la guerra– del lado de la Organización del Ejército Secreto. Luego, un matrimonio fallido, un hijo único que se mata en un

accidente de coche y, en sus propias palabras, un retiro digno en la costa vasca. Ese hombre desencantado se decía a sí mismo que su vida habría sido distinta si se hubiera casado con mi madre. Lo decía en tono de broma, pero no bromeaba. Mi padre, que estaba en una posición cómoda, se mostraba muy amigable con él. Informado de mi soplo cardiaco, Étienne vino a sentarse junto a la chaise longue en la que me habían condenado a pasar los días. Con la esperanza de conjurar lo que él creía que era desesperación, me habló de los estoicos. Todavía recuerdo hoy con qué dulzura grave y pedagógica me contó la historia de Epicteto, que era esclavo y al que su amo, a modo de castigo, comenzó a retorcerle la pierna. Epicteto lo miró, sonrió con calma y dijo: «Si sigue, la va a romper». El amo siguió y le rompió la pierna. Epicteto ni pestañeó. «¿Lo ve? Se ha roto.» Esa historia canónica es poco menos que incomprensible: ¿por qué fechoría castigaba su amo al irreprochable Epicteto? Y torcerle la pierna, ¡vaya un castigo tan absurdo! Pero, en fin, era la forma que tenía Étienne de consolar a un niño de doce años al que acababan de decirle que quizá nunca más volvería a correr, que no volvería a jugar al fútbol con sus amigos, que se quedaría en su chaise longue, al margen de la vida. Otro le habría mandado a freír espárragos, a él y a todos los consuelos de la filosofía. Yo no, porque no estaba tan desesperado como él creía. En realidad, esa condena me venía de perlas. Nathalie montaba a caballo, Marina jugaba al tenis. Nuestro padre, por endeble que pareciera, nadaba mariposa, y cuando pasaba cerca de un partido de fútbol y un balón se desviaba hacia donde estaba, lo controlaba con destreza, a veces incluso hacía un regate o lo devolvía de cabeza. Pero mi madre despreciaba el fútbol, despreciaba el deporte y a los deportistas, siempre estaba de acuerdo en eximirme de la clase de gimnasia y yo veía con agrado cómo se abría ante mí una exención infinita de gimnasia, una vida entera tumbado en una chaise longue, leyendo hasta hartarme. Creo que existe una categoría especial de libros que no son necesariamente los mejores, pero en los que nos gustaría vivir. En mi caso es *La montaña mágica*, de Thomas Mann. La he leído y releído varias veces porque, en el fondo, es mi ideal de vida, ese sanatorio donde la vida transcurre envuelta en una manta frente a

las montañas. Nada cambia, no hay que elegir y, siempre y cuando se respeten los ritos, no hay nada que pueda afectarte de verdad. Pero *La montaña mágica* la leí mucho más tarde. El verano del soplo en el corazón fue el de *El idiota*.

El idiota

Durante nuestro viaje a Moscú, mi madre me anunció solemnemente que algún día, pronto, leería a Dostoievski. Pasar a los trece años de Jules Verne, Alexandre Dumas y Conan Doyle, hasta entonces mis autores de cabecera, a Dostoievski era como un rito de paso a la edad adulta, o el acceso de un mundo de dos dimensiones a un mundo de tres. Como quizá recuerde el lector, mi madre había heredado de su padre la convicción casi religiosa de que no hay nada mejor que Dostoievski, y de que no merece la pena perder el tiempo con Tolstói. Así que encargó en la Maison de la presse de Biarritz –donde me dejaba, a veces durante horas, haciendo girar los expositores mientras ella iba al mercado– dos ejemplares de *El idiota*: dos ejemplares en dos volúmenes, en edición de bolsillo, para que pudiéramos leerlo al mismo tiempo. A medida que avanzábamos, me iba explicando las claves de la novela. Con su pasión, heredada asimismo de su padre, por el debate intelectual y la ideología me describía la gran oposición que atraviesa toda la literatura rusa entre occidentalistas y eslavófilos. Por un lado, están los que quieren arrimar Rusia a Occidente, a la Ilustración, al progreso: Catalina II, que se carteaba con Diderot; Turguénev, que era el mejor amigo de Flaubert. Por otro, los que creen en una vocación completamente diferente para Rusia: mística, asiática, reafirmada en contra de los valores racionales y frívolos de

Occidente. Estos últimos desarrollaron el concepto, particularmente confuso, de la Tercera Roma. La primera Roma era la Roma antigua. La segunda, la Constantinopla bizantina. Y la tercera, Moscú, será el último imperio terrenal antes del fin de los tiempos. La obra de Dostoievski, explicaba mi madre, era el escenario de ese inmenso enfrentamiento. Occidentalista en su juventud, fue arrestado por participar en una conspiración contra el zar y condenado a muerte. Le anunciaron el indulto en el último momento, ante el pelotón de fusilamiento, llevando el sadismo hasta el extremo de enviar para esta misión, con el fin de prolongar un poco más el suspense, a un general *tartamudo*. El indulto no significaba la libertad, sino cuatro años de trabajos forzados en Siberia, de donde regresó curado de sus ilusiones democráticas e irreligiosas. Se había convertido en Dostoievski. Escuchaba embelesado a mi madre y me preguntaba si en el siglo XIX, en Rusia, yo habría sido más bien occidentalista o más bien eslavófilo, pero lo que más me apasionaba, además de esa historia de simulacro de ejecución cuya grandiosa crueldad me marcaría de por vida, era la especie de frenesí que impulsaba a los personajes, como balas de cañón, hacia objetivos completamente irracionales y por ello aún más fascinantes. No había leído nada que se acercara ni de lejos al furor trepidante de la primera parte de *El idiota*, y no fue hasta mucho más tarde cuando comprendí a qué se debía, técnicamente, un poco como cuando uno descubre, *a posteriori*, que una película que le ha cautivado está hecha, en realidad, con un solo plano secuencia. Las doscientas primeras páginas de *El idiota*, entre el amanecer en que Rogozhin y el príncipe Mishkin se conocen en un tren, ya agotados y aturdidos cuando la historia ni siquiera ha empezado, y la velada completamente loca en casa de Nastasia Filíppovna son exactamente eso: un único plano secuencia, la sucesión de decenas de encuentros, de personajes que entran y salen, de corrientes de aire, de charlas ociosas, de explosiones de ira, de relatos dentro del relato, doscientas páginas de un tirón, sin respirar, sí, nunca había leído ni he leído desde entonces nada igual, y aunque no me fascinaban tanto como a mi madre los occidentalistas, los eslavófilos o la Tercera Roma, me sentía tremendamente feliz de que ella me

iniciara, de compartir aquello con ella. Me la imaginaba tan feliz como yo, convencida como yo de que al cambiar el fútbol por Dostoievski salía ganando; me imaginaba, en definitiva, que se lo tomaba tan bien como yo. Me equivocaba. Ella no quería contribuir a mi desgracia, pero me dijo que, a pesar de *El idiota*, se había pasado ese terrible mes de agosto llorando todas las noches, sin dormir, porque su pequeño estaba condenado a una vida de invalidez, y aunque estaba encantada de dispensarme de hacer gimnasia, no quería que me convirtiera en uno de esos personajes de *La montaña mágica* que viven recostados. Según ella, uno de los momentos más felices de su vida fue cuando el cardiólogo al que me llevó nada más volver a París le dijo que su colega de Biarritz era un burro, que no tenía ningún tipo de soplo en el corazón y que podía jugar al fútbol todo lo que quisiera. Fui yo quien se llevó una pequeña decepción.

Mis primeros pechos

Un año después del error del doctor Malaterre, en 1971, se estrenó *El soplo en el corazón*, la película de Louis Malle que describe la relación simbiótica de un adolescente con su madre. Esa relación se consuma sexualmente, se *muestra* la escena y la carga transgresora de la película, cincuenta y tres años después, sigue intacta. Es una obra maestra, al igual que *Lacombe Lucien*, en mi opinión la película más impactante que se ha hecho sobre la Ocupación, y siempre me sorprende que rara vez se cite a Louis Malle entre los grandes cineastas franceses. Afortunadamente, no vi *El soplo en el corazón* con mi madre, pero podría haber ocurrido. En aquella época iba a menudo al cine con mi padre o con mi madre –diría que entre 1968 y 1972, a partir de entonces únicamente fui con amigos o solo–. Las películas son un buen punto de referencia para datar situaciones. En 1970, mi padre, que quería ver lo que él llamaba «una buena película policiaca», me llevó a ver *Círculo rojo*, de Melville. El *delirium tremens* del expolicía alcohólico interpretado

por Yves Montand, plagado de insectos y reptiles, me impresionó mucho, y sin duda también la belleza tenebrosa de Alain Delon. Ese mismo año vi con mi madre *El jardín de los Finzi-Contini*. Es la última película de Vittorio de Sica, basada en la novela de Giorgio Bassani (nombres ambos que por supuesto no me sonaban de nada). La acción se desarrolla bajo el fascismo y narra la persecución que, de forma insidiosa, se cierne sobre los judíos de Ferrara, en particular sobre una familia rica y patricia que vive en el centro de la ciudad, en una magnífica mansión rodeada de un parque encantador. Mientras se fragua lo peor, vemos a unos jóvenes guapos vestidos de blanco, con los jerséis echados a los hombros, con cierto desaliño, jugando al tenis y montando en bicicleta. Todos están fascinados por la hija de la casa, interpretada por Dominique Sanda, que por entonces contaba veinte años y que durante mucho tiempo será el objeto más fiel y ardiente de mis fantasías eróticas. Al final, el protagonista, que evidentemente está enamorado de ella, la busca. Es de noche. Atraviesa el parque desierto y se dirige hacia la pista de tenis abandonada. Hay luz en la ventana de la caseta. Se acerca sigilosamente. Allí lo tenemos, frente a la ventana iluminada. A la izquierda se aprecia una cama y la forma indistinta de un hombre desnudo. Y, a la derecha, sentada en un sillón, también desnuda, Dominique Sanda. La parte inferior del cuerpo queda oculta por la cama, pero se le ve bien la parte de arriba, porque está tranquilamente con las manos sobre los reposabrazos del sillón. El protagonista la mira, devastado. Se cree a salvo en la noche, entre el follaje, pero sus miradas se cruzan. Ella lo ha visto. Lo ve. Le aguanta la mirada, y también al espectador. El plano se hace eterno. Hasta que, al final, él huye. Mi madre y yo, en la sala, estamos petrificados. Es un alivio cuando, inmediatamente después, comienzan las detenciones, las familias judías son recluidas en los patios de las escuelas y, con el fondo de las admirables imágenes de las calles desiertas y los techados de tejas ocres de Ferrara, empieza a oírse el *kadish*. Salimos de la sala sin mirarnos. No hablaremos de ello. Me acordaré de esa escena toda mi vida. Después de todo, vi mis primeros pechos junto a mi madre.

17. LA HABITACIÓN DEL FONDO

«¿De parte de quién?»

Algo no iba bien. Esa sensación de amenaza me hacía exagerar en las muestras de cariño hacia mi madre, las lecturas en común, los «Te echo terriblemente de menos, mamaíta». Casi a diario, había unas llamadas telefónicas que ella parecía esperar. Se apresuraba a contestar en cuanto sonaba el teléfono, pero a veces no estaba en casa o yo descolgaba antes que ella, lo cual la molestaba visiblemente. Sin presentarse, un hombre con voz tajante y neutra preguntaba por la señora Carrère d'Encausse. Había varias personas que llamaban con frecuencia a mi madre a casa, sobre todo el favorito. Intercambiábamos cuatro palabras y, cuando estaba de buen humor, me citaba alguna frase de Tintín. Pero ese no. Ese se dirigía a mí como si fuera un contestador automático, que aún no existían: era la época de los teléfonos de disco y de los números precedidos de tres letras, el nuestro era AUT –por Auteuil– 67 75. Aunque lo había reconocido perfectamente, preguntaba: «¿De parte de quién?». A lo que él respondía: «De parte del señor N.». En ese breve intercambio, siempre idéntico, se vivía un malestar sin duda igual por ambas partes. Luego, o bien le pasaba el recado a mi madre, cuando llegaba a casa, esforzándome por mantener la misma neutralidad, o bien, si estaba en casa, le pasaba el auricular y ella me hacía señas para que saliera de la habitación. Entonces su rostro se endurecía, toda la complicidad que había entre nosotros se esfumaba. Hasta ese momento se había enfadado conmigo en alguna ocasión –pocas–, pero nunca me había hecho sentir un estorbo. Yo salía del salón, donde la veía tirar del cable trenzado del teléfono para sentarse en la butaca, cerca de la ventana. En mi cuarto, daba vueltas inquieto, al borde del llanto, sin querer admitir el motivo. Esperaba el ruido del clic que indicaba en todo el apartamento que mi madre había colgado. No llegaba. La

conversación se alargaba más de lo que duraba en nuestra casa cualquier otra conversación telefónica. A veces volvía al recibidor, donde había una estantería en la que fingía buscar un libro. Rebuscaba, me arrodillaba, como si tuviera todo el tiempo del mundo y esa maniobra no tuviera por qué molestar a mi madre. Con el rostro cada vez más serio, me hacía señas desde detrás de la puerta acristalada para que la dejara tranquila. A veces incluso dejaba el auricular y salía al recibidor para echarme. No sé cuántas veces se repitió ese juego, ni cuánto tiempo se prolongó. ¿Seis meses? ¿Un año? ¿Fue antes o después de los pechos de Dominique Sanda? Por muy tardíos que fueran mi despertar sexual y mi iniciación a sus realidades, hubo un momento en el que, de todas esas situaciones incómodas, ceños fruncidos, conversaciones entre susurros y teléfonos colgados bruscamente, saqué la conclusión que se imponía: nuestra madre tenía un amante. Estaba completamente entregada a un hombre que no éramos ni mi padre ni yo. Se alejaba de nosotros. Nos estaba abandonando. Al fondo del apartamento había una habitación muy pequeña, tan pequeña que nunca se había pensado en transformarla en dormitorio, pese a que mis hermanas compartían el suyo. De la noche a la mañana, sin explicación alguna, se quitaron los trastos inútiles que almacenábamos en el cuartucho, se adecentó con una pequeña cama y nuestro padre se instaló allí. Nunca más volvió a dormir en el lecho conyugal –y ese mismo sistema se repitió en todos los lugares donde vivieron mis padres luego, con mi madre ocupando una habitación lo más espaciosa y abierta posible, lo que los agentes inmobiliarios llaman hoy una *master bedroom*, y mi padre un cuchitril en la parte trasera–. Prácticamente dejaron de hablarse. Si él entraba en una habitación, ella salía. ¿Qué entendían mis hermanas, que eran dos y cuatro años menores que yo? Nada, me asegura Nathalie, que incluso diría que no pasó nada, que lo soñamos, tan apegada como está a una versión idílica de nuestra infancia. Marina, aun siendo la menor, me cuenta un recuerdo muy preciso. Estamos de vacaciones en Venecia, en una pensión del Lido, sin papá. Ella comparte la habitación con mamá. El cable del teléfono es lo suficientemente largo como para que mamá pueda llevárselo hasta el balcón. En cuanto cree que

Marina se ha dormido, hace llamadas muy largas, en voz muy baja. Marina no lo oye todo, pero su voz angustiada, ahogada, le da miedo. La oye llorar. Aunque solo tiene siete u ocho años, entiende lo mismo que yo: mamá quiere a otra persona, ya no quiere a papá, ya no nos quiere a nosotros. Se acabó la época inocente del Chapon Fin y los pequeños Dodus. La palabra *divorcio* le ronda por la cabeza tanto como a mí. No tenemos amigos, ni en la escuela ni en el instituto, cuyos padres estén divorciados (bueno, sí, yo tengo uno, Elkann, que vive solo con su madre, de la que no se sabe si es viuda o está divorciada, y que irradia un aura de peligro y de desgracia a su alrededor). Si tus padres se divorcian, caes en un pozo de angustia, y aunque hoy día es mucho más frecuente, casi la norma, puedo dar fe de que en cada uno de mis divorcios, cuando se lo anunciamos a mis hijos, también ellos cayeron en ese pozo de angustia. Los dos sufríamos, sin duda los tres, por más que Nathalie diga lo contrario, pero lo más terrible era ver sufrir a nuestro padre. Guardo una imagen muy nítida de ese sufrimiento, una imagen fija, como un plano cinematográfico. Para ir al baño, pasamos por delante de esa habitación del fondo en la que ahora está relegado. La puerta no cierra bien, siempre queda ligeramente entreabierta. Un resquicio de apenas unos centímetros, suficientes para ver lo que ocurre dentro. Mi padre, con camisa y corbata, está tumbado en el camastro, como una efigie funeraria. Tiene los ojos abiertos, mirando al techo. No me ve. No se mueve. Está petrificado por el sufrimiento. Todo lo que ama, todo lo que da sentido a su vida es mi madre, y mi madre le da la espalda. Ella quiere a otro hombre, lo abandona. Sin ella, no puede vivir. Ya no quiere vivir.

El arma atómica

No solo tenía miedo de que nuestra madre nos abandonara, sino de que nuestro padre se quitara la vida. Estuvo a punto. Lo supe mucho más tarde por Jacqueline Frié, que era la confidente de

nuestra madre, pero que también se vio convertida en la suya, tanto porque él no tenía amigos como porque dirigirse a una amiga de ella era una forma de mantener el contacto con mi madre. También fue por Jacqueline que supe quién había sido el amante de nuestra madre durante varios años: un diplomático algo mayor que ella. Estaba destinado en Moscú cuando ella me llevó allí en 1968. ¿Fue entonces, fue en Moscú donde lo conoció? ¿En aquel cóctel en la embajada en el que yo estaba tan orgulloso de ser su caballero galán? Yo tenía que estar a la fuerza presente: no nos separamos, nunca me dejó solo en nuestra habitación del hotel Ucrania. Murió unos años antes que ella, tras haber ocupado varios cargos lo suficientemente altos como para tener una entrada en Wikipedia. Su foto muestra a un hombre de cara redonda, facciones regulares, cabello impecablemente liso, con aspecto de embajador, de esos que comienzan sus despachos con un «Se me *habría* comunicado que...». Jacqueline no tiene la menor duda de que él amaba a mi madre y de que mi madre lo amaba a él. Ignoro cuánto había de pasión y deseo en ese amor. Lo que es seguro es que habrían querido ser pareja, moverse en el mundo intelectual y social que compartían sin tener que esconderse: recepciones diplomáticas, coloquios, cercanía con el poder, lo mismo el francés que el extranjero. A ese respecto, un marido encargado de las oficinas regionales de una compañía de seguros no estaba a la altura. Mi madre sabía que si dejaba a mi padre lo destrozaría. Pero al principio no entendió que había que tomarse al pie de la letra lo que él le dijo a Jacqueline cuando le encargó que le transmitiera el mensaje: se suicidaría. Él, Louis Carrère d'Encausse, ese hombre tan educado que no cometía extravagancia alguna, si su mujer lo dejaba, se quitaría la vida. Era el arma atómica, y mi madre comprendió que la utilizaría. Sin duda, fue a partir de entonces cuando empezó a llorar al llamar al señor N. desde Venecia por la noche, creyendo que Marina dormía. Decía: «No puedo», quizá incluso: «No puedo, amor mío, no puedo». Estaban a punto de decidirse, de dar el paso, y ella decía: «No, ya no puedo, no es que no te quiera –¿o se hablaban de usted?–, es que tengo muchísimo miedo. Si él se suicida, me destrozará la vida, a mí y a mis hijos, y nuestro amor también». El

otro claudicó. Se había terminado. No volverían a verse, o solo por casualidad en actos sociales diplomáticos. Entonces se evitarían. O, peor aún, charlarían como si nada hubiera ocurrido.

Transferencia

Habré pasado unos treinta años en los divanes de psicoanalistas. Mi postura al respecto, hoy en día, se parece a la de los antiguos comunistas que se han convertido en anticomunistas tanto más furibundos cuanto mayor era su credo. Un fenómeno que cumple el antiguo comunista convertido en anticomunista es el siguiente: ante los evidentes fracasos del comunismo allí donde se ha aplicado, el comunista los explica invariablemente por el hecho de que no se ha llevado lo bastante lejos el experimento, o de que no se ha llevado a cabo en las condiciones adecuadas, o de que se ha visto socavado por los enemigos del pueblo, en lugar de llegar a la conclusión natural: si en el cien por cien de los casos el comunismo solo produce tiranías sanguinarias, no se trata de una sucesión de accidentes desafortunados, sino de su propia naturaleza. Así razonan también los psicoanalistas: si el psicoanálisis, después de quince años, no ha aliviado en nada tus miserias, es la prueba de que hay que hacer tres sesiones por semana en lugar de dos. Lo cual no impide que Marx y Freud fueran pensadores geniales y grandes escritores. Ya he dicho que, formada con Maxime Rodinson, mi madre era, a su manera, marxista. Nada le resultaba más ajeno, en cambio, que el freudismo, ni tampoco más adverso. A diferencia de la madre judía que se enorgullece al decir: «Mi hijo me quiere tanto que paga a alguien, tres veces por semana, para hablarle de mí», ella creía que yo iba a ver a alguien para hablar mal de ella. Pensaba que el psicoanálisis era una máquina para alimentar la queja y el rencor, y en el fondo no iba tan desencaminada. Pero hay una dimensión de esa práctica que ella no sospechaba y que quizá sea la intuición más profunda de Freud: lo que sucedió en nuestras

relaciones infantiles con nuestros padres, nos pasamos toda la vida escenificándolo de nuevo con nuestros objetos de apego posteriores. Nuestros amores y nuestros odios, la mezcla de ambos que entreteje nuestra vida reproduce el amor y el odio muy antiguos que en su día sentimos por nuestros padres. He repetido mucho, tumbado en el diván, el episodio que acabo de resumir y que recogen estas dos imágenes: mi madre al teléfono detrás de las ventanas del salón, su mirada preocupada e incluso hostil hacia mí, su gesto impaciente para decirme: «¡Que te largues!»; y, por el resquicio de la puerta de su habitación, mi padre acostado, postrado, todo él sufrimiento y terror. Ese sufrimiento espantoso me horroriza. Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para no seguir a mi padre en el infierno del abandono. Freud también dice esto: una relación sana y equilibrada con los padres, en la medida en que tal cosa exista, producirá un adulto sano y equilibrado, capaz, según describe Freud los criterios de la salud psíquica, de querer y de trabajar. Estoy simplificando, pero, si describo siendo honesto las constantes de mi vida psíquica, el balance es sombrío. Trabajar, bueno, eso mira, siempre he podido. Con mis dudas, mis momentos de desánimo, con bloqueos que han podido durar años –años, ahí es nada...–, pero eso es lo que ha dado forma a mi vida y la ha convertido en algo distinto de un fracaso. Pero querer... Establecer relaciones de confianza y estables con los demás... Con *los demás* me refiero a mis compañeras. Creo que soy un buen padre y un amigo pasable, pero en pareja, tarde o temprano, llega la debacle. No es que sea incapaz de querer, pero el hombre amable y cariñoso que puedo ser –de forma muy sincera, y a veces durante varios años– puede transformarse de la noche a la mañana en un extraño frío y hostil. La vida conmigo es una montaña rusa y arenas movedizas. Siempre llega un momento en el que ya no saben a quién tienen delante (y ni yo mismo lo sé). O, mejor dicho, sí lo sé, lo sé muy bien: soy el rostro de mi madre que se aleja sin remedio, soy la angustia sin fondo de mi padre.

La madre falsa

Más tarde, escribiré la vida de Philip K. Dick, uno de cuyos cuentos fundacionales, «The Father-Thing», se titula, en la traducción francesa, «El padre falso». En él vemos cómo un niño pequeño se da cuenta de que su padre, sin cambios aparentes, ya no es su padre, sino un extraterrestre malvado que ha ocupado su lugar. Poco después de romper con el señor N., mi madre se tiñó el pelo. Lo tenía castaño, casi negro; un pelo de georgiana, como el de nuestra prima Salomé. Un día, sin avisarnos, llegó a casa rubia, con un rubio tan artificial como el tocado. Mantendrá ese rubio y ese tocado durante el resto de su vida, hasta una edad muy avanzada, hasta en la foto gigantesca que se expuso tras su muerte en el patio de los Inválidos. No guardo ningún recuerdo del momento en que cruzó la puerta de nuestro piso de la rue Raynouard y se nos apareció con ese nuevo rostro. Ningún recuerdo de lo que nos dijo, ni de cuál fue nuestra reacción; y no fue hasta mucho, muchísimo tiempo después cuando pude relacionar ese día, quizá el más extraño e inquietante de mi vida, con el día de septiembre de 1944 en la bahía de Arcachon, cuando su padre, antes de desaparecer en el caos de la Liberación en Burdeos, se presentó ante mi madre con un rostro desconocido: se había afeitado el bigote. Mi madre no desapareció, pero en cierto sentido sí. Se produjo una metamorfosis. La joven entusiasta y risueña alrededor de la cual mis hermanas y yo hacíamos koljós fue reemplazada. El rostro de mamá, de quien yo creía que sería para siempre el pequeño Helenou, se volvió duro, a la vez atemorizado y atemorizador. Sus ojos miopes parecían no ver nada y verlo todo a la vez. Ya no miraba, escrutaba. Otra mujer habitaba su mirada. Había renunciado al amor para que mi padre no se suicidara, pero, obligándola a ello, mi padre perdió para siempre su amor. En los cincuenta años que les quedaban de vivir juntos, nunca más volví a percibir entre ellos un gesto o una palabra de cariño. Y mi padre, exiliado en su pequeña habitación, al fondo del pasillo, se convirtió en un fantasma. Iba a la oficina y volvía de la oficina. Nos fotografiaba soplando las velas de nuestros cumpleaños

y guardaba esas velas, cuidadosamente fechadas, en un cajón del gran secreter que había heredado de su madre, pero ya no tenía voz ni voto. Si decía algo, era como si nadie lo hubiera oído.

Baroin

La desgracia de mi padre no se limitó a su vida conyugal. En 1974, el director general de la GMF se jubiló. Lo sustituyó un tal Baroin, un tipo con pelo de cepillo y sotabarba erizada que había sido comisario de policía en Argelia antes de trapichear en la política, donde tuteaba a todo el mundo, independientemente del partido al que pertenecieran. Un hombre brusco, jovial, que hablaba alto, reía fuerte, fumaba puros y daba palmadas en el hombro: mi padre lo detestó de inmediato, y él detestó de inmediato a mi padre, o más bien lo despreció y, como suele decirse, lo condenó al ostracismo laboral. Le dejó ese reino que tanto le gustaba de las oficinas de provincias, pero recortándole poderes, haciéndole sentir constantemente, y sobre todo haciendo sentir a sus subordinados, que ya no era él quien decidía, que había que pasar por encima de él en todos los asuntos y pedir la luz verde de la sede central. De la sede central, es decir, de Baroin en persona, que reinaba con caprichos, arbitrariedades y favoritismos, convocando, por ejemplo, a mi padre a su despacho para anunciarle que a partir de entonces estaría bajo la autoridad jerárquica de un novato enchufado –y, una vez terminada la reunión, el novato y Baroin se iban a almorzar a un restaurante con estrellas Michelin sin invitar a mi padre a unirse a ellos–. Durante trece años, al frente de la GMF, este dinámico jefe compró la Fnac, construyó el palacio de Omar Bongo en Libreville y puso patas arriba su propia empresa antes de morir en 1987 al despegar su avión en el aeropuerto de Brazzaville. Parece haber un consenso general en que el accidente fue un asesinato.

La carretera de las Landas

Mi padre no tuvo tiempo de alegrarse. Una tercera catástrofe se abatió sobre él, tanto más terrible por cuanto no fue la víctima, sino el responsable. En pocas palabras: volvía con mis hermanas, en coche, de Biarritz a Burdeos. Él conducía. Era de noche, en las Landas, donde las carreteras son rectas, entre pinos siempre iguales. Su monotonía hipnotiza. Se durmió al volante. El coche chocó contra un árbol. Nathalie y él salieron casi ilesos. Marina, en cambio, estuvo varias semanas en un hospital de Burdeos debatiéndose entre la vida y la muerte. Las lesiones le dejaron secuelas. Pensaban que no podría tener hijos (ha tenido tres). En el funeral de nuestro padre, recordó ese accidente y dijo que había hecho todo lo posible, a lo largo de los años, para aligerar su sentimiento de culpabilidad. Nuestra madre, en cambio, hizo todo cuanto pudo para que se hundiera más en él.

El solitario de la orilla del río

Después de la historia del señor N., que le arrebató el amor de su mujer, y de la transformación de su vida profesional en una sucesión de vejaciones y humillaciones, el accidente supuso para nuestro padre el golpe de gracia. Se convirtió, sin levantar ruido, en un hombre tremendamente infeliz. Dentro de esa desgracia, un rayo de luz. También en su funeral, un anciano tomó la palabra, después de que habláramos mis hermanas y yo. Se llama Henri Masse, prefecto jubilado. A principios de los años ochenta, su primer puesto fue el de subprefecto en Saint-Laurent-du-Maroni, en la Guayana, donde se encontraba la última colonia penitenciaria francesa. Henri Masse, joven funcionario todavía soltero, recibió un día a un asegurador francés que se dirigía a Paramaribo para negociar un convenio entre Francia y Surinam. Lo invitó a cenar a su apartamento, que había

sido el del antiguo director del presidio. Todo podría haberse quedado ahí, sus funciones no exigían más, pero los dos hombres, a los que separaban veinte años de edad, simpatizaron. Henri Masse le propuso a mi padre que aplazara su partida para remontar el río con él hasta un yacimiento de oro. Esa navegación de dos días en piragua no era una atracción turística, sino el día a día de su misión: era así como inspeccionaba el territorio y se reunía con sus administrados. En determinado momento amarraron en un pontón y se presentaron en la puerta de una cabaña donde los recibió un hombre muy viejo: el último superviviente de la colonia penitenciaria. Terminaba su vida entre el río y la selva tropical, con la única compañía de sus recuerdos. Nadie iba a visitarlo. Nadie salvo el joven subprefecto, que, en sus rondas, hacía un alto para pasar un par de horas con él. Hablaban poco. Estaban a gusto. Mi padre se sumó con mucha naturalidad a esa conversación silenciosa. A la hora de despedirse, el último condenado a trabajos forzados entró en su cabaña a buscar una caja de madera, tallada por él mismo, y se la regaló. Tres días después de su partida, Henri Masse recibió una carta de agradecimiento de mi padre, carta cuyo sentimentalismo no podía saber hasta qué punto era inusual en él. «Me voy con el corazón en un puño, y es culpa suya. Me ha colmado de tantas atenciones y mimado tanto. Le prometo que no olvidaré al hombre solitario de la orilla del río, al que saludo, si me lo permite, muy amistosamente.» A esa carta le siguió una correspondencia irregular pero nunca interrumpida. Henri Masse se casó, lo nombraron prefecto, ocupó otros cargos... Tuvo una carrera brillante. Los dos hombres nunca perdieron el contacto. A veces cenaban con las respetivas mujeres, los cuatro juntos. Henri Masse se sentía un poco intimidado por mi madre, que, como veremos enseguida, se había convertido en una persona muy intimidante, y, por supuesto, aunque no lo dijo en el funeral, también le incomodaba la dureza con la que trataba a su marido. A la mínima ocasión, mi madre sacaba el asunto del accidente de Marina y volvía sobre el hecho de que se había *dormido*. Mi padre trataba de poner buena cara. Se quejaba a espaldas de su mujer, pero con estoicismo: «No siempre es fácil...». Por lo demás, solo hablaba de

nosotros, sus hijos: de nuestros éxitos, de nuestros amigos, a los que mencionaba como antes Babou, su madre, mencionaba a nuestros compañeros de clase, en particular al granuja de Fourni. Henri Masse, en la iglesia, elogió «su nobleza de corazón, su gran, enorme sensibilidad, su generosidad y –eso me llega particularmente hondo– sus dotes narrativas, lo que me lleva a suponer que el talento, a su hijo, no solo le viene por vía materna». Un día mi padre le escribió: «En el fondo, usted es mi único amigo». Mientras le escuchaba, pensé que ese amigo único había sido un buen amigo.

18. HERMANO Y HERMANA

Un joven músico

Nicolas solo escribió la primera parte de sus memorias. Terminan en 1971, en el momento en que deja de ser un tío lejano y se convierte en uno de mis amigos más queridos. En esas memorias descubrimos a un joven pobre, apasionado, idealista, que va de buhardilla en buhardilla sacrificándolo todo por la música. Ha abandonado su ambición de ser pianista, su vocación es dedicarse a componer. Primero estudia con Nadia Boulanger, luego con Max Deutsch, que, como discípulo de Schoenberg, era el severo guardián del templo dodecafónico. Escribe uno, dos conciertos para piano. De adolescente le gustaban Grieg y Rajmáninov, más tarde le gustarán Stravinski y Bartók. Aunque está más pelado que una rata, va todos los años a embriagarse a Bayreuth, pues se ha ganado la simpatía de una trompa que se llama Hirtler y que le deja asistir a las funciones desde el foso de la orquesta y lo acoge en casa de su familia. (Nota de Nicolas: «¡Cuánto la valorarían, cómo tenía que aferrarse, la adorable familia Hirtler, a esa primera R de su apellido!».) Pese a su timidez, conoce a figuras legendarias del Bayreuth de los años sesenta: Wieland Wagner, que revolucionó la puesta en escena de las obras de su abuelo, o los cantantes Josef Greindl, Martha Mödl y Astrid Varnay. La mayor parte de las veces hace el viaje en moto, pero un día coge el tren y, para distraerse, empieza a repasar mentalmente el preludio de *Tristán e Isolda*. Evidentemente, no imagina que será capaz de recordarlo en su totalidad, pero la música avanza sin contratiempos y, para su gran asombro, al final del preludio, del que no se ha dejado ni un compás, ni una sola entrada de instrumento, comienza con el primer acto. A pesar de algunas vacilaciones y de alguna que otra rectificación, escucha la ópera en tiempo real hasta los últimos compases de la muerte de Isolda, unas cuatro horas más tarde.

Tiene todo el *Tristán*, de principio a fin, en la cabeza. Siendo un perfecto ignorante en teoría y armonía musical, a veces he probado ese ejercicio durante unos minutos con obras para piano que me gustan, y he podido comprobar, a mi modesta escala, eso que dice Nicolas: esa escucha interior es casi más placentera que la real. Te conviertes en parte de la música. Es una gozada. En las memorias hay un montón de episodios estimulantes y gozosos como ese, y podemos contar la juventud de Nicolas como la de un músico bohemio que recorría Francia, Alemania e Italia en moto, un loco del alpinismo que componía obras ambiciosas que pronto se interpretarían, rodeado de un grupo de amigos que hoy mueren uno detrás de otro, pero que lo acompañaron fielmente durante toda su vida. Sus diarios, en cambio, no tienen nada que ver: desprenden una melancolía negra, la desesperación más absoluta, la sensación de no tener ni talento ni futuro, de haberse desviado hacia una vocación que estaba por encima de sus posibilidades, la tentación del suicidio. El contraste que describe entre una vida que, desde fuera, parece prometedora y plena, y la profunda depresión en la que, subjetivamente, la vivió, ese contraste me resulta familiar y fraternal. Los cuadernos que yo llevaba a esa misma edad, cuando me iba bien en los estudios, cuando amaba a chicas atractivas y ellas me amaban a mí, cuando estaba a punto de publicarse mi primera novela, cuentan exactamente la misma historia. No puedo leer más que unas pocas páginas, la desesperación que traslucen me asfixia. Creo que ahí empiezan nuestras afinidades.

Política

Mi madre y Nicolas se veían poco. Sus vidas no se parecían en nada, sus temperamentos y decisiones personales no podían ser más opuestos. Françoise Sagan, en la que nadie pensaría espontáneamente como una filósofa política, dijo una vez que la diferencia entre la derecha y la izquierda es que la derecha dice:

«Hay injusticia, y es inevitable», y la izquierda: «Hay injusticia, y es insoportable». No encuentro una definición mejor, y no será porque no haya buscado. Por supuesto, ambos bandos tienen algo de razón. No hay duda de que la injusticia es inevitable, la cuestión es saber hasta dónde podemos soportarla. Mi madre la llevaba muy bien. Se había inclinado sin ambages por el realismo, por la institución en contra de la rebelión, por el bando de los amos. Con la única excepción de Maxime Rodinson, que, pese a ser judío asquenazí, fue hasta su muerte un defensor acérrimo de la causa palestina, sus amigos eran todos de derechas. Nicolas, en cambio, que era tremendamente desconfiado, era de izquierdas a más no poder. La injusticia lo indignaba. En 1960 vivía en una casucha insalubre en Nanterre, justo en la frontera con el barrio de chabolas en el que por entonces vivían cerca de diez mil argelinos. Algunos frecuentaban la tienda de comestibles-bar donde Nicolas hacía la compra, y entabló amistad con ellos. A medida que crecía la confianza, empezaron a hablar de los «acontecimientos», un eufemismo para referirse a la guerra de Argelia comparable a la «operación militar especial» que Rusia lleva a cabo ahora en Ucrania. Nicolas solía leer *Le Monde*, y todo lo que veía en la calle lo instruía. Cuando cogía el autobús, no era raro que policías o soldados, ametralladoras en ristre, hicieran bajar a los pasajeros y separaran a los buenos franceses, a los que dejaban marcharse tranquilamente, de los árabes, a los que se llevaban con las manos en la cabeza para, en el mejor de los casos, hacer un control de identidad, a menudo para un interrogatorio brutal en la comisaría de Nanterre o Puteaux. Si, como él, aborrecías ver a la policía y al ejército de tu país practicando la tortura, si estabas por principio a favor del colonizado rebelde y en contra del colonizador opresor, te encontrabas automáticamente del lado del FLN, sin sospechar que, después de la independencia, y durante cuarenta años, ese partido independentista iba a transformar Argelia en una dictadura feroz y corrupta, digna de la Unión Soviética y financiada por ella. «La conclusión es amarga», escribe Nicolas, «y la mayoría de los que entablaron esta lucha han perdido sus convicciones, mientras que los de derechas, que no corrieron ese riesgo y permanecieron fieles al orden establecido, triunfan hoy sin

gloria.» (Sartre contra Aron, otra vez.) Integrado en el barrio de chabolas de Nanterre, Nicolas se convirtió en eso que se conocía como «portador de maletas», uno de esos jóvenes franceses que transportaban dinero o armas para el FLN. Le ofrecieron transportar a algunos miembros clandestinos. Desenmascarados en París y buscados por la policía, no les quedaba otra que volver a Argelia vía Marsella. Nicolas hizo una veintena de viajes de París a Marsella, de noche, cada vez en un 2CV distinto, con un tipo detrás que, al acercarse a los controles, se envolvía en una manta y se pegaba al suelo. Tuvo algunos sustos, pero no le pasó nada.

En lo que a mí se refiere

En lo que a mí se refiere, mis futuras posiciones políticas las resumirá Sophie, la protagonista de mi libro *Una novela rusa*, en los términos que siguen: «Emmanuel no vota porque tiene miedo de votar a la derecha».

Al piano

Nicolas se casó. Tuvo dos niños. Para ganarse la vida, se hizo profesor de ruso y se instaló en Poitiers, en una casa mucho más grande que todas las otras en las que había vivido. Allí le cabían todos los libros, los discos y el piano. Una familia, un trabajo, un sueldo y unos hábitos asentados: la vida adulta, aquella en la que uno va por buen camino, en la que espera que las cosas sigan como están, a resguardo de las turbulencias, y en la que podrá dedicarse a componer *de verdad*. Mi madre me llevó un fin de semana a Poitiers, donde conocí a mis primos y leí con ellos los álbumes de Lucky Luke. Sobre todo, escuché a Nicolas tocar el piano. Por aquel entonces

estaba componiendo una de sus obras más ambiciosas, un ciclo de Variaciones para piano solo, aunque obviamente no es lo que nos tocó a nosotros. Tal vez fuera una transcripción de su cuento musical *Mostachudo y atigrado*, aunque lo más probable es que fuera una sonata de Mozart o las *Escenas de la infancia* de Schumann. Contuve la respiración. Nosotros no teníamos piano en casa, mi padre prácticamente no había tenido ocasión de tocar un teclado, y lo único que conservaba, en los dedos, era el recuerdo cada vez más mitigado de aquel famoso preludio de Bach, con arreglos del compositor ruso Ziloti, que a él le evocaba el recuerdo de su madre y a mí me evoca hoy el de él. Ver y oír a alguien tocar delante de mí, de verdad, era una fuente de asombro y admiración. Mi madre fingía escuchar, educadamente. No le sorprendía que Nicolas se hubiera convertido en compositor de *música contemporánea*, música que casi por definición nadie escucha y era, en su opinión, el mejor camino hacia el fracaso. No podía sospechar que, aquel día, entre su hermano izquierdoso y su hijo de doce años, al que creía destinado al más rutilante de los éxitos, empezaba una profunda amistad que hoy, mientras escribo esto, todavía nos une. Más tarde le dolió sentirse excluida de esa amistad, y acusó a Nicolas de ser un genio maligno que me ponía en contra tanto de ella como persona como de todo lo que encarnaba socialmente. Esta escena inaugural debió tener lugar, necesariamente, antes de 1972, año en que Nicolas dejó a su mujer, el instituto de Poitiers, sus hábitos asentados, el hogar familiar y volvió a una vida caótica, marcada por los constantes cambios de domicilio y una pasión destructiva que duró unos diez años. Durante ese periodo, alguna vez, aunque pocas, venía a casa vestido con ropa de trabajo comprada en mercados rurales, que formaba parte del código de vestimenta de la generación de Mayo del 68 y de la que mi madre se burlaba con hostil condescendencia. Buscaba mi complicidad, en vano. Hacia los quince, empecé a ver a Nicolas de tú a tú, no como se ve a un pariente en una reunión familiar, sino como a un amigo. Él modeló mi gusto musical. Le debo la debilidad, que probablemente me durará hasta que muera, por el piano y los grandes pianistas. Consiguió que leyera decenas de libros, y más tarde le descubrí yo algunos. Una noche, a mediados

de los noventa, debían de ser las dos de la madrugada cuando me llamó para decirme: «¿Sabes qué me pasa?». Yo no lo sabía, por supuesto. «Estoy leyendo *Guerra y paz*. Así que te diré lo que vas a hacer. Dentro de un rato, en cuanto abra la librería que tengas más cerca de casa, vas a ir a comprar *Guerra y paz* y verás lo que te pasa.»

Un descubrimiento

Y a fe que lo vi. Descubrí ese inmenso tapiz novelesco que pasa revista a todos los aspectos de la vida en una prosa sencilla y clara, sin misterio aparente, pero esa sencillez, esa claridad, esa ausencia de misterio logran una neutralidad extática que no tiene equivalente en la historia de la literatura. Cuando Tolstói describe una escena de caza, vive y hace vivir al lector, desde dentro, qué es ser el cazador, qué es ser la liebre, y qué es ser los perros que persiguen a la liebre. Incluso los árboles y el viento y los destellos de luz en el follaje, descritos por él, se convierten en seres vivos. Él es el cielo que se abre al infinito por encima de las pasiones y las batallas, y las nubes que atraviesan el cielo y nunca dejan de cambiar. Él no tiene opinión, ni prejuicios, ni límites: es meteorológico. Él, que, según sus biógrafos, era el más egocéntrico de los hombres, fue en la cima de su creación una especie de sabio taoísta. El descubrimiento de Tolstói fue uno de los grandes impactos literarios de mi vida, y todavía me asombra que Nicolas y yo fuéramos capaces de esperar hasta los sesenta y los cuarenta años, respectivamente, para descubrir que existía esa cosa inmensa. ¡Nos lo habían ocultado! Su padre, mi abuelo, decía que Tolstói era un falso valor en el que las personas inteligentes no caían. Esa hostilidad incomprensible, si trato de entenderla, era más intelectual que literaria, porque no creo que a mi abuelo le gustara ni supiera de literatura. Lo que le gustaban eran las ideas, y eso hacía a la fuerza que fuera injusto con Tolstói, porque Tolstói, cuando es genial, no tiene más ideas que

las de la vida misma. Más adelante, cuando se empeñó en tenerlas, eran malas, y su genialidad se había esfumado. Se convirtió en ese falso mujik, ese falso hombre apacible, humilde, ese sabelotodo aleccionador al que mi abuelo caricaturizaba con ingenio demoniaco, tirando con un gesto impaciente la ceniza de su cigarrillo sobre el único mantel del pequeño apartamento de Vanves, para consternación de su mujer, mi pobre abuela, que quería a Natasha Rostova, al príncipe Andréi y a Pierre Bezújov como si fueran sus mejores amigos en esta tierra, ahora también buenos amigos míos. Por lealtad a su padre, mi madre suscribió ese acto de fe. Me protegió cuidadosamente de Tolstói, pero, cuando le hablé de mi descubrimiento, una revolución casi copernicana en los valores de nuestra familia, adoptó el aire de superioridad de quien toda la vida se ha sabido *Guerra y paz* de memoria y, tras una fase de entusiasmo ingenuo como la mía, hace tiempo que ha salido del asombro. Para ella, evidentemente, lo que estaba en juego era algo más que una cuestión de gustos literarios: era una traición a su padre y una forma, otra más, de confabularnos –Nicolas y yo– contra ella. Una amiga a la que conté la historia se rió: «Ya me dirás, ¡menuda transgresión! En tu casa, os ponéis a leer a Tolstói y enseguida terminái s como en *Celebración*». No estaba mal visto.

19. EL ESTRECHO DE BERING

En Le Brady

En la reválida del bachillerato, que pasé en 1975, saqué un 4 sobre 20 en Filosofía. La Filosofía no son las Mates, un 4 en Filosofía es una nota absurda: ¿por qué no un 5? ¿Por qué no un 3? ¿Por qué no un 0, ya puestos? Mi padre, sin decirme nada, hizo un par de gestiones con la Academia de París al término de las cuales pudo ver mi examen. El corrector había escrito: «Pedantería insoportable». Aun así obtuve el bachillerato, gracias a Lengua y Literatura. A lo largo de todos los años en el instituto, mis profesores de Lengua y Literatura siempre me rescataron porque era el bicho raro: el alumno que lee libros y nada le gusta más que leer y hablar de libros. También me gustaba el cine. Empezaba a escribir algunas críticas para la revista *Positif*. Soñaba con ser director de cine. Había una escuela para ello, el IDHEC, el Instituto de Altos Estudios de Cinematografía, y unas pruebas de acceso a las que pensaba apuntarme, pero mi madre me explicó que, para ser director de cine, lo mejor era tener, aparte, un trabajo seguro y que no me quitara mucho tiempo. Ella tenía una idea: secretario de debates en la Asamblea Nacional. Sí, si fuera secretario de debates en la Asamblea Nacional, tendría tiempo libre y disfrutaría de las largas vacaciones parlamentarias, que me dejarían todo el tiempo del mundo para hacer películas. Si miro atrás, me asombra que me dejara convencer, aunque fuera a medias, de algo tan absurdo y, en lugar de preparar las pruebas de acceso al IDHEC para estudiar eso con lo que soñaba, preparara las de Sciences Po, que no me atraían lo más mínimo y donde, además, mi madre daba clases. No me gustaron aquellos años. El recuerdo más vívido que guardo no es ni el aula magna de la rue SaintGuillaume ni el inmutable café Basile, donde se reunían los estudiantes pretenciosos, entre los que no hice ningún amigo, sino el cine Le Brady del boulevard de Strasbourg, que, a la

par que el Styx de la rue de la Huchette, atraía a todos los parisinos apasionados del cine de terror. El conocimiento enciclopédico que tenía de ese género es parte de las existencias que curiosamente se han salvado del naufragio de mi memoria. Hay miles de recuerdos que me serían más útiles, pero todavía hoy puedo recitar los títulos de crédito de los filmes de serie Z de Jesús Franco, alias Jess Franco, un cineasta español que debió de dirigir unas doscientas películas, y cuya aberrante ineptitud era acogida con cariño por los aficionados. Le Brady –que aún existe– ofrecía un programa doble, dos películas al precio de una, y, entre su clientela, además de los aficionados al género, se encontraban también los vagabundos, que, por un precio módico, podían pasar todo el día calentitos. Así fue como, durante la proyección de *Drácula, el príncipe de las tinieblas*, noté detrás de mí un movimiento, luego un ruido complicado de definir pero alarmante, como un carraspeo, y, sin que tuviera tiempo de entender nada, sin previo aviso, me pasó una de las cosas más horribles que me han pasado en la vida: un vagabundo que estaba sentado detrás se levantó y me vomitó encima.

El Imperio

Desde su tesis sobre Bujará, mi madre había publicado otro libro de estilo todavía académico, *La URSS y China ante las revoluciones en las sociedades preindustriales*, al que siguieron un *Lenin* y un *Stalin* más accesibles que, sin llegar al gran público, habían llamado la atención de una editora llamada Thérèse de Saint-Phalle. Esta mujer alta, inquieta, cordial y poco saturada de superyó tenía pasión por reunir y poner en contacto a la gente. Mi madre recuerda que, durante la primera reunión en su despacho de Flammarion, Thérèse atendió una llamada telefónica y, al cabo de un minuto, le dijo a su interlocutora: «Escucha, Valy, tengo aquí delante a una chica joven que es muy buena, se ocupa de la Unión Soviética, y me va a hacer un libro. Tenéis que hablar a toda costa». Luego le tendió el teléfono

a mi madre y le dijo: «Es Valéry Giscard d'Estaing, quiere hablar contigo a toda costa». Nada podía confundir a mi madre, que intercambió cuatro palabras divertidas con Giscard, a la sazón presidente de la República, y ese breve sketch se convirtió en motivo de bromas cuando ella lo recibió a él, mucho más tarde, en la Academia Francesa. Cuando Thérèse decidió que mi madre iba a «hacerle un libro», tenía una idea en mente, y era buena. La gente sabía, o creía saber, quiénes eran Lenin y Stalin. En cambio, lo que mi madre le había contado sobre los pueblos musulmanes de la Unión Soviética, sobre los habitantes de repúblicas lejanas cuyos nombres acababan en *stan* –Uzbekistán, Kazajistán, Turkmenistán, Tayikistán...–, sobre sus aspiraciones nacionales y el peligro que representaban para el poder central, eso la gente no lo sabía y estaría encantada de saberlo. Si conseguía convertir su ilegible tesis en un libro legible, el éxito, según Thérèse, estaba asegurado. Mi madre se puso manos a la obra. El resultado sigue siendo un libro adusto, más rico en estadísticas que en anécdotas, pero el viejo señor Flammarion, el jefe de lo que aún era una empresa familiar, tuvo a su vez una idea genial. No sé si había otros títulos en liza, pero a él se le ocurrió *L'Empire éclaté*, «El Imperio en pedazos». La teoría de Thérèse según la cual la gente compra los libros que, independientemente de si los lee o no, la hace sentir inteligente, se confirmó de una manera espectacular. «La gente», en las cenas, empezó a decir con aires de estar al día que la URSS no era tan sólida como se creía, que estaba minada por revueltas sofocadas y que todo aquello, tarde o temprano, iba a estallar. Doce años después, en efecto, aquello estalló, ni mucho menos de la forma en que mi madre había vaticinado, pero eso daba igual. En 1978 está en mitad de la vida, que deviene triunfal.

«Los kirguises leían a Fénelon entre sollozos»

Por un error de apreciación del que no puedo sino culparme a mí

mismo, me vi estudiando, pues, en Sciences Po, donde mi madre era profesora, una profesora atenta, que leía, corregía y aconsejaba: siempre que fueran trabajadores, los alumnos disfrutaban de toda su consideración. Algunos se convirtieron en académicos, otros en periodistas, otros en diplomáticos. Durante más de treinta años yendo por el mundo, prácticamente no he conocido a ningún embajador que no hubiera sido alumno de mi madre y no me hablara de ella con una gratitud manifiestamente sincera. Y entonces llegó el éxito, la exposición repentina, casi la fama. Yo seguía yendo a Le Brady, a ver cómo los vagabundos me vomitaban encima. Mi último año en Sciences Po, sin embargo, sí lo disfruté, porque asistí a un seminario de historia contemporánea dirigido por un profesor que se llamaba Raoul Girardet. Girardet era un antiguo combatiente de la Resistencia, torturado por la Milicia, pero también antiguo miembro de la Organización del Ejército Secreto (esos dos compromisos, uno glorioso y el otro desacreditado, nacían del mismo patriotismo visceral). Más que académicos, sus amigos eran el grupo de escritores de derechas conocidos en los años cincuenta como los «húsares»: muerto Roger Nimier, quedaban Antoine Blondin, Jacques Laurent y Michel Déon. Desengañado, burlón, encendiendo cada Gitanes con la colilla del anterior, Girardet era totalmente marginal en Sciences Po: me caía muy bien. Asistir a su seminario implicaba llevar a cabo una investigación personal y escribir una disertación. El tema era libre. Como la historia se me daba fatal, pensé que lo mejor sería encontrar un tema sobre el que supiera más que todo el jurado y que, sobre todo, no invadiera el terreno de mi madre. Se me ocurrió una idea: la ucronía. Tú, lector de hoy, seguro que sabes lo que es, y, si no, pregúntaselo a Google: obtendrás inmediatamente 717.000 resultados. En 1979, un hombre tan curioso y culto como Girardet pensó en un primer momento que quería dedicar mi disertación a un tal Luc Rosny –el nombre de un piloto de carreras de un cómic belga– y tuve que explicarle pacientemente que la ucronía es el conjunto de especulaciones sobre cómo sería el presente si el pasado hubiera sido distinto. Si Cristóbal Colón no hubiera llegado a América. Si Napoleón hubiera vencido en Waterloo. Si la señora Hitler hubiera muerto antes de dar

a luz al pequeño Adolf. Si mi madre se hubiera quedado en Kabul con el piloto afgano... Es lo que hace Roger Caillois en *Poncio Pilatos*, donde imagina, hora a hora, la jornada del gobernador romano de Jerusalén, al que se le presenta el caso de un iluminado de Galilea a todas luces inofensivo y, en lugar de condenarlo al suplicio, como todo el mundo le aconseja, decide indultarlo. Jesús vuelve a casa y muere muy anciano, envuelto en una gran reputación de santidad. Diez años después, todo el mundo lo ha olvidado y no existe el cristianismo –lo cual sería bueno, según Caillois–. Girardet, con quien hacía balance de mis progresos en torno a copas de vino blanco seco, me hizo ver que todos, a nuestra pequeña escala y a nuestra modesta manera, hacemos ucronía, y que nuestra vida está tejida de arrepentimientos, de caminos no tomados, de decisiones que podrían haber sido distintas. Su amigo Blondin había escrito una novela en la que un joven profesor de Historia, aburrido de repetir todos los años el mismo programa, decide un día, por capricho, que no se firmará el Tratado de Westfalia. Sus inocentes alumnos no se enteran de nada. El profesor entra en ucronía. Sobre la base de este tratado no firmado, empieza a enseñar una historia imaginaria, improvisando de una lección a otra, desviándose cada vez más de la historia real, llena de desarrollos estrafalarios y frases tan memorables como «los kirguises leían a Fénelon entre sollozos». Hablamos de ello en un bar de la rue Mazarine con el propio Blondin, un escritor etéreo, un borracho a ratos exquisito, a ratos vengativo, cuya máxima era «camarero, otra ronda». Girardet era un buen público para esas especulaciones tan fantasiosas. No esperaba lo mismo de mi madre y, sin embargo, fue ella quien me dijo: «Tu historia sobre la ucronía es divertida, pero parece que no te hayas dado cuenta de algo mucho menos divertido: que no solo existe en las novelas fantásticas. Se da también en la realidad. Hay ucronías que, en lugar de competir con la historia real *en la imaginación*, la sustituyen *en la realidad*, ¿y sabes cómo se llaman? Se llaman regímenes totalitarios. A todos los regímenes totalitarios les *ronda* la obsesión (como solía decir mi madre) de controlar no solo el presente, sino también el pasado». El ejemplo clásico es Trotski, que fue eliminado de todas las fotos y

crónicas que ilustraban la epopeya de octubre de 1917, pero mi madre me contó una historia aún más inquietante. El protagonista era Lavrenti Beria, el jefe de la NKVD, el sádico georgiano que mandaba secuestrar a jovencitas en las calles de Tiflis y cuya madre, recordemos, rezaba en la misma iglesia que mi bisabuela, Nino Nikoladze. Un largo artículo de la *Gran Enciclopedia Soviética* lo describía como un ardiente amigo del proletariado. Cuando fue detenido y ejecutado tras la muerte de Stalin, los suscriptores de la *Enciclopedia* recibieron la consigna de recortar el artículo sobre Beria, destruirlo y pegar en su lugar un artículo que se les había enviado, de exactamente la misma extensión, sobre el estrecho de Bering. Beria nunca había existido, ni tampoco los millones de desgraciados que había mandado al gulag. Por la gracia del orden alfabético –Beria, Bering–, era sustituido, ni siquiera por otro hombre, ni siquiera por un lugar, sino por un estrecho, es decir, por una ausencia de lugar, un hueco, un vacío. Al elegir el tema de mi disertación, creía que estaba delimitando el terreno. La historia de mi madre era real; la mía, imaginaria. Ella tendría la realidad; yo, la ficción: quien quiera sacar beneficio, acomódese a su oficio. Pero fue ella quien me hizo entender que la imaginación al poder, como se decía en 1968, era también el triunfo, un triunfo muy *real*, de la tiranía.

20. EN EL PROGRAMA DE PIVOT

«¡Hélène Carrère d'Encausse lee el Pravda*! ¡Como todo el mundo!»*

Pese a algunas críticas favorables, mi primera novela no tuvo éxito, tampoco la segunda, pero sí la tercera, lo cual hizo que me invitaran a *Apostrophes*. En atención a los lectores jóvenes o extranjeros, debemos aclarar que *Apostrophes* fue, entre 1975 y 1990, un programa de literatura único, popular y, como suele decirse, prescriptor: se emitía los viernes por la noche, y el sábado por la mañana las ventas de los autores invitados se disparaban. Bernard Pivot, el presentador, era un tipo socarrón y cálido, al que de verdad le gustaban los libros y sus autores. Buen anfitrión, sabía recibirlos, hacerlos relucir con preguntas falsamente ingenuas que iba formulando mientras jugaba con sus gafas con forma de medialuna. Ni tu familia ni los tenderos de tu barrio te consideraban escritor si no habías salido en *Apostrophes*. Habría sido que ni pintado, si a Pivot no se le hubiera ocurrido la idea de un programa que reuniera a padres e hijos escritores por parejas. Los invitados eran un gran psiquiatra, el profesor Delay, con su hija Florence; un novelista curtidísimo, Jean Dutourd, acompañado de su hijo; y, por último, mi madre y yo. Yo estaba incómodo. Más que incómodo, de hecho: paralizado. Tener que hacer mis pinitos en la gloria literaria bajo la atenta mirada de mi madre, y en el papel de un hijo que *también* escribe, lo estropeaba todo, hasta el punto incluso de que sopesé rechazar la invitación. Pero rechazarla también era imposible: ¿qué excusa podía dar? ¿Cómo hacer para que no se interpretara como la confesión de mi vergüenza? No pegaba ojo por la noche, y al final fui como quien va al cadalso. Pero acabo de ver el programa, casi cuarenta años después, en la página web del Instituto Nacional del Audiovisual (INA), y, para mi gran sorpresa, nada de eso se nota. Se me ve bastante cómodo, tirando a guapote, aunque con un deje

ridículamente burgués y juvenil. Americana de espiga, camisa rosa, un mechón de pelo que me voy peinando de vez en cuando, inflexiones caricaturescas de los barrios bien: Aniano, el primero de la clase en *El pequeño Nicolás*, reencarnado en un joven de letras. Pivot empieza con los Delay, ambos representantes de la más alta burguesía intelectual, la elegancia en persona. Florence, con la que más tarde trabaré cierta amistad, interpretó a los dieciocho años el papel principal en *El proceso de Juana de Arco*, de Robert Bresson, al igual que Anne Wiazemsky en *El azar de Baltasar*, y Dominique Sanda en *Una mujer dulce*: tengo debilidad por las mujeres que actuaron de muy jóvenes en películas de Bresson. A Florence le gustan los poetas barrocos y las corridas de toros, y a mí, el título de su libro, *El fracaso de la fiesta*. En cuanto a Jean Delay, es el gran referente de la psiquiatría francesa. Treinta años después, sumido en una depresión melancólica, pasaré cuatro meses ingresado en el hospital Sainte-Anne, en un servicio que lleva su nombre. Fue bajo su supervisión que Henri Michaux experimentó con la psilocibina. Los últimos años de su vida se embarcó en un vasto proyecto titulado *Antememoria*. En cuatro tomos reconstruye cuanto lo precedió, remontándose lo más lejos posible en su árbol genealógico, y va contando lo que sabe de sus antepasados –una empresa bastante parecida a la de Marguerite Yourcenar–. En su momento me parecía aburrido hasta decir basta, hoy nada podría interesarme más. Habla de su trabajo con seriedad y modestia. Mi madre, a la que Pivot pregunta por su opinión como historiadora, lo colmó de atentos cumplidos. Dutourd padre e hijo, después de eso, son los secundarios perfectos, el segundo aplastado por el primero, personaje muy en la línea del reaccionario que fuma en pipa, cascarrabias, zumbón, bastante gracioso. Le llega el turno a mi madre (camisa malva, peinado rubio, amabilidad implacable). Cada libro suyo es un superventas. El último, *Ni paz ni guerra*, lleva por subtítulo *Del buen uso de la distensión*. Explica que, entre los acuerdos de Helsinki en 1975, y la entrada de los tanques rusos en Kabul en 1979, la URSS no ha hecho más que afirmar que quería la paz y que solo pedía entenderse con todo el mundo, cuando en realidad aprovechaba la distensión para extender su imperio al tercer

mundo. La gente, dice mi madre, cree que Brézhnev es un viejo chocho, cuando en realidad es un gran estratega que, manipulando al coronel Gadafi, ha inclinado África hacia la órbita soviética. Pivot se muestra entusiasmado con ese elogio de Brézhnev: paradoja, inconformismo, para decir cosas así hay que saber en verdad muchísimo. «Pero entonces», dice, «¿tiene usted fuentes de información a las que no tienen acceso sus colegas sovietólogos?» «Ninguna», contesta mi madre al instante. «Pero hago como todo el mundo: leo el periódico.» «No me diga. ¿El periódico?» «El *Pravda*, por supuesto.» Pivot se echa a reír. «¡Por supuesto! ¿En qué estaría yo pensando? ¡Hélène Carrère d'Encausse lee el *Pravda*! ¡Como todo el mundo!» Cambio de plano: la cámara me enfoca a mí, que río con complacencia. «Es muy aburrido, el *Pravda*», prosigue mi madre, «lees artículos larguísimos sobre las hazañas de una ordeñadora de primera, una señora por lo general entrada en carnes, pero detrás de la ordeñadora de choque hay información importante. Los soviéticos son gente precavida, ya se sabe. Antes de invadir Afganistán, estuvieron seis meses anunciándolo. Para saber lo que quieren hacer, no hay que pagar a espías: lo dicen ellos mismos negro sobre blanco. Basta con sentarse delante de una mesa repleta de esos periódicos tan aburridos y leerlos de cabo a rabo, sin perderse nada. Así es como se entienden las cosas. Se entiende cómo la URSS utiliza de ministros de Asuntos Exteriores a mulás como Jomeini. Se entiende cómo inventan una política exterior islámica.» Un escalofrío de admiración ante tanta autoridad y competencia recorre el plató. Mi madre continúa un rato, convencida de haberse metido al público en el bolsillo. Dutourd padre trata de hacer alarde de su cultura citando a Custine, que, dice, ya lo entendió todo. Ella lo manda cortésmente a paseo, diciendo que Custine está muy bien, pero que su descripción de Rusia está sesgada por ciertos aspectos de su personalidad, en particular sus costumbres. Muy pocos espectadores deben de saber quién es Astolphe de Custine, el aristócrata francés que en 1839 pintó un retrato poderosamente repulsivo de Rusia. Menos aún deben de entender que mi madre se refiere a su homosexualidad. Lo que sí entiende Pivot, sin embargo, es que está perdiendo audiencia, así

que se vuelve hacia mí y me pregunta si leo los libros de mi madre. Con mi sonrisita de estudiante de Sciences Po sin un pelo en la barbilla –con pinta, me dirá un amigo, de llamarme Pierre-Gontran o cualquier otro nombre merovingio–, respondo que me los leo, sí, y que me parecen muy buenos, pero, como son los únicos libros que leo sobre la URSS, me falta un poco con qué compararlos. La cámara enfoca a mi madre, risueña, indulgente, pero todavía en guardia. Pivot parece muy contento con mi ingeniosa réplica (me la había preparado) y yo estoy en una buena posición para empezar a vender mi libro.

Cuatro o cinco minutos menos en el curso de la historia

La cosa va de un hombre que hace mucho tiempo que lleva bigote y un buen día, por capricho, para darle una sorpresa a su mujer, decide afeitárselo. Su mujer llega a casa. No dice nada. Parece que no se ha dado cuenta. Van a cenar a casa de unos viejos amigos. Los viejos amigos tampoco se dan cuenta. De vuelta a casa, creyendo que la broma ya ha durado demasiado, el protagonista le pregunta a su mujer: «¿No te has dado cuenta de que me he afeitado el bigote?». Ella lo mira perpleja y le dice: «Pero ¿qué me estás contando? ¡Si tú nunca has llevado bigote!». Mi madre me mira con una aprobación circunspecta, y los Dutourd, bigotudos los dos, directamente con mala cara. Pivot le pregunta a mi madre qué le parece que su hijo escriba cosas tan raras. Mirando en los archivos del INA, a casi cuarenta años de distancia, me digo que ella hubiera tenido algo realmente interesante que decir sobre el asunto del bigote. Cuando leyó mi libro, ¿se acordó de lo que vio a los quince años, cuando su padre bajó del coche de línea en la estación de La Teste-de-Buch, en la bahía de Arcachon, en septiembre de 1944, unos días antes de desaparecer? Lo contrario sería asombroso, pero he tenido tiempo de sobra para aprender, más adelante, que el inconsciente hace maravillas y que lo que nos

interesa olvidar lo olvidamos. «Yo, mire usted», contesta mi madre en un tono pizpireto, «a mí me gustan las novelas, me gusta dejarme llevar por la lectura, así que me parece muy bien, la leo como si no fuera mi hijo quien la ha escrito. Gracias a Dios, por lo demás.» Pivot pasa por alto el «gracias a Dios». Dice que no solo se vuelve loco el protagonista, sino también el lector. Y la verdad es que es un artefacto concebido para volver loco al lector. El profesor Delay toma entonces la palabra para aventurarse a una lectura clínica de mi libro. «Muy rápidamente», me dice, «y con un talento encomiable, nos sume en la angustia. Su personaje le dice a su mujer: "Voy a ver a mi padre". "Pero si tu padre murió hace un año." "Me apetece ver las fotos de las vacaciones que pasamos en Java." "¿En Java? Nunca hemos estado en Java." Se pregunta si es él el que está loco o si la loca es ella. Está muy bien visto. Y discúlpeme si hablo como médico. Como médico, digo: hay que actuar de inmediato. Hay que hospitalizar a ese chico, administrarle medicamentos que le reduzcan el delirio, antipsicóticos.» «Porque en su opinión es un psicótico», pregunta Pivot. «Sin lugar a dudas. Lo que aquí se describe es una experiencia delirante.» «Pero, entonces, el autor ¿también es un psicótico?» «Probablemente no. En la medida en que lo pone por escrito, no lo es.» Sonrío modestamente, enciendo un cigarrillo –era la época en que se fumaba en los platós de televisión, en el cine, en los aviones–. Sabiendo por experiencia que siempre es bueno que un autor tenga la generosidad, poco frecuente, de invertir su turno de palabra en elogiar a otro, Pivot se come con los ojos al profesor Delay, que sigue contando mi libro casi página a página, recitando los diálogos, interpretando todos los papeles, hasta el final, cuando pone los ojos como platos y, en un cuchicheo de pavor, remata: «... y entonces, ¡se degüella!». En el archivo del INA, el plano se corta ahí, de forma muy abrupta, y mientras se oye la voz en off de Pivot exclamándose: «¡No, hombre, no! ¡No hacía falta decirlo!», vuelven a Dutourd padre y el programa termina un par de minutos después. Me turbó enormemente ver eso, porque en realidad ocurrió algo muy distinto. Apenas dijo: «... y entonces, ¡se degüella!», los ojos de Jean Delay se abrieron aún más y cayó de repente hacia delante, dándose con la frente en la

mesa baja atestada de libros, todo su cuerpo alto y distinguido, enfundado en un traje azul noche, resbalándose del sillón. Hubo un momento de extrema confusión en el que todo el mundo creyó que se estaba muriendo en directo; un gran momento televisivo, como suele decirse, que Pivot hubiera querido ahorrarse. Florence Delay corrió hacia su padre, le levantó la cabeza, con los ojos vidriosos, y llegaron los técnicos para llevárselo entre bastidores. Pivot dudó en si continuar como si nada hubiera ocurrido: todo eso sucedía en directo, en horario de máxima audiencia. Seguimos sin saber muy bien adónde íbamos; al rato, Jean Delay y su hija reaparecieron en el plató, el profesor se disculpó por haber preocupado a su gente con esa pequeña indisposición, y el programa fue avanzando tranquilamente hacia su final. Todo el episodio duró, si no me falla la memoria, cuatro o cinco minutos, pero no puedo comprobarlo porque esos cuatro o cinco minutos, en el archivo del INA, los han cortado. Han desaparecido. Es como si nunca hubieran tenido lugar: cuatro o cinco minutos menos en el curso de la historia. Pregunta: ¿por qué los suprimieron? ¿Cuándo? ¿A petición de quién? ¿Con la excusa de qué pudor? ¿De qué prudencia? Y una pregunta aún más inquietante: ¿realmente tuvieron lugar esos cuatro o cinco minutos? Su ocultación, que tan increíblemente encaja con el tema de mi libro, ¿no sería un sueño? Ese extraño momento que esperaba mientras veía el programa, casi cuarenta años después, en la página web del INA, ¿no lo habré soñado? La pregunta, a decir verdad, es teórica. No debería ser difícil verificar lo que ocurrió *realmente* en el plató de *Apostrophes* aquella tarde de la primavera de 1986. Podría preguntarle a Florence Delay, que entretanto ha sido nombrada académica y que me dio un abrazo tan afectuoso en el funeral de mi madre. Sí, podría. Pero ¿estoy dispuesto a correr el riesgo de que me diga: «¿De qué me estás hablando, Emmanuel? ¿Qué es esa historia de una indisposición en el plató de *Apostrophes*? Mi padre habló maravillas de tu libro, sí, pero eso es todo»?

21. LA GLORIA DE MI MADRE

La importancia

Mi abuelo, Georges Zurabishvili, vivió como un paria y murió como un paria. Nunca encontró acomodo dentro de la sociedad francesa. Se sentía invisible, desdeñable, como un inmigrante árabe de la primera generación, con los que compartía la tez morena, el bigotito y el orgullo pisoteado. Cuando tomaba el metro con su hija, habría querido mostrarle un rostro glorioso, no el de un pobre hombre ahogado entre la multitud, que viste ropa de pobre y solo puede pagar a sus hijos ropa de pobre. Sentada a su lado, la pequeña Hélène le agarraba fuerte de la mano para consolarlo, decirle que, al menos a sus ojos, era un hombre poderoso, un hombre al que los demás miran y al que nadie empujaría sin ver. Esa escena, que conté en *Una novela rusa*, creo que es la verdad de mi madre. Es el núcleo de todo lo que fue ella, de todo lo que hizo, de su ascenso espectacular de niña apátrida hasta la cúspide de la sociedad francesa. Emmanuel Macron, o su negro, no podían tener más razón cuando le atribuían este pensamiento: «Si mis padres me vieran... Si mi padre me viera...», cuando, el 28 de noviembre de 1990, avanzó bajo la cúpula de la Academia Francesa para pronunciar su discurso de ingreso, que era, como dictaba la costumbre, un elogio de su predecesor. Cada sillón de académico tiene su linaje, ininterrumpido desde que el cardenal Richelieu fundara la institución: mi madre fue elegida para ocupar el sillón 14, en el que se sentaron Pierre Corneille (recibido con perfidia por Jean Racine, cada palabra de su discurso está envenenada), Victor Hugo y, justo antes que ella, Jean Mistler, especialista en el romanticismo alemán y en Wagner. No eran las especialidades de mi madre, que digamos, pero lo defendió con lealtad. A lo largo de los años que vendrán, será, y cito sin ninguna clase de orden, miembro de la Real Academia de Bélgica, miembro de la Academia Rusa de las Ciencias, presidenta del Comité Nacional

por el «sí» al Tratado de Maastricht, consejera especial de Jacques Attali en el BERD (Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo), diputada en el Parlamento Europeo, vicepresidenta de la Comisión de Asuntos Exteriores y Defensa, presidenta del Consejo Económico para la Inmigración y la Integración, doctora *honoris causa* de una veintena de universidades, Gran Cruz de la Legión de Honor... Si a esta procesión de cargos y honores añadimos la publicación habitual de libros de éxito y una presencia más habitual aún en los medios de comunicación, puede decirse que accedió al círculo bastante reducido de personas que, cuando entran en una sala, son siempre las más importantes, aquellas hacia las que se vuelven todas las miradas. (Tiene mucho mérito que esas personas que, dondequiera que estén, son siempre el centro de todas las miradas consigan pese a ello mirar a los demás.) Mi madre anhelaba esa importancia que tan cruelmente se le negó a su padre. La obtuvo y la disfrutó con gratitud y de buena gana. Le gustaban las ceremonias, las cenas oficiales en las que el protocolo le reservaba un lugar de honor. Disfrutaba viendo el desfile del 14 de Julio desde la tribuna de autoridades. Le encantaba, y mi padre seguía sus pasos como príncipe consorte, codearse con los grandes, los poderosos, los jefes de Estado, y llegaba a la conclusión ingenua de que eran amables porque se habían mostrado amables con ella. Una leyenda familiar, de la que soy el sarcástico responsable, cuenta que cuando el emperador Jean-Bedel Bokassa, tirano de la República Centroafricana entre cuyos cargos ante la justicia internacional figuraba el canibalismo, así como la corrupción y el asesinato político generalizado, le regaló flores durante una visita a París, nuestra madre dijo con profundísima emoción: «Es que Jean-Bedel es un sol». Esa historia es apócrifa; su admiración por Vladímir Putin, no. Ahora bien, dicho esto, hay que añadir que nunca dio muestras de altivez, ni siquiera un atisbo; al contrario, siempre hizo gala de amabilidad y atención. Orgullosa de sus orígenes aristocráticos y cosmopolitas, se presentaba a sí misma, con toda la razón, como el producto puro de la meritocracia republicana y un modelo de integración. Francesa de adopción, era patriótica hasta el chovinismo. Sus héroes no eran los herederos, sino las personas que

salían adelante gracias al trabajo duro. Amaba a Hugo, a Vallès, a Péguy, sobre todo a Péguy, a los poetas del pueblo y de la clase obrera, y a Maxime Rodinson, su querido maestro y favorito, que llegó a ser un gran erudito a pesar de que su madre no sabía leer. No se contentaba con poner ejemplos, sino que ayudaba en concreto al hijo de la portera, que llegó a ser ingeniero, aconsejándole y dejándose la piel para conseguirle una beca, y a su funeral acudió toda la familia de nuestra antigua niñera, a cuyas hijas había ayudado del mismo modo, y a las que siguió viendo regularmente hasta su muerte. La horrible ecuación «blando con los fuertes, duro con los débiles» no se le podía aplicar en absoluto. Le gustaban las personas importantes, pero las trataba como a iguales: no era nada cortesana, nada servil. En cuanto a los que identificaba como inferiores en la escala social, se creía obligada a consideraciones aún mayores. Desde que murió, mucha gente me habla de ella y, aun teniendo en cuenta la cortesía, me asombra la cantidad de personas que la querían no solo porque era «toda una señora», como suele decirse, sino una mujer generosa, caritativa; algunos llegan incluso a decir que «buena».

Las uvas verdes

Juzgaba con severidad, en mi madre, esa afición por la importancia, pero yo no era ni soy mucho mejor. Es solo que a mí me atraen otras fruslerías. Desdeño las condecoraciones, el *Who's Who*, no pienso presentarme nunca a la Academia Francesa y, a lo que sea que me inviten, prefiero siempre quedarme en casa. En ese sentido, debo mi educación a Nicolas, que, como buen hijo de Mayo del 68, aborrece todo lo que huela a institución. Nuestros héroes son aquellos que se retiran y se abstienen, no los que desfilan bajo los focos: Beckett, Gracq, las grandes aves nocturnas. Es otra cara de la gloria, más orgullosa, porque en el gusto por las condecoraciones hay una especie de modestia, pero no deja de ser gloria, una gloria

que hacía como que no me importaba cuando lo cierto es que aspiro a ella tanto como mi madre. Quizá sea más lúcido, quizá sea más consciente de que la notoriedad, aunque protege un poco de la humillación –tan presente en la mayor parte de las vidas, tanto en la de mi padre como en la de mi abuelo–, falsea por completo las relaciones humanas. Transforma la conversación en entrevista: una situación tan falsa, tan desigual, en la que uno habla y el otro escucha, y donde se da por sentado que lo que el primero tiene que decir es interesante, y no lo que tendría que decir el segundo. En mis años mozos fui entrevistador, y luego me pasé al lado de los entrevistados. En la mayor parte de las interacciones sociales, disfruto hoy de una posición dominante: la gente me sonríe, se interesa por mí, busca mi compañía. Esto distaba mucho de ser así en los años noventa, que fueron tan oscuros para mí como gloriosos para mi madre. Como *El bigote* había sido todo un éxito, me auguraban uno cada vez mayor, pero no fue así. El siguiente libro fue una decepción, para mí el primero, y me vi en la miseria. Me había casado, habían nacido nuestros dos hijos. Nuestra vida familiar sufrió cruelmente la sombría desesperación en la que me había sumido. Por influencia de Jacqueline, mi madrina, pensé que podría salir de esa ciénaga convirtiéndome al cristianismo. Al igual que la paranoia, la creencia religiosa pone orden en el caos. Le da sentido a todo. Hace que te intereses por ti mismo. Mi impotencia literaria se convirtió en una prueba en el camino hacia un logro infinitamente superior a todos mis sueños de gloria, lo cual me permitía mirar por encima del hombro a mis colegas, que perseguían los premios literarios de otoño, y el extraordinario éxito social de mi madre. Como la zorra de la fábula de las uvas verdes, fingía despreciar todo cuanto no podía tener. Mientras remendaba guiones de televisión para ganarme la vida, escribía todos los días comentarios sobre los Evangelios para integrar en mí sus enseñanzas: es mejor ser pequeño que grande, pobre que rico y oscuro que glorioso. No estoy caricaturizando; y, sobre todo, creo que esta inversión radical de todos los valores es «en cierto sentido», como solíamos decir, profundamente cierta; el problema es que no sabemos dónde queda ese «cierto sentido». De todos modos, no las tenía todas conmigo.

El Disneyland de das Unheimliche

Ese retiro sombrío se prolongó hasta que François Samuelson, mi agente y amigo desde hace ya treinta y cinco años, me dijo con su voz grave y profunda, la más grave y profunda que conozco: «Escucha, esto no puede seguir así. Pareces el rigor de las desdichas. Tienes que trabajar». «No puedo, François, ese es justamente el problema.» «Sí que puedes. Siempre hay algo que un escritor bloqueado puede hacer, y es escribir una biografía. Busca alguien cuya vida te gustaría escribir, yo me encargo del contrato.» No me acuerdo si dudé a la hora de elegir protagonista, pero sí recuerdo por qué vía se impuso. En la primavera de 1990, unas semanas después de la caída y la ejecución sumaria del tirano Nicolae Ceauşescu, fui a Rumanía a hacer el primero de lo que luego se convertiría en una larga serie de reportajes desde las ruinas del comunismo. Había encontrado un ángulo que parecía prometedor: Drácula. Fuera de Rumanía, el vampiro es un objeto de terror literario y cinematográfico algo deslucido. Su leyenda oscura se mantiene viva, más o menos en segundo grado, en cines como Le Brady, donde quizá recuerde el lector que me vomitaron encima. En Rumanía, en cambio, donde se lo conoce con el nombre de Vlad Dracul y el apodo de Vlad el Empalador, es una figura cruel pero de enorme importancia histórica, un héroe de la independencia nacional, y yo había improvisado una teoría según la cual, en los últimos años de su reinado, los más megalómanos, aquellos en los que se hacía llamar «el genio de los Cárpatos» o «el Danubio del pensamiento», Ceauşescu se había identificado con él. De modo que seguí los pasos de Drácula por las montañas de Transilvania, pero también me reuní, en Bucarest, con políticos, intelectuales, incluso con poetas, que se disputaban los restos de la dictadura y se acusaban unos a otros de haber sido miembros de la Securitate, la versión rumana del KGB. Durante quince días, con espanto creciente, estuve chapoteando en una ciénaga de rumores ansiógenos, calumnias cruzadas y *fake news*, una expresión que por entonces aún no se utilizaba. Rumanía, en la primavera de 1990, me

pareció un auténtico imperio de la mentira, el Disneyland de eso que Freud llamó *das Unheimliche*, «lo ominoso», y que en francés se tradujo como «inquietante extrañez»: esta impresión que uno puede tener en sueños, pero también, a veces, en la realidad, de que lo que tienes delante y te parece familiar es de hecho extraño, monstruosamente hostil y peligroso. Comparado con esos espectros pérfidos, el conde Drácula era un reconfortante compañero de viaje. Pero en Rumanía no solo pensé en Drácula y en Freud. También pensaba, de forma cada vez más obsesiva, en uno de los escritores favoritos de mi juventud, y llamé a François para decírselo: «Ya está. Lo tengo: voy a escribir la biografía de Philip K. Dick». En cuanto regresé, me sumergí en su mundo de ucronías totalitarias, de simulacros, de rostros que ocultan otros rostros, de vértigos ensamblados hasta el infinito. Era perfectamente consciente, por aquel entonces, de que Dick era un escritor muy importante –por aquella época, yo andaba repitiendo que era «el Dostoievski de nuestro tiempo, esto es, por decirlo rápido, el hombre que lo ha entendido todo»–, pero aún no podía sospechar hasta qué punto lo era. No podía sospechar que esos libros extraordinariamente angustiosos no solo eran la guía perfecta para visitar una *twilight zone* como la Rumanía poscomunista, sino, treinta y cinco años después, la descripción más exacta de nuestro mundo actual. No podía sospechar que lo que en mi juventud aún se llamaba realidad, treinta y cinco años después, habría desaparecido bajo la proliferación exponencial de sus versiones alternativas, y que un personaje directamente salido de una novela de Dick como Elon Musk podría afirmar sin pestañear que las probabilidades de que vivamos en la *realidad básica* son de una entre varios miles de millones; lo peor es que podría tener razón. No podía sospechar lo que se avecinaba, nadie salvo Dick lo vio venir. El día que escribí las últimas líneas de mi biografía, *Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos*, leí el primer artículo sobre el caso Romand.

El otro pequeño Nicolas

Tampoco Truman Capote imaginaba, cuando tomó el tren hacia Kansas para empezar la investigación que se convertiría en *A sangre fría*, que le iba a costar cinco años de su vida. «De haberlo sabido», escribió más tarde, «habría dado media vuelta y habría echado a correr.» *El adversario* me costó siete años de la mía. Entre 1993 y 2000, por emplear el verbo favorito de mi madre, estuvo «rondando» por mi vida el fantasma de la historia atroz de aquel hombre que mató a toda su familia después de pasarse dieciocho años mintiendo, que decía ser médico cuando en realidad no era nada y que se pasaba días enteros estacionado en áreas de descanso en la autopista, paralizado por la angustia. A ese hombre, condenado a cadena perpetua, fui a verlo a la cárcel, me carteaba con él sin saber si debía llamarlo «señor», «estimado Jean-Claude Romand», «querido Jean-Claude»: ¿cómo te diriges a alguien que ha hecho eso? No conseguía sacar adelante el libro, y sin embargo sabía que me tocaba a mí escribirlo, a mí y a nadie más. Esa especie de elección me daba tanto miedo como vergüenza. La alternancia de breves episodios de exaltación y largos periodos depresivos acabó con mi matrimonio. En mitad de esa larga travesía del desierto, me cayó encima otro libro que escribí de un tirón, en un trance asustado, sin saber muy bien qué me estaba pasando. El protagonista se llama Nicolas. (Y juro, por increíble que parezca, que al bautizarlo con ese nombre no pensé ni en el personaje de Sempé y Goscinny, ni en mi tío.) El pequeño Nicolas de mi libro es un niño de nueve años que se va con su clase a pasar una semana en la nieve con el miedo metido en el cuerpo porque moja la cama (era mi caso). Mojará la cama, pero eso no será más que el principio de sus desgracias. En lugar de dejarle ir en el autocar con los demás, su padre insiste en llevarle él mismo al chalet, lo cual lo convierte en el hazmerreír. El padre se marcha olvidándose de darle la mochila: es como si lo hubiera dejado desnudo. Luego el padre desaparece, y tras su desaparición todo son susurros, pesadillas, vergüenza, humillaciones y el presentimiento de que algo terrible está

ocurriendo y de que no va a parar. Y no para. No importa lo que uno espere, siempre será peor. Incluso las pesadillas eran un baluarte contra lo peor. Antes de la publicación, pedí que se cambiara el subtítulo de «novela» a «relato». Paul, mi editor, me dijo: «No puedes utilizar la palabra *relato*, eso significa que es una historia real». Con obstinada mala fe, le contesté que, para mí, *relato* solo significaba una novela corta, una especie de cuento largo. No di mi brazo a torcer. Gané la discusión: *Una semana en la nieve* se presenta como un relato, es decir, una relación de historias reales, y en cierta manera llevaba razón. La prueba: Jean-Claude Romand, después de leerlo, me dijo que le había conmovido porque era el relato exacto de su infancia. Estoy seguro de que en ese caso no mentía.

Vitalicia

La perestroika pilló a mi madre por sorpresa, al principio para bien. Le gustaban los vientos de libertad y fervor que empezaron a soplar en Moscú a finales de los años ochenta. Le gustaba ver caer las estatuas de Lenin y de Stalin, y mezclarse con la multitud que hacía cola antes de que abrieran los quioscos en los que al fin se vendían los libros prohibidos. Le gustaba charlar, en su ruso del Antiguo Régimen, con los jóvenes que devoraban a Pasternak, Ajmátova, Bulgákov, Solzhenitsyn, Zamiatin, y descubrían que otra vida era posible, una vida distinta a la que habían sufrido sus padres. Un año antes de la caída del muro de Berlín, escribió aquel ensayo sobre el asesinato político en el que se las arregla, recordémoslo, para contar el de Pablo I sin mencionar que lo cometió un antepasado suyo, Panin. El libro se titula *El mal de Rusia*: todo un programa. Retrata una Rusia incorregiblemente atrasada, violenta, asiática, la de Iván el Terrible pero también la de Lenin, según el cual el peor enemigo de la Revolución es la felicidad. Una Rusia que se modernizara, que se volviera sin dramas hacia

Occidente y los placeres de la vida ordinaria en una socialdemocracia, ¡qué pesadilla! Desde el punto de vista tanto de la dictadura comunista como del fanatismo eslavófilo, para que Rusia cumpla con su vocación de Rusia necesita la desgracia, cada vez un mal mayor. Cuanto más desgraciado es el ruso, más ruso es. Esto es lo que escribe y lamenta mi madre en 1988, cuando la Unión Soviética se cae a pedazos, pero aún se tiene en pie. Su siguiente libro, tres años más tarde, se titula *Victoriosa Rusia*: de nuevo, todo un programa. La Unión Soviética se ha derrumbado, y mi madre aplaude la victoria de la vida, la libertad y la razón, la victoria de los occidentalistas. Por temperamento y principios, es optimista, y, por una vez, el gran teatro del mundo le da motivos para serlo (una situación que no volverá a darse en mucho tiempo). No creía en el agotamiento de los conflictos, ni en el triunfo universal de los derechos humanos, ni en el «fin de la historia» que predecía el profesor Francis Fukuyama en un libro del que entonces se hablaba en serio. Pero sí creía, en cambio, que Rusia podía convertirse en una democracia, en un país normal y no en la Tercera Roma. Solo que no confiaba en que Gorbachov lo hiciera. Mi madre siempre le tuvo ojeriza a Gorbachov, probablemente porque en Occidente todo el mundo tenía un muy buen concepto de él. A ella le gustaba pensar a contracorriente y, en lo que a Rusia se refiere, estaba convencida de que nadie salvo ella entendía nada. Alardeaba de comprender a los rusos, de sondear sus corazones y sus almas, de vibrar con ellos al unísono, y el hecho es que los rusos odiaban a Gorbachov. Gorbachov bebía leche. Gorbachov había querido prohibir el vodka. Gorbachov se pavoneaba por Occidente, donde lo llamaban Gorby y les parecía maravilloso que tuviera una esposa guapa y que fuera bien vestida. Gorbachov era un producto de exportación. El verdadero ruso, el hombre al que querían los rusos, era Yeltsin, y también a mi madre le gustó desde el principio. Desde su primer encuentro –ella acompañaba a Attali, entonces presidente del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo–, se llamaron Borís Nikoláievich y Elena Georgievna, y Borís Nikoláievich siempre se alegraba cuando Elena Georgievna iba a verlo al Kremlin y podía burlarse de ella, con bonhomía, por su ruso del Antiguo Régimen. No

había nada de qué avergonzarse en esa cálida entente. Nadie puede negar que Yeltsin empezó siendo un magnífico paladín de la libertad. El hombre que disolvió el Partido Comunista y puso fin a la Unión Soviética fue él, no Gorbachov. Por desgracia, la libertad no tardó en adoptar un cariz extraño en Rusia. Yeltsin encargó a Yegor Gaidar, un joven economista más desbocadamente liberal que la Escuela de Chicago y Margaret Thatcher juntos, que creara una economía de mercado en un país que nunca la había conocido. La «terapia de choque», que es como Gaidar llamó con orgullo a su reforma, sumió en la miseria al 99 % de la población y fomentó el enriquecimiento demencial del 1 % restante, la panda de listillos conocida como los oligarcas. Fue así como, en pocos años, la novísima palabra *democracia* se convirtió en Rusia en sinónimo de desigualdad indecente, de saqueo descarado del bien común y de criminalidad desenfrenada. Hubo mucha gente que empezó a echar de menos el comunismo, cuando todo el mundo se pudría más o menos en el mismo barco. Yeltsin, ni que decir tiene, fue cómplice de ese caos. Por lo demás, iba siempre tan macerado en alcohol que hasta los rusos, que no son precisamente puritanos en ese tema, sentían vergüenza cuando los representaba en Occidente, con una melopea tal que hasta Clinton, en la escalinata de la Casa Blanca, se cachondeaba abiertamente de él. Mi madre, pese a todo, siguió siéndole fiel. Decía algo que sonaba sensato: nos habíamos hecho grandes ilusiones creyendo que Rusia se convertiría en una democracia en cuestión de meses o de pocos años. Haría falta más tiempo: al menos una generación. ¿Los oligarcas eran deshonestos? «Es cierto», decía, «pero ya saben, la democracia estadounidense también nació así: los aventureros, los exconvictos, y al final tenemos a los Rockefeller. Los oligarcas son bandidos, pero mandan a sus hijos a buenas escuelas inglesas y suizas para que aprendan a no serlo. Tengan paciencia.» En Francia, en Europa, en las diversas comisiones en las que participaba o que presidía, incluso en el mismo Elíseo, con Chirac, siguió siendo la defensora de la desilusionante Rusia y de su cada vez más catatónico presidente. Él la recibía siempre con afecto, condecorándola cada vez con una medalla distinta de amiga de Rusia, un título de académica o una

cátedra honoraria. La última vez, pese a toda su indulgencia, tuvo la impresión de que Yeltsin no la reconoció, de que no entendió una palabra de lo que le decía. No le costaba mantenerse en pie: le costaba mantenerse sentado. Le ayudaba una especie de secretario: un hombre bajito, pálido, rubio, taimado, la típica persona de la que te olvidas en cuanto la has visto. El 21 de octubre de 1999, mi madre fue elegida secretaria vitalicia de la Academia Francesa, es decir, la mandamás. Si ya era inmortal, ahora además lo era de forma vitalicia. Seis meses después, el 26 de marzo de 2000, Vladímir Vladímirovich Putin era elegido presidente de la Federación Rusa, sin sospechar, supongo, que seguiría en el cargo veinticinco años después y también él, con toda probabilidad, de forma vitalicia. Mi madre fue al Kremlin a presentarse, en cuanto habitual de la casa. El nuevo presidente la recibió en su despacho, el mismo que unos meses antes era todavía el de Yeltsin: «Elena Georgievna, ya nos conocemos». Mi madre se quedó en blanco. «Con Borís Nikoláievich», dijo Putin ayudándola. «Ah, sí», exclamó mi madre. «¡Por supuesto, Vladímir Vladímirovich! ¡Claro que me acuerdo!» Y Putin, con la sonrisa del gato que se dispone a comerse el ratón: «No, no se acuerda, Elena Georgievna. Pero yo sí me acuerdo. Mi trabajo es recordar».

22. VLADÍMIR VLADÍMIROVICH

Glubinka

Tras siete años de intentar escribir, fracasar en el intento y finalmente escribir *El adversario*, salí casi tan desorientado como aquel cosmonauta, Serguéi Krikaliov, que abandonó la Unión Soviética para una misión de seis meses a bordo de la estación espacial Mir y regresó, un año después, a otro país llamado Rusia. Todo había cambiado mientras él estaba en órbita, todos sus puntos de referencia se habían derrumbado; y también la industria espacial, hasta el punto de que si tardaron tanto en hacerlo bajar era porque no disponían de los recursos. Hubo que sacar la estación a subasta, Japón puso doce millones de dólares, y Alemania, catorce. Cuando Krikaliov salió de la cápsula, el Partido y el Imperio ya no existían, su otrora holgado salario le permitía comprar dos litros de vodka y un kilo de salchichón, y se había convertido en un lugar común decir que Rusia era un país del tercer mundo: el Alto Volta con misiles nucleares. En lo que a mí se refiere, después de esos años de reclusión me apetecía salir de mi agujero y ver un poco de mundo, al que apenas me había asomado desde la excursión a la *twilight zone* rumana. Pero también quería, en la medida de lo posible, mantenerme alejado de Rusia, porque era el territorio de mi madre. No fue, pues, mi voluntad, sino el azar lo que me llevó allí, y ese azar me cambió la vida. Puesto que, desde *El adversario*, se me consideraba un especialista en historias de locos, a poder ser bien siniestras, me propusieron un reportaje sobre un malaventurado soldado húngaro que, capturado por el Ejército Rojo en 1944, fue trasladado de un campo de prisioneros a otro y, no se sabe muy bien

cómo, terminó internado en el hospital psiquiátrico de una pequeña ciudad rusa llamada Kotelnich. Allí languideció durante cincuenta y cinco años, olvidado por todos y sin que nadie preguntara por él, hasta que alguien lo localizó por casualidad en otoño del año 2000. Así que fui a Kotelnich, en el distrito de Viatka, del que quizá recuerdes, lector –si no, vuelve a la página 49–, que mi tío bisabuelo, Fiódor Komarovski, era el irascible gobernador que arrojaba por la ventana a sus administrados cuando no le caían bien. Kotelnich es uno de esos poblachos siniestros de eso que se conoce como *glubinka*, lo más profundo de la Rusia profunda. Diez mil habitantes, desempleo masivo, trenes que se ven pasar sin cogerlos, ausencia total de perspectivas. Mi intención era pasar allí una semana y no volver a poner los pies, pero volví y no dejé de volver una y otra vez durante tres años sin saber exactamente qué me atraía de allí. Me ponía como excusa el rodaje de un documental, cosa que al final sucedió, contra todo pronóstico y a costa de una terrible desgracia. Para mí, a partir de entonces, irme significaba irme a Rusia. No iba a ningún otro lugar, no me interesaba nada más. Estudiaba ruso, con asiduidad pero sin mucho éxito, y aún hoy no he comprendido si se debió a una resistencia psíquica o simplemente a que no tengo don de lenguas. Sin embargo, se me da mucho mejor después de unos cuantos vodkas. Cuando veía a mi madre en París, le contaba mis historias de la *glubinka*. Me decía que le parecía estupendo, pero no creo que le hiciera mucha gracia que fuera a su tierra a armar mis follones de siempre. Aunque era consciente de que su conocimiento de aquel país, empezando por la lengua, era mil veces mayor que el mío, yo me convencía de que el mundo se conoce mejor desde abajo que desde arriba, y me decía que, mientras ella estaba en Moscú y San Petersburgo codeándose con académicos, personalidades oficiales e incluso con el nuevo presidente, yo me emborrachaba en Kotelnich con el oficial local del FSB, un poli corrupto, paranoico, amenazador y sentimental cuya joven esposa, que había sido nuestra intérprete, acababa de ser descuartizada con un hacha junto con su hijo de ocho meses. No estaban seguros de si el hombre al que habían detenido era el verdadero asesino, y la suegra de nuestro amigo el policía corrupto

le acusaba de haber encargado el doble asesinato. A mí me parecía poco probable, pero tampoco cabía descartarlo. Ese era el ambiente.

Un fantasma

Desaparecido en 1944, el soldado húngaro fue declarado muerto al cabo de unos años por su país. Cincuenta y cinco años después resurgió de ese limbo: el hospital psiquiátrico de una miserable ciudad de provincias rusa. Con una pierna amputada, encerrado, sin hablar ya ninguna lengua conocida: un fantasma. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de esa obviedad: si esa lúgubre historia me revolvió tanto fue porque en mi familia había un fantasma parecido, desaparecido también en 1944, y declarado muerto tras unos años durante los cuales su hijo pequeño siguió esperándole –«toc, toc, es papá»– y su hija soñando con él. Fue al volver de Kotelnich cuando empecé a preguntar a mi madre por mi abuelo, Georges Zurabishvili. Me respondió de buena gana hasta que le dije que estaba pensando en escribir un libro sobre su historia. Entonces cambió el tono y, con esa intensidad dramática de la que era capaz, me dijo: «Emmanuel, no quiero que escribas sobre mi padre. Mientras yo viva, prométeme que no escribirás sobre mi padre». «No te lo puedo prometer. No me puedes pedir eso.» «Te lo pido. Es mi historia, no la tuya. Déjalo donde está.» «Precisamente: no se sabe dónde está, y es tanto tu historia como la mía. Es algo que te ronda a ti, pero a mí también. Nos persigue, nos ronda a toda la familia.» «No entiendo por qué quieres escribir sobre eso. Hay miles de temas sobre los que escribir, ¿por qué justamente sobre ese?» «Mamá, si de esos miles de temas hay uno que tengo prohibido, ese se convierte automáticamente en el único posible. Prohibirme que escriba sobre eso es condenarme al silencio, es condenarme como escritor.» «Estás loco. Estás loco de remate.» Ninguno de los dos dio el brazo a torcer, nos despedimos sobre el fondo de una especie de paz armada, sin que ninguno de los dos supiera si iba a saltarme la prohibición. Fui a ver a Nicolas,

que sí me abrió su memoria y sus archivos, de modo que, de toda la historia, tengo fundamentalmente su versión. Estaba feliz de contarme lo que sabía, lo que había vivido, y quizá también, un poco, de conspirar conmigo a espaldas de su hermana. Eso es lo que ella creía, aunque él lo niega. En todo caso, ella nunca le perdonó la ayuda que me prestó. La publicación de *Una novela rusa* fue un cataclismo familiar. Mi madre la leyó estremecida, furiosa y, sobre todo, aterrorizada. Mi padre, al que, durante esa crisis, veía de vez en cuando a escondidas, me decía que mi madre lloraba y pensaba seriamente en abandonar Francia, en dimitir de su cargo de secretaria vitalicia de la Academia. Estaba convencida de que el resto de los académicos y, en general, todas sus relaciones le darían la espalda, que todo lo que había construido se iría a pique. Lamento haberle infligido ese suplicio, que revela dos cosas a cuál más desgarradora: que, a sus casi ochenta años, el amor por su padre no admitía rivalidad alguna –era suyo, de nadie más–, y que seguía siendo aquella jovencita de apellido impronunciable que, en el instituto, tenía miedo de que la trataran de hija de colaboracionista. Esa verdad sobre su padre era la espada de Damocles que colgaba sobre su cabeza desde la adolescencia, y después de más de cincuenta años le iba a caer encima, y lo peor de todo era que el hilo del que pendía iba a cortarlo su hijo. Al final, la espada cayó, en efecto, y no hubo consecuencias. Lo que ella más temía no tenía, en realidad, nada de temible. Nadie le dio la espalda, por supuesto. Hubo quien la compadeció por haber sido vapuleada por su hijo, y quien le dijo que ese libro era, en el fondo, una declaración de amor. Estuvimos dos años sin vernos. Luego nos reencontramos, más o menos como si no hubiera pasado nada, y nuestra relación se volvió afectuosa, casi relajada, durante los quince años siguientes. Un día, en un visto y no visto, y sin detenerse en el tema, me dijo: «¿Sabes? Creo que hiciste bien al escribir ese libro». Acto seguido se dio la vuelta y nunca más volvimos a hablar del asunto.

Un libertario

Además de la inmensa mayoría de pobres desgraciados que se hundieron en la miseria y de la minoría de listillos que se hicieron monstruosamente ricos, en el salvaje Oeste que fue la Rusia de los noventa había un tercer tipo de actores: los extranjeros, hombres de negocios, periodistas, aventureros para quienes Moscú era la ciudad donde todo era posible y todo eran excesos, el lugar donde lo pasaban en grande y se divertían como nunca se habían divertido en la vida. He conocido a varios expatriados de ese perfil, tipos extravagantes, no siempre recomendables. Uno de mis mejores amigos de esa pandilla se llama JeanMichel Cosnuau. Me lleva solo tres años, pero esa diferencia de edad basta para que él sí sea hijo de Mayo del 68 y un puro *boomer*. Era un joven burgués curioso y espabilado que pasó por todas las aventuras de la época: el maoísmo, la carretera, Asia, las comunas, las drogas, las religiones orientales..., y que sorteó el punto de inflexión de los ochenta convirtiéndose en publicista. Bajo, rubio, avispado, ascético y guay a la vez, practica la meditación, que le aporta una calma sobrenatural. En 1995, la mujer a la que amaba murió en el accidente de un avión de la TWA sobre el Atlántico. Como quien se alista en la Legión Extranjera, se fue a Rusia a reconstruir su vida. Tres años después de su llegada, estaba al frente de un imperio de la noche moscovita. Restaurantes, bares, clubes nocturnos donde los nuevos rusos y los expatriados ricos son recibidos por chicas guapísimas que dicen ser estudiantes y que, por unos cientos (o miles) de dólares, les hacen pasar un buen rato. Nos puede parecer lo que sea en términos morales (hoy sería el peor mal; uno agacha la cabeza y murmura: «Eran otros tiempos»), pero lo cierto es que construir un imperio así desde cero, sin apenas hablar ruso, en un sector controlado por la mafia y en una época en la que era fácil acabar con unos zapatos de cemento en el fondo del Moscova, requiere nervios de acero y cierta fe en tu buena estrella. Si cuento la historia de Jean-Michel es para mostrar que, en los años sesenta o setenta, un joven apasionado por la aventura soñaba con América y emprendía un viaje iniciático a

América, y que veinte años más tarde América ya no era el sueño de nadie. El país de la aventura, del espacio y de las oportunidades era la Rusia poscomunista. Era una vida más peligrosa pero más abierta, en comparación con la cual, cuando volvías, Francia te parecía un país puritano y atrofiado. Ahora bien, hay que decir que esos extranjeros aventureros que conocí en cada una de mis visitas a Moscú eran en su gran mayoría partidarios de Putin. En cuanto llegó al poder, Putin puso en cintura a los oligarcas y restableció algo parecido al orden. Era un orden corrupto, sin la menor consideración por las libertades, pero las guerras entre bandas habían desaparecido, los negocios obedecían ahora a unas normas y uno podía respirar tranquilo. Cada año, Jean-Michel abría un club nuevo que durante varias semanas se convertía en la nueva atracción de Moscú. Lo llevaban hombres de su confianza, los sobornos iban a parar a quien tocaba, la policía era cómplice y el negocio iba bien. Jean-Michel vivía con una joven kazaja, Alina, que había empezado como bailarina en uno de sus clubes, había salido en la portada del *Playboy* ruso y se preocupaba ahora por la salvación de su alma. Cuando cumplió veinticinco años, sintió que ya había disfrutado bastante del mundo, el sexo, el dinero, el ciclo de los deseos cumplidos y siempre renovados, y se retiró a una casa de madera, en las lindes de un pequeño monasterio, en medio de un bosque del tamaño de toda una provincia o un departamento francés. Jean-Michel se hizo una casa de madera al lado de la de ella, y compró una granja cerca del monasterio para criar gallinas, vacas y cerdos. Fui varias veces. Almuerzos en el refectorio del monasterio, largos paseos por el bosque, baños en el estanque. Alina, con un pañuelo en la cabeza, un poco entrada en carnes pero aún guapa, transportaba a las monjas en su minibús Volkswagen directamente salido de Woodstock, les hacía la compra y cuidaba de ellas. Jean-Michel enseñaba boxeo tailandés a los niños de la aldea más cercana y se confesaba con un joven monje de ojos muy cálidos y barba poblada. Por lo que contaba, salía de la operación revitalizado, ligero como un baño de vapor, listo para volver a Moscú y negociar con oficiales del FSB o gangsters chechenos. Todo eso permitía que Jean-Michel, que era libertario hasta la médula, dijera totalmente en

serio que la Rusia de Putin era el país más libre del mundo. Y cuando yo iba a hacer un reportaje sobre Anna Politkóvskaya, la periodista asesinada en 2006 por orden del Kremlin por haber denunciado las atrocidades cometidas en la guerra de Chechenia, o sobre Eduard Limónov, al que se puede acusar de muchas cosas, pero que pagó su oposición a Putin con unos cuantos años en una colonia penitenciaria, se encogía de hombros: «Pues sí, es una autocracia, estoy al tanto. ¿Qué te creías?». (Es más o menos lo que también decía mi madre.)

La caída de los copos

Me acuerdo de una tarde de invierno en su casa, en Moscú. Nevaba. Mientras sorbíamos lentamente nuestros vodkas, nos preguntábamos por qué los destinos humanos son tan diferentes, y por qué esas diferencias son tan injustas. Jean-Michel defendía que esa injusticia es solo aparente. Citó un proverbio zen: «Ningún copo de nieve cae en el lugar equivocado». Yo objeté que muchos copos de nieve que conocíamos no estaban en su lugar, o que habrían preferido otro. Jean-Michel guardó silencio un momento, y luego respondió: «A lo mejor aún no han terminado de caer». Pensé que eso es lo que era Rusia para él, para nosotros: el país donde los copos de nieve no han terminado de caer.

«Gloria de Rusia»

Masha, una mujer aguda y locuaz, es mi editora rusa. Digo mi editora porque ha publicado un libro mío, pero, a juzgar por las ventas, no parece que esté dispuesta a publicar un segundo. A quien le gustaría publicar, como a todo el mundo, es a Frédéric Beigbeder,

que en Rusia es una estrella sin parangón. Incluso en Kotelnich, donde obviamente no hay librerías, un expositor giratorio de una ferretería vende algunos libros, *todos* de Frédéric Beigbeder. Estamos en 2007, 2008. Masha y yo tenemos un amigo común al que acaban de conceder la medalla de la orden de la «Gloria de Rusia» por los servicios prestados y su contribución al conocimiento de las expediciones polares. Le acompañamos a la ceremonia y nos encontramos con unos sesenta futuros condecorados, además de sus familiares y amigos, todos emperifollados con vestidos y trajes de domingo terriblemente mal cortados, corbatas que se ensanchan y se quedan por encima del ombligo, pieles con rosácea y cabellos relucientes de brillantina: la Unión Soviética en su máximo esplendor. Una larga espera, luego discursos, música y un nutrido aplauso. Los condecorados van desfilando por el estrado, se elogian sus logros. Hay soldados, profesores, burócratas, pero también directoras de cantina e incluso colegiales meritorios. Todo ello intercalado de breves ballets a cargo de los niños de las escuelas y de canciones sentimentales y patrióticas. Al principio me río por lo bajo para no aburrirme, pero luego me doy cuenta, para mi sorpresa, de que me he emocionado. Porque la señora gruesa del vestido largo, visiblemente hecho con una cortina, o el señor bajito del traje de tergal, que empiezan a cantar una canción, *cantan realmente* una canción, como la cantaba Ania, la joven que fue descuartizada con un hacha junto con su hijo en Kotelnich, y la verdad es que, como Ania, cantan de maravilla. En Francia vivimos bajo el reino del humor, la ironía y los dobles sentidos obligatorios. Ahí, en ese fragmento congelado de la URSS y de la Rusia eterna, eso simplemente no existe: incluso la alegría se la toman en serio. Sobre todo la alegría, y cada vez me conmueve más esa sinceridad, esa ingenuidad, esa diligencia, esa rudeza bienintencionada en las maneras, esa humanidad cálida, cándida, infantil, inerme, que era el reverso sobrecogedor del horror soviético. Y cuando la señora gruesa del vestido hecho con cortinas entona *El pañuelo azul*, la balada en memoria de los soldados de la Gran Guerra patriótica que todo el mundo en Rusia se sabe de memoria, y hace que el público se ponga en pie y se una al coro con el estribillo, no solo me levanto

y canto, sino que, como todos los demás, estoy a punto de llorar. Incluso podría decirse que lloro. Masha me observa, divertida. A la salida, en mi torpe ruso, intento explicarle lo que me ha embargado durante la velada: esa oleada de amor por el país, por la gente, esa especie de viaje de ácido que me ha teletransportado a esa deplorable ciudad, Kotelnich, que, curiosamente, habrá sido uno de los lugares por excelencia de mi vida. Masha, esa moscovita siempre a la moda, me escucha con una sonrisa, tengo la impresión de que se burla de mí, pero es una impresión que da a menudo. Al final, sin dejar de sonreír, me dice: «Te entiendo. *Lo que has visto esta noche era mi alma*».

«Algo muy importante que necesitan oír»

A menudo pienso en esa velada y en esa frase. Creo que muchas mujeres como Masha, que hoy están en la cincuentena, que vivieron el comunismo cuando eran niñas y que, en la enorme confusión de la era poscomunista, supieron utilizar su inteligencia, su talento y su energía para hacerse un lugar en el lado correcto de la sociedad, muchas de esas mujeres, las que son mínimamente sensibles, conservan todavía inevitablemente un pie en el bando equivocado, el de los perdedores, el de los atascados, el de los pobres idiotas del extinto Partido y el de la eterna *glubinka*, que suelen ser sus padres. Masha me dijo también, por esa misma época: «Yo en realidad no estoy a favor de Putin, es un mafioso. Pero te voy a decir por qué lo vota tanta gente. Están la propaganda, por supuesto, el miedo, el conformismo. Pero no es solo eso. Putin les dice algo muy importante que necesitan oír: "No permitáis que Occidente os diga que todo lo que vivisteis vosotros, lo que vivieron vuestros padres, sus sacrificios o hasta el aire que respiraban era una mierda. No era ninguna mierda. Veinte millones de vuestros abuelos dejándose la vida para que unos mamones de Londres o París no hablen hoy en alemán no son ninguna mierda. El comunismo cometió excesos –

excesos...–, pero fue algo grandioso de lo que no tenéis por qué avergonzaros"». Es lo que tan bien sintetiza esa fórmula que se atribuye a Putin y que me reprocharon que pusiera como epígrafe de mi *Limónov*. Es demasiado bonita para ser suya y, sin embargo, parece que lo es: «Quien quiera restaurar el comunismo no tiene cabeza. Quien no lo eche de menos no tiene corazón».

Si miramos atrás

Si miramos atrás, nos decimos que tendríamos que haberlo entendido mucho antes. Tendríamos que haberlo entendido desde el principio, desde el año 2000, cuando un Putin todavía desconocido desencadenó la segunda guerra de Chechenia para asentar su poder. Tendríamos que haberlo entendido en 2008, cuando se comió el veinte por ciento del territorio de Georgia. Tendríamos que haberlo entendido cuando, uno tras otro, los opositores fueron, o bien acribillados a balazos, como Anna Politkóvskaya o Borís Nemtsov, o bien envenenados como Serguéi Skripal o Aleksandr Litvinenko. Tendríamos que haberlo entendido cuando, en 2007, delante de todos los jefes de Estado europeos, reunidos para una conferencia de seguridad en Múnich, Putin pronunció un largo discurso que era una declaración de guerra abierta a Occidente. Mi madre tenía razón: antaño, los soviéticos anunciaban claramente lo que iban a hacer antes de hacerlo («basta con leer el *Pravda*, como todo el mundo»), y Putin, en ese aspecto y en muchos otros, es soviético. Dijo claramente que Ucrania era rusa y que no era negociable. Dijo claramente que al principio había intentado ser amable y conciliador con Occidente, pero que lo miraron por encima del hombro y eso no le había gustado. No le había gustado que Obama («el peor presidente de la historia de Estados Unidos», según mi madre) desdeñara a Rusia tildándola de «potencia regional». No le había gustado que los americanos apoyaran y orquestaran a distancia revoluciones de colores en todos los rincones del antiguo Imperio

soviético, ni que se hablara de ampliar la OTAN. Tendríamos que haberlo entendido cuando Putin invadió Crimea en 2014. Mi amigo Jean-Michel empezó a entenderlo cuando, después de veinte años de fiesta moscovita, perdió de la noche a la mañana la doble protección de la mafia chechena y del FSB, y se encontró en la cárcel. Bajo este régimen, se desputinizó *ipso facto*, pero siguió siendo fiel a su teoría sobre Putin: es un gangster, un antiguo matón de poca monta originario de San Petersburgo que mandaba partir las piernas a sus enemigos a golpes con barras de hierro y cuya brutalidad se explica por la codicia, por el deseo de amasar, detrás de todos sus testaferros y sus empresas pantalla, una riqueza inconmensurable: es difícil de demostrar, pero muchos afirman que es el hombre más rico del mundo. Es lo que también pensaba yo. Es lo que empezaba a pensar mi madre, todavía convencida, sin embargo, de que una primera generación de gangsters puede producir una segunda o, en todo caso, una tercera más civilizada. Mientras tanto, ella acudía al foro de Valdái, que es el Davos de los oligarcas, ingresaba en el comité ético de la cadena *Russia Today* –el comité ético de *Russia Today*...– y desempeñaba en el Kremlin el papel de la «buena» especialista francesa en Rusia. Y es lo mismo que pensaba el joven y carismático abogado Alekséi Navalni, que en 2012 lanzó un movimiento anticorrupción, llamó al poder ruso «el partido de los estafadores y los ladrones», y documentó con precisión sarcástica el apabullante palacio que Putin se estaba haciendo construir a orillas del mar Negro. Con distintos grados de indulgencia, personas tan diferentes como Jean-Michel, mi editora Masha, el denunciante Navalni, mi madre y yo pensábamos que Putin era un mafioso, pero que la codicia era algo racional y el cinismo un rasgo confiable. No entendimos que Putin no solo tenía afición a los Patek Philippe y a las escobillas de váter de oro macizo (fue Navalni quien reveló ese dato), sino una visión; y que, cuando declaró que la caída del Imperio soviético era «la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX», no es solo que no bromeara: es que estaba decidido a ponerle remedio.

23. SALOMÉ VUELVE AL PAÍS

La maleta (II)

Nuestra prima Salomé Zurabishvili acababa de cumplir cincuenta años cuando la nombraron embajadora de Francia en Georgia. La joven que, cuando mis hermanas y yo éramos pequeños, nos ponían como ejemplo por su excelencia en todo había hecho una impecable carrera de diplomática porque había decidido dedicarse a la diplomacia –y habría hecho una carrera no menos impecable de cirujana si hubiera decidido dedicarse a la cirugía, y de pastelera si se hubiera decantado por la pastelería–. Al igual que mi madre, que le llevaba veinte años, esta hija de emigrados pobres se había integrado perfectamente en la sociedad francesa. A diferencia de mi madre, había permanecido al mismo tiempo fiel a la comunidad georgiana en el exilio, de la que su padre, Levan, era el alma. El 19 de marzo de 1921, recordémoslo, un Levan adolescente, su hermano Georges y sus padres, Vano y Nino, se embarcaron en Batumi a bordo del carguero *Anatolia*, dejando atrás para siempre su patria, caída en manos de los bolcheviques. Llevaban una gran maleta marrón por todo equipaje. Después de la muerte de Levan en 1975, esa maleta, cada vez más hecha polvo y con la piel más agrietada, acompañó a Salomé en todos sus destinos: Roma, Nueva York, Viena, Washington, Yamena, Bruselas. Del horno del Chad a la llovizna de Bruselas, fue su amuleto, su recordatorio y su brújula: hacía que no se olvidara de dónde venía y adónde se dirigía. Y he aquí que el 19 de marzo de 2004, exactamente ochenta y tres años después de que zarpara el *Anatolia*, Salomé embarca en un avión de la compañía aérea georgiana Airzena con destino a Tiflis, y no como turista, sino como representante oficial de Francia.

En el despacho de Jacques Chirac

La transición postsoviética en Georgia fue una catástrofe. Junto con Rumania, Georgia fue uno de los pocos países en los que se derramó sangre. Durante casi quince años se estancó en manos de Eduard Shevardnadze, que pasaba por ser liberal porque había sido uno de los hombres de confianza de Gorbachov, pero que en su tierra actuó como un viejo y mafioso *apparatchik* y un servil vasallo de Rusia. Salomé coincidió con él en Nueva York cuando, recién salida de la Escuela Diplomática, la destinaron a la ONU: ella le habló en georgiano; él, con una sonrisa glacial, le respondió en ruso. De pronto los tiempos cambian. Cuando Salomé deja su maleta en la embajada, acaba de ser elegido presidente un joven abogado llamado Míjeil Saakashvili, aupado por eso que dio en llamarse la Revolución de las Rosas. En la vecina Ucrania estaba en marcha la Revolución naranja, y Vladímir Putin ve con muy malos ojos esas revoluciones de colores alentadas y financiadas por los estadounidenses. Desde entonces, como diría mi madre, le ronda el miedo de ver una Rusia rodeada de antiguos países satélite que van pasándose uno tras otro a la democracia, es decir, al enemigo. Convertido en el presidente más joven de Europa, Misha –como lo llama todo el mundo, partidarios y adversarios, en Georgia– es la encarnación más arrolladora de esa voluntad de escapar de la órbita de Rusia. Europeísta y ferviente atlantista, se formó en Columbia. Su esposa es holandesa y habla ocho idiomas. Colin Powell se fotografió a su lado con una rosa en la mano, George W. Bush bailó con él en la plaza de la Libertad, y todavía existe, en Tiflis, una avenida George Bush. Misha es alto, fuerte, risueño, inquieto, bulímico: un ogro joven. Dicen que es el Kennedy del Cáucaso. ¿Tiflis vivía en la oscuridad y el frío, a merced de los constantes cortes de electricidad? Ahora brilla y resplandece, se llena de edificios de cristal, de un buen gusto relativo pero que simbolizan la transparencia, que es la consigna del nuevo Gobierno. ¿La ciudad es un lugar peligroso en el que hay tiroteos por las calles? ¿El país es corrupto? Misha despide de un día para otro a miles de policías y

funcionarios bajo sospecha y recluta a otros más jóvenes, patriotas, atentos y anglófonos, porque se alienta a todo el mundo a aprender el inglés, a practicar el georgiano y a olvidar el ruso. Con una inyección constante de dinero estadounidense –creo que puedo decirlo sin sonar a agente ruso–, Misha lo liberaliza todo y simplifica los procedimientos, convirtiendo Georgia en un paraíso para los inversores extranjeros. Se puede obtener un pasaporte o adquirir una vivienda en un día; para abrir un restaurante, basta con escribir en la puerta la palabra RESTAURANTE. Seguro, demasiado seguro del apoyo del Departamento de Estado, Misha mira por encima del hombro a su poderoso vecino y, desde la altura de su metro noventa y cinco, apoda «Liliputin» a Vladímir Vladimírovich, que no se lo perdonará jamás. Por supuesto, querría entrar en la Unión Europea y en la OTAN. Para ello necesita a alguien que conozca bien las instituciones internacionales, y eso es difícil de encontrar en Georgia. Se ha fijado en esa embajadora francesa de origen georgiano que estudió como él en Columbia y trabajó en Naciones Unidas, de modo que la convoca y le pregunta si quiere ser su ministra de Asuntos Exteriores. Salomé, confundida, objeta que es diplomática francesa, de nacionalidad francesa, y nunca se ha dado el caso de que un diplomático destinado a un país entre a formar parte del Gobierno de ese país, que eso nunca ha pasado, que es obviamente imposible. Nada es imposible para Misha cuando tiene algo entre ceja y ceja. Al cabo de unos días, Salomé vuelve a encontrarse con él en el palacio del Elíseo, en el despacho de Jacques Chirac, entonces presidente. Misha, que es astuto, interpreta el papel del novato ansioso por hacer bien las cosas que busca el inestimable consejo del gran *sachem*. Chirac, paternalista, se deja hacer y le da su bendición. Los dos hombres piden a Salomé, como quien prepara una broma, que salga un momento del despacho presidencial. Hace antecámara cinco minutos, hasta que los dos presidentes salen del brazo, eufóricos, para decirle que Francia la presta a Georgia. Siempre y cuando ella esté de acuerdo, por supuesto, aunque a ellos, a los dos compinches, les parece una idea estupenda.

Respeto mutuo

Nada más trasladar la maleta de la embajada al ministerio, Salomé se encuentra negociando con un tal Serguéi Lavrov la retirada de las bases militares rusas. La retirada de las bases militares rusas, nada menos. Con Serguéi Lavrov, por si fuera poco. También él acaba de ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores, aunque de la Federación Rusa, y sigue en el cargo cuando escribo estas líneas, veinticinco años después. Elegante, anglómano y de humor feroz, es el Metternich de Putin, su Kissinger, el rey de la *Realpolitik* más brutal. Cuando Salomé habla de las conversaciones con él, uno se imagina en todo caso la sonrisa de gran saurio de Lavrov delante de esa diplomática que representa a un pequeño país de nada y cree hablar con él dentro del respeto mutuo. Respeto mutuo mis cojones, diría Lavrov hoy. No importa. Sonriente y firme, sin perder la compostura ni ceder en ningún momento, Salomé es un as de la negociación internacional, y sorprende a Lavrov cuando anuncia tranquilamente, como condición previa a cualquier conversación, que no hablará ruso. Para Lavrov, un georgiano tiene que hablar ruso, y negarse a hablar ruso es una provocación. Con todo, las negociaciones se saldan con éxito. Los soldados rusos abandonan el país pacíficamente. Mi madre, al enterarse, también se siente sorprendida, e incluso, tengo la impresión, ligeramente molesta. Le cae muy bien y le gusta mucho Salomé, pero no tanto que haya otra celebridad en la familia.

Desgracia

Lo que acaba de ocurrir no tiene parangón: esta hija y nieta de emigrantes expulsados por los rusos acaba de expulsar a los rusos del país de sus antepasados, que lo habían ocupado durante más de ochenta años. Tendría que haber salido de esas negociaciones en

volandas, pero no es eso lo que ocurre. No tarda en sentirse incómoda en el Gobierno. Las decisiones se toman en mitad de la noche en el despacho de Misha o en su suntuosa villa de Batumi. Están todos allí, en manada, esos jóvenes ministros y los asesores especiales estadounidenses tan bien pagados, repanchingados en la moqueta devorando bandejas de sushi y metiéndose rayas de coca antes de irse al amanecer, en helicópteros del ejército, a esquiar a las montañas de Svanetia. Salomé es de acostarse pronto y levantarse temprano, sale a correr por la mañana con su perro, y sus años de *rock'n'roll*, cuando estaba destinada en Nueva York y bailaba hasta altas horas de la noche en el legendario Studio 54, quedan bastante lejos. Misha no pierde nunca ocasión de repetir jovialmente que es la decana de su Gobierno, lo cual es verdad porque todos tienen menos de cuarenta años y la mayoría menos de treinta, pero a la larga le termina incomodando. Un día que ella le disgusta al criticar la estética de las decenas de fuentes de colores o fosforescentes que estaba construyendo por toda la ciudad –las fuentes son una de sus pasiones–, Misha nombra sin avisarla a un nuevo ministro «encargado de la integración europea y atlántica», lo que equivale a vaciar su ministerio de casi todas las competencias. Se dirá que ha dimitido, «pero me niego a que la gente diga eso», afirma. «No he dimitido, Misha me ha echado. Me ha echado porque para él era un grano en el culo, porque saqué los tanques rusos, porque no puede soportar la idea de que alguien le haga sombra.» Cabía esperar que volviera a Francia y se reincorporara al puesto que le guardaban en el Quai d'Orsay, en Exteriores. Pero no. Decide quedarse en Georgia, donde ya no desempeña ninguna función, ya no tiene casa, ni salario, ni nada. En agosto de 2008, asiste impotente a una guerra breve y confusa con Rusia por el control de dos pequeñas regiones independentistas, Abjasia y Osetia del Sur. No está claro quién ha comenzado, y es un terreno minado en Georgia. Una comisión de eurodiputados que trabaja en el asunto llega a una conclusión digna de la casuística de los jesuitas en *Las cartas provinciales* de Pascal: Georgia fue la iniciadora del conflicto, pero Rusia, su instigadora. Lo que está claro, en cualquier caso, es que esta última se comió en cinco días un buen pedazo de la

primera sin que el mundo se preocupara por ello; y hoy el mundo se arrepiente, porque fue, con catorce años de antelación, el modelo exacto de lo que ha ocurrido en Ucrania, y, si hubiéramos reaccionado entonces, quizá no estaríamos donde estamos hoy. Salomé había conseguido evacuar pacíficamente a los soldados rusos, pero cuatro años más tarde los veía regresar como ocupantes, y allí siguen: una amarga constatación. Siendo Misha como era, nada le impidió organizar una celebración del Día de la Victoria, en la plaza de la Libertad de Tiflis, en honor a su catastrófica derrota. Durante los diez años siguientes, apenas tuve noticias de Salomé. Sabía que ya no era ministra. En la familia se decía que hacía política desde la oposición. Hacer política desde la oposición en Georgia: me costaba imaginar en qué consistía tal cosa, me recordaba al título de la película de Emir Kusturica, *Papá está en viaje de negocios*. No sabía muy bien qué pasaba en Georgia. La verdad es que tampoco me interesaba mucho. De vez en cuando decía distraídamente que algún día iría. La cuna de la familia, paisajes hermosos, buenos vinos, buen ambiente: un día, sí, pero podía esperar. Lo mío seguía siendo Rusia. Y entonces, en otoño de 2018, tuvimos noticias de Salomé: acababa de ser elegida presidenta de la República de Georgia.

24. EL DECLIVE DE MI PADRE EN TIEMPOS DEL CONFINAMIENTO

La autopista

El 10 de marzo de 2020 celebramos el cumpleaños de mi hermana Nathalie en un restaurante italiano. Yo me senté al lado de mi padre, que parecía cansado, ausente. Llevaba, además de la habitual americana azul marino, una corbata muy vistosa del modisto italiano Emilio Pucci que le habíamos regalado al menos cuarenta años antes, divertidos por su abigarramiento psicodélico. Guardaba todas las corbatas, incluso las que no volvía a ponerse. ¿Por qué había desempolvado aquella, esa noche? Estaba sonriente, pero casi no hablaba. Le decía: «¿Está rico el risotto?». «Muy rico.» «¿Te apetece algo más? ¿Unas berenjenas rellenas?» Negaba con la cabeza. Marina, que presenta un programa de televisión diario sobre cuestiones de salud, llegó tarde porque tuvo que cerrar con urgencia una edición especial sobre el coronavirus, un asunto que por entonces parecía que solo afectaba a China y, para los mejor informados, a Italia. Los periódicos hablaban todavía, como si siguiera existiendo, de «la izquierda en busca de la unidad perdida», de las próximas elecciones municipales o de la malversación del matrimonio Fillon. A uno lo invade siempre una sensación de irrealidad cuando piensa de nuevo en esa cosa espantosa que fue el primer confinamiento. Es algo que vivimos, y lo vivimos todos, en todas partes, al mismo tiempo. Me acuerdo del discurso de Macron, al cabo de dos días: «¡Estamos en guerra! ¡Estamos en guerra!» –lo repitió hasta seis veces–, y del momento en que Francia entró en la «fase 3», como se decía entonces: los lugares «no esenciales» que cerraron la noche del 14, las últimas copas en los bares antes de zambullirse en lo ignoto. En el espacio de 24 horas, todo el mundo tuvo que decidir dónde iba a pasar esos días, semanas o meses (aún no se sabía; no se sabía nada, de hecho). Para quienes tenían la

suerte de tener una casa de campo, la decisión era fácil. Charline y yo no la teníamos, pero a ella una pareja de amigos le prestó, en Royan, una pequeña villa construida remedando el estilo balneario del cambio de siglo. Hacía dos años que nos conocíamos, estábamos muy enamorados y la perspectiva de una separación en esas circunstancias casi apocalípticas era dolorosa. Por el otro lado tenía a Jeanne, mi hija de catorce años, en custodia compartida, y pasaba con ella dos semanas al mes en París. Jeanne, activa y enérgica como era, estaba abatida. Por aquel entonces la gimnasia era su gran pasión, hacía series interminables de saltos mortales sobre una colchoneta inflable. Las ventanas de casa, en un primer piso, daban al tejado de una tienda de ultramarinos pakistaní que privatizamos instalando dos butacas. Desde ese mirador improvisado observábamos la rue du Faubourg-Saint-Denis, donde vivía entonces, y que era de una tristeza desoladora. Habían ordenado a la gente que se confinara en su casa, pero ¿dónde se confinaban los que no tenían casa? En la calle, y en especial en esa zona donde ya en condiciones normales se congregan todas las personas marginales del barrio, todos los tipos que van hablando solos mientras empujan un carrito de la compra destartalado. Me pasaba horas enteras con Charline en Zoom, pero era de una crueldad frustrante, y ahora ya puedo decir que hice algo ilegal: varios trayectos de ida y vuelta, para estar con ella, entre París y Royan. Cuando me acercaba a los controles policiales, entraba en el mismo estado de alerta que debió de vivir mi tío Nicolas en los años sesenta, cuando transportaba a militantes del FLN envueltos en una manta en la parte trasera de su 2CV. La suerte me sonrió, igual que a él: los gendarmes que me controlaron apenas miraron la orden de misión que me había firmado Frédéric Boyer, mi editor, según la cual yo estaba escribiendo un libro sobre la Francia confinada. Me encantaban esos viajes: la autopista completamente desierta, las estaciones de servicio atendidas por un solo empleado con mascarilla. Cuando aparcaba, me sentía en una película sobre el fin del mundo, con la cámara elevándose cada vez más por encima del parking desierto en mitad del cual estaba estacionado, solo, minúsculo, el coche que, para mi gran sorpresa, no había tenido el

menor problema en alquilar. Me encantaron, sobre todo, las semanas que Charline y yo pasamos recluidos en aquella casita mínima, muy cerca de las playas a las que estaba prohibido ir y a las que íbamos de todos modos al amparo de la noche. Por la mañana trabajábamos. Por la tarde hacíamos el amor. Por la noche veíamos una película, en la cama, con el ordenador en el regazo. A ella, que necesita caminar por senderos, subir montañas y batir el campo, ese enclaustramiento le pesaba en el ánimo. A mí, ningún otro modo de vida me ha sentado nunca mejor.

«La gente ya no quiere morir, es ridículo»

En París, al principio, me mantuve alejado de mis padres: eran demasiado mayores como para arriesgarme a contagiarles. Una mañana, mi madre me llamó para decirme que estaría bien que fuera a ver a mi padre. Su voz sonaba tan angustiada que resultaba difícil no oír algo así como: «... por última vez». Reconocí el énfasis en el eufemismo, su forma especialmente alarmante de decir: «No quiero que te alarmes». De modo que redacté una de esas declaraciones responsables que, recordémoslo, permitían salir de casa. El riesgo de que me detuvieran más allá del radio de un kilómetro reglamentario parecía menor si salía a última hora de la tarde, así que mi madre me invitó a cenar. Sonaba muy extraño, en pleno confinamiento, que te *invitaran a cenar*, pero ella hablaba de esa infracción grave con la mayor naturalidad. De Faubourg-Saint-Denis a la Academia, pasando por la rue d'Aboukir, la rue du Louvre y el pont des Arts, el trayecto dura algo menos de media hora, media hora durante la cual no me crucé con nadie. Entre el día y la noche, una ciudad fantasmal, mágica. Mi madre me abrió la puerta con un vestido turquesa, el pelo y el maquillaje impecables, como siempre. Me pregunté cuánto tiempo le duraría, a falta de peluquero –de hecho le duró, puede que tuviera un peluquero clandestino, como otros que conocí que frecuentaban la trastienda de

restaurantes clandestinos, herederos de los bistrós del mercado negro bajo la Ocupación–. Los dos llevábamos mascarilla y hablábamos en voz baja, aunque no había nadie que pudiera oírnos. Si llevaba mascarilla, insistió en decirme, era por precaución por mi padre. Por lo demás estaba en contra, y trataba lo que ella llamaba *la* covid con desprecio: una broma, una exageración grotesca. «No tiene ni pies ni cabeza. La verdad es que la gente ya no quiere morir, es ridículo.» Desde que mi madre era secretaria vitalicia de la Academia, mis padres vivían en ese piso oficial, tan vasto que del vestíbulo al comedor había un buen trecho. Durante el breve trayecto, mi madre tuvo tiempo de decirme que aún no le habían podido hacer la resonancia, que era complicado, en aquel momento, pero que parecía que mi padre había sufrido un «pequeño ictus». Él estaba terminando de cenar en el comedor con las paredes cubiertas hasta el techo de retratos de académicos. Me agaché, le di un beso y le pregunté cómo estaba. «Bien, bien», murmuró, pero su expresión era preocupada, casi de azoramiento. Cuando lo vi mirando al vacío, delante de él, pensé que miraba a la muerte. Temblaba ligeramente, se balanceaba un poco en la silla, primero hacia un lado, luego hacia el otro, al punto de que me dio miedo que se cayera y me acerqué para sujetarlo. «Ayer todavía tuve que darle de comer con cuchara», dijo mi madre, «ahora puede comer él solo, pero es muy pesado, y me cuesta horrores conseguir que beba.» Le hablaba con buen humor forzado. Llegó la hora de acostarse. Tardamos un cuarto de hora en subirlo por las escaleras, cada uno sujetándolo por un brazo, y luego recorrer el pasillo hasta su dormitorio, muy grande, con una pequeña cama individual. De repente me pregunté si alguna vez había estado en esa habitación, si había subido siquiera una vez a esa planta, que era la de sus estancias privadas. Fui yo quien lo acompañó hasta su cuarto de baño, que era enorme, como todo allí, y lo ayudó a lavarse. No fue excesivamente embarazoso: solo el desconcierto, imagino que inevitable, de verle los genitales a tu padre. Volvimos juntos al dormitorio, donde nos esperaba mi madre. Abrí la cama, le ayudé a acostarse, le puse el pantalón del pijama, primero una pierna y luego la otra. No opuso resistencia, tampoco puso de su parte.

Misión cumplida. Le tapé con las sábanas y las mantas: estaba listo para pasar la noche. Le sonreí, me sonrió y susurró: «Estoy confundido». Lo entendí en las dos acepciones: desorientado, avergonzado. Me quedé un rato en el borde de la cama, cogiéndole y acariciándole la mano hasta que se durmió. Mi madre estaba sentada, inmóvil, con la espalda muy erguida, en su butaca. No hablamos. Dejé vagar la mirada por los cuadros y grabados que colgaban en las paredes: antepasados rusos y prusianos, las fincas y jardines que he descrito al principio de este libro. Durante las dos semanas siguientes me encargué de acostar a mi padre turnándome con mis hermanas. Mejoró un poco. Volvió a hablar, a andar: una versión ralentizada de sí mismo. Habíamos cambiado de guión: la historia ya no trataba de un señor muy mayor a las puertas de la muerte, sino de un señor muy mayor mermado por un ataque y que, con el tratamiento adecuado, podía recuperar parte o la totalidad de sus facultades. Mi madre, ni que decir tiene, era firme partidaria de la segunda opción. Como la valiente soldado que nunca dejó de ser, le instó a ponerse derecho, a respirar hondo, a dar pasos más largos, a beberse hasta la última gota del vaso de agua. Con una amabilidad autoritaria, y hablándole siempre de usted, le repetía: «Louis, ha tenido un problemilla de salud, pero ya está todo bien. No debe dejarse llevar. No va a dejarse llevar, ¿verdad?». Yo tenía la impresión de que Louis hubiera querido dejarse llevar, precisamente, que lo dejaran en la cama durmiendo hasta que no pudiera más, puede incluso que hasta morirse sin darse cuenta, pero mi madre no quería ni oír hablar de ello: solo tiene noventa y dos años, la mejor edad. Por mi parte, veía cómo se acercaba el momento en que, al volver Jeanne con su madre, podría reunirme con Charline en Royan, y pensaba que, si mi padre estaba fuera de peligro, ya no era necesario, ni siquiera razonable, exponer a mis padres, uno de cada tres días, a un posible contagio. Me iba de perlas pensar así, por supuesto. Así que una noche llegué resuelto a decirle a mi madre que, por el bien de ellos dos, en adelante respetaría las normas de distanciamiento social; en otras palabras, que ya no iría, o no tan a menudo, hasta que se levantara el confinamiento. Por el camino fui repasando mis argumentos, intuyendo que mi madre se los tomaría

a mal. Como así fue. La réplica fue inmediata: «Mi pequeñín –yo tenía sesenta y dos años–, podrías matar a tu padre si vienes, pero seguro que matas a tu madre si dejas de venir». Me quedé sin habla, pero me fui a Royan.

Su vida secreta

Los últimos años de la vida profesional de mi padre fueron años felices. Después de la muerte de Baroin, su enemigo acérrimo, lo eligieron para representar a la GMF en el seno de un órgano consultivo que agrupaba a las grandes compañías de seguros no solo francesas, sino europeas. Ese broche final a su carrera, un cargo más o menos honorífico, implicaba frecuentes viajes al extranjero que, para él, eran escapadas tan preciadas como lo fueron los viajes a lo largo y ancho de Francia en los tiempos lejanos en que administraba las oficinas que la empresa tenía en las distintas regiones. Ya no tomaba el tren, con su sobrecito de detergente Paic, sino el avión con destino a grandes capitales europeas, donde se alojaba en hoteles de primera categoría. Aprovechaba estos congresos, coloquios o mesas redondas, en que el horario era bastante relajado, para entregarse a la clase de excursiones que siempre le habían gustado, tras la huella de grandes personajes históricos y aristocráticos, a ser posible emparentados con la familia de su mujer. Se reencontraba con colegas, siempre los mismos, un pequeño grupo de veteranos que lo apreciaban y lo consideraban a un tiempo un erudito y un amigo –se encontraran en Hamburgo, Dublín o Viena, se sabía toda la historia de la ciudad–, y un poco el alma de la pandilla. Lejos de la mirada de su esposa, disfrutaba siendo ese hombre afable e incluso seductor. Tan seductor que, para nuestro asombro retrospectivo cuando mis hermanas y yo lo descubrimos, resultó que a principios de los noventa tenía una amante a la que había conocido y a la que veía varias veces al año aprovechando esos congresos. Conocí a esa mujer después de la

muerte de nuestro padre. Al principio se mostró reacia, pero luego, como hacía tanto tiempo de todo aquello –treinta años...– accedió a que nos viéramos, y al final disfrutó rememorando el episodio. Su aventura tuvo lugar en un momento difícil para ambos: el matrimonio de ella se desmoronaba, y ella intuía que mi padre, aunque no lo admitiera, no era mucho más feliz en el suyo. Durante tres años, sin compromiso ni proyecto de vida en común, y sin verse nunca en París, donde sin embargo vivían los dos, sino solo en esos congresos, en el secreto más absoluto, se dieron calor mutuamente, dice ella, que conserva un grato recuerdo de él y de su galantería a la antigua, de su delicada melancolía y, sobre todo, de su humor, un rasgo que destacan todos los que lo conocieron. Mi madre, no sé cómo, se enteró, y esa revelación la dejó devastada. Ella lo trataba de la peor manera posible, pero no soportaba que él la rehuyera, que tuviera algo propio; en fin, estaba celosa, y mi padre puso de inmediato fin a esa relación, cosa que su amante secreta aceptó con tristeza pero sin armar ningún escándalo: formaba parte de su pacto. Se vieron dos o tres veces más, «de buena fe y con total honestidad», para usar una fórmula muy cara a mi padre, en sus convenciones habituales, y luego él le dijo que dejarían de verse porque se iba a jubilar, lo cual era inevitable pero le preocupaba; y no sin razón. Su jubilación coincidió con la elección de mi madre como secretaria vitalicia de la Academia y la mudanza de ambos al piso del quai Conti. Allí, a la sombra de su esposa, llevó una vida social rutilante, pero al precio de perder enseguida toda la autonomía. Mis padres tenían cenas importantes, como suele decirse, al menos cada dos días. No eran más que galas, recepciones oficiales, cócteles en embajadas a los que mi madre sentía el deber de asistir. Y aunque mi padre soñara a veces con quedarse en casa y cenar una loncha de jamón y unos fideos frente al televisor, esos acontecimientos sociales satisfacían su esnobismo, su afición inalterada por los grandes de este mundo. A menudo, lo que él mismo llamaba su estatus de príncipe consorte le valía sentarse, en las cenas protocolarias, junto a las esposas de importantes personalidades. Estaban allí de figurantes, como él, aburridas, y les encantaba tener como vecino de mesa a aquel hombre pródigo en

anécdotas, que nunca escatimaba cumplidos y las hacía reír. Pero hubiera sido inconcebible, para él, quedar a título personal con alguno de los invitados, hombres o mujeres, con los que había simpatizado en esas cenas. Aparte del fiel Henri Masse, al que veía como mucho dos veces al año, no tenía amigos propiamente dichos y, a solas en el despacho tapizado en tela verde botella que le habían asignado, se pasaba días enteros consagrado a sus investigaciones genealógicas. Nadie le llamaba y él no llamaba a nadie, no tenía teléfono móvil. Y como mis padres, en el quai Conti, tenían servicio, la compra hecha y *Le Figaro* llegaba todas las mañanas, ni siquiera tenía la excusa de salir a comprar una baguette o el periódico para hablar con alguien. Cuando salía a pasear por el barrio, a orillas del Sena, curioseaba en los cajones de los libreros de viejo o entraba de vez en cuando en las tiendas de grabados. Le ingresaban la pensión, alta, a su cuenta de La Poste, pagaba las escasas compras que hacía con una chequera, pero un día, cosa excepcional, que tuvo el capricho de comprarse unos zapatos, le dijeron que ya no aceptaban cheques. ¿Si tenía tarjeta de crédito? No, mi padre no tenía tarjeta de crédito. Y cuando, tímidamente, habló de la posibilidad de hacerse una, mi madre, a la que le molestaba cualquier atisbo de independencia por su parte, dijo con su habitual mala fe que una tarjeta de crédito era una fuente de problemas interminables, que no la necesitaba para nada, y mi padre no insistió más. Aceptó algo que un niño de diez años ya no aceptaría: simplemente no tener dinero.

Una muy gorda

Un día que le dije que, pese a todo, mi madre era realmente dura con él, se encogió de hombros y suspiró: «Yo le hice una muy gorda».

Delante del espejo

Otro día: «Tu madre no tiene sentido del humor. Émilia [su ama de llaves] no tiene sentido del humor. Así que, qué quieres que te diga. A veces me pongo delante del espejo y me hago reír».

Lejos

Nunca supimos a ciencia cierta si mi padre tenía covid persistente o si sufría las consecuencias de uno o varios «pequeños ictus». Ni siquiera Marina, la autoridad médica de la familia, sabía gran cosa. Hacia el final de sus días le diagnosticaron párkinson. Después del confinamiento, su declive continuó, suave pero constante. Mi madre solía decir, con cierta rotundidad, que se hundía en la noche. No era esa la impresión que yo tenía. Más bien parecía haberse quedado quieto en una tarde de otoño, echando una larga siesta al sol. Tenía el rostro descansado. Dormía bien, comía bien, no sufría –y cuando veo la pesadilla que, para muchos de mis amigos, ha supuesto el final de la vida de sus padres, doy gracias porque, con los míos, en ese punto, todo *fuera bien*–. Mi padre no parecía angustiado, solo recluido en sí mismo, lejos. Sí, creo que esa es la palabra: *lejos*. Una vez a la semana, lo llevaba a comer a Le Mazarin, el restaurante que más cerca queda de la Academia, lo suficientemente cerca como para que pudiera ir a pie. Era un paseo lento, laborioso, pero se ayudaba de un bastón y yo le sujetaba del brazo: se podía hacer. Comía con mucho apetito, entrante, plato del día y *crème brûlée*. Desde la terraza de Le Mazarin se ve el final de la rue Guénégaud y el edificio en que en otro tiempo vivían los Helmir, aquellos restauradores de cuadros que, como recordará el lector, el 9 de diciembre de 1957 cortaron la calle e invitaron a todos los transeúntes a celebrar con tinto peleón mi llegada al mundo. Le digo a mi padre, en tono de broma: «Ya va siendo hora de que me digas

la verdad. Esa mesa con caballetes... no la pusieron en mitad de la calle, bloqueando el paso, ¿verdad? Estaba en la acera, ¿no?». «De eso nada», responde sin vacilar, con una voz de repente clara. «Estaba en mitad de la calle.» Aunque la historia me sigue pareciendo inverosímil, le creo, y me llena de alegría creerle. También estaba el príncipe Yusúpov, el que asesinó a Rasputín. «Pero ¿tú estabas allí?» Por supuesto que estaba, fue él quien acudió personalmente de la clínica para anunciárselo a los Helmir. Fue en ese momento, delante de él, cuando sacaron la mesa y el tintorro. Jacqueline y Fred Frié también estaban presentes, y Alec Bennigsen. En un arranque de afecto, pienso en aquellos jóvenes que hoy están todos muertos, excepto mi padre, y que aquella noche de diciembre se emborracharon porque acababa de nacer un niño, que resulta que era yo. Me inclino sobre la mesa hacia mi padre. Le agarro la mano. Me sonríe. Es la última persona que recuerda todo eso, pero lo recuerda.

El preludio de Bach-Ziloti

Fue también durante el confinamiento cuando descubrí los recursos infinitos de YouTube, en todos los campos, pero especialmente en la música para piano, una de las pasiones más constantes de mi vida. En cuanto no tenía nada que hacer, me ponía a navegar, a merced del algoritmo, de un vídeo a otro de mis pianistas favoritos. Me pasaba, me paso horas ahí metido; es algo que hoy todos conocemos, solo cambian las predilecciones. Así fue como di con la «Polonesa heroica» de Chopin, tocada con ímpetu y, en un determinado momento, con una sonrisa de alegría celestial por una jovencísima Martha Argerich –un momento de gracia que traté de describir en mi libro *Yoga*–. Le llevaba esos hallazgos a mi padre. Le ponía el teléfono o el ordenador al lado y le hacía escuchar e identificar las piezas que le gustaban. Una de sus favoritas, que ya he mencionado, era la transcripción de un preludio del *Clave bien*

temperado de Bach a cargo de un compositor ruso de principios del siglo XX, Aleksandr Ziloti. No entendí muy bien en qué método se basaba esa transcripción, pero leí que Ziloti había invertido las partes de ambas manos. El resultado, de tonalidad más oscura que el preludio original, es en cualquier caso magnífico. Salvo en términos puramente técnicos, trinos, intervalos de terceras, apoyatura, es difícil describir la música. Cuanto más música es, menos aciertan la psicología y los adjetivos, de modo que Bach... A veces, a menudo, puede decirse que es alegre e incluso bailable: escúchese el allegro del *Quinto concierto de Brandeburgo*, o las gigas de las partitas interpretadas por Glenn Gould. Pero ¿ese preludio? Grave sí. Pero no melancólico. Ni doloroso (aunque un pelín). No resignado. Quizá irrevocable. Si no: aquiescente. Todo ha sucedido, nada puede cambiarse: ya está. Vamos *a la zaga*. A muchos grandes pianistas les gusta tocar esa pieza de dos minutos como bis: hoy Grigori Sokolov, ayer Emil Guilels, a quien podemos ver y escuchar, al término de un concierto de 1975 en Berlín, interpretándola con un recogimiento que contrasta de forma desconcertante con su aspecto de leñador siberiano. Mi padre y yo vimos ese vídeo varias veces. Lo sacaba de su letargo, porque ese preludio, que técnicamente no es nada del otro mundo, lo había sabido tocar. Su madre se lo había enseñado. Se atrevía con las primeras notas cada vez que se encontraba en presencia de un piano. Por espacio de dos minutos, su atención voluble quedaba cautivada por Guilels, tan sencillo, tan serio, tan noble: Guilels. Luego le hacía desgranar los grandes nombres de la incomparable escuela de piano soviética: Sviatoslav Richter, por supuesto, pero también Vladímir Sofronitski, Tatiana Nikoláieva y la genial María Yúdina, disidente, creyente, ortodoxa y sin embargo adorada por Stalin, que de música sabía. Un día de 1942, cuando le preguntaron por qué tocaba un breve y delicado minueto de Haydn de forma tan brutal y percusiva, Yúdina respondió: «¡Porque es la guerra!». Mi padre añadía a esa gloriosa lista el nombre de un tal Malinin, que en aquel momento no se me ocurrió buscar. ¿Malinin? Era un perfecto desconocido. Fue después de la muerte de mis padres cuando, haciendo inventario de su correspondencia, encontré una carta que he resumido más o menos doscientas páginas más

arriba. Recordémosla: con gran ingenio, mi padre le cuenta a su madre la final, celebrada en la sala Gaveau, del concurso Marguerite Long-Jacques Thibaud, en la que se enfrentan los entremontistas, partidarios del pianista francés Philippe Entremont, y los malininistas, partidarios del pianista soviético Evgueni Malinin. Si hubiera leído esa breve crónica, habría exclamado: «¡Claro, Malinin!», y recordado a mi padre la respuesta que le dio a una entremontista que lo llamó bolchevique (mi padre, bolchevique...): «Señora, yo soy zarista, pero creo que el señor Malinin, por muy soviético que sea, ¡tiene muchísimo talento!». Creo que ese recuerdo lo habría hecho, por unos instantes, feliz.

El año de más

A mi madre, el declive de su marido le desesperaba más que le entristecía. Aunque sabía que era injusto, le molestaba que él hubiera sumido su vida en esa zona crepuscular en la que yo tenía la sensación de entrar cuando iba a verlos, los domingos de invierno por la tarde, a aquel piso enorme, con la calefacción a tope, donde él dormitaba frente al televisor, que emitía documentales musicales sin sonido, mientras a decenas de metros, al final de varios largos pasillos, recogida bajo una lámpara demasiado tenue y en uno de esos sofás diminutos que hacían que las habitaciones parecieran más grandes y de techos más altos, ella leía novelas policiacas de Harlan Coben o John Grisham –en inglés, porque incluso la distracción, para ella, tenía que ser un ejercicio–. Esa vida ensombrecida y encogida se volvería inevitablemente aún más pequeña y sombría cuando tuviera que dejar la Academia y mudarse al apartamento de la rue Masseran, cerca de la École Militaire, que mis padres habían comprado para su vejez –que, a sus más de noventa años, se acercaba de forma ineluctable–. Intentó convencerse a sí misma de que allí, en la rue Masseran, sería muy feliz: el barrio era tranquilo, el apartamento luminoso y funcional, y

podría seguir escribiendo libros, pero la perspectiva de mudarse allí con mi padre mermado para llevar la vida de una jubilada corriente, que saldría a hacer la compra tirando del carrito, la asustaba más que la muerte, creo. Pero estaba resuelta a que su salida fuera un éxito, a no aferrarse al cargo, a no dejar que los candidatos que empezaban a tomar posiciones para sucederla dijeran que iba un poco de capa caída, a pesar de todo. Quería dejar la Academia con la cabeza bien alta, envuelta en respeto y pesar (que es lo que ocurrió, al final), sin correr el riesgo, sobre todo, de quedarse un año de más. A menudo me hablaba de ese «año de más» que, como ella decía, le «rondaba» por la cabeza, y del que cuesta tanto decir cuándo empieza, cuándo ha empezado. Un día, y no sé si fue oportuno o una falta terrible de tacto por mi parte, le hablé de los últimos años de Nicole Clerc, la madre de mi amigo Hervé. Nicole y ella tenían la misma edad. La había conocido en su juventud, casada con un tal Michel Clerc, gran reportero de *Paris-Match*, jugador, seductor, una figura de relumbrón en el pequeño círculo que frecuentaban mis padres al principio de su vida parisina. Ahora ya nunca lo sabré, pero me parece probable que los Clerc, arrastrados por los Frié, se apuntaran también a beber tintorro en la rue Guénégaud la noche en que nací. Mi madre no había tratado a Nicole lo suficiente como para decir que habían perdido el contacto, pero su nombre le recordaba aquellos días despreocupados, en la medida en que en su vida hubo algo parecido a la despreocupación. Nunca tuvo la curiosidad de recuperar el contacto con ella, pero le parecía divertido que, por azares de la vida, su hijo se hubiera convertido en mi mejor amigo. Yo le tenía mucho cariño a Nicole, a la que vi trabajar durante años en una biografía de su antepasado August von Bonstetten, pintor paisajista bernés de principios del siglo XIX. Hervé, su mujer Pascale y yo le debemos a ella reunirnos una o dos veces al año en ese pueblo del Valais en el que tenía un piso sobre el que he escrito en varios de mis libros y que es quizá el lugar del mundo donde más a gusto me siento. Nicole era toda bondad y candor; su presencia transmitía paz y sosiego. Pasados los ochenta, empezó a mostrar signos de desorientación, precursores del alzhéimer, de los que era plenamente consciente. Durante mucho

tiempo estuvo vinculada a la asociación suiza Exit, que permite el suicidio asistido. Ella, que nunca había militado en nada, era miembro de la asociación, pagaba sus cuotas y estaba firmemente decidida a recurrir a sus servicios para acortar una vida que, en su opinión, no era vida. Esa señora suiza tan bien educada era también una filósofa estoica, resuelta, llegado el momento, a tomarse la cicuta. Para ella era muy importante, por el sentido que daba a su vida. Pero ¿cuándo «llegaba el momento»? En su caso, la pregunta se planteaba con una intensidad trágica. Tenía lagunas, olvidos, empezaba a perder las llaves, a desorientarse por la calle, pero aún no había perdido la cabeza, aunque sabía muy bien que iba a perderla. Un día, Hervé se armó de valor y le dijo: «Mamá, creo que ha llegado la hora. Si quieres, te llevo a Ginebra». Ella le dijo que no. Todavía no, no inmediatamente, un momento más, señor verdugo. Perdió el tren. Se sumió en la demencia que más temía en el mundo, contra la cual juzgaba que su larga pertenencia a Exit sería un remedio siempre a mano, pero enseguida dejó justamente de estar al alcance de la mano. Para que te asistan en el suicido, tienes que poder dar tu consentimiento informado, y ella ya no estaba en condiciones de hacerlo. Es uno de los aspectos más terribles del alzhéimer, ese conflicto interior entre aquel que uno era y aquel en que se ha convertido o se está convirtiendo: ¿quién tiene el control, *in extremis*? ¿Debemos pedir a los demás, por adelantado, que sean fieles a las últimas voluntades de la persona que fuimos y que valoraba por encima de todo la dignidad y la autonomía, o debemos pedirles que sean fieles a la voluntad completamente opuesta de la persona en que nos hemos convertido, y que quiere vivir contra viento y marea, a cualquier precio? Los últimos años de Nicole fueron crueles, para quienes la rodeaban –es decir, para Hervé y Pascale– y para ella misma. Hay personas, he conocido a unas cuantas, para las que el alzhéimer es una forma de volver a la infancia, a un presente eterno hecho de placeres minúsculos y de comienzos perpetuos, o más bien despreocupados. En el caso de Nicole, y quizá porque conservaba una forma de lucidez, no era más que un largo túnel de desorientación y angustia. Desde fuera veíamos que lo que estaba viviendo era una pesadilla de la que su

muerte fue un alivio en exceso tardío. Contarle esta historia a mi madre ¿era oportuno o inoportuno? En cualquier caso, se la conté como ejemplo de amor filial, y le di a entender que sería capaz de hacerlo, si era menester.

La última noche

Veinte años antes, asistí con ella al entierro de Martine, una amiga a la que queríamos mucho, y me dijo esto, que más tarde saqué en *Una novela rusa*: «Qué bien, al menos, que Philippe estuviera con ella toda la última noche». Philippe era el hijo mayor de Martine. Ante el féretro donde yacía esa mujer tan amable, todavía joven, de la que estuve enamorado cuando adolescente, pensé durante todo el oficio en la muerte de mi madre y en lo que implícitamente acababa de pedirme. O al menos es así como yo lo entendí: a pesar de todo lo que nos había separado y alejado, contaba conmigo a la hora de su muerte; y si aún me hubiera acordado de rezar, habría rezado para estar preparado cuando llegara esa hora. Para ser capaz, entonces, de mirarla a los ojos y tener menos miedo del amor que nos unía.

25. LOS PRIMEROS DÍAS DE LA GUERRA

El 24 de febrero de 2022

Ese día tenía que viajar a Moscú para interpretar un pequeño papel en la adaptación cinematográfica de mi libro *Limónov*. A las seis y media de la mañana, Vladímir Putin anunció en la televisión rusa el inicio de una «operación militar especial» cuyo objetivo era desmilitarizar y desnazificar Ucrania. Antes incluso de que terminara su discurso, los misiles empezaron a caer sobre Kiev y Járkov –que aún se llamaban Kyiv y Kharkhov– mientras los vehículos blindados rusos cruzaban la frontera. Mi vuelo estaba programado para las once de la mañana y me había puesto la alarma del teléfono a las siete, pero me despertó un poco antes una llamada de François, mi agente, que había organizado todo el asunto de la adaptación y con quien tenía que hacer el viaje. Pasado el momento de estupor compartido, nos preguntamos qué debíamos hacer. François puso el vozarrón de las grandes ocasiones y dijo que ni hablar, que no iríamos. «¿Habrías ido a hacer un cameo en Berlín en 1938 el mismo día del *Anschluss*?» El argumento tenía sentido, como suelen tenerlo los argumentos de François; y Charline, cuando se despertó, estaba tanto más de acuerdo por cuanto ella tenía que marcharse a Nueva York, donde se presentaba su primera película en un festival, y le parecía una pena que no pudiera acompañarla: ahora que yo ya no me iba a Moscú, sí podría. Apenas pasada la hora del embarque, sin embargo, empecé a arrepentirme de la decisión. Cuando François avisó a los productores, le dijeron que por supuesto respetaban nuestra postura, pero que seguir con el rodaje era un acto de resistencia que mi deserción ponía en peligro. Dada la importancia de mi escena –cinco réplicas–, pensé que exageraban un poco el alcance de dicha resistencia, pero fue una excusa suficiente para hacerme cambiar de opinión y decir que de acuerdo, que me subiría al siguiente avión.

En el hotel Ucrania (III)

El hotel Ucrania, recordémoslo, es ese majestuoso rascacielos estalinista en el que mi madre se alojó en su primer viaje a la URSS, en 1958, y al que volvió conmigo diez años después. En el guión de la película, el editor ruso hospeda en el hotel al intrépido escritor Eduard Limónov, de regreso a su país en 1991, cuando la perestroika se hunde en el caos. Mientras me aprendía mis dos páginas de texto, no cabía en mí del entusiasmo por volver a ese lugar del que guardaba un fantástico recuerdo. Por desgracia, la escena no se rueda en el verdadero hotel Ucrania, que se ha vuelto demasiado lujoso y occidental, sino en unos estudios a las afueras de Moscú. El decorador y la directora de casting, sin embargo, hicieron un buen trabajo. La cafetería en la que desayuné con mi madre cincuenta años antes había sido minuciosamente reconstruida en aquellos tonos marrones y verdosos que eran el color de la Unión Soviética. La *bábushka* que te tiraba mazacotes de *kasha* en el plato estaba ceñuda a más no poder: parecía la original. Era al hacer cola con la bandeja cuando se suponía que tenía que reconocer y abordar a Limónov. La lógica querría que lo hiciera en francés, pues mi personaje era un intelectual francés, pero esta lógica no tiene cabida en una producción internacional, totalmente en inglés. Es, pues, en mi mal inglés, que le suelto un discursito humanista que termina con estas palabras: «Estos cambios son extraordinarios, su pueblo es magnífico, pero no debería caer en la trampa de nuestra sociedad de consumo. No debería vender su alma por cuatro hamburguesas y una Coca-Cola, ¿no le parece?». Ben Whishaw, el joven actor inglés que encarna a Limónov de forma muy convincente, me mira con desdén: «Eso es, como en África: si los indígenas dejan de pasearse en taparrabos, será una pena para las fotos de las vacaciones». Después de lo cual se levanta y se va. Lo sigo con la mirada, pasmado, y dejo en la mesa la taza de té. Tendré que dejarla seis, siete, ocho veces. Y seis, siete, ocho veces se oirá el grito: «Motor! Kamera! Sniato!» –que en un plató francés sería «¡Motor, cámara, acción! ¡Corten!»–, hasta que el director, Kiril Serébrennikov,

considere que está bien: mi escena ha terminado. Luego filman otra, mucho más compleja, con muchos extras. Me quedo por allí, aprovechando la mínima ocasión para hablar con la diseñadora de vestuario, a quien devuelvo la chaqueta, con los técnicos y con los figurantes, todos ellos desolados. Al terminar la jornada, el productor reúne a todo el equipo, les da las gracias y anuncia que paran el rodaje. Que no sabe cuándo ni dónde se reanudará, la situación es inaudita, que ya se verá, que harán todo cuanto esté en su mano. Después, el productor y Serébrennikov se sienten obligados a llevarme a cenar fuera, pero no está el horno para bollos. Ya se preguntan qué pagarán las compañías de seguros, si será mejor reanudar el rodaje en Letonia o en Bulgaria, donde la mano de obra es barata y las bonificaciones fiscales elevadas, y se me quitan de encima confiándome a Elena, la ayudante de producción encargada de repatriar a los actores extranjeros, el más exigente de los cuales es Ben Whishaw, que no quiere pasar ni una noche más en un país en guerra. La solución, dice su agente, sería un jet privado. No sé si lo consiguió.

¿*Corea del Norte*?

A la mañana siguiente, Elena y yo vagamos de una terminal a la otra del aeropuerto de Sheremétievo, que está abarrotado. En cada parada me deja en un banco como un paquete sin reclamar, mientras ella va negociando de un mostrador a otro, de una compañía aérea a otra. Mi vuelo a París está lleno o se ha cancelado, es imposible saberlo, pero en cualquier caso Air France ya no opera. Nos olvidamos de París. Probamos Viena, probamos Roma. Cada vez pensamos que ya está, pero luego el vuelo desaparece de los paneles donde se anuncian. A primera vista, el ambiente recuerda al de la operación salida en unas vacaciones. En realidad es un éxodo. Venido para tres días, yo apenas llevo el equipaje de mano, pero las familias rusas que tengo a mi alrededor empujan carritos cargados

hasta arriba de maletas, baúles y bolsas enormes; escuchándolos, me doy cuenta de que la idea no es cambiar de aires durante unas semanas mientras las cosas se calman, sino marcharse de su patria para siempre. Algo se me escapa: huir del propio país porque ha sido invadido por otro, hasta ahí de acuerdo. Pero ¿porque ha invadido a otro? De forma tan precipitada, cuando no hay peligro inmediato... ¿Por qué? ¿Qué riesgo corréis en concreto? «¿En concreto»?», me responde Elena. «En concreto Putin ha dicho: "Viviréis cosas que ni siquiera podéis imaginar", y ya te digo que ahí podemos creerle. Incluso si no hay una guerra nuclear, las sanciones van a ser muy duras, vamos a tener a todo el mundo en contra de nosotros, nuestro país se va a convertir en Corea del Norte, y yo no quiero criar a mis hijos en un lugar así. También yo voy a hacer todo lo que pueda por largarme, mientras sea posible.» Una niña de siete u ocho años lleva en brazos a un gatito. Llora mientras lo acaricia porque el gatito no tiene el certificado necesario para la evacuación de animales y no hay garantías de que pueda llevárselo. Sus padres no le quieren mentir, también tienen los ojos llorosos. Si el gatito no puede cruzar la frontera, ni siquiera saben qué harán con él, a quién se lo van a confiar. ¿Lo abandonarán en una terminal del aeropuerto de Sheremétievo? Su destino, el de ellos, no es mucho más claro que el del gatito. Pasan las horas. Las colas se alargan. Los carritos giran, chocan como autos de choque, el equipaje se cae. Crece la tensión. En nuestras idas y venidas de una terminal a otra, unidas por unos largos nudos viarios, seguimos ahora con el mismo taxista, un hombre obeso y socarrón que, cada vez que nos deja, ya no dice «buen viaje» sino, con una ironía cansina, «hasta luego». Empiezo a pensar que uno no tiene muchas ocasiones de ver cómo un gran país se sume en la guerra, y cuando Elena, tras horas y horas de negociación, vuelve triunfante hacia mí, blandiendo una tarjeta de embarque para un avión con destino Dubái que sí parece que despegará, me armo de valor y le digo que, pensándolo mejor, prefiero quedarme. No lo entiende. Luego lo entiende y se pone hecha una furia: primero, porque es una locura; luego, porque le he hecho perder un día entero cuando hay una guerra y ella tiene miles de cosas que hacer, y, por último, porque su trabajo es encontrarme

un avión y hacer que me suba a ese avión, y, ahora que lo ha encontrado, lo único que espera es que me suba a él. Le propongo firmar un descargo en el que explicaré que la productora había garantizado mi evacuación, que renuncio a ello por voluntad propia y que a partir de ese momento ella ya no es responsable de lo que me ocurra. Durante el trayecto de vuelta a Moscú no me dirige la palabra.

En el hotel Ucrania (IV)

El hotel Ucrania se llama en la actualidad Radisson Royal Hotel, y entiendo que se descartara rodar allí la película. La esencia misma, amenazadora y grandiosa, de la Unión Soviética ha quedado reducida a la banalidad acogedora de un cinco estrellas estadounidense. Me encuentro con un pequeño grupo de expatriados, mis viejos y no muy recomendables amigos, y la mujer rusa de uno de ellos, Irina. Solo falta Jean-Michel, que, tras los problemas con el FSB y el año de cárcel, se ha exiliado en Georgia. La pregunta que todos se hacen es: pero ¿qué *le* ha dado? ¿Qué *le* ha pasado por la cabeza? ¿Qué esperaba? ¿Que los ucranianos recibieran a los soldados rusos como si fueran libertadores? Ahora que los ucranianos contraatacan y que en Occidente todo el mundo empieza a hablar del tal Zelenski, al que nadie conocía, como si fuera Churchill, ¿no estará pensando que ha cometido una tremenda estupidez? ¿No sueña, por las noches, con poder apretar el botón de *rewind*? Georges niega enérgicamente con la cabeza. Georges es el decano de los aventureros franceses en Moscú. Su risa, una especie de resoplido que se va hinchando y agrandando escalonadamente, goza en esa pequeña sociedad del estatus de mitológica. Llegado a principios de los años noventa, montó algo que nadie sabía que podía existir: una emisora de radio libre que funcionó extraordinariamente bien. Se hizo muy rico y se ganó los favores de los mandamases. Putin fue su padrino de boda. No puedes decir

nada malo de Putin en presencia de Georges. «Había dos soluciones», explica, «la mala y la peor. La mala es la que eligió: la guerra con Ucrania. La peor habría sido la guerra en territorio ruso que estaba preparando la CIA. No tenía más opción, debía atacar primero. Y, en cuanto a si fue una estupidez, os emplazo a que lo hablemos dentro de tres años.» (Termino este libro justo tres años después, en febrero de 2025, y no es agradable preguntarse si Putin realmente se arrepiente de haber iniciado esta guerra.) Pedimos un sushi tremendamente caro y otras rondas de sake, whisky, vodka, grandes borgoñas..., ya puestos. Los teléfonos emiten pitidos al ritmo de las sanciones que llueven desde hace tres días como los misiles sobre Kiev. Cada vez es una nueva avalancha en un mundo que creíamos tan fiable como un coche alemán. La realidad se desmorona como en una novela de Philip K. Dick. Podríamos haber imaginado una guerra mundial si no había más remedio, pero no que todo desapareciera: Volkswagen, BMW, Warner Bros, Disney, Netflix, Nike, Spotify, IKEA, Airbnb, Vuitton, Shell, Carlsberg, Boeing, Exxon, eBay, Bloomberg, CNN, la BBC, Twitter... Irina, que ocupa un alto cargo en la industria de artículos de lujo, nos cuenta que hace unos años una revista de tendencias hizo un reportaje irónico sobre el asunto: ¿se puede sobrevivir una semana consumiendo tan solo productos rusos? Respuesta: no se puede. Pero tendrán que hacerlo, porque en breve no habrá productos extranjeros en los supermercados rusos. Irina me muestra su teléfono. «Mira, tengo el último iPhone.» Soy lento de reflejos, creo que se refiere al último modelo. Ella también se ríe: «No me entiendes. Este que ves aquí, en mi mano, es *el último iPhone*». Le digo, haciéndome el listo: «No, eso sí que no. La gente puede aguantar muchas cosas, la dictadura, si hace falta, pero se ha acostumbrado al consumismo, es una droga dura, y, si se la quitas, se volverá loca». Georges el putinista: «Tonterías. No son los votantes de Putin, son los burgueses bohemios como tú los que van a morirse sin Netflix, sin camembert, sin viajes al extranjero. Pero ¿el ruso de a pie? El ruso de a pie nunca ha estado en el extranjero, no ha salido nunca de su agujero, no tiene pasaporte; ¿qué más le da que ya no se pueda conducir un Jaguar, beber Dom Pérignon y esquiar en Courchevel?».

Un boomer *ruso*

Se nos suma nuestro amigo Guivi. Georgiano, chaqueta de cuero, aspecto curtido y burlón, corresponsal de guerra desde hace treinta años. «Ya vi esto cuando era un joven periodista», dice. «Mi primera misión fue en Bagdad. Irak era un país próspero, uno de los más agradables para vivir, en Oriente Próximo. Sabíamos que Sadam gaseaba un poco a los kurdos, así que mirábamos para otro lado. Cuando invadió Kuwait, pensó que protestaríamos un poco por las formas y que todo pasaría, *business as usual*. Pero no fue así, y el mundo entero se volvió contra él. Embargos, sanciones, el próspero país se convirtió en un paria, volvió a la edad de las cavernas, y allí sigue. Es lo que nos está pasando a nosotros. Es increíble lo que habrá vivido un *boomer* ruso. ¿Os dais cuenta? Un tipo como yo, que fue adolescente en la Unión Soviética y vivió ese milagro total, completamente inimaginable de finales de los ochenta. Pasar de pronto de Chernenko a Gorbachov, y luego el golpe de Estado, los tanques en Moscú, la terapia de choque, las primeras discotecas, los primeros viajes al extranjero. El dinero a espuertas, el crimen, la locura de los años de Yeltsin. En Francia no tenéis ni idea de eso, ni idea. ¿Qué vivisteis en esa época, pobrecitos míos? ¿La elección de Mitterrand? Uy, sí, tengo miedo de Le Pen, ¡madre mía! Un tipo de mi edad, en Rusia, tiene la experiencia de diez vidas, y fíjate, creíamos que podíamos descansar, que no nos pasaría nada salvo las cosas normales de la vida, comprarnos una dacha, envejecer, enfermar, morir, y va y nos pasa esto: en el peor de los casos, el fin del mundo; en el mejor, volveremos a nuestro agujero de mierda.»

El Sur global

Abundo en la idea: «Guivi tiene razón. Putin está completamente aislado: ahora es un paria». Georges se ríe con su relincho triunfal y

lúgubre: «La verdad es que no has entendido nada. No es Putin el que está aislado, sois vosotros. Son vuestras pobrecitas democracias, agotadas, a las que ya nadie quiere, las que están rodeadas por el resto del mundo. Es decir, y perdona que te lo diga, por nosotros». (La noción, aparecida no hace mucho, de «Sur global» fascina a Georges. Se cree que el Sur global es él.)

Serguéi Narishkin pasa un mal rato

En nuestros últimos iPhones, vemos una y otra vez, como si fuera una escena de culto de una película de gangsters, a caballo de *Scarface* y *Gángster a la fuerza*, la retransmisión de la reunión del Consejo de Seguridad celebrada el 22 de febrero, dos días antes de la invasión. Tiene lugar en una sala de techos muy altos, con columnas de estilo antiguo, que podría ser muy bien el escenario de un péplum. Putin, desde lo alto de un púlpito muy alto, preside la sesión sobre una docena de dignatarios sentados en semicírculo a una distancia de al menos veinte metros, y anuncia su intención de reconocer la independencia de los territorios rusófonos del Dombás, en el este de Ucrania, siendo el siguiente paso, por supuesto, la anexión. Ordena a Serguéi Narishkin, jefe del servicio de inteligencia exterior –el equivalente a nuestra DGSE–, que se ponga en pie y le pregunta si apoya esa medida, que a ojos del derecho internacional es una pura provocación. Vemos que Narishkin no tiene ninguna intención de apoyarla, pero vacila y trata de marear la perdiz. Dice que, si se pone en marcha, sí, probablemente, muy probablemente la apoyará. Putin, con una sonrisa amenazadora y maliciosa, asusta de verdad: «Vamos, no le dé más vueltas, Serguéi Yevguénievich, hable claro: ¿la *apoyará* o la *apoya*?». Narishkin, un hombre con gran poder y más bien apuesto, balbucea, con manos temblorosas, una serie de cosas incomprensibles, hasta que finalmente suelta: «La apoyo, la apoyo...». «Pues ya está. No era tan difícil. Puede sentarse.» Fue un momento extraordinario, shakespeariano: el

sadismo puro del gobernante humillando a su vasallo delante de sus semejantes, delante del mundo entero. Era la primera vez que le veía la cara a Narishkin, pero aquella noche recordé una conversación que había tenido unos meses antes con mi madre. Le pregunté quién creía que podría suceder a Putin, porque alguien habrá de sucederle, tarde o temprano. Cuando mencioné a las grandes figuras de la oposición –el oligarca Jodorkovski, que había pasado diez años en la cárcel, o Alekséi Navalni, que acababa de ingresar en prisión tras sobrevivir a un intento de envenenamiento–, me dijo, como quien se dirige a un idiota: «Jodorkovski y Navalni, evidentemente no, eso es impensable. En cambio, alguien como Narishkin...». Para respaldar esa hipótesis, aducía un argumento que me hizo reflexionar: el tal Narishkin, del que nunca había oído hablar, no solo era un hombre vinculado a los servicios secretos, sino que también tenía un importante apellido aristocrático que aparecía en la familia de Pedro el Grande y, tangencialmente, también en la nuestra. «Y eso, para los rusos, no es moco de pavo», dijo mi madre, con el tono convencido y pensativo de quien ve cómo se perfilan grandes acontecimientos. Tal vez habría expresado mis dudas si me hubiera dicho con la misma autoridad que ser duque de Talleyrand-Périgord podía ayudarte, en Francia, a ser elegido presidente de la República, pero, dado que se trataba del poder en Rusia, que era su campo de especialización, no insistí más. Estaba dispuesto a creer que formar parte de nuestra familia era una gran ventaja a la hora de suceder a Putin; y cuando volví a hablar con ella del asunto, me di cuenta de que no había soportado ver a un pariente nuestro, por lejano que fuera, pasar un mal rato. Tampoco ella, dicho esto, estaba pasando por su mejor momento. Una semana antes de la invasión, cuando las tropas rusas se agolpaban en la frontera con Ucrania, había concedido una larguísima entrevista a la televisión francesa, de casi una hora, una de esas charlas geopolíticas ricas en perspectivas históricas, deslumbrantes por su claridad, que hicieron de ella una institución nacional, y en un momento dado, casi como de pasada, como si fuera algo obvio en lo que no merecía la pena detenerse, dijo: «Miren, Putin no está loco, ¡no va a invadir Ucrania!». Hubo quien se burló de ella. La llamé

varias veces durante mi estancia en Moscú. A esa mujer tan optimista, por temperamento y principios, nunca la había oído tan desvalida: «No lo entiendo. Ya no entiendo nada», repetía. Durante veinte años había considerado a Putin un autócrata y un interlocutor brutal pero fiable a su manera, con el que se puede discutir si se conocen y aceptan las reglas de la *Realpolitik*. Un jugador de ajedrez astuto, no un tipo que, cuando esperas que enroque, se levanta de golpe, vuelca la mesa y el tablero, y saca un revólver que te pone en la frente. No fue la única que se equivocó.

Las azafatas de vuelo

Con la caída en picado del rublo, debería ser el rey del mambo, con mis euros, pero dos de cada tres veces me rechazan la tarjeta, así que cargo todo lo que puedo a la cuenta del hotel sin tener muy claro que pueda pagarla cuando me vaya. Confortable sin llegar al lujo, ese hotel suele atraer a una clientela de hombres de negocios que han desaparecido de la noche a la mañana, de forma que estoy solo en la sala del desayuno, mirando las noticias en el *Piervy Kanal*, la primera cadena rusa. *Surrealista*, junto con *kafkiano*, *dichoso* y *nauseabundo*, es uno de esos adjetivos que en principio intento no utilizar, pero aquí me resulta difícil prescindir de él. Sorteos de lotería, documentales sobre animales *ad infinitum* en plena guerra, sí, es surrealista. Según un chascarrillo que me cuenta el excorresponsal de guerra Guivi, en Ucrania ya han muerto centenares de civiles, entre ellos varias decenas de niños, pero el telediario del *Piervy Kanal* abre con la historia de un portero de un edificio de Nóvgorod que sufre de una uña encarnada. Se ha aprobado una ley para reprimir las *fake news*. No hay guerra, sino una «operación militar especial», de modo que escribir o pronunciar la palabra *guerra* son tres años de cárcel, cinco si se hace en redes sociales, y quince si tiene «consecuencias públicas» (a saber qué son las «consecuencias públicas»). Y luego, un buen día –el 2 de

marzo, de acuerdo con mis notas–, en lugar de animales o de concursos televisados no se ven más que vehículos blindados, incendios, cuerpos ensangrentados en camillas, e incluso hablando tan mal el ruso como yo no puedes equivocarte al oír en bucle: «nazis, nazis, nazis, genocidio, genocidio, genocidio» y, de vez en cuando, para variar un poco, el verbo *unichtozhat*, «aniquilar». Un tipo espantoso que se llama Vladímir Soloviov –homónimo de uno de esos filósofos ortodoxos y barbudos que tanto admiraba mi pobre abuela– presenta dos horas de programa al día y grita: «¡Hace ocho años que somos amables y conciliadores con Occidente, ya basta!». Un invitado dice: «La operación militar especial no demuestra nuestra agresividad, sino nuestra misericordia». «¡Totalmente de acuerdo!», vocifera Soloviov. «¡Nuestra misericordia será implacable!» Mi compañero Georges el putinista me dice: «No te dejes engañar por la propaganda occidental». Yo soy siempre el primero en pensar que las cosas son complejas, que hay zonas grises, que la verdad nunca está en un solo bando, pero, en el caso de Putin y los suyos, nadie en su sano juicio puede creer que la verdad, ni siquiera un poco, está de su lado. Bueno, esa es mi impresión, puede que la mirada de la historia me desmienta, quién sabe. Salgo a dar un paseo, hace un día increíble, precioso, frío, seco, sol, el azul del cielo casi cegador. Todo parece normal, la gente se dedica a sus quehaceres, no se percibe ninguna tensión particular. Una amiga parisina, por teléfono, me pregunta: «¿Y el pueblo? No los intelectuales como tú o como yo: la gente normal. ¿Están completamente desinformados? ¿Están a favor de la guerra? ¿Son partidarios de Putin?». Cuesta hacerse una idea: siempre es un problema saber qué piensa la gente normal. Nosotros vivimos en burbujas. Otro de mis amigos, italiano, me decía: «Mi país fue gobernado durante diez años por Berlusconi y nunca he conocido a nadie que votara a Berlusconi». Mis compañeros expatriados franceses son o eran putinistas, pero no están para nada a favor de la guerra, que les arruina la vida. Mis amigos rusos se han ido o no contestan, de modo que la única forma de encontrar gente normal es coger taxis. Un tercio de los taxistas se niega a entablar una conversación, sobre todo al principio, cuando empleaba la palabra

voiná, «guerra», porque por entonces ignoraba que solo oírla podía mandarte a la cárcel. El segundo tercio son aquellos que repiten lo que la tele dice del genocidio de los rusos en el Dombás, los nazis que hay que erradicar, Putin que solo quiere la paz y hace todo lo que puede para salvar el mundo. El último tercio, el más nutrido, dice que eso no son más que tonterías. ¿Guerra? ¿Qué guerra? Mire, hace buen día, la gente sale a pasear, a hacer la compra. ¿Esto es guerra? La guerra es Stalingrado. *Vsio normalno*: todo es normal, aunque *normalno*, una de las palabras más usadas en ruso, significa mucho más que «normal». En resumidas cuentas: todo está en orden, todo está bajo control, la gente cuyo trabajo es gestionarlo está al mando, saben lo que hacen. Circulen. *Normalno*. Vuelvo al hotel, subo a la habitación, la señora responsable de la planta ha llorado, dice que lo que está pasando es *uzhasno*, «horroroso». Trato de escribir el reportaje que le he prometido al *Obs*, el semanario para el que sigo a largo plazo, este año, el monumental juicio por los atentados del 13 de noviembre de 2015 en París. Es la primera vez que falto a una audiencia, he prometido que las retomaré cuando regrese, está previsto que mi artículo se publique la semana que viene, pero nadie sabe cómo será la semana que viene, ni siquiera si habrá una semana que viene. El 6 de marzo, a la hora del desayuno, siempre en *Piervy Kanal*, Putin, al que no se había visto en público desde el gran discurso paranoico de la madrugada del 24 de febrero, reaparece en la televisión, traspasando los límites del surrealismo porque, en lugar de hablar desde lo alto de una tribuna muy elevada, aplastando a sus vasallos, o separado de su interlocutor por una mesa de quince metros, en esta ocasión se sienta rodeado de una delegación de azafatas de vuelo y les explica cómo va la guerra. Las azafatas, una veintena, se muestran atentas y van peripuestas, son guapas sin ser excesivas, todas codo con codo y hasta él mismo distendido, avuncular, tomando té –a la siguiente, uno piensa que hará como Stalin y saldrá con unos niños pequeños en el regazo–. Con ello dice las cosas sin ambages, pero esta vez no como un paranoico, sino más bien como un tipo enérgico y franco al que le gustan las cosas bien hechas. Dice, por ejemplo, que las sanciones empiezan a pasar

factura, y que si continúan así habrá que considerarlas un acto de guerra y que, por lo tanto, pese a su paciencia, Rusia no está solo en guerra con Ucrania, sino con todos los países que apoyan a Ucrania. Con nosotros, por ejemplo, con Francia. Lo que dice es alucinante, pero se lo dice a unas azafatas de vuelo en un tono razonable, humano, y, si ya nos parecía aterrador que el destino de todos nosotros dependiera de un hombre acorralado, de pronto nos preguntamos si no es aún más aterrador que no parezca acorralado en absoluto.

El sueño de Masha

«De pequeña, soñaba que me escondía en el sótano de una casa bombardeada, medio derruida. Oía, fuera, las ráfagas de las ametralladoras. Los que disparaban eran los nazis. Tenía miedo de que me encontraran y me mataran como habían hecho con mi familia. Desde que empezó la guerra, vuelvo a tener esa pesadilla, pero es peor. Porque hay un momento en el que me doy cuenta de que, si me buscan, es porque la nazi soy yo, y me despierto entre gritos.» Habla Masha, mi antigua editora, con la que, recordemos, asistí a la entrega de medallas de la orden de la «Gloria de Rusia». La tengo sentada ante mí, en el vestíbulo del hotel. Conserva su elegancia excéntrica, su delicadeza nerviosa, su voz ronca, pero no hay ni rastro de la ironía que era un rasgo distintivo de su carácter. «Ahora todo el mundo nos odia, a los rusos», dice. Trato de consolarla, le digo que la gente, bueno, la gente no lo sé, pero que son muchos los franceses que, como yo, saben diferenciar entre los rusos y su presidente. Se muestra escéptica: «¿De verdad crees que hacen la distinción? Yo lo que puedo decirte es que envidio a los ucranianos. Son héroes, están dispuestos a luchar y a morir. Pasan a la acción. Nosotros vivimos o en la locura, o en el miedo y la vergüenza». Se echa a llorar. «No me hagas caso», dice, «estos días no hago más que llorar.» El sueño que acaba de contarme lo escribió

en su muro de Facebook –cuando aún había Facebook–. Su madre la llamó aterrorizada, hecha una furia, porque los ponía a todos en peligro. La mayor parte de sus amigos la han dejado de seguir. Los ha perdido a todos. «Es como para vosotros el 11 de septiembre de 2001. En Rusia, todo el mundo se acordará hasta sus últimos días de qué hacía la mañana del 24 de febrero de 2022. Yo estaba en Georgia, para la boda de mi mejor amiga, Sonia. Éramos toda una pandilla que nos conocíamos desde hacía muchos años. Sonia es rica, igual que su nuevo marido, habían privatizado un hotel magnífico, tal vez el hotel más bonito en el que me he alojado en la vida, a los pies del monte Kazbek, si algún día tienes ocasión de ir, no te lo pierdas. La víspera estábamos inquietos. Como todo el mundo, hablábamos de la situación, pero no por ello renunciamos a la fiesta, nos acostamos sobre las cuatro o las cuatro y media de la madrugada; y a las siete Olga llamó a mi puerta y me dijo: "Despierta, es la guerra". Bajé, todo el mundo se había congregado en el maravilloso restaurante del hotel. Llorábamos, nos abrazábamos, todos habíamos entendido que la vida más o menos relajada que llevábamos hasta entonces había terminado. No sabíamos hasta qué punto, no sabíamos que todo iría tan deprisa. Amaneció sobre las montañas, con la nieve, era sublime. En nuestro grupo de amigos, hay varios que ahora defienden la guerra, ya no nos hablamos. Nos hemos convertido en enemigos. Y los que no la apoyan se han marchado. Muchos a Tiflis.» «¿Y tú? ¿No quieres irte?» Se encoge de hombros. «¿Adónde quieres que vaya? ¿A hacer qué? No tengo dinero, no tengo visado, tengo cincuenta y dos años, mi hija dieciséis... Y menos mal que no es un chico y no existe el riesgo de que la llamen a filas. Trata de llevar una vida de adolescente con sus amigos, pero ya han entendido, tanto ella como sus amigos, que ahora empieza la vida sin Netflix, la vida sin TikTok, un viaje en el tiempo y hacia las tinieblas. Lo único que me tranquiliza es que nuestro país es muy grande. ¿Sabes? Yo nací en Magadán...» No, no lo sabía. A menudo es así, en Rusia: no hay que rascar mucho para que, debajo de un perfil sociológico para nada inquietante –mundo editorial, clase media moscovita– se abra la trampilla de la gran y terrible historia soviética. Magadán, al norte de

Vladivostok, era, como saben muy bien los lectores de Solzhenitsyn y Shalámov, la puerta de entrada al gulag. Masha se marchó de allí con cinco años, los recuerdos que tiene son borrosos, pero se plantea seriamente volver con su hija. «Está muy lejos, hace mucho frío, allí te puedes esconder. Puede que allí aprendamos a vivir de otra manera. Quizá nos venga bien.» Masha rompe a llorar.

La única verdad

Antes de marcharse, me dice: «Yo creo en los últimos instantes de la vida, en el repaso que cada cual hace de la suya cuando se muere. ¿He vivido bien o no? ¿He hecho más el bien que el mal? Esa es la única verdad. No querría estar en la piel de quien ha empezado esto».

26. LA TERCERA ROMA

En la incertidumbre

Cuando una periodista de *Le Monde*, Raphaëlle Rérolle, fue a su casa para hacerle un perfil, mi madre la recibió sin ningún recelo. Se esperaba las preguntas delicadas, o la pregunta delicada, mejor dicho. Y tenía preparada la respuesta, que había ido afinando desde hacía casi un año ante unos interlocutores completamente entregados: *Le Figaro*, al que seguía concediendo entrevistas y dando editoriales, y la cadena de información LCI, que dedica todos los días un largo programa, muy visto, muy bien hecho, a la guerra de Ucrania. El presentador, Darius Rochebin, la invitaba prácticamente todas las semanas a hacer el papel de especialista que tiene una visión de conjunto y sitúa las cosas dentro de una perspectiva histórica. De modo que sí, una semana antes de la invasión, había descrito a Putin como «un hombre que atiende a razones, consciente de los riesgos, que nunca jamás se embarcaría en acciones irreflexivas», y menos ahora, cuando tenía «clavada en el corazón» la preocupación de llevarse bien con Europa. Pero ella fue la primera en reconocer ese error de juicio y en utilizarlo incluso como argumento: si hasta yo me he equivocado, ¿quién podría haberlo visto claramente? Cuando le dijo a la periodista de *Le Monde*, a la que imagino opinando con una sonrisa: «Todo esto es una locura, yo ya no entiendo nada», esperaba que la otra subrayara su orgullosa humildad, pero el artículo, titulado «Una académica en la incertidumbre», la dejó hecha polvo. «Inmortal», «perpetua» y «vitalicia», la afable pero autoritaria señora, más bien bajita, que descubrimos en el suntuoso escenario de la Academia, «mantiene una relación muy personal con la eternidad: como si su reinado no tuviera que llegar a su fin». Sin embargo, lo que describe ese retrato es el fin de un reinado: el fin de una catedrática *antaño* notable, de una ensayista *antaño* lúcida y original a la que los académicos –dice

un académico– han dejado de leer porque su forma de hacer historia ya no es la que se lleva hoy: demasiado institucional, demasiado apego a las versiones y honores oficiales. Los honores franceses, de acuerdo, tienen un pase, pero los honores rusos... Su amor por Rusia es auténtico, visceral, pero lo triste es que ha mudado en indulgencia hacia Putin y que desde hace veinte años no ha dejado de llevar al Elíseo la palabra del Kremlin, de repetir ante Chirac, ante Sarkozy, ante Hollande, ante Macron y sus sucesivos ministros de Asuntos Exteriores que Rusia es un gran país al que no podemos juzgar según nuestros estándares, y que Putin es un hombre de paz –siempre y cuando, por supuesto, no se lo humille–. Esa cancioncita, «no hay que humillar a Rusia», nadie la ha entonado con más constancia y convicción que ella, y ya vemos el resultado. Si hubiéramos humillado un poco a Rusia objetando el derecho internacional a la anexión de una gran parte de Georgia en 2008 y de Crimea en 2014, no habríamos llegado hasta aquí. A ese artículo le siguió otro del mismo estilo. Le afectaron a tal punto que la oí decir que ya no quería vivir en un mundo en el que la prensa supuestamente honorable había llegado a semejante nivel de ignominia. He vuelto a leer esos artículos: son duros, pero no se puede decir que sean innobles, y mi madre tenía que estar poco acostumbrada a que la criticaran para quejarse de ser víctima de un *linchamiento mediático*, una de las formas, en su opinión, de los estragos que causa el *wokismo*, mucho más peligroso para la humanidad que el calentamiento global. (Casi cada vez que la visitaba, me había apartado un libro nuevo que demostraba «científicamente» que siempre nos habíamos quejado, un día de que hacía demasiado calor, el otro de que hacía demasiado frío; en suma, que nos asustábamos y asustábamos a la gente por nada, y yo, que soy tan malo debatiendo, tan rápido cediendo terreno, me limitaba a asentir con la cabeza y a olvidarme, al irme, el libro en la mesilla baja.)

Z

De todos los acontecimientos históricos de los que he sido testigo, ninguno me ha fascinado tanto como la guerra de Ucrania. No he seguido ninguno tan de cerca. Darius Rochebin, en LCI, no se contentaba con invitar a mi madre y a las decenas de expertos, diplomáticos y soldados que disfrutaban de sus quince minutos de fama del mismo modo que, dos años antes, lo habían hecho los autoproclamados especialistas del covid. Los periodistas de la cadena también documentaban, hora a hora, los combates en el Dombás por cien metros de terreno, por un puente, por la estructura hueca de un edificio en una ciudad reducida a cenizas. Sabía muy bien que todos esos vídeos filmados por drones o cámaras fijadas a los cascos de los soldados no ayudaban en nada a *entender* lo que estaba pasando, pero entender lo que estaba pasando no era en realidad difícil, y tampoco era difícil, por una vez, elegir un bando. Yo prefería evitar el tema con mi madre, pero me parecía claro que todos los matices y complejidades históricas a las que era tan aficionada no alteraban en nada algo que era muy simple, y es que en este asunto hay un agresor y un agredido, un débil que no pedía nada y un fuerte decidido a imponer su ley, una democracia imperfecta, todo lo corrupta que se quiera, pero democracia, y una dictadura cada vez menos disimulada. (Escribo esto en la primavera de 2024, justo después del asesinato de Alekséi Navalni, y es lo mismo: Navalni por un lado, Putin por el otro, no hay ambigüedad, ni zona gris, ni culpa compartida. Lo sorprendente, sin embargo, es que el héroe parezca tanto un héroe y el villano tanto un villano: en una película no se atreverían.) Si trato de pensar sobre lo que está en juego para mí en este asunto, veo que admiro la resistencia de los ucranianos y les deseo la victoria, pero que lo que me fascina y me aterroriza, en el fondo, lo que explica esta adicción y embeleso es la cara de Rusia que esta guerra revela. No solo la que vemos en el frente: los cadáveres de civiles descubiertos en Bucha, con las manos atadas a la espalda, las mujeres violadas, los niños deportados, el sadismo permitido e incluso alentado por el mando,

esa ciénaga de barro y sangre donde chapotean y se matan entre ellos heroicos voluntarios, pobres chavales enviados al matadero y asesinos en serie sacados de las cárceles rusas. Eso es la guerra, y la guerra es horrible. Eso es el frente, y el frente es atroz. Pero detrás del frente está el país. Está el pueblo ruso, y siempre es la misma pregunta: ¿qué piensa el pueblo ruso? ¿Apoya a Putin? ¿En qué proporción? No hay respuesta a esta pregunta, porque las estadísticas en Rusia no tienen ningún valor. Pero si uno mantiene el contacto con amigos que se han quedado allí, si sintoniza la televisión rusa y se conecta sobre todo a las redes sociales, como hace mi colega el escritor Iegor Gran, lo que vislumbra es un pueblo que se encamina a una gigantesca distopía. En *1984*, todo el mundo tiene que participar cada día en dos minutos de odio colectivo. La televisión rusa martillea ese odio 24 horas al día; 24 horas al día con el mismo mantra: Occidente quiere a Rusia muerta, pero Rusia ganará como siempre ha ganado porque es la Tercera Roma y su vida es miserable pero su alma es fuerte, mientras que la vida de Occidente es agradable pero su alma es débil, degenerada, minada por los LGBTQ+, los *woke*, los ecologistas, los nazis y los pedófilos. «La razón de la operación militar especial», dice el ministro de Exteriores, Serguéi Lavrov –el hombre con el que Salomé se jactaba de negociar dentro del respeto mutuo–, «la razón de la operación militar especial reside en la *autocomplacencia* de los países occidentales desde el final de la Segunda Guerra Mundial.» «Vosotros tenéis una buena vida, nosotros vivimos en la mierda»: eso es lo que me decían en Kotelnich. Pero en Kotelnich, a principios de este siglo, aún se avergonzaban de vivir en la mierda. Putin ha devuelto el orgullo a los que viven en la mierda. Vivir en la mierda es el signo de su elección. Son la sal de la tierra. Vuelven a dar miedo: a los maricones, a los trans, a todos esos desviados cuya «autocomplacencia» ofende a Rusia. Es bueno formar parte de esa turba que da miedo, es bueno odiar a los que no forman parte de ella. Les hacemos la vida imposible en las redes sociales, los perseguimos, dibujamos grandes Z en sus puertas. La letra Z, en su origen una marca militar, se ha convertido en el símbolo de apoyo a la operación especial, a los soldados, al presidente. Está por todas

partes. Se pinta en los vehículos blindados, en las paredes, en las estatuas de Lenin y en las puertas de las peluquerías. La gente se la tatúa en la frente, se rasura la cabeza dibujando su forma. Los escolares se reúnen para formar enormes Z que se ven desde el cielo y se emiten por televisión. La Z es la esvástica del putinismo. La división entre Z y no Z está por todas partes: en el trabajo, en la familia. El marido ya no se habla con su esposa, el hermano no se habla con la hermana. Nos hemos engañado al creer que el putinismo era simplemente un régimen mafioso, movido por esa fuerza en resumidas cuentas tranquilizadora que es la codicia. Es algo muy distinto. Lo que busca es crear y mostrar al mundo entero un hombre nuevo, un verdadero ruso dominado por el resentimiento, la violencia, la crasa ignorancia y el malvado orgullo de haber comprendido que la vida es una guerra de todos contra todos. En el blog de un historiador ruso exiliado: «Rusia, que quería ser la Tercera Roma, se ha convertido en el Cuarto Reich».

27. LA TIERRA DE MIS ANTEPASADOS

Para el postre

¿Por qué esperé hasta los sesenta y cuatro años para ir a Georgia? ¿Por qué precisamente en ese momento de mi vida y de la historia? Una primera respuesta es la de mi amigo el cineasta Paweł Pawlikowski: «Georgia, ya lo verás, es un *mindfuck* sin igual: magnífica, cálida, absurda, irritante, trágica. A nuestra edad, la vida se vuelve sosa. Has hecho bien en reservártela para el postre». Una segunda es la de Lena, la redactora jefa de la revista que me envía por primera vez a Tiflis en otoño de 2022: «Quizá esperabas tener una prima presidenta de la República». Tal vez. Cuando le dije que iba, Salomé me propuso que me alojara en su casa, y yo creí que sería en el palacio presidencial, pero no. Vive en una bonita casa sin ostentaciones, en el barrio más antiguo de la ciudad, Sololaki, en su día decadente, insalubre y peligroso, hoy en proceso avanzado de gentrificación. Estamos sentados a la mesa de su cocina, no hay *lobio* –«Te lo haré la próxima vez», me dice–, pero sí platos georgianos decentes, que calienta en el microondas, y un vino casi negro, un poco dulzón, que en general no me gusta pero que aquí no está mal. La belleza de Salomé siempre ha sido proverbial en la familia: se ha apagado un poco, pero conserva esos ojos azules y grisáceos como el acero, la voz profunda y esa osamenta claramente marcada, que era la de su madre, Zeinab, y que ayuda a envejecer bien. La última vez que nos vimos fue hace veinte años, cuando mi madre, en calidad de Gran Cruz de la Legión de Honor, le hizo entrega de la insignia de oficial en los salones de la Academia. Salomé acababa de ser nombrada embajadora de Francia en Georgia: el colofón a una carrera, dijo mi madre mientras le ponía la condecoración en el traje a su primita, como la llamaba con un afecto real pero ligeramente condescendiente. Mi madre se equivocaba, y ni la propia Salomé podía sospechar que ese cargo no

era el colofón a una excelente carrera en Francia, sino el comienzo de un extraño destino georgiano. Con veinte años de diferencia, las trayectorias de ambas primas sorprenden por igual, pero las decisiones divergentes de sus respectivos padres, Georges y Levan, las situaron, a mi madre, del lado de Rusia, y a Salomé, del de Georgia, es decir, en bandos cada vez más enfrentados, lo cual podría ser la explicación de mi larga reticencia y de mi nueva curiosidad. Soy hijo de mi madre, me sentía ruso como ella, por nada del mundo georgiano, pero hoy en día es tan horrible ser ruso que me apetece buscar en mis otras raíces. Cuando Salomé me pregunta sobre qué tengo previsto escribir en concreto, porque se da por sentado que he venido a escribir algo, le contesto: «Sobre todo esto». Se ríe: «¿Cómo, todo esto?». Con un gesto amplio y ligeramente superado por los acontecimientos, abarco el proyecto todavía vago de un libro sobre nuestras familias rusa y georgiana, sobre la guerra, sobre el destino incierto del pequeño país al frente del cual un asombroso giro del destino ha colocado a mi prima. Por ahora voy un poco a tientas. Hago reportajes. Busco la puerta de entrada. Es lo que busco siempre, la puerta de entrada. Todavía no sé que esa puerta de entrada será, dentro de poco, la muerte de mi madre.

La maleta (III)

Salomé me acogió en su cuarto de invitados, equipado con un sofá cama tipo clic-clac que es probablemente la cama más incómoda en la que he dormido en mi vida o en la que he intentado, en vano, dormir. Al día siguiente me lleva a hacer una peregrinación tras los pasos de nuestra familia. Vamos a pie, precedidos por su perro y seguidos de lejos por su chófer y su guardaespaldas. Durante el paseo, una decena de transeúntes la reconocen y la saludan –entre ellos un japonés muy elegante que, según me dice Salomé, se expresa en un georgiano muy puro–. En el centro, la

arquitectura es una mezcla de estilos soviético, morisco, constructivista, haussmanniano e indeterminado, categoría en la que cabe incluir el modesto edificio en el que crecieron los tres hermanos Zurabishvili. La planta baja es hoy un pub irlandés. El instituto donde los tres estudiaron está muy cerca, igual que queda cerca la iglesia a la que acudía su madre, Nino, y a la que también iba, recordémoslo, la madre de Lavrenti Beria. La noche anterior, Salomé me mostró la famosa maleta de piel marrón con la que los Zurabishvili abandonaron su país hace un siglo. Murieron sin volver a verlo, en tierra extranjera, y ella tiene la impresión, estando donde está ahora, y haciendo lo que hace, de reconquistarla para ellos. A veces se pregunta de qué lado caerá la moneda el último día de su vida, y si la enterrarán aquí, en Tiflis, o en el cementerio de Leuville-sur-Orge, con sus padres y todos los georgianos en el exilio. Subimos los tramos de escaleras y las calles empinadas, bordeadas de casas torcidas, con balcones de madera tallada y descascarillada, que convierten el casco antiguo en una suerte de pequeño Estambul. En un momento dado, le tiendo el teléfono al guardaespaldas para que nos haga una foto de recuerdo, y Salomé, sin que yo le haya pedido nada, se coloca delante de una pared adornada con la pintada *FUCK RUSSIA*, que se ve por todas partes. Pienso: la presidenta de la República de Georgia fotografiándose delante del eslogan *Fuck Russia* es realmente un mensaje explícito. En el Panteón, en lo alto de la ciudad, encendemos un cirio ante la tumba de Niko Nikoladze –recuerde el lector que se habló de él al principio de este libro que ya llega a su fin: el gran Niko, el Victor Hugo georgiano, traductor de Shakespeare e importador de la primera ducha–. A nuestra espalda empieza el bosque profundo; parece que a dos horas a pie pueden encontrarse osos. Ante nosotros se extiende la ciudad, con sus tejados inclinados, sus incontables iglesias y las absurdas fuentes gigantescas que construyó sin descanso el amigo de George W. Bush, Misha Saakashvili; y, colgado en la ladera de la colina, muy alto, casi tan alto como el Panteón, un enorme edificio de acero y cristal ahumado que parece la nave de Darth Vader. «El palacio de Bidzina», dice Salomé.

Darth Vader

Bidzina Ivanishvili es un tipo originario de la Georgia profunda que, tras irse a Rusia a probar suerte al principio del reinado de Putin, volvió siendo multimilmillonario. Su fortuna supera el presupuesto anual de su país. Tan aburrido como extravagante era Misha, nunca aparece en público y pasa la mayor parte del tiempo no en ese palacio negro que nos inspira a Salomé y a mí tanto espíritu de burla como impresión, sino en su pueblo natal, donde se ha construido un rancho y un zoológico privado que alberga lémures, cebras y tiburones. Aunque niega tener ambiciones políticas, Bidzina ha ido comprando, con tanta discreción como método, a los funcionarios del país y se ha ganado la gratitud de cientos de miles de sus conciudadanos al pagarles personalmente las hipotecas, por lo que no es exagerado decir que, desde hace unos diez años, es el dueño de Georgia. Sin aparecer nunca en público, fundó un partido que lleva el nombre –muy orwelliano, en mi opinión– de Sueño Georgiano, y ha dirigido en la sombra gobiernos en los que el ministro de Justicia era su abogado, el ministro del Interior era su guardaespaldas y el ministro de Sanidad era el dentista de su mujer... Interrumpo a Salomé: «Pero tú, ¿qué pintas ahí dentro? Eres la presidenta de la República, ¿no?». Una de las mayores virtudes de Salomé es que no se anda por las ramas. Admite que su poder es en esencia honorífico, pero que lo ejerce con un único objetivo: hacer que el país avance hacia Europa. Porque esa es la gran cuestión de Georgia, su elección existencial: ¿queremos formar parte de Europa? ¿O seguir en la órbita de Rusia? Según Salomé, la gran mayoría de los georgianos sueña con Europa, igual que antaño lo soñaban el gran Niko, Vano, Nino y los hermanos Zurabishvili, y no es de extrañar: ¿quién, pudiendo escoger, quiere ser ruso? Es el viejo chiste de los tiempos de la Guerra Fría: un tipo, jugándose la vida, cruza el Muro de Berlín de oeste a este. ¿Qué pasa cuando lo detienen al llegar? Lo ingresan en un manicomio. Hace solo un año, el Sueño Georgiano se declaraba proeuropeo, y Salomé podía decirse a sí misma que avanzaban hacia Europa, a paso de tortuga,

sin duda, a paso de tortuga un poco tímida, pero que a fin de cuentas avanzaban, y que su papel era impulsar el movimiento, hacer oír en Estrasburgo, en Bruselas, en París, en la ONU, la voz de una Georgia moderna, democrática, candidata ejemplar a la integración en la Unión Europea. Pero eso fue antes de la invasión de Ucrania. El Sueño, entonces, mostró su verdadera cara.

El títere del Sueño

La ventaja de haber ido para hacer un reportaje es que uno hace cosas que de otro modo no habría hecho. De haber ido por mi cuenta, habría paseado por las calles de Tiflis y me habría sentado en las terrazas de los cafés a ver pasar a la gente, en lugar de hacer cosas tan contraintuitivas como concertar citas con políticos, en este caso, con representantes de la oposición. Tengo que reconocer que, en octubre de 2022, esos representantes de la oposición no llevaban precisamente a Salomé en el corazón. Quizá no era mala persona, ni deshonesta, concedían a regañadientes, pero era una georgiana de pacotilla, una tecnócrata formada en el Quai d'Orsay y en la ONU, que durante todos los años del comunismo no vivió ninguna de las penurias de su pueblo. Eso por un lado. Por el otro, era una boba que durante mucho tiempo se creyó a pies juntillas los discursos vagamente europeístas de Sueño Georgiano, cuando en realidad el partido y su padrino son fervientemente prorrusos. Por toda clase de motivos: afinidades, solidaridad entre oligarcas, pero sobre todo porque se cagan de miedo ante Putin. El que manda es él. Georgia es, por tanto, un Estado esquizofrénico que dice una cosa, pero piensa y hace otra. Y para decir algo que no se piensa, más vale parecer convencido y contratar a alguien que lo esté de verdad. Y fue para desempeñar ese papel absurdo que Bidzina nombró a Salomé presidenta de la República. Yo protesto, como buen primo leal: «¿Cómo que *nombró*? ¡Si fue elegida! ¡Por sufragio universal!». Mis interlocutores niegan con la cabeza: elegida en Georgia significa

nombrada por Bidzina. A mi prima, que es tan demócrata, tan europea, tan atlantista, la mandan al extranjero a pronunciar unos discursos muy bonitos en los que probablemente ella sí cree, la pobre, pero no es más que la rehén de un Gobierno prorruso, eso que Lenin llamaba un tonto útil. Un títere del Sueño Georgiano, que a su vez es un títere de Putin.

«Ayer tendríamos que haber bebido»

Después de la anexión de Crimea en 2014, el ambiente en Rusia se volvió cargado, me cuenta Jean-Michel en el bar de ostras que ha abierto en Tiflis. El poder se crispó, los inversores extranjeros dejaron de estar tan bien vistos como antes. Los restaurantes y clubes como los suyos solo funcionan con protección, eso que se conoce como *krysha*, «techo», y los techos empezaron a matarse entre sí. Así fue como, atrapado entre dos fuegos en esas guerras de bandas, y enseguida en el punto de mira del FSB, Jean-Michel tuvo la desagradable sorpresa de terminar entre rejas. La cárcel nunca es agradable, y en Rusia menos que en ningún otro sitio, pero Jean-Michel es el tipo de persona tranquila y reservada que no se deja intimidar, que afronta cualquier golpe como una experiencia interesante y, con la ayuda de la meditación, la cosa fue bastante bien. Lo dejaron salir al cabo de un año con brazalete electrónico y, recluido en su apartamento, con sus clubes cerrados, sus activos congelados y su putinismo en entredicho, buscó un lugar donde empezar el siguiente capítulo de su vida aventurera. Elaboró una hoja de Excel cruzando diferentes criterios: clima, religión (cristiana mejor que musulmana), idioma (los que habla: francés, inglés y ruso), legislación fiscal (no le gusta pagar impuestos). La elegida fue Georgia. Es en Georgia donde hace ahora tres años encontró asilo y donde espera envejecer tranquilamente porque, como a mí, ya le va tocando por edad –solo que, en su caso, no termino de ver claro lo de una jubilación tranquila–. Estuvimos unos días juntos en Tiflis,

pasando las tardes enteras en los baños, después de los cuales nos tomábamos unas sopas deliciosas, muy especiadas, especialmente concebidas para la resaca –«Qué pena», decía JeanMichel, «ayer tendríamos que haber bebido»–, y luego unos capuchinos impecables en unos almacenes enormes, de ladrillo y madera, transformados en espacios de coworking artísticamente pintados con grafitis. También hay, por todas partes, pequeños cafés que colocan dos o tres sillones y mesas bajas en las aceras agrietadas, combadas y levantadas por las raíces de los árboles. En esos lugares agradables se oye hablar casi exclusivamente ruso. Georgia no llega a los cuatro millones de habitantes, pero desde el comienzo de la guerra han llegado seiscientos mil refugiados rusos, muchos de ellos con dinero. En general, los refugiados que llegan a un país suelen ser más pobres que los habitantes de ese país. Estos, por el contrario, son más ricos y se comportan, no exactamente como colonos, sino más bien como nómadas a los que les parece genial teletrabajar en países subdesarrollados. Así, por todas partes se ven y se oyen ejércitos de hipsters con sus portátiles y mesas llenas de jóvenes rusas que practican yoga y, a menudo, lo enseñan –como Yulia, la nueva compañera de JeanMichel–. La presencia de Yulia aquí se explica por los problemas personales de Jean-Michel, no por la guerra, y cuando le pregunto al respecto la noto incómoda. Con bastante lucidez, explica lo que podría calificarse de ambivalencia por el entorno del que procede. Creció en Sarátov, según admite ella misma, una ciudad de mierda. Su hermano está en el ejército, su padre es director de la prisión –donde tuvo como recluso al horrible Yevgueni Prigozhin, antiguo «cocinero» de Putin en San Petersburgo, pieza clave de sus fábricas de trols y luego fundador del grupo de mercenarios Wagner– y pronto cabecilla de un motín grotesco que pondrá fin a su carrera. Toda la familia de Yulia es bombardeada de la mañana a la noche por la propaganda televisiva, de modo que se debate entre la lealtad a los suyos y los argumentos cruelmente convincentes de las personas que ama aquí –empezando por Jean-Michel, que se ha convertido en el más categórico de los antiputinistas–. Ella escurre el bulto diciendo que no quiere discutir de política y que prefiere mantenerse neutral: «Rusia es mi país, no

solo hace cosas buenas, pero yo voy con mi país». «¿Y con su líder?» «Te digo que voy con mi país, y de todos modos no sirve de nada hablar de esto, no me apetece hablar de este tema.» «Y si hubieras sido alemana en 1940, ¿habrías apoyado a Hitler?» «Que me dejes, soy rusa y me niego a avergonzarme de serlo.»

La manifestación de los rusos

Me han dicho que los rusos iban a manifestarse frente al Parlamento en contra de la guerra. Me acerco. A simple vista, serán doscientos o trescientos. Aunque sea muy injusto, a uno casi le entran ganas de reprochar a los que han venido que sean tan pocos. Los demás, que se han quedado en casa, seguramente se habrán encogido de hombros: de todos modos, no sirve de nada, eso no va a impresionar a Putin. En efecto. Pero pienso en lo que me dijo un amigo georgiano de Salomé: esos cientos de miles de rusos que no sabemos si llamar refugiados, turistas o desertores, si, en lugar de pasearse por Tiflis y trabajar a distancia para empresas que les pagan en dólares, volvieran a su país para levantarse todos juntos contra la guerra y su tirano, eso tendría al menos cierto peso... Los ucranianos luchan como leones. Tres o cuatro mil georgianos han ido a luchar y a morir a su lado, tanto porque son valientes y generosos como porque saben muy bien que, si Rusia gana, ellos serán los siguientes de la lista. Los rusos no. «Incluso entre aquellos que tienen algo de conciencia política, los que dicen estar en contra de Putin, si rascas un poco en sus discursos, te das cuenta de que, tal como lo ven, esta guerra es una desgracia que les ha tocado vivir *a ellos.* Quizá saben, en abstracto, que son los ucranianos a los que bombardean con misiles, pero eso no les impide compadecerse ante todo de sí mismos, como han hecho siempre. Y eso, los rusos buenos. Los demás, lo único que saben hacer es yoga y beber capuchinos, bien calentitos.»

«Jodido durante décadas»

Salomé me enseñó en su teléfono un vídeo colgado por uno de esos jóvenes rusos afincados en Tiflis, que se queja de que los georgianos lo miran mal y se pregunta cuánto tiempo tendrán que aguantar eso sus compatriotas. Tanto si se trata de un simple imbécil como de un agente provocador, es preocupante. Fingir que a una comunidad rusófona la persiguen en un país para acudir en su ayuda e invadirlo es una técnica que Rusia ya ha puesto en práctica, y muchos georgianos empiezan a preguntarse si a Putin, en cuanto tenga un momento, no se le meterá entre ceja y ceja desnazificarlos también a ellos. Creo que los georgianos tienen motivos para estar preocupados; que, en general, la gente tiene motivos para estar preocupada cuando son vecinos de Rusia, y que su hostilidad hacia *todo lo ruso* está más que justificada. Pero la que me inquieta cada vez más es la mía. Las distinciones humanistas del tipo «el pueblo ruso no es lo mismo que su Gobierno», que hace unos meses me parecían de sentido común, ya no me resultan tan obvias conforme se van sucediendo las atrocidades y la sociedad rusa se transforma toda ella en el imperio de la Z triunfante. A mi regreso de Georgia, fui a ver a Nicolas y Catherine a su casa de Mantes, que cada vez se parece más a una dacha; también ellos se parecen cada vez más a esos personajes ancianos y tiernos de Chéjov. Nicolas es como yo, o más bien yo soy como él: aunque es medio georgiano, ha vivido inmerso toda su vida, casi de forma amniótica, en la lengua y la cultura rusas. ¿Qué dice este samovar con patas, con verdadera desilusión? «Nadie ha amado este país más que yo y ahora pienso que Rusia es horrible. Horrible. Lo que está pasando hoy es peor que el comunismo, porque en la época del comunismo podíamos decir que los rusos despreciaban a sus tiranos, mientras que los de hoy, en su mayoría, apoyan al suyo. Pase lo que pase, termine como termine esta guerra, el pueblo ruso, y no solo el poder, se ha sumido en algo tan espantoso que lo tendrá jodido durante décadas.»

Agentes extranjeros

Desde que empezó la guerra en Ucrania, he ido cuatro veces a Georgia. Y la cosa estaba cada vez más tensa. Primero, al Sueño se le metió en la cabeza aprobar una ley «sobre los agentes extranjeros» que reproduce, casi palabra por palabra, la ley rusa que permitió amordazar a las asociaciones en defensa de los derechos humanos y los últimos espacios de libertad de expresión. Un poco más tarde llegó otra ley, esta destinada a proteger los «valores de la familia», es decir, a prohibir las asociaciones LGBTQ+. La imposición de esas dos leyes enviaba un mensaje claro: desde el inicio de la «operación militar especial», se acabaron las bromas. Ya no hay que fingir nada. Nos alineamos. Las distintas marionetas de Bidzina no paran de repetir que los ucranianos, esa pandilla de nazis pedófilos y belicistas, se lo han buscado, y que Georgia debe alinearse sin ambigüedades en el «bando de la paz», que es como llaman sin ironía al bando de Putin. Resultado: los georgianos salieron en masa a la avenida Rustaveli, los Campos Elíseos de Tiflis, y se enfrentaron a la policía en una mezcla de ira y alborozo. Salomé, entonces, tomó una decisión. De forma pública y enérgica, se puso al frente de los manifestantes. En una ruptura ya sin ambages con su Gobierno, criticándolo con vehemencia en todas las entrevistas, tanto en Georgia como en el extranjero, y dejándose ver al lado de Zelenski, del líder polaco y de los bálticos, los más fervientes anti-Putin de Europa, pasó en pocos meses de ser una política con una trayectoria, como se dice, poco clara, a encarnar el sueño europeo de su país. Los taxistas que hace un año, cuando les preguntaba, aún hacían un mohín de desconfianza ahora hablan de Salomé como si fuera Juana de Arco. Todo el mundo alaba su valentía, su carisma, y me doy cuenta de que ella misma empieza a considerar su vida como un destino. Una noche, en la cocina de su casa, donde esta vez sí hay *lobio*, me explica que se acerca la hora de la verdad. En las próximas elecciones legislativas, Georgia tendrá que elegir: resignarse a convertirse –o más bien a volver a convertirse– en un satélite de Rusia, o echar a Bidzina y su pandilla, es decir, desafiar a

Putin. «¿Desafiar a Putin?» Al oír eso, no puedo evitar decir lo que dirían mi madre y todos los «realistas» como ella: «Pero Salomé, ¿qué crees que va a pasar? Perdona que diga cosas tristes, entiendo que soñéis con ser europeos, pero la verdad es que sois un país muy pequeño pegado a Rusia, y que pase lo que pase siempre seréis un país muy pequeño pegado a Rusia. Si Putin os manda los tanques, ¿de verdad crees que Europa hará algo más que protestar?». «Ya veremos», me dice Salomé con tranquilidad. «Las cosas cambian. Nada está escrito. Vuelve para las elecciones, será interesante.» (Mi madre, cuando le conté esto a mi regreso: «Me cae muy bien Salomé, es una chica estupenda, pero, sinceramente, creo que está perdiendo un poco la cabeza».)

Posdata, febrero de 2025

Me habría gustado contar las elecciones de octubre de 2024 como el triunfo de la democracia y la independencia que esperaba Salomé. Me habría parecido bueno para los georgianos, para mi prima, para mi libro, que hubiera terminado con esa nota emocionante. Pero no fue lo que ocurrió. Tampoco fue exactamente lo contrario –lo cual, desde el punto de vista de un novelista, es frustrante–. A una guerra híbrida, una conclusión híbrida. El Sueño Georgiano ganó por un estrecho margen. La oposición europeísta, con Salomé a la cabeza, no tardó en denunciar el relleno de urnas, la compra de votos y unas elecciones amañadas hasta la indecencia. Desde entonces se esfuerza por reclamar nuevas elecciones. Considera ilegítimo el Parlamento elegido, ilegítimo también el Gobierno que emana de él y, por último, ilegítimo el nuevo presidente, un exfutbolista bocazas que ocupó su lugar cuando ella concluyó el mandato. Las manifestaciones de primavera se han reanudado con más fuerza en la avenida Rustaveli: todas las noches, hasta el amanecer, a pesar del frío del invierno y de una policía cada vez más nerviosa. Fui a seguirlas unos días y escribí un artículo bastante partidista, tengo

que reconocer, ya que hablo de decenas de miles de manifestantes cuando en realidad eran más bien miles: lo que se llama *wishful thinking.* Planteo tres hipótesis para el futuro próximo. Una: el Gobierno cede, convoca nuevas elecciones y estas dan la victoria a Europa. Rusia, ocupada en otros asuntos, lo permite. Probabilidad de que esto ocurra: en mi opinión, cero. Segunda hipótesis: las cosas se descontrolan y estalla la violencia. Un muerto, la multitud se subleva, el ejército dispara, Rusia interviene: peligrosamente posible, pero nadie parece desearlo, salvo los periodistas como yo, siempre dispuestos a lo peor para los demás con tal de *que pase algo.* Tercera: la situación se calma tristemente, por agotamiento. Georgia acepta porque no tiene más remedio que convertirse en una especie de Bielorrusia, con un clima más suave. Los opositores más acérrimos van a la cárcel –un destino con el que el Gobierno actual amenaza explícitamente a Salomé–. En mi opinión está preparada. Esa es la ventaja, cuando empiezas a ver tu vida como un destino: los peores reveses se convierten en capítulos trepidantes. Escribo este párrafo en el momento de entregar el libro a la editorial, en febrero de 2025. Para cuando tú, lector, lo leas, esta situación incierta, como la de Ucrania, habrá cambiado. Me cuesta creer que sea para mejor.

28. POTEMKIN

La cabecera

Escribí mis reportajes en Georgia para una nueva revista salida en otoño de 2022, a toda prisa y con la convicción de que la guerra de Ucrania estaba cambiando el destino de Europa. La revista se llama *Kometa*, y estuvo a punto de llamarse *Potemkin*, nombre de cabecera que evocaba al mismo tiempo el icónico cochecito que rodaba por las escaleras de Odesa en la película de Eisenstein y los «pueblos Potemkin», ese gigantesco *show de Truman* que, a finales del siglo XVIII, el amante de Catalina II habría mandado construir al paso de la emperatriz cuando a esta le apetecía visitar su imperio: así, en lugar de una miseria abrumadora, no vería más que mujiks felices y aseados que aclamaban a su zarina desde las puertas de unas casitas la mar de monas. Según mi madre, que escribió una biografía de Catalina, esos «pueblos Potemkin» son una leyenda, pero la leyenda dice mucho sobre la tradición rusa del simulacro y la falsificación. Las connotaciones, pues, eran numerosas y *Potemkin* sonaba bien. Pero cuando, con el máximo candor, revelamos ese título que tanto nos gustaba, todos los escritores, periodistas y activistas ucranianos implicados en el proyecto se horrorizaron al unísono. Todos sin excepción se negaban a colaborar con una revista que llevaría el nombre, por muy bien que sonara, del gran colonizador del sur de Rusia, conocido, entre otras hazañas, por haber anexionado Crimea expulsando a su población tártara. «Si hicieras un periódico feminista, ¿lo llamarías *Weinstein*? Y mira que suena bien, *Weinstein*.» Los fundadores de la revista, Serge Michel y Léna Mauger, renunciaron por supuesto a la idea. Personalmente, yo estaba cada vez más inquieto por el vertiginoso declive de los valores rusos en el mundo occidental, en mi entorno y en mi propia conciencia. Un día nos enterábamos de que la Tate Gallery rebautizaba pequeños gouaches de Degas que se llamaban

Bailarinas rusas y los titulaba *Bailarinas ucranianas*, y al día siguiente de que una novelista estadounidense de éxito abandonaba la publicación de un libro muy esperado simplemente porque la acción transcurría en la Rusia del siglo XIX. Pensé que esa historia de Potemkin, del rutilante y ahora impronunciable nombre de Potemkin, podría ser un hilo del que tirar. No tenía muy claro cómo abordarlo, hasta que me topé con un artículo de *Le Monde* que contaba lo siguiente: en el otoño de 2022, la contraofensiva del ejército ucraniano llegó a reconquistar a los rusos la ciudad de Jersón, a orillas del mar Negro, donde está enterrado Potemkin. Cuando los rusos evacuaron apresuradamente la ciudad, un pequeño grupo de nacionalistas consiguió exhumar y llevarse la bolsa negra que contenía sus huesos –con la idea, al parecer, de volver a inhumarlos en Crimea, en todo caso de no dejarlos en manos de los ucranianos–. La historia de los huesos de Potemkin sonaba a esa cosa difícil de identificar pero que en ocasiones tiene el brillo de lo obvio: el tema de un libro para el que ya tenía el título. Así que abrí en el escritorio de mi ordenador una carpeta que llamé *Potemkin*, y decidí ir a Jersón.

El minibús

Potemkin y Catalina II, que eran a la vez amantes y aliados políticos, querían hacer de Jersón la capital del Imperio ruso del sur, igual que San Petersburgo, nacida de la voluntad de Pedro el Grande, era la capital del Imperio del norte. La fundación de Jersón, en las marismas del mar Negro, fue casi tan arbitraria y costosa en vidas humanas como la de San Petersburgo en los hielos del Báltico. Todo esto lo cuenta muy bien el libro de mi madre, donde cada página trasluce admiración por Catalina y una indulgencia comedida por Potemkin –un juerguista colosal que coleccionaba mujeres, victorias, derrotas y reinos; si hubiera que hacer una película de su vida, me temo que el actor más indicado sería Gérard Depardieu–.

Noté su perplejidad cuando le hablé de mi proyecto. Por un lado, se alegraba de mi repentino interés por Catalina, Potemkin y su libro. Por el otro, si ya no le hacía ninguna ilusión que hubiera adquirido la costumbre de ir a Georgia, menos gracia le hacía aún que fuera a Ucrania –no por el posible peligro, que le preocupaba tan poco como el que supuso, en su día, *la* covid, sino porque le sacaban de quicio los incesantes viajes a Kiev de los intelectuales occidentales y sus discursos altisonantes–. Escaldada por el perfil en *Le Monde*, se guardaba de decirlo en público, pero en privado encontraba a «este señor Zelenski» muy «arrogante» –eso es lo que dijo, «arrogante», y era de esas personas que, cuando piensan mal de alguien, le llaman, con tanta perfidia como cortesía, «señor» o «señora»–. Durante mi primera estancia en Kiev, me di cuenta de que ser hijo de mi madre era una desventaja tan grande como ser el biógrafo de Eduard Limónov, escritor ucraniano que aborrecía a los ucranianos y había fundado un partido ultranacionalista ruso que apoyaba sin fisuras, armas en mano, la anexión de Crimea. Eso no me impidió entablar cierta amistad con una pareja de profesores universitarios francófilos, Tetyana Ogarkova y Volodímir Yermolenko, ella especialista en Cioran y René Daumal, él en Joseph de Maistre y, sobre todo, en Ballanche. Por si no lo sabes, lector –tampoco yo lo sabía antes de conocer a Volodímir–, Pierre-Simon Ballanche (1776-1847) fue amigo de Chateaubriand y, según uno de sus biógrafos, un «contrarrevolucionario progresista». Volodímir se identifica plenamente con esa posición política y metafísica, y no pierde ocasión de explicar por qué Ballanche es el pensador más secreto e importante del siglo XIX. Desde el inicio de eso que los ucranianos llaman la «invasión a gran escala», para distinguirla de la guerra de menor intensidad que comenzó en 2014, Tetyana y Volodímir suelen dejar a sus hijos al cuidado de sus abuelos para, abandonando la relativa seguridad de Kiev, partir en minibús hacia las zonas próximas al frente. Llevan medicinas, libros, vendas, baterías, un poco de todo, y traen de vuelta testimonios filmados que documentan las vivencias de los habitantes de los territorios ocupados y los crímenes de guerra rusos. Cuando me enteré de que su próximo destino era Jersón, les pedí si podía acompañarlos, y

unos días más tarde me subí con ellos al minibús. Con nosotros van también tres voluntarios ucranianos que, para mi desgracia, solo hablan ucraniano: Oksana, una mujer de unos treinta años que en la vida civil dirige una agencia de comunicación; un barbudo imperturbable, Oleksiy, que está allí para filmar los testimonios; y, por último, un tipo, Serhiy, cuyo papel no queda muy bien definido. Su silencio, su rostro anguloso y su aura atormentada me intrigan. Me recuerda a un personaje de Dostoievski. Me gustaría saber más sobre Serhiy. Tetyana dice: «Ya te contará él».

Korabel

La víspera de la invasión a gran escala, Jersón contaba 280.000 habitantes; hoy tiene 40.000, y recorriendo la ciudad se diría que son diez veces menos. Un coche muy de tarde en tarde. Cada cinco minutos, un transeúnte del que uno se pregunta qué hace, adónde va. Un paisaje urbano como ese solo lo he visto en la época del confinamiento. La impresión se acentúa cuando bajas hacia Korabel, el barrio más cercano al río, que los rusos llaman Dniéper, y los ucranianos, Dnipró. Cuando los ucranianos recuperaron Jersón, los rusos se replegaron en la orilla del río, desde donde golpean la ciudad a diario. En la parte trasera del minibús hay cascos y unos chalecos antibalas que nos enfundamos –sin que pueda evitar pensar en la ironía de mi madre ante algo que ella consideraría una mascarada ridícula–. Ataviados de esa guisa, caminamos dos horas por las calles desiertas de Korabel, pegándonos a la pared cada vez que oímos el disparo de un mortero. La adrenalina sube a medida que bajamos hacia el río –esto es, hacia las posiciones rusas– y se intensifica el ruido de la artillería. Unas horas antes, en el sótano de uno de los pocos cafés abiertos en Jersón, hemos conocido a una antigua alumna de Tetyana, poeta de gran talento, a su entender, y que, alistada como voluntaria en el cuerpo de infantes de la Marina, patrulla por el delta a bordo de un pequeño crucero constantemente

expuesto al fuego de los rusos. Con ese teatro de operaciones, dice, la evacuación de los heridos es poco menos que imposible. Uno de sus compañeros fue alcanzado de lleno por metralla en ambas piernas, en la orilla este. Si un helicóptero hubiera podido recogerlo, en el peor de los casos todo se habría saldado con una cojera. No pudieron acudir en su rescate hasta veinticuatro horas después. Gangrena, doble amputación, y este chico de veinte años vuelve a su casa como un tullido, sin piernas. Al doblar una esquina, nos cruzamos con una mujer de unos cincuenta años que recoge con una pala las hojas muertas y las ordena en pequeños montones. Cuesta imaginar una actividad más pacífica, más asociada a la idea de una vida normal, o una persona más apacible que esta mujer con camiseta rosa, pantalón corto y chanclas. Tetyana le pregunta qué hace allí. ¿Que qué hace? Bueno, está cuidando a una anciana, tan anciana y desvalida que no pudo, o no quiso, irse del barrio, así que es la única habitante del edificio semidestruido al pie del cual nos encontramos. Nos señala, tres pisos más arriba, las ventanas de su apartamento, desprovistas de cristales y, como tantas ventanas en Ucrania, protegidas por unos paneles de madera contrachapada. Detrás de esos paneles, por supuesto, no hay electricidad. La anciana vive a oscuras. Su hijo huyó a Polonia al comienzo de la ocupación y le paga a ella, a la mujer de la camiseta rosa, para que cuide de su madre. Como no tiene coche, viene a pie con su cesta llena de provisiones, tres cuartos de hora de ida y tres cuartos de hora de vuelta. La anciana debería cumplir pronto cien años y la joven reza para que llegue a cumplirlos, convencida de que, si lo hace, todo saldrá bien. Si la anciana llega a los cien, Ucrania también superará el invierno: la victoria estará a la vista. En ese momento todavía es una perspectiva, si no plausible, posible: David venciendo a Goliat, victoria para Ucrania, derrota para Rusia. Entonces creo, tengo la esperanza de que este será el libro al que he dado el título de *Potemkin*: las historias entrelazadas de mi familia rusa y la derrota de Rusia –un acontecimiento geopolítico tan grande como el hundimiento del comunismo–. Unos meses más tarde, esa confianza ya no tendrá razón de ser.

La catedral de Santa Catalina

Bien entrada la tarde, llega el momento de dejar Jersón y pasar la noche en Mykolaiv, situada a unos cuarenta kilómetros y más segura. No sin algo de vergüenza, pregunto si antes de irnos podríamos ir a ver la catedral dedicada a Catalina II, en cuya cripta reposa, o más bien reposaba, Potemkin. «Pero ¿por qué quieres ver la tumba de Potemkin?», me pregunta Volodímir, tan sorprendido –y no para bien– como si hubiera querido, después de visitar Auschwitz, dar un rodeo para recogerme ante la casa natal de Himmler. «Ya te lo explicaré», digo. «Está bien, si quieres... Pero habrá que ir deprisa.» Y de hecho fuimos deprisa, porque la iglesia estaba cerrada. No había nadie alrededor, ninguna posibilidad de toparme con un viejo sacerdote o con algún bedel que pudiera hablarme de la extracción de los restos de Potemkin –que yo esperaba convertir en una gesta, en una muestra de talento literario con el que quizá abriría mi libro–. Menos mal que no nos entretuvimos, porque, mientras pedíamos la cena en un restaurante georgiano de Mykolaiv, Volodímir me mostró en el teléfono un vídeo que acababa de recibir. Llamas nocturnas, siluetas vagando por entre los escombros: tres cuartos de hora después de que nos hubiéramos ido, un obús cayó justo sobre la manzana de edificios que acabábamos de abandonar.

Toda la pandilla

Como presidente del PEN Club, consagrado a «reunir a escritores de todos los países comprometidos con los valores de la paz, la tolerancia y la libertad», Volodímir cree que hacen muy bien en boicotear todo lo ruso. Está bien derribar estatuas de Pushkin, porque cada ruso que se honra es un ucraniano que cae en el olvido. «Si quieres entender lo que está pasando», me dice, «lee a Pushkin, lee a Lérmontov, lee a Dostoievski.» Viajamos de noche, Volodímir y

Tetyana se turnan al volante. De momento, ella conduce y él va desmontando, uno tras otro, a los dioses de mi panteón. Toda la pandilla: Lérmontov, el oficial romántico que se lanzó a la conquista del Cáucaso, donde pasea su melancolía y su altivez, y describe la violación en grupo de una mujer chechena a manos de soldados rusos sin el menor atisbo de reprobación o de simpatía por la víctima. Pushkin, bueno, quizá sea un poeta pasable, eso va a gustos, pero fue sobre todo un adalid del imperialismo, un adulador del zar capaz de escribir un gran poema, «A los calumniadores de Rusia», en el que se dice sin pestañear que «todos los ríos eslavos se perderán en el mar ruso». Y el peor de todos: Dostoievski. Un eslavófilo rabioso, nacionalista, fanático, antisemita, un adalid de la Tercera Roma, convencido de que la misión de Rusia era salvar al mundo de la impiedad y la depravación en la que se revuelca Occidente: Putin lo adora. Desconcertado por ese juego de puntería del que no se libra nadie, intento salvar algunos muebles. Tolstói, al menos. Tolstói, que no solo fue, hacia el final de su vida, el gran aleccionador del que se reía mi abuelo, sino que, en su último relato, *Hadji Murat*, narra las guerras del Cáucaso desde el punto de vista, no del oficial colonial que él fuera de joven, sino de un guerrillero checheno. ¿Eso es ser imperialista? E incluso Dostoievski: sí, de acuerdo, era un personaje desagradable, pero no podemos reducirlo solo a eso. La grandeza de Dostoievski no reside en sus prédicas teológico-políticas, sino en sus grandes novelas, en las que, apenas un personaje ha dicho algo, afirmado una creencia, una teoría o una visión del mundo, aparece otro que dice exactamente lo contrario, de forma igual de convincente, y detrás viene un tercero... Lo que el teórico de la literatura Mijaíl Bajtín definió en los años veinte con el nombre de dialogismo: esa forma de hacer que se desplieguen voces contrapuestas sin conceder a ninguna el privilegio, fascista o kitsch, de la última palabra. ¿No es eso lo contrario de la ideología? ¿No es eso el triunfo de la complejidad?

«Castigo sin crimen, crimen sin castigo»

¡Ah, la complejidad! Querida complejidad. Volodímir toma el volante y Tetyana se viene conmigo a la parte trasera del minibús. Tetyana es una de las mujeres más sutiles y llenas de matices que he conocido. Su humor y el pesimismo tónico de sus autores favoritos la han vuelto reacia a cualquier consigna. Pero ello no impide que esté un poco harta de la apología perpetua de la complejidad como el principio y el fin de la literatura. Está un poco harta de esos mantras que yo he recitado toda mi vida. Todo el mundo tiene sus razones. Hay que ponerse en el punto de vista del adversario. La verdad siempre tiene un pie en el bando contrario. Las cosas nunca son sencillas. En un conflicto, la culpa siempre es compartida. Pues no. En ese conflicto, las cosas no pueden ser más sencillas y la culpa no es en absoluto compartida. Una razón de más para guardar rencor, no solo a la propaganda rusa actual, sino a todo el pensamiento ruso, a la literatura rusa, que no hace más que describir, con complacencia infinita, a un lamentable hombrecillo esclavo del poder, de la época, de la historia, un ser que es incapaz de rebelarse y se vanagloria de su impotencia. Irresponsabilidad, pasión por los personajes negativos, ignorancia tanto de las causas como de las consecuencias, fascinación por los criminales, considerados por definición infinitamente más interesantes que sus víctimas, y por las zonas grises, consideradas el lugar sagrado de la literatura –cualquier pensamiento moralmente claro e inequívoco es repudiado por ingenuo y bobo–. Y Tetyana resume no solo a Dostoievski, sino todo el ADN ruso, en esta deslumbrante fórmula: «Castigo sin crimen, crimen sin castigo».

La historia de Serhiy

Tras una cena bien regada, continúo la velada con los tres

ucranianos que no hablan inglés: Oksana, Oleksiy y Serhiy. Nos bebemos dos botellas más, de modo que, a pesar de la barrera del idioma, entre nosotros reina una buena predisposición amistosa: nos sonreímos, reímos, levantamos los pulgares enérgicamente, el puño cerrado, para expresar que estamos a gusto juntos. Ayudado por la embriaguez, me atrevo a hacer algo que no me había atrevido a hacer antes: hablar en ruso. Digo: «Escuchad, amigos, sé que habláis ruso, todo el mundo habla ruso en Ucrania. Da la casualidad de que yo también lo hablo un poco porque tengo raíces rusas, abuelos que huyeron de Rusia tras la Revolución. Eso no me convierte en putinista. Así que entiendo perfectamente que no os guste hablar ruso, que prefiráis evitarlo, pero llevamos aquí dos horas sonriéndonos como si no tuviéramos un idioma común, cuando en realidad sí lo tenemos. ¿No os parece que podríamos hacer una excepción?». Acogen esa salida de una forma extraña: ninguna hostilidad, ni siquiera un ligero distanciamiento. Seguimos bebiendo y sonriéndonos, y ellos hablando ucraniano como si yo no hubiera dicho nada. En ese momento me pongo a hablar en francés, y es en francés que, con la insistencia de un borracho, le digo a Serhiy, que parece recién salido de *Los demonios* de Dostoievski, que, detrás de su cara arrugada, adivino una historia insólita que quiero conocer. Serhiy asiente con un gesto extraño de astuta incomprensión. Al día siguiente, viene y se sienta a mi lado en el minibús. Tetyana me dice que, si sigo interesado, él está dispuesto a contarme su historia, y que ella me la traduce. Es esta. Nacido en Donetsk, Serhiy es pintor. En abril de 2014, los separatistas apoyados por Rusia proclamaron la República Popular de Donetsk y comenzó la guerra. Todo el Dombás quedó bajo el control de las fuerzas irregulares rusas y, detrás de ellas, el FSB: es lo que se conoce como guerra híbrida. Se instauró un régimen de terror. Serhiy, que nunca había sentido vocación política alguna, se unió sin embargo a la resistencia. Empezó a fabricar figuras de cartón de tamaño natural, armadas con ametralladoras y que recordaban a los soldados rusos. Por la noche, las metía en el maletero del coche y daba vueltas por la ciudad, donde las erigía en rotondas y plazas ajardinadas. Lo hacía solo, porque la vigilancia policial hacía aún más

peligrosa cualquier resistencia organizada. Un día, los refuerzos locales del FSB lo detuvieron, le pusieron una bolsa de plástico en la cabeza y se lo llevaron a una cárcel donde lo molieron a palos, primero a puñetazos y patadas, luego con vergajos y las culatas de las ametralladoras. Más tarde vinieron algunos grandes clásicos de la tortura: luz las veinticuatro horas del día, privación del sueño durante días enteros, con una lluvia de golpes en cuanto hacía como que iba a dormirse, y electrodos en las pelotas. En una celda de cinco metros cuadrados, lo esposaron a otro recluso, espalda contra espalda, para hacerles prácticamente imposible dormir, ingerir una sopa que había que beber a lengüetazos de una escudilla, sin cuchara, por no hablar de las necesidades fisiológicas. Tras un mes sometido a ese régimen, le pusieron de nuevo la bolsa de plástico en la cabeza y lo llevaron ante una mujer que debía de ser del FSB, en todo caso hablaba ruso. Le anunció que, para celebrar el cumpleaños del jefe, lo habían condenado a muerte. Que esperaban a que llegara el jefe para proceder a la ejecución. Serhiy esperó, de pie contra la pared, la bolsa de plástico en la cabeza. Se puso a repasar su vida. Se dijo: mi novia, mi madre, nadie sabrá cómo he muerto. Nadie podrá imaginar que sucedió así. Al final, dos tipos le agarraron por los brazos y lo arrastraron por los pasillos. Se abrió una puerta metálica y notó el aire del exterior. Así que iban a dispararle fuera, pues. No le dispararon. Lo metieron en el maletero de un coche. El coche arrancó, lo sacaron del maletero y lo tiraron al suelo. El coche arrancó de nuevo, el motor se alejó. Se quedó un rato inmóvil, sin comprender. Se quitó la bolsa de la cabeza. Estaba solo en una acera desierta, era de noche. ¿Lo habían soltado? ¿Era esa su forma de soltar a alguien? Se levantó, se fue a casa, y ocho días más tarde volvieron a detenerlo. La segunda detención duró más que la primera, dos meses, pero las condiciones fueron menos duras: se habían cansado de él, lo dejaron en su rincón. Finalmente fue puesto en libertad para siempre, sin más explicaciones. Poco antes de su puesta en libertad, tan arbitraria como las dos detenciones, volvió a ver a la mujer del FSB que le había comunicado que lo habían condenado a muerte. Hablaron. Debía de haber encontrado otras víctimas, porque con él se mostró casi

afable. Serhiy le preguntó por qué lo había hecho. Respuesta: «Porque me interesa saber qué siente un hombre cuando cree que va a morir». Serhiy la miró y, no sin ironía, le dijo: «Lee a Dostoievski».

«Lee a Dostoievski»

Recordémoslo: el verano del soplo en el corazón que me encontró el doctor Malaterre, mi madre me descubrió a Dostoievski. Me contó, y nunca lo he olvidado, cómo Dostoievski fue detenido por participar en una conspiración contra el zar, condenado a muerte y luego indultado tras un simulacro de ejecución. Según ella, y según la mayoría de los biógrafos, toda su obra nace de esos minutos vertiginosos, suspendidos entre el momento en que el pelotón arma los fusiles y el momento en que el emisario del zar –el famoso general tartamudo– anuncia a los condenados que *solo* cumplirán cuatro años de trabajos forzados. En la respuesta de Serhiy a la mujer del FSB, oí primero un homenaje: cuando se trata de los aspectos más extremos y tenebrosos de la experiencia humana, como dijeron Nietzsche y Freud, siempre terminamos recurriendo a Dostoievski. Luego, dándole vueltas, oí algo más: sarcasmo, desprecio. ¿Así que los aspectos más extremos y tenebrosos de la experiencia humana consisten en eso? ¿En ese sadismo mezquino? ¿En esa fascinación de adolescente seborreico por el mal y por la muerte? Puedes quedarte con tu Dostoievski, que te aproveche.

29. ICARIA

El presente

La población de Ucrania se divide hoy en dos bandos: los que luchan y los que no. Se supone que todo el mundo, al menos los hombres, tiene que luchar, pero los más listos se las arreglan para escaquearse. Inicialmente voluntarios, y cada vez más a menudo movilizados contra su voluntad, los civiles que luchan son considerados héroes, pero, conforme la guerra se alarga y se empantana, este heroísmo se vuelve cada vez más desesperado. Los que están en el frente tienen cada vez más claro que solo volverán a casa en un ataúd, u horriblemente mutilados. Las vidas de los combatientes son vidas arruinadas. Inevitablemente, la unidad nacional de los primeros días se resquebraja. Los que sirven de carne de cañón ya no se contentan con mirar por encima del hombro a los que se esconden y a los fugitivos. Los odian. No les faltan motivos, como tampoco les faltan para temer que a la guerra con Rusia la siga una guerra civil. Una versión a la vez más benigna y más escandalosa de esta injusticia es el abismo que separa a los ucranianos, que no pueden escapar a la guerra, de los visitantes extranjeros que solo están de paso. En Kiev conocí a un individuo que era una especie de gurú del desarrollo personal y, como tal, solía repetir en su día el eterno mantra: hay que vivir el presente, no preocuparse por el pasado que ya no existe ni por el futuro que quizá nunca existirá: el presente, solo el presente, es la clave de la sabiduría. «Pues mira», me dijo el gurú con una lucidez cruel, «eso es exactamente la guerra. Darías todo por que aún hubiera un pasado y un futuro, pero ya no hay pasado, ni futuro, ni ningún lugar al que huir. De hecho, no tienes alternativa. No te queda otra opción que vivir el presente. Y lo que he descubierto es que vivir en el presente es atroz.» Yo formo parte de aquellos que, por una mezcla de solidaridad, curiosidad y –sobre todo, seamos

sincerosganas de escribir un libro, se acercaron a ver un poco, un poquitín, cómo era ese presente. Pero, tras unos días de viaje en minibús y un poco de emoción en Jersón, tomé tranquilamente el tren desde la estación de Kiev hasta la frontera polaca, luego el avión de Cracovia a París, luego otro avión a Atenas, y luego dos barcos hasta la isla de Icaria, donde Charline y yo pasamos el mes de julio trabajando por la mañana y nadando por la tarde en el mar azul. Charline está escribiendo el guión de su próxima película. Entre escena y escena, hace una pausa para levantar una pierna, luego la otra, boca abajo, contra una de las paredes encaladas de la casa. Es raro que pase un día sin que, en la terraza o en la calle, sin avisar, haga esa postura de yoga que se llama *adho mukha vrksasana*. Por mi parte, voy al café del puerto en cuanto abre, e incluso antes. Cuando llega el camarero, me encuentra ya sentado a la mesa delante del ordenador. Mi gran problema es convencerle de que no ponga música a primera hora de la mañana, o no muy alta. Jersón queda muy lejos.

«Estoy gorda y feliz, vuelvo a la vida como una mosca en verano»

Mi trabajo en el café del puerto consiste en ir leyendo y anotando, en paralelo, la biografía de Catalina II que hizo mi madre y la de Potemkin que escribió Simon Sebag Montefiore –aquel historiador inglés, recordémoslo, que me había llamado *the unstoppable herring eater*, el imparable zampaarenques–. Mi madre describe a Catalina como una gran política, pero también como una intelectual de altos vuelos que se carteaba con Voltaire, Grimm, Diderot –el mismo Diderot que, en una estancia en San Petersburgo, le magulla la rodilla a fuerza de sobársela mientras le explica cómo tiene que gobernar Rusia–. No me sorprende que mi madre pase más de puntillas sobre el insaciable apetito sexual de la emperatriz, pero allí podemos contar con Simon Sebag Montefiore, amigo de la anécdota

y los chismes, inagotables en lo que respecta a la pasión que convirtió a Catalina y a su favorito en «hornos humanos que reclamaban una cantidad infinita de combustible en forma de deseo, gloria y extravagancia». En su típica mezcla de francés y ruso, dondequiera que estén, intercambian al día varias notas en las que, con pocas líneas de intervalo, despachan sobre el gobierno del Imperio y sobre cómo harán el amor la próxima vez que vuelvan a encontrarse. Potemkin era un ogro, una fiera, guapo y feo, de una bravura desbocada. Cuando amaina el frenesí sexual, dejan de ser amantes y pasan a ser aliados incondicionales. Catalina, «que no podía pasar una hora sin amor», seguirá teniendo amantes hasta los setenta y dos años. Era una función, en la corte. Para llegar a serlo, primero había que ser ayudante de campo de Potemkin, que daba o no luz verde. El recién llegado vivía bajo su mirada y el reinado abrumador de la comparación. Conforme se hace mayor, Catalina advierte con lucidez que «no es fácil, para los hombres jóvenes, rodeados como están de princesas deslumbrantes en la corte, pasar las noches con una robusta anciana». Las rupturas que se van sucediendo la hunden en la desgracia. Potemkin la consuela, incluso en la cama. Se les oye *aullar* juntos, durante horas y horas, en recuerdo de un favorito perdido. Entonces Catalina encuentra a uno nuevo, cuarenta años más joven, y le escribe a Potemkin: «Estoy gorda y feliz, vuelvo a la vida como una mosca en verano». Juntos gobiernan Rusia, es decir, la expanden. Potemkin sueña con conquistar para Catalina el mar Negro y su joya, Crimea, donde se habían sucedido los griegos, los godos, los hunos, los bizantinos, los jázaros, los judíos caraítas, los georgianos, los armenios, los genoveses y los tártaros, de tal modo que era de todos y de nadie. «Si alguien me dijera que no os la puedo ofrecer», escribe él, «me pegaría un tiro en la cabeza.» «Si os matáis», responde Catalina, «también me matáis a mí. Os ruego tengáis la bondad de absteneros de semejantes placeres.» Una vez conquistada Jersón, Potemkin la convierte en su capital. Reina sobre todo lo que hoy es Ucrania como un sátrapa oriental, «ordenando la construcción de una ciudad como quien encarga un vestido para una amante, trabajando como un loco pero recibiendo tumbado en un sofá, con una languidez

majestuosa». En 1787 tiene lugar el famoso viaje de Catalina a su Imperio del sur. La corte se embarca en una flota de siete galeras, en las que se han preparado otros tantos banquetes y tocarán otras tantas orquestas. Mozart se había postulado para dirigirlas, pero fue rechazado en favor de un tal Sarti. Cada barco dispone de amplios salones, un comedor para setenta personas, bibliotecas, suites e incluso aseos con agua corriente, que por aquella época prácticamente no existían ni en tierra firme. Fiesta continua, partidas interminables de whist a las que Catalina acude en salto de cama y se compite en ingenio en francés. Mientras tocan las orquestas –había previstas dos partituras, una alegre y otra melancólica, según si la emperatriz aceptaba quedarse más rato o abandonaba la fiesta a una hora prudente–, los escuadrones de cosacos montan el decorado a ambas orillas del río. «Las aldeas, las casas de campo y las cabañas rústicas estaban tan maravillosamente engalanadas, adornadas con flores y magníficos ornamentos arquitectónicos que parecían transformarse, ante nuestros ojos, en soberbias ciudades. De repente se erguían palacios y, como por arte de magia, afloraban jardines»: reconocerá el lector los famosos pueblos Potemkin, el *show de Truman* del Imperio ruso. Me salto trescientas páginas: Potemkin contrae el cólera. En un inspirado final, Montefiore describe al príncipe de Táuride, gran *hetman* de los cosacos del mar Negro, príncipe del Sacro Imperio Romano Germánico, esposo morganático de la emperatriz de Rusia, vagando con su séquito por la estepa de Besarabia. Va desnudo en su bata de seda forrada de marta cibelina, regalo de Catalina, con los bolsillos llenos de legajos de sus cartas. Su inmenso cuerpo, a lomos de su caballo, tirita de fiebre. Al final, ordena que extiendan sobre la hierba una alfombra persa en la que se tumba y exhala el último suspiro pronunciando el nombre de la mujer de su vida. «El príncipe Potemkin me ha jugado una mala pasada al morir», escribió Catalina –y el príncipe de Ligne, el hombre más amable del siglo XVIII, compañero de billar de ambos, remachó: «La naturaleza, al crearlo, empleó los materiales que suele invertir para crear a cien hombres».

Secreto de la seguridad nacional

Charline tiene un amigo escritor, Arthur, que a su vez tiene un grupo de amigos de entre treinta y cuarenta años, como él, gais, como él, que comparten la afición por contar trolas como cuando estaban en la universidad. Parecen una forma de humor un poco anticuada, esas trolas, incluso la propia palabra suena a «claustro» y a «troncal», pero Arthur y sus amigos las han convertido en un arte ligero e inventivo, de tal modo que uno nunca sabe qué hay de verdad y de mentira en lo que dicen. Puede ser algo bastante primitivo –anunciar que la cuenta de una cena en una taberna griega asciende a 1.850 euros– o más sofisticado. Arthur, que ha escrito y publicado más de dos mil páginas de un fascinante *Diario sexual* (eso es verdad), nos contó un día que acababa de ponerse en contacto con él el consejero cultural de la Embajada de Marruecos, porque al rey Mohamed VI le había gustado mucho su libro y lo quería conocer –con la mayor de las discreciones, habida cuenta del asunto–. Después de barajar varias posibilidades, suite de gran hotel o salón de la embajada, el consejero cultural y Arthur habían pensado que esa entrevista confidencial podría tener lugar en nuestra casa, donde vivimos Charline y yo. Lo cual, si accedíamos, implicaba que los servicios de seguridad marroquíes inspeccionaran nuestro piso y que dos agentes ocuparan, unos días antes del gran día, nuestro cuarto de invitados. Ellos estaban de acuerdo en dormir en la misma cama. El problema de esa clase de fabulaciones es que, cuanto más frecuentes y ritualizadas, menos opciones tienen de que la gente se las crea. Pero eso no detiene a Arthur y sus amigos, que practican como una ascesis colectiva la *willing suspension of disbelief*, la suspensión voluntaria de la incredulidad, que, según Coleridge, es el primer requisito de la lectura de novelas. Toda la pandilla vino a pasar unos días con nosotros a Icaria y, de tanto oír trolas, Charline y yo decidimos inventarnos una. Cuando nos reunimos en la taberna, como hacíamos todas las noches, adopté nada más llegar un semblante preocupado; me fui levantando de la mesa cada diez minutos para hablar por teléfono, volviendo de esos

conciliábulos cada vez más sombrío y abatido. Me preguntaron amablemente si todo iba bien. Era evidente que no. Charline iba y venía de ellos a mí y de mí a ellos, y les decía que no se preocuparan con el tono de voz más preocupante que uno pueda imaginar. Mantuvimos la diversión un rato más, hasta que terminé por admitir que esas llamadas misteriosas eran de mis hermanas, y que pasaba algo embarazoso, muy embarazoso. Algo muy grave como para quedármelo dentro, pero les rogué encarecidamente que guardaran el secreto porque aún cabía la posibilidad de que no trascendiera. Mi madre estaba siendo interrogada en ese preciso instante por la DGSE, los servicios de inteligencia exterior. Hacía varias semanas que los miembros del contraespionaje sospechaban de ella. Que salía del despacho de Emmanuel Macron cuando se atrevieron a pedirle, antes de que saliera del Elíseo, que abriera el bolso. Le confiscaron el iPhone y buscaron en él. Había grabado toda la conversación con Macron sobre la política de Francia con respecto a Rusia y, antes de aquella, muchas otras entrevistas clasificadas como secreto de la seguridad nacional. Ella misma mandaba esas grabaciones a una cuenta de Signal de la que la DGSE tenía razones para sospechar que era la cuenta personal de Vladímir Putin. A última hora de la tarde mis hermanas y yo todavía conservábamos la esperanza de que el incendio se apagaría, pero, conforme se sucedían las llamadas, cada vez estaba más claro que iba a salir a la luz. Yo asistía en directo a esa catástrofe: mi madre, al final de su vida, deshonrada de la noche a la mañana. Interpreté mi papel con convicción, al principio soltando la información con reticencia, luego ya más distendido, cuando se hizo evidente que el caso iba a hacerse público y que se armaría un escándalo monumental. Estaba descompuesto, era un hombre cuyo universo se tambaleaba sobre sus cimientos; y aunque me cuesta creer que estos chicos que todos los días se inventan una nueva bola se tragaran de verdad esa, nos liamos la manta a la cabeza y llevamos la cosa al extremo de fingir leer, en mi teléfono, el primer comunicado de la agencia France-Presse; y me aseguran, todos ellos, habérsela tragado toda de principio a fin.

Sylvie

Un año después de la muerte de mi madre, un investigador que estudiaba los archivos del KGB confirmó que varias figuras relevantes del mundo intelectual y mediático francés habían sido agentes de influencia soviéticos: un periodista de investigación de *Le Canard enchaîné* o el redactor jefe de *L'Express*. También ella fue sometida a vigilancia y contactada. Un fracaso total y, desde mi punto de vista, una buena noticia: en varias ocasiones recibió a los emisarios del KGB, comprendió con pocas palabras lo que querían de ella y los rechazó educadamente. El nombre en clave con el que se referían a ella era Sylvie. Me cuesta imaginar un nombre que le siente peor.

30. LO QUE TOCABA

En tránsito

Tras volver de Atenas el domingo 23 de julio, Charline y yo teníamos que irnos de nuevo al día siguiente a un pueblo de Saboya en el que habíamos planeado hacer largas caminatas. Podría haber aprovechado ese día de tránsito para visitar, ni que fuera brevemente, a mis padres, pero pensé que bastaría con una llamada telefónica, ya que tenía previsto reunirme con ellos diez días más tarde en la isla de Ré, donde iban a pasar el mes de agosto. No me gusta la isla de Ré, no me gusta su casa, donde no sé, literalmente, dónde meterme, pero pensé: son muy mayores, bien puedo dedicarles unos días. Mi madre me preguntó por teléfono cuándo nos íbamos. ¿Mañana a primera hora de la tarde? «Entonces ven, por favor, me gustaría verte. Ven mañana por la mañana a tomar un café.» Lo dijo con un tono apremiante que me incomodó, pero no me sorprendió del todo, ya que sabía que estaba nerviosa por esas vacaciones, por la logística a que obligaba el estado de mi padre, todos esos turnos de asistencia médica y cuidadores que en gran medida organizaba mi hermana Nathalie, pero que también recaían sobre ella. La notaba baja de ánimo, agobiada, pero me decía egoístamente que yo no podía hacer nada. Por la noche llamé a Nathalie para preguntarle si había algún motivo particular por el que estar preocupado por nuestros padres. Me contestó no, no que yo sepa.

«Mamá mamá mamá»

Cuando me abre la puerta, la noto pequeñita y endeble, con su

vestido turquesa, más pequeña y endeble que la última vez que la vi, hace un mes y medio, en la visita a la Academia que le organizó al abuelo de Charline. La acompaño a la cocina, donde prepara el café sin decir nada, sin mirarme. Lleva la bandeja al saloncito, se sienta en el sofá, yo en la butaca enfrente de ella, y, en una sola frase, sin tomar aliento, me dice que tiene un cáncer y que mañana o pasado, aún no lo sabe, ingresará en un centro de cuidados paliativos. «No quería fastidiaros las vacaciones, pero creo que está bien que lo sepas.» Balbuceo: ¿un cáncer? Pero ¿un cáncer de qué? ¿Desde cuándo? Mi madre pasa por alto la primera pregunta, responde a la segunda: desde hace seis meses. Un momento de silencio. Nos miramos. Dice: «Lo siento. Siento ponerte triste, hijo mío, pero hay un día que eso llega, es normal. Solo hay que procurar que todo salga lo mejor posible». Me gustaría decir algo razonable, apropiado, lo que se supone que debería decir un adulto responsable ante un anuncio como ese, pero me sale otra cosa. Yo, que nunca lloro, me pongo a sollozar y repito entre sollozos: «Mamá mamá mamá». Podría haberme levantado y sentado a su lado en el sofá, podía haberla abrazado, pero debí de tener miedo de esta cercanía física, así que me inclino sobre la mesa baja, le cojo la mano y se la aprieto. Repito «mamá», no sé cuántas veces lo dije ni cuántas veces ella dijo: «No te preocupes, es normal, estoy preparada, todo saldrá bien». Percibo vagamente que ese llanto, esa pena que me inundan la complacen, de modo que me abandono a ellos. Enseguida nos recompondremos, recobraremos nuestra dignidad y valentía, pero está ese instante, permitido, en el que le digo que la quiero y en el que no es mi madre, la señora mayor, poderosa y dura, la que va a morir, sino mamá, la que me observaba nadar hacia ella, mientras monsieur Lécussan me sujetaba por debajo del vientre, en la piscina de Cazères. No le suelto la mano. Cuando mi llanto va a menos, sí la dejo ir y me enderezo. Nos separamos un poco y sigo con mis preguntas. ¿Qué pruebas le han hecho? ¿Dónde? ¿En qué hospital la llevan? Me dice que no ha ido al hospital y que no tiene intención de ir. Hasta ahora le hacía un seguimiento su médica de cabecera, pero ahora llega a la fase terminal y lo que quiere es que la ingresen en cuidados paliativos.

No entiendo nada. ¿Qué es esa historia de un cáncer en fase terminal que le lleva una generalista, en su consulta, y no en un hospital? ¿Qué significa eso de ingresar en un servicio de cuidados paliativos de esa manera, sin previo aviso? No recuerdo cómo terminó la conversación, qué palabras acompañaron los gestos de levantarnos los dos y encaminarnos a la puerta. Solo me acuerdo de que empecé a bajar las escaleras sin encender la luz. Ella salió al rellano para darle al interruptor y me dijo: «No bajes a oscuras. No es buen momento para romperse la crisma».

El retrato de Marivaux

Hace unos años, Charline, que trabajaba de editora en Grasset, lo dejó todo para hacer películas. Se puso a escribir, producir, dirigir e interpretar cortometrajes –cuando nos conocimos, preparaba su primer largo, a partir del cual el cine se convirtió en su oficio–. Uno de esos cortometrajes era una variación moderna de *La falsa doncella*. En un determinado momento de la película, quería que saliera un retrato de Marivaux. Tras informarse, resultó que había uno en el Institut de France. Movió cielo y tierra para conseguirlo, implicando a uno o dos académicos con los que había coincidido en Grasset, pero la búsqueda fue infructuosa, nadie sabía dónde estaba el famoso retrato y, muy a su pesar, tuvo que conformarse con ampliar una imagen que corría por internet para la película. La primera vez que llevé a Charline a almorzar a casa de mis padres, en el momento en que se sentó a la mesa del comedor, entre mi padre y yo, delante de mi madre, hubo un rostro, por encima de ella, que la magnetizó y atrajo su mirada. Lo reconoció de inmediato: era él. Diez minutos después de cruzar el umbral de la casa de mis padres, entre la cuarentena de retratos de académicos de los siglos XVII y XVIII que cubrían las paredes, se encontró literalmente cara a cara con Marivaux. Esa enorme coincidencia hizo que perdiera la timidez. Lo contó con mucha gracia: se había roto el hielo. No estoy seguro

de que a mi madre le hiciera mucha ilusión que su sexagenario hijo decidiera vivir y, poco después, casarse por tercera vez con una mujer casi treinta años más joven que él, pero Charline hacía gala de un conocimiento poco común de la literatura clásica, de excelentes modales, de ingenio, y esa historia de Marivaux fue una señal: así que la adoptó y, de vez en cuando, le mandaba un SMS para decírselo. Charline, por su parte, sentía por ella una admiración divertida a la que solo le faltaba convertirse en afecto, y aunque, habiendo vivido por su parte duelos mucho más trágicos, podía contemplar la muerte inminente de una mujer de noventa y cuatro años sin escandalizarse, la noticia, cuando se la di, la conmocionó y entristeció sinceramente. También intuía el duro golpe que eso iba a suponer para mí. Me propuso quedarse conmigo, pero yo prefería afrontar solo la situación. Le pedí que se fuera a Saboya, y le prometí que le daría noticias todas las noches y que, tan pronto como fuera posible, me reuniría con ella.

El secreto de Nathalie

Nathalie, con quien quedo para cenar, casi nunca come nada, pero esa noche aún menos. Da una calada a su cigarrillo electrónico, con aire a la vez aturdido y enérgico. De los tres, es la que más unida está a nuestros padres. En sus conversaciones casi diarias, me cuenta, nuestra madre llevaba sacándola de quicio, desde la primavera, con una de sus especialidades más molestas: palabras evasivas, con doble sentido, preocupantes con el pretexto de no preocupar. Nathalie terminó poniéndola contra las cuerdas diciéndole que esas alusiones que dejaba caer y retiraba de inmediato eran insoportables. Nuestra madre confesó. Dolores abdominales en otoño, pruebas en diciembre y el diagnóstico: cáncer generalizado. Si no lo había mencionado antes era porque temía que Nathalie le suplicara que se sometiera a un tratamiento, que prolongara su vida, que se operara, que se dejara «abrir», como decía ella, lo cual aún

era posible en febrero o marzo, y podría haberle prolongado la vida unos meses, tal vez más, quién sabe, pero que no quería bajo ningún concepto. Desde el momento en que ya fue demasiado tarde, se sentía más tranquila. Aun así, le prohibió a Nathalie que nos dijera nada a Marina y a mí. Para evitarnos molestias, decía, y luego porque no servía de nada. Durante tres meses, Nathalie solo compartió ese secreto con una persona: Anne M., la médica de cabecera de nuestra madre y, en ese asunto, su única interlocutora clínica. Lo que complicaba la situación era que la tal Anne es íntima amiga de Marina. Se ven a menudo, pasan las vacaciones juntas en Mallorca. Fiel al secreto médico y profesional, Anne no dijo nada. Nadie tenía la menor sospecha de nada. Estable durante unos meses, el estado de nuestra madre se había deteriorado en las últimas tres semanas. Nathalie fingió normalidad hasta el último momento, hasta el día que la llamé por teléfono para preguntarle si había motivos para preocuparse –y cuando me contestó no, que yo sepa no, decidí creerla y no darle más vueltas–. Ahora se siente aliviada por haberse liberado del secreto. Según Anne, no se sabe si el tiempo que le queda a nuestra madre se cuenta en días o en semanas, pero hemos llegado a un punto en el que lo que importa es, en la medida de lo posible, evitarle el sufrimiento. Y como lo que en esos momentos le causa dolor es la enorme presión, en el abdomen, de un líquido que la ahoga, Anne ha concertado una cita para que le hagan una punción y se lo extraigan en el hospital Georges-Pompidou. Nos vemos allí mañana, dice Nathalie.

Los jerséis de cachemira

Para llevar a mi madre al hospital Pompidou, pensaba pedir un taxi, pero nos espera un Mercedes negro, conducido por un chófer que al principio creo que es el de la Academia, pero ella insiste en decirme que no, que lo paga ella de su bolsillo. A diferencia de su predecesor, Maurice Druon, que era desprendido y menos

escrupuloso, mi madre distingue con una honestidad obsesiva lo que es suyo y lo que es de la institución. El secretario vitalicio dispone de una bodega, por ejemplo, con muy buenos vinos, destinados a las comidas oficiales. Mi madre ya no ofrece comidas oficiales, pero nunca se le ocurriría hacer que le subieran una de esas botellas buenas para una comida familiar. Del mismo modo, solo recurre al chófer de la Academia para aquellos desplazamientos en los que representa a la Academia, y no es el caso cuando piden que la lleven, moribunda, al hospital Georges-Pompidou. El señor Motard, el chófer privado que ella contrata para esas ocasiones privadas, también se encargaba de llevarlos a ella y a mi padre a la isla de Ré, adonde ahora les resultaba demasiado complicado ir en tren –y, para agradecerle su amabilidad, ella le prestó varias veces la casa para que pasara allí las vacaciones con su familia–. El señor Motard la adora, como todas las personas que han trabajado para ella. Aquí abro un poco el capítulo de la generosidad de mi madre, una generosidad a veces suntuosa que se debe a que se crió en la pobreza. Tras volverse rica, o al menos viviendo a lo grande, le gusta hacer regalos caros: cuanto más caros son, más contenta está. Un día que fui a cambiar, porque me iba grande, uno de los jerséis de cachemira que me compra cada cumpleaños, desde hace treinta años, en una tienda de la rue de Rivoli de una elegancia tan anticuada y, a decir verdad, tan sepulcral que al empujar la puerta tienes la impresión de estar entrando en una película de David Lynch, descubrí que esos jerséis, que solo existen en beige o azul marino, cuestan setecientos euros, y esa prodigalidad que en otra persona me incomodaría, en ella me conmueve. En su infancia solo había un abrigo, un par de zapatos, y era un drama cuando un agujero en la suela dejaba entrar el agua, y sé que regalarle esto a su hijo, que normalmente se viste más bien en Uniqlo, no solo es una forma de darle calor, sino también de estrechar con más fuerza la mano de su padre, sentado a su lado en el metro, humillado, ofendido, y al que tanto le habría gustado regalarle ropa bonita a su pequeña. Durante todo el trayecto entre el Institut y el hospital Pompidou, sostuve la mano de mi madre sobre el reposabrazos central de cuero negro, ancho como el de un avión en clase

business, y cuando le pregunté si sentía dolor, me respondió que sí, un poco, lo cual, teniendo en cuenta su naturaleza estoica, quería decir que le dolía horrores. Llevaba tres días sin poder tragar nada, ni siquiera agua. Tenía muchas esperanzas puestas en esa punción que debía vaciarle el líquido del abdomen, la ascitis, que ejercía presión sobre los órganos devastados y le provocaba asfixia. Lo que esperaba era poder morir más cómodamente, sin las arcadas que le daban la impresión de que la aspiraban y la arrancaban de sí misma. Le cogí la mano y le prometí que todo iría bien, que vaciarían ese líquido y harían que dejara de sentir dolor.

Los buenos genes

A uno de mis hijos, que la felicitaba por su impresionante forma física, mi madre, bien entrada en la ochentena, le respondió: «Es cierto, en mi familia tenemos buenos genes». Luego, tras un momento de reflexión, añadió: «Claro que mi padre desapareció y seguramente fue fusilado durante la Liberación. Pero mi madre, si no hubiera muerto de un cáncer a los cincuenta y dos años, ¿quién sabe hasta qué edad habría vivido?». La historia de los buenes genes, que en la familia ha alcanzado el rango de leyenda, condensa el asombroso optimismo de nuestra madre, su infinita mala fe, su robustez inquebrantable. Otro día, mi hija Jeanne se queja delante de ella de estar enferma –es decir, resfriada, con un poco de fiebre, pachucha–. Mi madre: «Querida mía, recuerda esto: en nuestra familia nunca estamos enfermos». Era casi cierto: a sus noventa y cuatro y noventa y cinco años, mis padres nunca habían estado hospitalizados –bueno, ella sí, unos días: el tiempo, reducido al mínimo estricto, para dar a luz a sus tres hijos–. Así las cosas, se presenta en el servicio de oncogeriatría del hospital Georges-Pompidou sin ninguna experiencia. Se maravilla de todo: la belleza del edificio, la vista de París tras los grandes ventanales, la calidad de la acogida, la amabilidad de las enfermeras. Todo eso es cierto, y

no tengo más que buenas palabras para describir el trato que le dispensaron ese día en el hospital Pompidou, pero el personal no debe de estar acostumbrado a que le den las gracias con tal efusividad, ni en un francés tan pulcro, de modo que, al cabo de una hora, mi madre se ha convertido en una especie de mascota del servicio. Se corre la voz de que es una persona conocida, de que sale en televisión, lo cual hace que se aprecie aún más si cabe la sencillez de sus modales. Mi madre no solo está agradecida por la atención que le dispensan, sino que también teme molestar, hacer perder el tiempo a personas desbordadas que deben ocuparse de enfermos *de verdad*. Mis hermanas y yo le hacemos compañía en la habitación donde espera la visita del médico que debe realizar la famosa punción. Con la boca pequeña reconoce que siente dolor, pero lo minimiza. Dice: «Es una broma». Lo repite: «De verdad, es una broma». Marina, recién llegada de Mallorca, se burla con cariño: «Sí, mamá, claro, es una broma». Le seguimos el juego: la aguja que no puede pincharle el brazo apergaminado: una broma. «Y sí, mamá, es verdad que eres una molestia. Nos molestas a nosotros y molestas a estas amables enfermeras.» «Sí, os molesto, los tres estabais de vacaciones...»

Decepcionada

Anuncian la llegada del médico. Nuestra madre tiene que tumbarse y desvestirse. Salgo al pasillo, mis hermanas se quedan con ella. Cuando, unos minutos más tarde, vienen donde estoy, Marina me dice que se ha quedado horrorizada por el estado de su cuerpo, a la vez raquítico e hinchado: eso era lo que ocultaban los trajes de Chanel o Dior que llevaba puestos desde el desayuno. La doctora que debe realizar la punción es una joven de expresión adusta, con un acento de Europa del Este que nos parece serbio o rumano. Mis hermanas y yo esperamos fuera a que le vacíen lo que se pueda vaciar, hablando sobre lo que habrá que hacer en las

próximas horas y días. ¿A quién debemos avisar? ¿A nuestro padre? ¿A sus nietos, para quienes es muy importante? ¿A su hermano, con quien está más o menos enemistada, en gran parte por mi culpa? Al cabo de una hora aparece Anne M., amiga de Marina y médica de mi madre. Es una mujer de cincuenta años, angulosa, con una bonita sonrisa, enérgica, y que inspira seguridad. Marina dice que practica boxeo con su marido y que, entrenando, le rompió un brazo. Le miro los brazos: magros, duros, bronceados, los músculos y los tendones visibles. Se marcha al final del pasillo a hablar con la doctora serbia o rumana. Vuelve hacia nosotros con cara de preocupación: no ha funcionado. Tiene demasiados tumores en el abdomen como para poder extraer la ascitis. Entramos todos en la habitación, Anne se acuclilla delante de mi madre y le dice sin rodeos: «No ha funcionado». Y entonces mi madre dice algo que nos deja atónitos: «Estoy decepcionada». Es lo más parecido a una queja que ha pronunciado en su vida. Una vez dicha, recupera la compostura y no se vuelve a hablar más del tema; ella esperaba morir sin sufrir, pero parece que no va a ser así.

El cardenal Richelieu en su lecho de muerte

La última vez que vi a mi madre, no en buen estado de salud, sino en lo que yo creía que era un buen estado de salud, fue un mes y medio antes de su muerte, la víspera de mi viaje a Jersón. A petición mía, accedió a hacerle una visita guiada de la Academia al abuelo de Charline, JeanLouis Tacquet, cirujano jubilado, hombre de una amabilidad infinita y que, le citaras el verso de poesía francesa que le citaras, era capaz de recitarte los diez siguientes: «Booz dormido» o *El cementerio marino* de principio a fin. Tenían la misma edad, se prodigaron cortesías y citas, y la visita se prolongó dos horas. Durante dos horas, para complacerme, acompañó a ese anciano al que no conocía a la cúpula, a la biblioteca Mazarino, entre los bastidores de esa institución tricentenaria, sin dejar de hablar, de

contar y de explicar cosas. Si miro las fotos que Charline hizo ese día, me doy cuenta de que en cada etapa de esa visita guiada Jean-Louis y yo aparecemos sentados, y mi madre ni una sola vez. La vemos de pie, siempre de pie, menuda, con su vestido con estampado de aves del paraíso, en medio del anfiteatro con sillones azules dedicado a las sesiones del diccionario –más íntimo y agradable, dice ella, que el de las sesiones plenarias–. Levanta los brazos, hace grandes gestos imperiosos. Asentimos con la cabeza como alumnos obedientes. En un momento dado, desliza un panel que oculta al público –como Lacan, al parecer, ocultaba a sus visitantes *El origen del mundo*, de Courbetun cuadro que representa al cardenal Richelieu, fundador de la Academia, en su lecho de muerte. Se trata de un impresionante *memento mori* pintado con esa austeridad propia de Philippe de Champaigne. La última foto que tengo de mi madre la muestra delante del retrato de ese hombre que agoniza, y yo no me doy cuenta de que también ella está agonizando. Charline fue más perspicaz: su rostro, me dijo, es una máscara mortuoria.

La última palabra

Durante el trayecto de vuelta, en el coche, permanece en silencio, acurrucada contra la puerta, más encogida si cabe. Pero, al acercarnos al quai Conti, me dice, como si esa reflexión tuviera relación directa con el fracaso de la punción, que lamenta no haber podido terminar la última edición del diccionario. Como le explicó al abuelo de Charline, el diccionario es la primera de las misiones que Richelieu confió a la Academia. Todos los jueves, los académicos se reúnen en el anfiteatro de los sillones azules para trabajar en él bajo la presidencia del secretario vitalicio, y, una vez que llegan al final, vuelven a empezar desde el principio. Desde 1694 ha habido ocho ediciones, cada una de las cuales ha requerido unos cuarenta años. La octava edición se publicó en 1986 y enseguida se pusieron con la

novena. «Cuando llegué, en 1990, íbamos por la letra E», me dice mi madre. «Ahora vamos por la Z, incluso bastante avanzados dentro de la Z. Me hubiera gustado llegar hasta la última palabra.» «¿Que es...?», le pregunto. Ella se ríe: «*Zz*». «¿*Zz*?» «*Zz*, sí: la onomatopeya que imita el zumbido de un insecto o el ronquido de alguien al dormir. Me hubiera gustado llegar hasta *zz*.» «¿Por dónde vais?» «Estamos en *zoo.* En la última sesión, antes de las vacaciones de verano, lo dejamos en *zoo*.» Ingenuamente le digo que, ya puestos, podrían haberse quedado unas horas más y haberlo cerrado: entre *zoo* y *zz,* el tramo no debe de estar tan saturado. Mi madre niega con la cabeza, impaciente: «No te creas. Entre *zoo* y *zz* hay sesenta y dos palabras, entre ellas *zooflagellé*, *zoomancie*, *zozo*, *zozoter* y *zwinglien*, que designa a los discípulos del predicador suizo Zwinglio. No te digo que sean importantísimas, pero habrían hecho falta otras quince sesiones. Por más que los presionara, y créeme si te digo que lo hice, no había manera material de conseguirlo». Con la esperanza de consolarla, cito una frase de un pensador chino sobre la belleza de lo inacabado y la necesidad de dejar en toda construcción un vacío alrededor del cual se organiza el espacio. A mi madre solo la convence a medias: no le gustan los vacíos ni lo incompleto, le gusta lo que está terminado, y, aunque haya hecho todo lo que estaba en su mano, aunque no pueda reprocharse nada, quedarse en *zoo* es para ella una pequeña derrota, como un cajón que se ha dejado abierto en una casa que se ha ordenado a la perfección antes de cerrarla para una larga ausencia. Por eso me conmovió que Emmanuel Macron, o el negro de Emmanuel Macron, dijera en su discurso en los Inválidos que mi madre había llevado el diccionario a buen puerto, hasta su última palabra, y que esa última palabra era *zygomatique.* Era falso por partida doble, ya que no llegó hasta la última palabra y la última palabra no es *zygomatique.* Pero estoy seguro de que habría aprobado esa licencia poética, y más la apruebo yo, que me he permitido varias licencias de ese tipo a lo largo del libro. Qué le vamos a hacer, lo siento por *zoo* y al diablo con *zz. Zygomatique* era una palabra perfecta para concluir.

Morir en vida

Un amigo me dijo una vez que morir mientras dormía, sin darse cuenta siquiera, sin haber estado enfermo, no es solo lo que él quería, sino lo que quiere todo el mundo. Lo decía con el tono de Perogrullo de quien dice algo del estilo: es mejor ser guapo, rico y estar sano que feo, pobre y enfermo. ¿Quién diría lo contrario? ¿Quién? Pensé: Cristo. Es incluso el núcleo, tan extraño, tan radicalmente contrario al sentido común, de lo que decía. Las palabras de Cristo trazan una de las fronteras que dividen a la humanidad en dos, y otra más entre aquellos que desearían que su muerte tuviera lugar sin ellos y aquellos que preferirían, como decía el psiquiatra inglés Winnicott, «entrar vivos en la muerte». No perderse su muerte, estar presentes, tener tiempo para poner orden en sus asuntos, despedirse de todos. Evidentemente, preferiríamos afrontar ese tiempo de preparación sin sufrir, pero hay quienes, si tienen que elegir, llegan incluso a preferir el sufrimiento a la inconsciencia. Nicolas me citó el caso de uno de sus amigos, que murió de un cáncer de huesos terriblemente doloroso. La morfina le aliviaba mucho el sufrimiento. Sin embargo, solo la aceptaba en dosis muy pequeñas. «Pero ¿por qué?», le preguntaba Nicolas, con un humor negro y tierno. «¿Temes volverte adicto?» «No», contestaba su amigo, «si tomo demasiada, ya no siento dolor, pero ya no estoy aquí. Y yo quiero estar aquí.» Estar aquí: yo no sé si, llegados a ese extremo, tendría el mismo valor, pero es lo que me gustaría –dicho desde la arrogancia de una salud todavía de hierro–. ¿Y mi madre? Mi madre, en principio, era de la primera escuela. Su ideal habría sido caer fulminada mientras trabajaba sentada a su escritorio, pero no fue así, y tuvo que adaptarse. Era estoica, pero no adepta al estoicismo. El suicidio, asistido o no, le repugnaba y chocaba de frente con sus principios cristianos y, en los últimos meses, mantuvo discusiones bastante acaloradas con Marina, que dirigía un documental sobre el final de la vida, sobre el derecho a morir voluntariamente, sobre la ampliación de la ley Claeys-Leonetti, sobre la eutanasia, en definitiva, por la cual ella milita abiertamente.

Mi madre la rebatía con los argumentos de Michel Houellebecq, según el cual, si se empieza a ayudar a la gente a morir, no se tardará en animarlos a hacerlo, a culpabilizar a los ancianos que se demoran en la tierra sin beneficiar a nadie: una sociedad que se adentra en esa senda es, según Houellebecq, una sociedad envilecida. Mi madre admiraba a Houellebecq, le hubiera gustado que entrara en la Academia Francesa –de lo cual él se zafó con elegancia– y, en ese punto, como en muchos otros, se había convertido en su brújula moral. Mis hermanas y yo solo tuvimos unos días –unos meses, en el caso de Nathalie– para prepararnos para su muerte, pero ella tuvo seis meses para ver cómo se acercaba y crecía, y ahora decía sin énfasis: estoy preparada. Pero quería morir, eso sí, con sus condiciones. No era el sufrimiento lo que temía, sino la decadencia; tampoco el año de más, sino, ahora, las semanas o los días de más. Por eso le importaba tanto, llegado el momento, ir a un lugar donde esa experiencia definitiva pudiera, según ella, llevarse a cabo de forma impecable, hasta el final, bajo su control.

¿*Alguien ha pedido la cuenta*?

Uno de los muchos motivos de enojo de mi madre ante la estupidez contemporánea era la eufemización o, por emplear un vocabulario que no era el suyo, la ocultación de la muerte. No soportaba que se dijera de alguien que había «fallecido» (estilo empleado de funeraria) o, peor aún, que «nos había dejado» (estilo afectado, pequeñoburgués). Se había muerto, estaba muerto. Eso no impedía resucitar, al contrario: para resucitar había que estar muerto, no fallecido. También estaba en contra del escamoteo de la muerte y, en consecuencia, del hospital, con sus formas modernas, expeditivas y despersonalizadas. Morir dignamente, había dicho durante mucho tiempo, era morir como antes: en casa. En eso ha cambiado de opinión. Desde hace dos días, desde que nos habló a

los tres, desde que es libre de asumir su condición de moribunda, le preocupa no tener una plaza asegurada en la residencia Jeanne-Garnier, el centro de cuidados paliativos donde quiere morir a toda costa. Quiere ir allí, a ningún otro sitio, y le explica a Anne, con mucha insistencia, que en las gestiones tiene que hacer valer que esa residencia Jeanne-Garnier la fundó el cardenal Lustiger, con el que le unía una estrecha relación y al que hizo entrar en la Academia pese a la oposición conjunta, según ella, de los sacerdotes –porque, aunque se había convertido, era judío– y de los rabinos –porque, siendo judío, se había convertido–. Sin que se diga de forma explícita, es evidente que la condición para que se libere una plaza en un centro de cuidados paliativos es que alguien muera, cosa que nos sitúa en la posición de la gente que espera una mesa en un restaurante y se fija en quién está tomando el postre, quién ha pedido la cuenta... «En los próximos días, puede que dos, puede que tres», promete Anne, y mi madre no protesta, asiente resignada con la cabeza, pero luego nos dirá –y solo luego– que ha llegado al límite de sus fuerzas. Cuando llegué al quai Conti el jueves por la mañana, el ambiente era casi eufórico porque Anne acababa de decirle que ya estaba: al día siguiente, el viernes, se instalaría en la Jeanne-Garnier. «¿Han matado a alguien?», preguntó Marina. La broma hizo reír a nuestra madre. Estaba contenta.

La cama de mi madre

Esa tarde sube a su habitación a descansar y, con la ayuda de Marina, a hacer la maleta que al día siguiente se llevará a la residencia Jeanne-Garnier. Me uno a ellas. Es todo tan insólito: el hecho de que descanse, ni que sea solo un cuarto de hora, durante el día; el hecho de que vaya a su habitación para algo que no sea dormir; el hecho de que me deje entrar. El *dormitorio*: ya solo la palabra era para ella tabú, por no hablar de la cama. Hacía mucho tiempo que no se planteaba la cuestión del sexo, pero incluso en el

pasado lejano, cuando todavía podría haberse planteado, mi madre se las había arreglado para que sus habitaciones, tanto en la rue Raynouard como en la isla de Ré, tuvieran una puerta acristalada, una forma de decir que no había nada que ocultar, que cualquiera podía ver lo que ocurría en su casa sin riesgo de asistir por sorpresa a una visión escabrosa. Dormir, en cambio, era algo que había que aceptar, aunque le costara aceptarlo. Para ella era una especie de decadencia, una concesión inevitable e ingrata a esa vida orgánica, blanda, sustraída a su voluntad, que hubiera preferido que no existiera. Algo que expresaba de forma elocuente lo que, durante más de veinte años, le había hecho las veces de cama. Cuando uno entraba en su habitación, que era muy grande, de al menos treinta metros cuadrados, con unos ventanales que daban por un lado a la rue de Seine, y al pont des Arts por el otro, veía dos sillones, una cómoda, un secreter y un pequeño sofá color rosa viejo, de modo que pensaba que estaba en una sala de estar monacalmente amueblada, en ningún caso un dormitorio, porque no había cama. Pero en realidad sí la había: el pequeño sofá de color rosa viejo. Era muy estrecho, con el respaldo duro y rígido, los bordes tan altos que no se los podía llamar reposabrazos, y la única concesión a la comodidad eran, a cada extremo, dos cojines cilíndricos, pequeños y también muy duros. En cualquier casa, ese mueble se habría considerado, en el mejor de los casos, una cama supletoria que uno ofrece a un huésped inesperado disculpándose por la incomodidad –para salir del paso está bien, ¿no?–. Pero, los últimos veintitrés años, mi madre sacó todas las noches de un armario dos sábanas, una manta, una colcha y una almohada dura como una piedra, con las que hacía esa cama que ni siquiera era un sofá convertible y en la que nadie la vio nunca dormir. Cuando se despertaba a las siete de la mañana –las seis si escribía un libro–, llevaba a cabo el procedimiento inverso: retiraba las sábanas, la manta, la colcha y la almohada, las volvía a guardar en el armario, y sacudía y colocaba bien los cojines rosas y los almohadones pequeños, sin que, como quien borra las huellas de un crimen, quedara en la habitación el menor rastro de su abandono al sueño. Después se duchaba con agua fría (decía incluso que se daba *baños* de agua fría, como Ernst

Jünger, que afirmaba que era el secreto de su longevidad, pero me cuesta creer ambas cosas), luego hacía veinte minutos de gimnasia y no aparecía a desayunar –dos tazas de café solo y un biscote– hasta que estaba impecablemente vestida, peinada y maquillada. Últimamente, a causa del dolor, había renunciado a la gimnasia matutina, pero se hizo la cama hasta la mañana del viernes 28 de julio, cuando se fue de su casa para siempre –y siento una especie de vértigo si imagino qué le pasaría por la cabeza cuando guardó por última vez en el armario la ropa de cama que ya no volvería a sacar–. Pasó la tarde anterior a esa última noche sentada en el sofá, con las piernas estiradas –única concesión a la flaqueza– y luciendo uno de esos vestidos con estampado de leopardo que tanto sorprenden en una mujer de su edad; le sorprendían especialmente a Charline, que me citó aquella frase de Françoise Dorléac en *La piel suave*: «Las mujeres que los llevan son mujeres que aman el amor». Me reí, y le enseñé en mi teléfono una foto sensacional en la que aparecía vestida de esa guisa junto a Renaud, el cantante, y uno se pregunta quién de los dos es el más roquero. Le habían puesto una vía intravenosa con analgésicos cuya dosis podía aumentar a discreción. Le habían dicho que no se anduviera con remilgos, que no desafiara al dolor con un heroísmo inútil, pero ella prefería reservárselo para el momento en que, según su criterio, le doliera de *verdad*; y mis hermanas y yo, que lo sabíamos muy bien, al día siguiente explicamos a los médicos y enfermeras de la JeanneGarnier que, cuando le pidieran a nuestra madre que describiera su dolor en una escala del 1 al 10, si decía 3, había que entender 8.

Pensar en ella

Mientras Marina sacaba del armario y le hacía escoger entre unos vestidos caros y abigarrados, ninguno de los cuales podía considerarse «cómodo» de acuerdo con los criterios de una

residencia de cuidados paliativos, yo la miraba, medio tumbada en aquella cama absurda y heroica, y me di cuenta de que aquella habitación era el escenario en el que, de forma más o menos consciente, me la imaginaba siempre que pensaba en ella –en el sentido de que pensar en alguien es imaginárselo solo–. La mayor parte del tiempo, en realidad no pensamos, vamos con el piloto automático, atrapados en compromisos sociales que, en el caso de mi madre, fuera del fin de semana, se sucedían a un ritmo constante. Glenn Gould decía que para cada uno de nosotros existe una proporción óptima, muy variable, entre el tiempo que pasamos solos y el que pasamos en compañía de nuestros iguales. En su caso, necesitaba días enteros de soledad para purificarse de unas horas pasadas en compañía; aunque no tan radical, yo soy más bien de la misma cuerda. También era el caso de mi padre. Las jornadas de mi madre, en cambio, estaban repletas de citas, estrenos, conferencias, libros que leer o escribir, jurados que presidir... Sus momentos de soledad eran escasos. Me parece que les tenía miedo, y eran precisamente esos momentos los que intentaba imaginarme cuando pensaba en ella. Nuestras rutinas pueden variar ligeramente, pero la ceremonia de acostarse es más o menos la misma para todos. Te desvistes, te pones el camisón o el pijama. Vas al baño, el lugar donde más reducido estás a ti mismo y a la parte menos glamurosa de tu ser: sentado en la taza, los codos sobre los muslos, la cabeza entre las manos, la verdad es que todo el mundo se ha visto en situaciones mejores. Frente al espejo del lavabo, escudriñas o evitas tu reflejo. Tomas la medicación: a partir de cierta edad, es algo habitual, y puedes juzgar el estado de los demás por el número de pastillas que toma cada día. Te lavas los dientes. Por último, abres la cama –o, en el caso muy particular de mi madre, *la haces*– y te acuestas. Lees un rato antes de apagar la luz y encontrarte, a punto de caer dormido, a solas contigo mismo. ¿En qué pensaba mi madre en ese momento, cuando había dejado la novela de Harlan Coben o John Grisham? Desde principios de año sabía que tenía cáncer y que, en el mejor de los casos, le quedaban unos meses. ¿Tenía miedo? Desde luego. ¿Hacía balance de su vida? No me cabe la menor duda. ¿Rememoraba momentos de esa vida? ¿De su

infancia, de sus padres? Ante los vestidos que Marina le mostraba, iba diciendo: «Este sí, este no», y yo pensaba, mientras la observaba: la que se está muriendo ahora es la niña que prendió fuego al pelo rojo de su vecina durante el oficio de Pascua en la rue Daru, y la que agarró con fuerza la mano de su padre humillado en el metro, y la que descubrió el mar, en Keremma, con un montón de niños ebrios de libertad. Y era la mujer joven que había sido nuestra madre. Antaño, en tiempos que ahora nos resultan poco menos que incomprensibles, se decía que, al llegar a las puertas del paraíso, cada cual debía mostrar a san Pedro qué le hacía merecedor de entrar. Se decía: bueno, he sido una madeja de secretos, vilezas, remordimientos y pesares, como todo el mundo. No amé lo suficiente, o amé muy mal. Pero no olvides, san Pedro, que yo también fui *eso*. Que hubo un tiempo en que tuve ese rostro cándido que merece que me salves. Y *eso*, en el caso de mi madre, *eso* que la salvó y a lo que tuvo que aferrarse cuando la angustia la atenazaba, en el corazón de la noche, en aquella camita rosa, absurda y heroica, creo que fue habernos tenido en brazos, a mis hermanas y a mí, cuando éramos muy pequeños, y habernos amado con un amor tan confiado y tan grande, más grande que cualquier otra cosa en el mundo.

La despedida

Una vez hecha la maleta, Marina se va. Me quedo con mi madre. No hablamos de san Pedro, por supuesto, ni de las puertas del paraíso, sino de la Academia, que ha sido siempre un tema de conversación cómodo para ambos, sin problemas ni peligros. Detrás de esa charla hay una pregunta que va creciendo hasta ocupar todo el espacio. Armándome de valor, termino por hacérsela, y lo que voy a contar ahora es, para mí, lo más triste de este libro. «¿Qué le vas a decir a papá?» Se encoge de hombros, como si no hubiera pensado en ello porque es una pregunta sin importancia, porque él

no se entera de nada y, dice ella, apenas se dará cuenta de su ausencia. «No, mamá», le digo, «no es verdad. No está muy allá, pero entiende muy bien lo que pasa a su alrededor. No puedes desaparecer del mapa sin más, tienes que hablar con él.» «Pero ¿qué quieres que le diga?» «La verdad. Lleváis setenta y un años casados; por muy distanciados que estéis, le debes la verdad.» «Se pondría muy triste.» «Más triste se pondrá si te vas sin despedirte.» Se estremece, pero es tozuda. «Mira», dice, «le voy a decir que me marcho unos días para un congreso. Y vosotros ya le contaréis luego, ahora no merece la pena entrar en detalles.» (Esos detalles en los que no merece la pena entrar es que se va de casa para morir.) Es lo máximo que conseguiré sacarle. Y así, después de cenar, estamos viendo la tele en el despacho de mi padre, él en su butaca habitual, ella en otra y yo en una tercera, entre los dos. Sé que es el último momento que pasaré con mis dos padres juntos. Como la mayoría de las noches, vemos el programa de LCI sobre la guerra de Ucrania. Mi madre tiene una relación ambivalente con ese programa. Por un lado, critica que sea «biempensante» –es decir, en sus propias palabras, que santifique Ucrania y demonice Rusia–. Por el otro, adora a Darius –que es como ella se refiere al presentador, Darius Rochebin– y le está agradecida por haberla invitado regularmente para poner las cosas en su perspectiva histórica («Crimea siempre ha sido rusa, etcétera»). También aprecia cuando le plantea preguntas, no en el marco de un debate en el plató, en el que la expondría a contradicciones, sino en forma de entrevista individual, con una deferencia que roza la idolatría. Esa noche, mi madre se enfada con una periodista ucraniana, también invitada habitual, pero de rango inferior, a la que, con una irritación despectiva, llama «la señora ucraniana». Le parece que «la señora ucraniana» es una llorica. Algo de eso hay, pero pienso y digo sin insistir que no le faltan razones para serlo. «Nada justifica el lloriqueo», zanja mi madre, que entonces nos suelta la primicia: la doctora que le hizo las punciones el día anterior en el hospital Pompidou, que hizo seis intentos de perforarle el estómago sin ningún resultado, no era serbia ni rumana, como habíamos pensado, sino ucraniana. «¿Cómo lo sabes?» «Me lo dijo Anne. Sabe Dios que

no creo en las conspiraciones, y sin embargo tal vez cabría preguntarse algunas cosas...» No le sigo el juego y me concentro en la televisión, donde empieza una larga entrevista con uno de los expertos estrella del programa, el coronel Michel Goya. La entrevista no versa sobre acontecimientos militares que justifiquen recurrir a su valoración, sino sobre él, sobre el coronel Michel Goya, sobre su infancia, su trayectoria, sus convicciones morales, y no es ni estúpido ni antipático, el coronel Michel Goya, así que le escuchamos hasta que llega la cuidadora que se encarga de acostar todas las noches a mi padre. Esa cuidadora, Diane, es una antillana robusta, alegre, calurosa; en cuanto llega, mi padre sale del letargo. Decir que se agita sería una exageración, pero, bueno, cuando Diane, en lo que supongo que es una broma ritual, finge servirse de la caja de bombones suizos que siempre había sobre la mesa, a la izquierda de mi padre, y le dice: «¿Qué, señor? ¿Quién le va a coger todos los bombones?», ese hombre, hasta entonces apático, hace de repente el gesto infantil, gracioso y absolutamente inesperado de estrechar contra el pecho la caja de bombones, como hace Harpagón con su cofre. Aunque muy mojigato, siempre le ha gustado, como dice Nathalie, hacerse el Romeo, siempre le ha gustado deshacerse en cumplidos. La última vez que mis padres estuvieron en la casa que yo tenía en Patmos, recibió a nuestra bella y alegre amiga Sandra, a la hora del desayuno, preguntándole si acababa de salir de los brazos de Morfeo, y añadió: «Tiene suerte, Morfeo...». Esas galanterías ponían a mi madre de los nervios, las consideraba «ridículas», pero cuando ella consideraba algo ridículo había que entender que le afectaba. Por extraño que parezca, si tenemos en cuenta cómo lo trataba, con nuestro padre era celosa a más no poder. Hace treinta años, sufrió terriblemente cuando se enteró de lo de su aventura –a la que puso fin de inmediato– e, incluso siendo ambos muy mayores, bastaba con que él sonriera a la cuidadora para que ella la calificara de estúpida y tal vez indecente. En cualquier caso, Diane sube al piso de arriba a prepararle la cama a mi padre y todo lo necesario para asearlo. Bajará a buscarlo dentro de un rato. Le digo a mi madre: «Es el momento». Entonces se le acerca, se sienta en el borde de una silla, como quien va a

levantarse enseguida, y le dice muy deprisa: «Louis, me voy a marchar unos días para un congreso, pero no se preocupe, lo van a cuidar muy bien. Ya lo ve, Emmanuel está aquí». Mi padre asiente. «¿Estará bien? No se preocupará, ¿eh?» Está atento, se lo ve despierto, con la voz de repente clara y articulada. «Claro que no», dice, «es la cosa más normal del mundo.» Mi madre se queda aliviada: ya se lo ha dicho. Ni siquiera le ha cogido la mano. No lo ha tocado. Orson Welles: «Tener o no un final feliz depende de dónde decidas detener la historia». Para que la historia de mis padres terminara bien, ¿dónde habría que haberla detenido? ¿En nuestra infancia? ¿Un poco antes? ¿En Cazères, cuando salía radiante de la habitación de él? ¿Cuando le escribía, en 1949, hace setenta y cuatro años: «Tengo fe en nosotros»? No me esperaba ninguna efusión sentimental, ninguna canción de los viejos amantes, «vivimos, por supuesto, algunas turbulencias...». Pero aquella despedida... Ella vuelve a su butaca, frente a la televisión en la que el coronel Michel Goya recuerda ahora el sitio de Sarajevo, y se desentiende de mi padre, que mira hacia delante, con el rostro extrañamente claro y atento. Sus manos juegan con unos bombones Lindt envueltos, y descubro con asombro que uno de ellos ya no tiene chocolate dentro: el envoltorio está hueco, pero, doblado tal cual, uno creería que no lo ha tocado.

La hora de acostarse

El siguiente paso es que Diane hace levantar a mi padre y lo ayuda a subir las escaleras hasta el piso de arriba, donde lo preparará para la noche. Una vez acostado, no necesita a nadie, porque duerme diez horas seguidas; y, en el caso de que se diera la vuelta, su cama cuenta con una barandilla que impediría que se cayera. A las nueve de la mañana llega otra cuidadora para levantarlo, después de lo cual se instala en la butaca de la que solo se moverá para las comidas. Esa noche hago algo completamente

inaudito, que es acompañar a mi madre hasta su habitación. Me pregunto cuándo será el momento de irme. No la acompañaré hasta el baño, pero parece tan frágil: ¿no debería quizá, sin invadir una intimidad que sé sagrada, ayudarla un poco? Pero ¿ayudarla a qué? «Bueno, pequeñín», dice, «hasta mañana.» «¿Ya te las apañarás, mamá?» «Claro que me las apañaré, no te preocupes.» «¿No quieres que te ayude a hacer algo? ¿A hacer la cama?» «Claro que no, qué te crees, soy perfectamente capaz de hacerme la cama.» «¿No te duele? ¿Tienes todo lo necesario por si te duele?» «Tengo todo lo que necesito.» «¿Y para dormir? ¿Te han dado lexatín? Prométeme que, si te cuesta dormir, te lo tomarás. No tiene sentido estar con dolor y dándole a la cabeza.» Los dos sabemos que es la última vez que se hace la cama, que es su última noche en esa habitación –y yo pasaré gran parte de esa noche pensando en ella, tratando de imaginar qué le pasa por la cabeza–. ¿Podrá dormir? Si no lo consigue, ¿se tomará el cuarto de lexatín –un cuarto de lexatín...– que le pido que se tome? Antes de bajar la escalera, a la que ha insistido en acompañarme, le digo: «Mamá, son las últimas palabras que le dices a papá. ¿No crees que podrías hablarle un poco más, un poco mejor?». Parece emocionada. «De acuerdo, iré a verlo mañana por la mañana a la hora del desayuno.» Lo dice como si lo hiciera para complacerme, pero menos es nada. Enciendo la luz de la escalera, he subido tan pocas veces a ese piso donde tienen los dormitorios que no sé, por instinto, dónde están los interruptores. Me da un beso y me observa bajar. «¿Estarás bien?» «Sí, estaré bien», repite, «no te preocupes.» Luego se asoma y, por encima de la barandilla, dice: «A ti siempre te han gustado las historias fantásticas, pero ¿sabes qué? La vida es mucho más extraña. ¿Quién me iba a decir, cuando era pequeña, que un día sería una anciana de noventa y cuatro años a punto de morir?».

La señal de la cruz

Mi padre está desayunando. Como me prometió, mi madre va a decirle adiós. Mis hermanas y yo estamos en la habitación contigua, al alcance del oído. La oímos repetir que se marcha unos días, una semanita, que no tiene de qué preocuparse, que sus hijos están aquí. No muestra ningún cariño, pero sí, digamos, una pizca de amabilidad. Tendremos que conformarnos con eso, tanto él como nosotros. Nunca sabré si lo ha tocado. Vuelve como quien ha cumplido con su deber, y bajamos, yo le llevo la maleta. Estuve a punto de sugerir que nos sentáramos, siguiendo la costumbre rusa: cuando se separan para un viaje, los rusos se sientan un minuto en silencio y ruegan para que se les conceda la gracia de volver a encontrarse. Sentí que estaba fuera de lugar. Justo antes de cruzar la puerta, mi madre hizo una breve y furtiva señal de la cruz, y comprendimos que no contaba con cruzar esa puerta en sentido contrario.

Dejar la bolsa

Jeanne Garnier era una mujer de Lyon que, a los veinticuatro años, perdió a su marido y a sus dos hijos pequeños. En 1842 creó una asociación dedicada a la asistencia de las mujeres «canceradas», es decir, incurables y rechazadas por los hospitales, que solo ofrecen tratamiento si queda alguna esperanza. Se la considera la pionera de eso que, en los años noventa del siglo siguiente, se llamará cuidados paliativos –esto es, todo lo que se puede hacer cuando ya no hay nada que hacer–. La residencia que lleva su nombre está en la avenue Émile-Zola, en el distrito XV, y parece una suntuosa clínica privada, con esos tonos pastel, beige y azul cielo. Su estructura en forma de estrella hace que, cada cinco o seis habitaciones, haya una glorieta amueblada con dos sillones y un pequeño sofá dispuestos de forma rigurosamente idéntica: esa repetición crea un efecto laberinto que me desorientó hasta el final. Nos sorprende saber que hay tres niveles: desde la planta baja, no

se intuye la existencia de los otros dos, y hay tan poco ruido, los desplazamientos son tan silenciosos, es tan discreta la atención prestada a cada persona que al principio tengo la impresión de que hay una veintena y no un centenar de pacientes. El ingreso transcurre de forma rápida y sin complicaciones, las formalidades se reducen a lo mínimo, el personal es de una deferencia incansable. La habitación de mi madre da al jardín, cosa que le parece estupenda. Al cabo de una hora llega una médica, que le pregunta sobre qué espera del centro y sobre sus voluntades cuando se acerque el momento. Mi madre es muy clara. «Ya he entrado en el pasillo», dice, «ahora tengo que avanzar.» Sus convicciones religiosas excluyen la posibilidad del suicidio asistido, pero aspira a que «Dios la llame a su lado» –como insistió que pusiéramos en la esquela– y no quiere por nada del mundo un encarnizamiento terapéutico. Si pueden ahorrarle el sufrimiento, mejor. Aclarada la cuestión, mi madre se embarca en una nueva conferencia sobre el cardenal Lustiger, sobre cuánto le costó que en la Academia nombraran a un prelado judío, sobre la profunda estima que los unía... Claramente abrumada, la doctora se aventura con un «pero *el tal* cardenal Lustiger», y este «el tal» me hace sospechar que simplemente no sabe quién es, pero no pasa nada, nuestra madre está de todos modos decidida a que todo le parezca bien. Después de haber cerrado tras de sí la puerta del quai Conti, se considera eximida de cualquier responsabilidad, empezando por la que representa nuestro padre. Se la ve relajada, casi alegre. Lo ha dejado todo en orden, lo ha hecho todo bien. Morir, ahora, es un poco como las vacaciones. «Ya ves», me dice antes de que me vaya, «ahora ya puedo soltar el petate.» Hervé, a quien le cito la frase, me dice: «Existe una palabra en sánscrito, *sanniasin*, que suele traducirse por "asceta". Pero, en realidad, el *sanniasin* es "aquel que ha dejado la bolsa"».

Dejarse llevar

El primer día en la Jeanne-Garnier transcurre bajo el signo del «dejarse llevar», del que la doctora que la ha recibido le recita la vulgata con la típica voz dulce de quienes se dedican al desarrollo personal. Contrariamente a lo que cabía esperar, nuestra madre se entrega a los placeres que eso conlleva. Le proponen aromaterapia, masajes con aceites esenciales: ¡cómo no! En circunstancias normales, se habría burlado, pero ahora que está en el pasillo todo eso le parece estupendo. «Dentro de dos días», le dice mi sobrino Thibault, «empezarás a fumar porros.» Eso la hace reír. «¿Y por qué no?», dice. Todo eso sin dejar de dar las gracias, de pedir perdón por molestar y de cautivar a todo el mundo. A una enfermera: «Mañana espero estar más en forma y ser más digna de sus cuidados». Esa deserción, para ella tan controlada, es algo completamente inaudito, y da la impresión de encontrarse mucho mejor. Mis hermanas y yo nos vamos turnando –pero no junto a la cama, porque no recibe acostada, sino sentada, vestida, peinada, maquillada–. Hemos avisado a los nietos, que vuelven de urgencia de las vacaciones. Todos la adoran; para ellos ha sido, pese a sus miles de ocupaciones, una abuela muy presente, muy afectuosa, que les colmaba de regalos, pero no solo eso. Mis dos hijos varones la apodan Piecito, que es el nombre de un pequeño dinosaurio de unos dibujos animados que les gustaban cuando eran niños. El parecido físico nunca se me antojó evidente, creo que el apodo se debía más bien a cierta expresión de terca buena voluntad: en todo caso, incluso de adultos seguían llamándola así. Gabriel, el mayor, es el único que sospechó algo en los últimos meses. Le preguntaba: «¿Estás bien, Piecito? ¿Seguro que estás bien? Si algo fuera mal, me lo dirías, ¿verdad?», con una insistencia preocupada que la conmovió profundamente. Más allá del reducido círculo familiar, insiste en que no le digamos nada a nadie. Ni supuestos amigos, ni relaciones sociales ni gente inoportuna: la más estricta intimidad, como suele decirse. Marina se arriesga a preguntarle si esa misma estricta intimidad la quiere también para el funeral. Ahí se anda con más rodeos: se nota que, sin atreverse a decirlo, no se opondría a que se hicieran las cosas a lo grande, con los honores de la República –que es, como ya sabe el lector, lo que ocurrió–. En determinado

momento recita estos versos de «La muerte del lobo», de Vigny; no son precisamente alegres, pero los dice con una sonrisa, como si no contara tanto el sentido como la ocasión de mostrarnos su excelente memoria:

> Gemir, llorar, rogar, eso es propio de alguien flojo,
> date a tu ardua tarea, entrégate con arrojo
> donde te hayan llevado el destino o la corriente,
> y después haz como yo, sufre, y muere silente.

El sacramento

Aún espera a alguien. No a un sacerdote, sino a *su* sacerdote, Benoist de Sinety, al que conoció cuando era el cura de Saint-Germain-des-Prés, y que debe darle el sacramento de los enfermos, eso que se llamaba la extremaunción. Nos quedamos un poco sorprendidos: ella es ortodoxa, ¿significa eso que va a morir en el seno de la Iglesia católica? «Siempre he sido partidaria del ecumenismo», contesta, «y añadiremos un sacerdote ortodoxo a la celebración. Pero yo iba a misa a Saint-Germain-des-Prés, desde hacía años, trabé un vínculo espiritual particular con Benoist de Sinety, que me prometió que estaría hasta el final.» Nos da su móvil. Contactar con él no es fácil, resulta que está de viaje pastoral en Corea. Sugerimos, para reemplazarlo, al sacerdote vinculado a la Jeanne-Garnier, pero mi madre no quiere ni oír hablar del tema: esperará a Benoist, y lo cierto es que, sin que sepamos a ciencia cierta si el regreso estaba previsto o si lo adelantó por ella, Benoist llega dos días más tarde procedente de Seúl, arrastrando la maleta con ruedas, porque ha preferido venir directamente del aeropuerto sin pasar por casa. Es un cincuentón fornido, de rostro atractivo y sonriente, de voz agradable y cálida, con un polar Quechua en pleno verano –un católico de los que a mí me gustan–. «¿Lo ve?», le dice

mi madre, «le he esperado.» «Ya la conozco», contesta él sentándose junto a la cama, «no estaba preocupado.» Se acomoda y cuenta en un tono bastante alegre cómo el gran retiro de católicos coreanos al que fue a predicar terminó en catástrofe porque había de celebrarse en un gran campo, todo el mundo había acudido con su tienda, y se puso a llover tan fuerte, durante tanto tiempo, que el campo se convirtió en una ciénaga. El agua les llegaba hasta las rodillas, y las tiendas iban a la deriva, como en Woodstock. Los dejo solos. En la esquina de la avenue Émile-Zola y la rue de Lourmel, hay un restaurante de barrio, el Germinal, que acoge sobre todo a esos clientes tan especiales que son los visitantes de una residencia de cuidados paliativos. Se los ve todos los días durante unas semanas, y luego desaparecen tan súbitamente como aparecieron. A veces vuelven, pues la familia es fiel a la Jeanne-Garnier: un buen hogar nunca decepciona. Sentado en la terraza del Germinal, me pregunto qué se estarán diciendo Benoist y ella. Una vez que Malraux preguntó a un viejo sacerdote qué había aprendido en cincuenta años en el confesionario, este respondió: «Dos cosas: primero, que la gente es mucho más infeliz de lo que creemos; y luego, que no hay grandes personas». Durante mucho tiempo pensé que mi madre era una gran persona terrible, y seguro que me equivocaba. Pero me cuesta imaginármela haciendo una larga confesión, un balance detallado, lleno de escrúpulos y justificaciones, bajo la mirada del Señor. La veo más bien resumiendo ese balance en unas pocas frases: me he equivocado en algunas cosas, a veces me ha faltado corazón, pero he hecho lo que he podido, estoy preparada. Y Benoist, con la sonrisa seria de quien las ha oído de todos los colores, saca una hostia del bolsillo, supongo que de una especie de relicario, se la pone en la punta de la lengua, y ya está, todo ha ido bien. Todo irá bien.

Luis XIV

Está feliz de haber recibido la unción de los enfermos y de haber arreglado sus cosas incluso con el Altísimo. Sin embargo, queda por solucionar un punto sobre el que Benoist, antes de marcharse, le llama la atención: las más altas autoridades eclesiásticas, no le quepa duda, se disputarán el honor de celebrar sus exequias, de modo que, si lo que quiere es que lo haga Benoist, y no otra persona, tiene que redactar a tal efecto un documento en regla, delante de testigos. Ese papel lo hicimos nosotros, Nathalie y yo, y cuando, por la noche, se lo conté a Charline, se echó a reír: «Tiene su médico, tiene su confesor, prepara sus funerales de Estado: tu madre es Luis XIV. El día que cuentes todo esto no harás precisamente amigos. No somos iguales ante la muerte, ni mucho menos. E incluso si deja la bolsa, como dices que hace, tu madre no renuncia a ninguno de sus privilegios». La madre de Charline murió a los cincuenta y siete años, cuando ella tenía treinta y uno. El primer cáncer se le declaró cuando aún era una mujer joven, madre de dos hijos también jóvenes. Tardó diez años en matarla de la forma más cruel: quimioterapia, remisiones, recaídas, metástasis, deterioro físico, dolor atroz. Ha habido otros duelos que han golpeado a esa familia, hoy reducida a unas pocas personas. Ahora fijémonos en la mía: mi madre se está muriendo después de haber cumplido un porrón de años, rodeada de toda una corte de hijos y nietos, con relativamente poco dolor y sin haber estado nunca antes enferma. Mi padre está un poco desorientado, pero a sus noventa y cinco años sigue gozando de buena salud. Yo he llegado a los sesenta y cinco años sin pasar por ningún duelo importante –lo que más se le acerca fue perder a Paul, mi editor–. Hemos prosperado y nos hemos multiplicado, y en las cenas de Navidad, que, mientras viva mi padre, abarcarán cuatro generaciones, rara vez somos menos de quince. Yo solía considerar esas festividades una lata. Es la falta de conciencia de los ricos, me reprocha Charline, y detrás de ese reproche se perfila otro: «Eres bipolar, sí; has pasado por varias depresiones, sí; tus dos divorcios fueron dolorosos, sí; pero, si miras las cosas objetivamente, no has vivido ningún drama de verdad. Una salud excelente, los famosos buenos genes, ningún problema de dinero, un reconocimiento envidiable como escritor, todo el mundo a

tu alrededor vivito y coleando, y con todo eso te has convertido en una suerte de especialista jurado del sufrimiento psíquico, de la locura, de los abismos. Incluso oí una entrevista en la que la periodista te hablaba en tono devoto de tu resiliencia. ¡Tu *resiliencia*! Por supuesto, las pruebas que os ha deparado el destino no son cualquier cosa, ninguna lo es, pero hay cosas mucho, muchísimo peores, ¿no crees?». Asiento, no me queda otra.

«El día que cuentes todo esto...»

Charline no tiene la menor duda de que algún día contaré todo esto. Todo esto: «La muerte de tu madre, tu madre y Rusia, vas a escribir sobre eso, por fuerza». Por fuerza, sí, y me pregunto hasta qué punto también mi madre lo sospecha. Pienso en la conversación que tuvimos hace veinte años, en la isla de Ré, cuando me prohibió escribir sobre su padre. Me arriesgué a saltarme esa prohibición, y la publicación de *Una novela rusa* fue una pesadilla para ella. Creyó realmente que mi fiera exigencia y mi ansia de verdad iban a echar por tierra todo lo que ella había construido. No ocurrió nada de eso, pero de pronto, mientras charlamos relajadamente y con confianza en la JeanneGarnier, temo que se repita la escena de veinte años atrás. Que, de repente, cambie la voz y me haga jurar en su lecho de muerte que no escribiré nada sobre ella. Nunca. Mentalmente, preparo una especie de súplica: «Mamá, todo lo que podía haber escrito que te hiciera daño ya lo he escrito, el daño está hecho, y además no era para tanto, reconócelo, incluso un día me dijiste que había hecho bien en escribir ese libro. Ya me desahogué, ya no queda más que admiración y amor, y si escribo un libro sobre tu vida –lo cual será inevitable, ya que habrás sido la persona más importante de mi vida–, solo expresará esos sentimientos. No más rencor, no más resentimiento: puedes confiar en mí». No hizo falta exponer ningún alegato. Mi madre no me hizo jurar nada. Saqué la conclusión de que ya no desconfiaba de mí y de que, implícitamente,

me daba el beneplácito. Tres días antes de que perdiera la consciencia, pasé varias horas a solas con ella en su habitación de la Jeanne-Garnier. Aquella tarde me contó por última vez la historia del piloto afgano, al final de su viaje a Asia Central. Saqué el teléfono: «¿Te importa si te grabo?». «Para nada, si quieres.» Ninguna reticencia. Las voces de los muertos son recuerdos preciosos, más que las fotos. Lo son más todavía cuando escasean. Me da miedo pensar cuántas me quedarían si uno de mis hijos muriera: un anuncio en un contestador automático, unos cuantos mensajes de los que guardaría decenas de copias y escucharía sin parar de principio a fin. La notoriedad cambia las cosas. Si quisiera, podría escuchar decenas de entrevistas a mi madre. Pero no las necesito, tengo algo mejor: los 4'15" grabados aquel 30 de julio y que tú, lector, recuérdalo, has leído ya en la página 195 de este libro.

¿*Qué significa «muy rápido»*?

«Ahora puede ir todo muy rápido», dicen los médicos. Pero ¿qué significa «muy rápido»? ¿Hablamos de horas, de días, de semanas? Es imposible saberlo, pero al parecer no es cuestión de horas, y la impresión general es que nuestra madre se está recuperando. A ratos parece olvidar que ha venido aquí a morir. Rodeada de los suyos, mimada, eufórica por la morfina, se vería a sí misma aguantando un poco. Pero también es consciente, creo, de que esa muerte majestuosa, romana, se echaría a perder si se prolongara demasiado. Su orgullo de siempre se debate con su nuevo hedonismo. Ha recibido la unción de los enfermos; en principio, después de eso, uno se une sin demora con el Todopoderoso. Pero ¿y si se demorara? ¿Y si la urgencia se convirtiera en rutina? ¿Y si las pocas personas que lo saben –inevitablemente más de las que ella quisiera– empezaran a decir: «¿Qué? ¿Tu madre todavía no ha muerto?»? ¿Y si empezáramos a turnarnos para irnos de vacaciones primero unos y luego los otros? Celebramos un consejo en el

Germinal. Nathalie no quiere separarse de ella bajo ningún concepto. Todos los días acude una o dos horas a su despacho de abogados, vuelve a casa a cambiarse y el resto del tiempo lo pasa en la Jeanne-Garnier. Pero el compañero de Marina, aunque no moribundo, también está gravemente enfermo, y ella decide hacer un viaje de ida y vuelta a Biarritz. Veinticuatro horas. Y cuando Marina regresa, me toca a mí. Desde nuestro piso de París hasta el chalet de Saboya donde me espera Charline son dos horas de tren hasta Grenoble, y luego una hora de coche, podría volver enseguida, así que preparo la bolsa. «Así me gusta», dice mi madre. «Puede que esté a las puertas de la muerte, pero podría alargarse, así que no os apuréis. Ve a ver a Charline, cariño, y dale un beso de mi parte.»

MDM

En el tren, abro el ordenador y, en el escritorio, junto al archivo *Potemkin*, creo un nuevo archivo al que llamo MDM, por *Muerte de mamá*. Han pasado ocho días desde que volvimos de Icaria, e intento escribir, de la forma más objetiva posible, todo lo que ha sucedido en esos ocho días. Como en mi memoria los acontecimientos se confunden, pongo varios puntos de referencia: el hospital Pompidou, el ingreso en la residencia Jeanne-Garnier, Benoist que vuelve de Corea, el piloto afgano, Marina que se marcha a Biarritz, y voy rellenando los espacios en blanco entre esas referencias. Cuando el tren llega a Grenoble, tengo ya un documento con cierto cuerpo del que me sirvo para escribir estas páginas. Charline está feliz de que haya ido; el chalet está muy bien, con un balcón orientado al sur. Vamos a cenar a la pizzería del pueblo. Me enseña en el mapa el recorrido de la excursión que haremos al día siguiente. Todos los días desde que llegó ha ido a caminar sola, lejos, por senderos en los que no se ha cruzado con nadie y donde no hay cobertura. Eso me preocupa, es claramente una imprudencia;

intento disuadirla, sugerirle paseos más mesurados por la zona alta del pueblo, pero aún no ha nacido el que disuadirá a Charline de atarse los zapatones y emprender caminatas de siete u ocho horas. De vuelta en el chalet, hacemos el amor con un ímpetu que le recuerda a los primeros meses de nuestra relación. Charline y yo dormimos en habitaciones separadas, ella tiene el sueño tan ligero que no puede dormir con nadie más. Y, encima, yo ronco. Al principio me daba como pena, veía en ello un signo de distancia, pero después de un tiempo le he cogido gusto al lujo de tener mi propia habitación. Esa noche, sin embargo, me habría gustado que durmiéramos abrazados, con el cuerpo del otro como refugio. En el chalet hay suficiente red para, habiéndome quedado a solas, poder alquilar la película de Pialat *La boca abierta*. Es la crónica, de un naturalismo asfixiante, de la muerte de su madre. Todo transcurre en un pueblo siniestro de Auvernia, con las casas negras. El padre, alcohólico, salaz e interpretado por Hubert Deschamps, regenta una mercería. Su madre está en la fase terminal de un cáncer. El hospital la ha desahuciado y mandado a casa, hace semanas que agoniza, en el piso de arriba, con un estertor monótono y atroz. Nadie puede más, solo esperan que termine. El hijo ha llegado de París. Lo interpreta Philippe Léotard y a su mujer la encarna Nathalie Baye. Por entonces eran pareja, ella todavía no lo había dejado por Johnny Hallyday. Parece que Pialat no dejaba de humillar a Léotard, le decía que lo había escogido a falta de alguien mejor, porque Depardieu no había querido. Me dormí antes del final de la película, pero me desperté una o dos horas más tarde, y ya no volví a conciliar el sueño. Agitado, incapaz de ver el resto de la película, pensé que era una locura haber ido allí. ¿Y si mi madre moría mientras yo estaba fuera? Comprobé la hora del primer tren de vuelta a París, luego salí al balcón con una taza de café. Iba a hacer un día precioso. Charline vino y me dio un abrazo. Nos quedamos un momento en silencio, los dos, viendo salir el sol detrás de la montaña, y pensé que, a pesar de mis constantes cambios de humor, agotadores para ella igual que para mí, estábamos juntos y la quería.

Kylian Mbappé

A pesar de la morfina, mi madre había dormido muy mal, y la enfermera la encontró con dificultades para respirar, ligeramente delirante, convencida de que Kylian Mbappé se le había sentado en la cara y la asfixiaba. Esas fueron las últimas palabras que pronunció con claridad: Kylian Mbappé. Aumentaron la dosis de morfina, era lo único que se podía hacer. Kylian Mbappé se esfumó y mi madre se sumió en un estado de semiconsciencia del que ya no salió. Cuando me incliné para darle un beso y decirle: «Estoy aquí, mamá, he vuelto, estoy aquí», abrió un poco los ojos, esbozó algo parecido a una sonrisa y murmuró algo que podía pasar por mi nombre. «Ya lo ves», me dijo Marina, «te ha estado esperando.» Luego volvió a cerrar los ojos. Con la cabeza echada hacia atrás, respira agitadamente, con la boca abierta. *La boca abierta*, pero seguro que no siente tanto dolor. La morfina corre por sus venas. Mis hermanas y yo estamos a su lado, tiene suerte. Espero que, cuando me llegue a mí el momento, también mis tres hijos estén presentes. Espero. A medida que el día avanza, van llegando los nietos y se forma un animado saloncito alrededor de su cama. Hablamos entre nosotros, le hablamos a ella, bromeamos, nos decimos que el rumor impreciso de nuestra conversación le llega y le hace compañía, allí donde está: en el delta. Le hablamos desde las orillas, que se alejan hasta volverse confusas, como nuestras voces. Le tocamos las manos, los brazos, tan delgados y cada vez más fríos. Al final del día ya no está consciente. Pero respira. El médico que pasa nos asegura que no siente ningún dolor. Esperan a que el corazón diga basta. No sabemos cuánto durará.

«Liénochka, ia prishol»

Unos días antes le dije que no podía morir sin haber hecho las

paces con su hermano Nicolas. Por él, por ella, por mí, que tan mal me siento por estar en el origen de esa riña. A lo que me contestó, con su mala fe habitual, que no estaba en absoluto reñida con él, y que, por lo tanto, no había necesidad de hacer las paces, ni tampoco de que él fuera a verla. Volví a la carga justo antes de irme a Saboya y de que Kylian Mbappé se le sentara en la cara como una quimera de Füssli sobre el pecho de una joven virgen. Lo que terminó primando, creo, fue el argumento de que *para mí* era muy importante. Accedió: de acuerdo, llámalo. Y así es como, bajo un aguacero y tras un viaje interminable en coche desde Finisterre, donde estaban de vacaciones con sus nietos, Nicolas y Catherine llegan a la residencia Jeanne-Garnier. Nicolas se tambalea, tiene problemas de oído, es un anciano tembloroso y, sin embargo, conserva un aire juvenil, con esa nobleza y esa belleza inalterables. Todos nos alegramos de verle, felices de que esté en la habitación. Se sienta en el sillón junto a la cama de su hermana. Le coge la mano y empieza a hablarle, en ruso, con su voz tan bonita, tan cálida, tan cariñosa, esa voz que le sale del alma y hace que todos, incluso los que no entienden el ruso, nos echemos a llorar. Dice: «*Liénochka, eto ia, Nikolái, ia prishol, ia s tobói, eto nespravedlivo, chto ty umiráiesh pervoi, nu ia skoro*... Liénochka, soy yo, Nicolas, he venido, estoy a tu lado, no es justo que tú mueras la primera, pero, en fin, a mí tampoco me queda mucho, yo no voy a tardar...». A Catherine no le hace mucha ilusión que prometa con tanto entusiasmo que a él no le queda mucho, pero nosotros estamos todos conmovidos, nos cogemos de las manos, de los hombros. ¿Y nuestra madre? Nuestra madre ha perdido la consciencia, pero tengo la impresión de que algo en ella se ha mecido por esa voz que le llega a un tiempo de la vejez y de la infancia. Ese que le habla al oído ¿es el pequeño Nicolas que la quiso, aquel al que ella quiso antes de que empezara a mentirle para protegerlo y se abrieran ante ellos dos largas vidas de rencor y desavenencias? Allí donde está ahora, en los laberínticos pasillos de la agonía, ¿nota la voz de su hermano pequeño que la acompaña y la arrulla?

Koljós (III)

Nathalie no quiere separarse de nuestra madre ni un segundo y no piensa cenar, pero Marina y yo, acompañados de su hija Lara, su hijo Hugo y su nuera Marie, vamos al Germinal a zamparnos unos buenos entrecots y a bajarnos un par de botellas de côtes-du-rhône. Conversamos animadamente, rememoramos algunos *punchlines* históricos de nuestra madre (para excusarse por cancelar una cena prevista una semana más tarde: «No podrá ser: *tu padre estará con gripe*») y, ya que estamos, hablamos de lo que vendrá ahora. De qué le diremos a nuestro padre, de qué entenderá él. ¿Se morirá a las pocas semanas o vivirá todavía unos años, dando buena cuenta de las comidas, deshaciéndose en cumplidos con las enfermeras antillanas, habiendo olvidado prácticamente sus setenta y un años de matrimonio? Entramos en los detalles concretos de los días venideros, de las cosas que habrá que hacer. Eso puede esperar un poco, pero no podemos esperar demasiado para hacer la lista de invitados al funeral. ¿Y el comunicado a la agencia France-Presse? ¿Y la esquela? ¿En *Le Monde*? ¿En *Le Figaro*? ¿En los dos? En los dos. Volvemos un poco borrachos. En la habitación de al lado, se oye la de voz de un hombre que gime: «Mamá, mamá...», y una voz de mujer, severa, le hace entrar en razón y le dice que mamá no se portó bien con él, para nada. No entiendo el significado de ese intercambio de palabras. ¿Quién es esa mujer? ¿Cree que diciendo eso va a atenuar el sufrimiento del hombre? Nos instalamos para pasar la noche junto a nuestra madre, como cuando éramos pequeños y nuestro padre estaba de viaje supervisando las oficinas que tenían en provincias. Recordémoslo: extendíamos en el dormitorio de nuestros padres dos colchones en los que dormíamos Nathalie y yo, ya que el lugar junto a mamá en la cama de matrimonio lo ocupaba Marina, la más pequeña. Lo llamábamos «hacer koljós». Aquella noche, reunidos los tres alrededor de nuestra madre, en su habitación de la residencia Jeanne-Garnier, hicimos por última vez koljós.

«Difuso»

Nos pasamos un buen rato, los tres, hablando a media voz. En un momento dado, Nathalie recibe una llamada de Arnaud, que fue su primer amor y sigue siendo su mejor amigo. Nathalie es una persona fiel, conserva incluso los compañeros del instituto, es un rasgo suyo que me despierta tanta admiración como envidia: yo pierdo a la gente. Antes de colgar, me pasa a Arnaud, y me hace ilusión oír su potente voz cavernosa –a los quince años, sonaba ya como la de Charles Denner–. Me dice que somos afortunados de vivir los tres juntos ese momento. A él le habría gustado despedirse así de su madre. Como soy estúpido, le pregunto si lleva mucho tiempo muerta. Una risita triste: «Sí, muchísimo tiempo», y entonces Nathalie me recuerda algo que no debería haber olvidado: Arnaud tenía once años cuando murió su madre. La llevaron al hospital sin decirle nada, sin que pudiera darle un beso. Nunca volvió a verla. Jamás lo superó. Dormimos un poco. En algún momento de la noche salí a prepararme una taza de té, que me llevé a la habitación y me tomé sentado en el sillón. Nuestra madre respiraba con dificultad, estaba cada vez más cadavérica. Por un momento le cogí la mano, que tenía helada. Mi presencia despertó a Nathalie, que se incorporó y luego volvió a dormirse como si hubiera estado soñando. Pensé que, si hubiera encontrado a nuestra madre muerta, no habría despertado a Nathalie para decírselo. Me habría ido y habría dejado que fuera ella la primera en descubrirla: aquel momento le correspondía a ella. A las siete en punto vuelvo a casa a pie por las calles todavía desiertas. El distrito XV, distinguido; el distrito VII, majestuoso; la explanada inmensa y vacía de los Inválidos, resplandeciente de madrugada tras un repentino chaparrón. Esa misma mañana, más tarde, voy a ver a nuestro padre al quai Conti. Hace tres días que vamos pasando todos por turnos. Ya no le decimos que su mujer está de viaje, sino que está enferma, en el hospital –sin que en ningún momento se mencione la posibilidad de que vaya a visitarla–. Rachid, el hombre delicado y servicial que lo cuida durante el día, me dice con toda franqueza, mientras nos

tomamos el café en la cocina, que ese secretismo es inútil y cruel. «Aunque se esté muriendo», dice, «le hará ilusión ir a verla, y yo estaré encantado de acompañarlo.» Sé que Rachid tiene razón, pero me muestro evasivo, incapaz de decir claramente que la razón por la que no llevamos a mi padre al lecho de muerte de su esposa es que ella no quiere verlo. Me quedo con él una hora, cogiéndole la mano sin apenas decir nada. Está cabizbajo, no me pregunta nada, es como si yo no estuviera allí. En cierto momento le pregunto si se encuentra bien. Mueve la mano, murmurando: «Así, así». Insisto: «Dímelo. Busca una palabra para decirme cómo te sientes». Piensa. Y la encuentra, la palabra que me deja de una pieza: «Difuso».

Difuso: ¿se puede ser más preciso?

El pasillo

La boca abierta, los ojos sin parpadear, sin mirar a ninguna parte, la cara vuelta hacia atrás, cerosa, demacrada, pero sin el menor rastro de arrugas, las manos cada vez más frías. Tiene la respiración entrecortada, con intervalos largos, uno cree que va a detenerse, uno espera que se detenga, pero vuelve a empezar. Es lo que se conoce, nos dice un médico, como respiración neurológica. Dicen que está tranquila, intento creerles, pero es difícil. Nathalie y Marina le dicen: «Mamá, puedes dejarte ir, puedes parar, se acabó, mamá, estamos aquí, se acabó, no tengas miedo». Todavía está en el pasillo, aún no ha encontrado la salida. En un momento dado, Marina dice: «Hay que terminar con esto ya».

El jefe de servicio

Hay que terminar con eso porque sufre. Es evidente que sufre.

Tiene la respiración cada vez más sofocada, entrecortada, sibilante, como la de alguien a quien le han practicado una traqueotomía. Su cara ya no transmite paz alguna. Pidió de forma expresa que, cuando llegara el momento, la ayudaran a morir –o que le facilitaran el tránsito, buscaba una fórmula evasiva para pedir que le ahorraran el sufrimiento sin renunciar a sus principios–. Incluso Nathalie reconoce ahora que ha llegado el momento. Anne, su médica, que ha venido como todos los días, está de acuerdo. De modo que nos vamos los cuatro a ver al jefe de servicio que está de guardia el fin de semana y le pedimos que le den a nuestra madre la «sedación profunda y continua» que autoriza la ley. Marina, que acaba de dirigir el documental sobre el fin de la vida, se sabe la ley al dedillo. El jefe de servicio es un hombre desagradable que no mira a nadie a los ojos, que dice escuchar pero no oye nada de lo que se le dice, con la voz siempre a punto de salirse de tono. Su mensaje: ya está sedada, mi experiencia me dicta que ya no sufre, administrarle algo más sería eutanasia, a lo que me niego. Al decir eso, se ha dado cuenta de que podía sembrar la división entre nosotros, siendo Marina claramente partidaria del suicidio asistido, Nathalie la más sensible a los argumentos, digamos, católicos, y yo, como siempre, con sentimientos encontrados, pensando que nadie puede saber qué ocurre en la consciencia de un moribundo. Aunque ahí creo realmente que estamos pidiendo para nuestra madre lo que ella misma nos encargó que pidiéramos. Ese hombre astuto no nos habla en absoluto como quien se dirige a unos herederos ávidos e impacientes por mandar al otro barrio a una pariente rica, sino más bien como a personas que no quieren que la agonía de su madre les arruine el fin de semana. Al cabo de un rato, desquiciada, Marina sale del despacho. Volvemos a encontrarnos los cuatro en uno de esos saloncitos color pastel, idénticos, ubicados en cada glorieta de la Jeanne-Garnier, y los cuatro coincidimos: ese individuo es odioso. Pero es el jefe del servicio, es el que manda hasta la noche del domingo: nada sucederá sin su visto bueno. Todo seguirá igual durante el fin de semana. Ningún sufrimiento atroz o espectacular, como en *La boca abierta*, pero sí, pese a todo, un sufrimiento manifiesto, visible a simple vista, y que, en contra de la voluntad

explícita de nuestra madre, se prolongará cuarenta y ocho horas más –las cuarenta y ocho horas que ella hubiera preferido que le ahorraran–. Impotentes y tristes, no sabemos dónde meternos. Anne entra en la habitación para verla antes de marcharse. Apenas ha entrado, vuelve a salir y nos hace señas de que vayamos deprisa. Corremos, nos colocamos los tres alrededor de la cama, Marina a su izquierda, Nathalie y yo a la derecha. Anne creía que ya no respiraba, pero respira otra vez. Una segunda respiración, después de una pausa muy larga. La siguiente pausa dura mucho. Estamos pendientes de su respiración, rezando para que no vuelva a empezar. Y no lo hizo. Había muerto. El sábado 5 de agosto, a las 17:15, rodeada de nosotros tres.

Lo que tocaba

Nathalie dijo entonces algo que me dejó atónito: «Manu –recordemos que mis hermanas sí me pueden llamar Manu–, te toca a ti cerrarle los ojos. Escribiste que lo harías y te toca hacerlo». La verdad es que yo no escribí eso, solo dije, en *Una novela rusa*, cuánto se había alegrado mi madre por su amiga Martine de que su hijo Philippe estuviera a su lado la noche en que murió. Pero, como no iba a adentrarme en un comentario de texto, le cerré como buenamente pude los ojos a mi madre. Como los párpados volvían a subir, entendí por qué los profesionales usan cinta adhesiva. Nos quedamos un rato velando su cuerpo, luego salimos los tres, Nathalie la última. En el pasillo nos esperaba Anne. Nos abrazó uno a uno, y nos dijo: «Como siempre, vuestra madre ha hecho lo que tocaba».

31. «EL AUTOR DE ESTAS LÍNEAS»

Una idea de Buffon

Cuando mi padre vio que nos sentábamos a su alrededor, dijo: «Mamá no me había dicho que vendríais los tres». Fui el primero en pronunciar las tres palabras difíciles de pronunciar, pero, como era el que estaba más lejos, no me oyó. Fue Marina quien dijo, de la manera más clara posible, cogiéndole la mano: «Mamá ha muerto». Rachid, por supuesto, tenía razón; a mi padre no se le había escapado nada de lo que estaba pasando desde hacía unos días. Agachó la cabeza y lloró en silencio. Luego hizo preguntas concretas y pertinentes: «¿De qué ha muerto? ¿Dónde? ¿Quién la vio por última vez?». Me incomodaba la insistencia de mis hermanas cuando repetían que todo había ido bien, y sobre todo que había dicho adiós a todo el mundo, que todo el mundo había ido a verla, incluso Oscar, el bebé recién nacido de mi sobrino Thibaut, pero mi padre no hizo ningún comentario al respecto. Iba repitiendo: «Es lógico», queriendo decir: «Entra en el orden de las cosas». Luego contó con los dedos: uno, dos, tres, cuatro, y dijo con voz firme: «Éramos cinco, ahora solo somos cuatro». Luego ya no volvió a hablar de ello. No hizo más preguntas, no volvió a pronunciar su nombre. En el funeral, en los Inválidos o durante la mudanza hizo acto de presencia, pero daba la impresión de ser como aquel que, acostado, se vuelve hacia la pared. Buffon dejó escrito: «Las tres cuartas partes de los hombres mueren de pena». No sé de dónde sacó esa asombrosa estadística, pero creo que nuestro padre estaba entre esas tres cuartas partes. Los últimos meses lo colmamos de afecto. Él lo notaba, creo que le hacía feliz, pero lo que quizá había esperado –que la mujer a la que había amado toda su vida lo mirara en el último momento con amor–, eso no le fue concedido.

35.056 días

Estaba orgulloso de sus dotes para el cálculo mental. Uno de sus ejercicios favoritos era decir cuántos días separaban una fecha de otra, incluso aunque fueran muy alejadas. Yo sería completamente incapaz, pero he descubierto que existe una aplicación para eso, como para todo, y estos días la uso de forma casi obsesiva. Nacido el 7 de enero de 1928, muerto el 30 de diciembre de 2023, nuestro padre habrá vivido 35.056 días. Nuestra madre, 34.362. Él le habrá sobrevivido 147 días. Lo que me dispongo a contar ahora sucedió el 11 de abril de 1976. En esa fecha, tiene a sus espaldas 17.628 días. Le quedan por delante 17.428. Ha superado, pues, la mitad de su vida en exactamente cien días.

El helecho de Hergas

«*Esta noche se improvisa* (Pirandello).» Lo escribió en una ficha de cartulina, encima de algunos nombres propios y de una columna con cifras que resumía la actividad de la GMF en Saint-Gaudens. La agencia de Saint-Gaudens, en la subprefectura del Alto Garona, es una agencia muy pequeña, que visita al término de su viaje de trabajo, después de aquellas, más considerables, de Toulouse y Tarbes. Son cuatro o cinco empleados con los que pasa el día entero abordando las cuestiones habituales relativas a la organización de la oficina, a los porcentajes respectivos de los expedientes de seguros de automóvil y del hogar, a los objetivos que alcanzar. Es en la cena, en un restaurante de especialidades de la cocina del sudoeste, cuando se levanta y pronuncia su alocución. ¿Llegó a ver la obra de Pirandello? ¿O, lo que es más probable, fue el título, leído en alguna parte, lo que le atrajo y le pareció un buen arranque, digno de la reputación de cultura y fantasía que hace que la gente de las oficinas de provincias siempre se alegre de ver aparecer a LCE, alias

Loulou? En cualquier caso, *Esta noche se improvisa* ha sido todo un éxito. El director de la agencia, después de la cena, lo acompaña de vuelta a su hotel, el mejor hotel de Saint-Gaudens. El equivalente actual debe de ser el hotel du Commerce, donde yo me hospedé el 16 de enero de 2025 con el propósito de terminar este libro siguiendo los pasos de mi padre por un terreno que él pisó 17.812 días antes. En la habitación, saca el sobrecito de detergente Paic. Lava los calcetines y los calzoncillos, que pone a secar en la barra de la cortina de la ducha. A la mañana siguiente, en lugar de coger el tren de vuelta a Toulouse y luego a París, se dirige a la única agencia de alquiler de coches de SaintGaudens. «¿Por un día?», pregunta el empleado. Y, si no es indiscreción, ¿qué tiene previsto hacer? Mi padre sonríe: «Novillos». Toma la carretera hacia el sur, rumbo a Encausse. De niño debieron de llevarme allí una o dos veces, pero no es como Cazères, no tengo ningún recuerdo. Yo me imaginaba un pueblecito de montaña, con un campanario que dominara el valle. No es así. Se ven los Pirineos nevados a lo lejos, pero en realidad queda lejísimos. Es llano, no hay centro, ni comercios, aparte de dos peluquerías, que son muchas para ochocientos habitantes. Encausse sigue llamándose Encausse-les-Thermes, pero las termas llevan cerradas desde 1968. Ni siquiera se ha intentado hacer algo –una sala polivalente, una oficina de turismocon este gran edificio amarillo y vacío, único vestigio de lo que dio fama al pueblo desde la Antigüedad. Mi padre no se detiene. El propósito de su viaje no es Encausse. El propósito de su viaje es ver la piedra miliar de la que le habló el párroco de Régades, que atestigua que las legiones de Pompeyo pasaron por ahí antes de continuar su camino hacia el Cáucaso, hacia Georgia, que entonces se llamaba Cólquide, hacia Poti, que entonces se llamaba Fasis y es donde nacerá, veinte siglos más tarde, el abuelo de su mujer, Vano Zurabishvili. «Curioso guiño de la Historia a una pareja del siglo xx de nuestra era, originaria de estas regiones tan distantes entre sí...» Conduce unos kilómetros por la carreterita de Aspet, hasta llegar a una aldea, al final de la cual hay, no puede llamarse aparcamiento, digamos que una pequeña explanada en la que caben dos coches. El sendero que le indicó el servicial párroco de Régades conduce a un paraje conocido

como Hergas, donde encontrará la piedra que hermana esas dos regiones tan distantes entre sí. Hace calor. Para conducir se ha quitado la americana, que ha dejado en la parte trasera del coche, pero se ha dejado puesta la corbata. Se adentra en el sendero, que sube entre la maleza. Salvo yo, a 17.812 días de distancia, nadie sabe que está allí. Nadie sabe que está haciendo novillos para ver, como quien asiste a un eclipse, el gran guiño de la Historia a la historia de él, a la historia de ella, al destino de ambos. A veces he pensado, cuando en sus relaciones genealógicas se refiere a sí mismo como «el autor de estas líneas», que mi madre es la protagonista de esta larga historia, pero que es él, en secreto, desde el fondo de su despacho oscuro forrado de tela verde botella, quien me la ha dictado. La desgracia y la pena durarán hasta el final, pero es él quien amó. Sigue subiendo y abriéndose paso por entre la maleza. El camino se vuelve angosto, invadido por los helechos. Le llegan hasta la cintura, es tal la densidad que ya no se ve los pies. Coge una hoja de uno de esos helechos, que guardará luego en la caja tallada por el último condenado a trabajos forzados de la colonia penitenciaria de Cayena, con la foto de su mujer a los veinte años y la postal del hotel Ucrania que termina con un «Le mando un beso, mi amor». Los destellos de la luz del sol juguetean en las hojas que tiene por encima. Sale de la maleza hacia el claro inundado de luz. El sol le deslumbra.

Lo dejo aquí.

1 En francés, *ric-rac* o *ric-à-rac* significa «ir justo», «estar casi sin blanca». *(N. del T.)*

2 En español circuló como *Un ladrón en la alcoba*. *(N. del T.)*

3 Broma más incomprensible si cabe en castellano. En francés se da una homofonía casi total entre *l'homme qui a ça si nu* («el hombre que tiene esto tan despejado») y el título original de la novela de Claude Farrère, *L'Homme qui assassina* (1907). *(N. del T.)*

4 Según como se pronuncie y como se haga la *liaison*, el topónimo Boullay-les-Troux [bulɛ lɛ tʁu] puede leerse, en sentido anatómico, como los «huevos y los ojetes». *(N. del T.)*

Título de la edición original:
Kolkhoze
© P.O.L Éditeur
París, 2025

Ganador del Premio Grand Continent: 3466.eu/es/. El Premio Grand Continent es el primer premio literario que honra, cada año, un gran relato europeo. Con el apoyo de Fondation Simone et Cino del Duca, Fondation Jan Michalski, Anne Dias y Groupe d'études géopolitiques.



Ilustración: archivo de la familia, © Emmanuel Carrère

Primera edición: febrero 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Juan de Sola, 2026
© Emmanuel Carrère, 2025
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433950024

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es